

LA FLORISTA.—(*Muy nerviosa.*) Juro por la salud de mi madre, que en paz descansa, que yo no he hecho naa.

EL DE LAS NOTAS.—(*Altanero, pero de muy buen humor.*) Cállate, si puedes, que me pones nervioso. Ya comprendo; ¿tengo yo facha de policía?

LA FLORISTA.—(*Lejos de tranquilizarse.*) Pues, entonces, ¿a qué viene el tomar apuntes? ¡Yo qué sé lo que habrá escrito ahí! Enséñemelo a ver. (*El de las NOTAS abre su cuaderno y se lo pone debajo de las narices, por más que la presión de los que tratan de leer por encima de sus hombros daría en tierra con un hombre menos fuerte que él.*) ¿Qué dice? Yo no sé leer eso.

EL DE LAS NOTAS.—Yo, sí; escucha. (*Lee reproduciendo exactamente la fonética de la muchacha. Para que la ilusión sea completa, la misma actriz puede hablar, haciéndose creer al público que es el presunto imitador.*) “Cuando cae así, con fuerza, no crea usted, cabayero, es que pronto se acaba. Ande, mi general, cómpreme un ramiyete...”

LA FLORISTA.—¡Qué voz pone! Pero vamos a ver: ¿es un crimen el que yo haya llamao general al señor cuando tal vez no sea más que coronel? (*Dirigiéndose al CABALLERO.*) Usted dirá, cabayero, si me he propasao en algo.

EL CABALLERO.—Nada, mujer. (*Al de las NOTAS.*) Si es usted de la secreta, le diré que la muchacha no ha faltado ni a mí ni a nadie. Está en su perfecto derecho, creo yo, al tratar de vender sus flores.

LOS CIRCUNSTANTES.—(*Juntándose en su poca simpatía por la Policía.*) ¡Claro! ¡Qué ganas de meterse donde nadie le llama! Esto no se ve más que en este país. ¡Si creará que con esas chinchorrerías se va a ganar el ascenso! Le digo a usted que ni en la Papuasía. ¡Que se vaya a tomar el fresco!..., etcétera. (*La chica, al ver que tantos toman su defensa, se engríe y mira retadora a su supuesto enemigo.*)

EL DESCONOCIDO.—Pero, señores, ¡si está visto que ese señor no es de la Policía! A mí me parece que es un guasón que quie tomarnos el pelo.

EL DE LAS NOTAS.—¡Qué listo es usted! Bien se ve que ha nacido usted en Whitechapel (1).

(1) Pronúnciese *Uuitchépel*. (*N. lel T.*)

EL DESCONOCIDO.—(*Atónito.*) ¿Cómo lo sabe usted?

EL DE LAS NOTAS.—(*Sonriendo.*) Por un pajarito que me lo dice todo. (*A la FLORISTA.*) También tú eres de por allí.

LA FLORISTA.—Sí, sí; en aquel barrio nació; no lo puedo negar; pero no me vaya usted a multar por ello..., que no lo volveré a hacer. (*Risas.*) Ahora vivo en Lisson Grove. Esto supongo que no es un crimen. (*Empieza nuevamente a lamentarse.*)

EL DE LAS NOTAS.—(*Sonriendo.*) Vive donde te dé la gana, pero cesa de gimotear. ¡Caramba!

EL CABALLERO.—Anda, muchacha, serénate, que nadie se mete contigo.

LA FLORISTA.—(*Todavía quejumbrosa, en voz baja.*) Soy una muchacha honráa.

EL CIRCUNSTANTE SARCÁSTICO.—Si todo lo adivina, dígame: ¿en qué calle me he criado yo?

EL DE LAS NOTAS.—(*Sin vacilar.*) En la de Hoxton. (*Sensación. El interés por los conocimientos del tomador de notas aumenta.*)

EL CIRCUNSTANTE SARCÁSTICO.—(*Atónito.*) Pues es verdad. ¡Qué hombre! ¡Lo sabe todo!

LA FLORISTA.—No es una razón para meterse conmigo.

EL CIRCUNSTANTE SARCÁSTICO.—Claro que no; ni con nadie que no haya cometido falta alguna. A ver si resulta un policía “ful”. Si no, que enseñe la insignia.

ALGUNOS.—(*Animados por esta apariencia de legalidad.*) Eso es: que enseñe la insignia.

EL DESCONOCIDO.—No saben ustedes distinguir. Ese señor no es policía. Es Onofrof, el adivinador de pensamientos. Le he visto trabajar en el circo. (*Alzando más la voz.*) Oiga usted, musiu: díganos de dónde es aquel caballero al que llamó general la muchacha.

EL DE LAS NOTAS.—Es de Cheltenham. Estudió en Cambridge y ha vivido últimamente en la India.

EL CABALLERO.—Totalmente cierto. (*Gran risa general. Reacción a favor del tomador de NOTAS. Exclamaciones de asombro.*) ¡Pues sí que lo entiende! ¡Hay que ver! ¡Parece mentira! Dispense la pregunta, caballero: ¿es usted artista de “variétés”?

EL DE LAS NOTAS.—No, señor; pero no digo que no lo sea algún día. (*La lluvia cesó y las primeras filas comenzaron a alejarse.*)

LA FLORISTA.—(*Queriendo seguir haciéndose la interesante.*) ¡Vaya un cabayero, que se mete con una pobre muchacha! ¿Si creerá que yo era gitana y le iba a hacer competencia?

LA HIJA.—(*Impaciente, acercándose a la entrada del pórtico, empujando bruscamente al CABALLERO, que se aparta cortésmente.*) Pero, ¡por Dios!, ¿qué ha sido de Freddy? ¡Voy a coger una pulmonía en este maldito pórtico!

EL DE LAS NOTAS.—(*Para sí, anotando aprisa.*) Earls-court (1).

LA HIJA.—(*Con aspereza.*) Hágame usted el favor de guardar para sí las observaciones impertinentes.

EL DE LAS NOTAS.—Habré pensado en voz alta. Fué sin querer. Perdone. Su señora madre es de Epsom, no hay duda.

LA MADRE.—(*Acercándose.*) ¡Qué cosa más curiosa! Es verdad que me crié en Lagerlady Park, cerca de Epsom.

EL DE LAS NOTAS.—Me alegro de haber acertado. Estuve dudando si era usted de Croydon.

LA MADRE.—De Croydon eras mis padres; pero cuando yo tenía siete años se trasladaron a la vecina población de Epsom.

EL DE LAS NOTAS.—Me lo figuré. (*Dirigiéndose a la HIJA.*) Usted, señorita, lo que quiere es un coche de punto, ¿verdad?

LA HIJA.—(*Con aspereza.*) ¿A usted qué le importa?

LA MADRE.—¡Por Dios, Clara, no seas así! Vaya un genio que se te ha puesto! (*La HIJA la rechaza con un movimiento brusco y se retira altanera.*) Dispénsela, caballero, que está muy nerviosa. Yo le agradecería a usted mucho que nos encontrara un coche. (*El de las NOTAS da un silbido fuerte.*) Muchas gracias, caballero. (*El de las NOTAS avanza hacia la calle y grita con voz estentórea: "¡Cocheero!"*)

EL DESCONOCIDO.—¡Buenos pulmones, caramba!

(1) Pronúciense *Ercaurt*. (N. del T.)

LA FLORISTA.—¡Yo lo que digo es que no tié derecho a molestarte! ¿Soy acaso una mendiga?

EL DE LAS NOTAS.—La gente sigue pasando con los paraguas abiertos, y eso que ya hace diez minutos que cesó la lluvia.

UNO DE LOS CIRCUNSTANTES.—Pues es verdad. Estamos aquí haciendo los tontos. (*Vase precipitadamente.*)

EL DESCONOCIDO.—(*Extendiendo la mano para ver si llueve.*) ¡Recontra! ¡Si ya no cae! Claro, con esos charlatanes que le entretienen a uno... (*Se tienta de repente para cerciorarse de que no le han quitado el reloj.*) Nada, nada; no ha pasado nada. Porque ya se sabe, a lo mejor, en estas apreturas... (*Se aleja.*)

LA FLORISTA.—Debiera denunciarle, por coacción.

LA MADRE.—Ya escampó, Clarita. Podemos ir a tomar un autobús. Anda, vamos. (*Se remanga las faldas (1) y echa a andar.*)

LA HIJA.—Pero, mamá, el coche de punto... (*La MADRE ya está fuera del alcance de su voz. CLARA no tiene más remedio que apretar el paso detrás de ella.*) ¡Qué fastidio! (*Todos se van, menos el de las NOTAS, el CABALLERO y la FLORISTA, que está arreglando su canasto, lamentándose a media voz.*)

LA FLORISTA.—¡Vaya una vida perra la que tiene una! ¡Cuánto hay que sudar para ganarse un triste piri! Y encima la amuelan a una de todas las maneras.

EL CABALLERO.—(*Acercándose al de las NOTAS.*) Me interesa mucho lo que acabo de oír. ¿Cómo hace usted?

EL DE LAS NOTAS.—Pues, sencillamente, tengo buen oído y buena memoria, y luego me he dedicado al estudio de la fonética. Esto es mi profesión y mi afición. ¡Dichoso el que tiene una profesión que coincide con su afición! Lo corriente es distinguir por el acento a un irlandés, a uno de Yorkshire. También es fácil conocer el origen de los extranjeros que hablan inglés, por bien que lo hablen. Pero mi especialidad es distinguir los miles de acentos que hay dentro de Inglaterra, con una diferencia local de seis millas. Hasta distingo

(1) Excuso decir que esto hoy sobra. (N. del T.)

los acentos de los diferentes barrios de Londres. Como usted sabe, cada población presenta en su vocabulario y en el modo de pronunciarlo matices característicos, y hasta podría decirse que cada familia tiene dejos y expresiones que le son peculiares. Pues yo todo esto lo apunto y lo guardo en la memoria. Además, poseo grandes conocimientos lingüísticos y tengo el don de imitar cualquier voz, cualquier entonación, cualquier acento.

LA FLORISTA.—Sí, sí; ahora quiere hacerse pasar por ventríloco; pero a mí no hay quien me quite que es de la secreta.

EL CABALLERO.—¿Y da para vivir esa habilidad?

EL DE LAS NOTAS.—¡Ya lo creo! Estos tiempos son, como usted sabe, de “snobismo”. Las clases ricas, lo mismo las burguesas que las aristocráticas, viajan mucho y quieren estudiar idiomas extranjeros y, sobre todo, pronunciarlos bien, aunque no los entiendan. Hoy las personas de viso pronuncian el francés, el alemán, mejor que los propios nacionales respectivos. Pues bien: yo, habiendo analizado exactamente los fenómenos de la fonética, puedo fácilmente, indicando la posición que hay que dar a la lengua, los labios, etcétera, enseñar la pronunciación de cualquier idioma. Mis discípulos se quedan atónitos de sus propios progresos. Hago furor, como quien dice. No doy lecciones a menos de dos libras por hora, y tengo que rechazar discípulos.

LA FLORISTA.—¡Y una siempre hecha la pascua! ¡Cuando se nace con mala pata...!

EL DE LAS NOTAS.—(Perdiendo la paciencia.) Mujer, no cargues tanto. Cállate, si puedes, y si no, vete con la música a otra parte.

LA FLORISTA.—Cabayero, usted l’ha tomao conmigo. Creo que tengo el mismo derecho a estar aquí que usted.

EL DE LAS NOTAS.—Una mujer que chincha tanto como tú no tiene derecho a estar en ninguna parte. ¡Vaya con la chicuela!

LA FLORISTA.—¿Pa que quedará que yo me vaya? ¡Pues no me sale del moño! ¡No faltaba más! También tengo yo mi diznidá y..., y... tal. ¡Pa chasco!

EL DE LAS NOTAS.—(Sacando su cuaderno de apuntes.)

¡Cielos, qué sonidos! ¡Y éste dicen que es nuestro idioma, tan hermoso, tan sonoro, tan eufónico!

LA FLORISTA.—(Con voz aguda.) A este hombre le falta un tornillo. (El de las NOTAS repite estas palabras con la misma entonación. La FLORISTA, primero, atónita: luego, riéndose involuntariamente por la perfecta imitación.) ¡Ay qué gracia!

EL DE LAS NOTAS.—¿Ve usted a esa muchacha con su lenguaje canallesco y estropeado, ese lenguaje que no la dejará salir del arroyo en toda su vida? Pues bien: si fuese cosa de apuesta, yo me comprometería a hacerla pasar por una duquesa en la “soirée” o en la “garden-party” de una Embajada. Digo más: le podría proporcionar una colocación como dama de compañía o como de vendedora en una tienda elegante, para lo que se exigen mejores modos de expresarse. Con decirle a usted que me dedico a desbistar a millonarios advenedizos, a nuevos ricos, creo haber dicho bastante. Con lo que me pagan prosigo mis trabajos científicos en fonética y lingüística.

EL CABALLERO.—Yo también me ocupo de lenguas. He estudiado los dialectos de la India y...

EL DE LAS NOTAS.—(Con vivacidad.) ¡Hombre! ¿Conoce usted al coronel Pickering, el autor de “El sánscrito hablado”?

EL CABALLERO.—(Sonriendo.) ¡Ya lo creo que le conozco! ¡Como que soy yo el tal coronel!

EL DE LAS NOTAS.—¿Es posible? (Dándole la mano.) ¡Cuánto me alegro de conocerle personalmente! Soy Enrique Higgins, el autor del “Alfabeto fonético universal”.

PICKERING.—¡Qué casualidad! Yo he venido de la India para verle a usted.

HIGGINS.—Y yo pensaba marcharme a la India para verle a usted.

PICKERING.—Déme usted sus señas, que tendremos que hablar detenidamente.

HIGGINS.—En Wimpole Street, veintisiete, A, me tiene usted a su disposición. Vaya usted mañana mismo, por la mañana.

PICKERING.—Yo estoy en el hotel Carlton. Véngase ahora conmigo; cenaremos y charlaremos.

HIGGINS.—De acuerdo.
 LA FLORISTA.—(A PICKERING, al pasar éste delante de ella.) Cómpreme una flor. No tengo donde dormir.

PICKERING.—Hija, lo siento. No tengo nada suelto. (Prosigue su camino.)

HIGGINS.—(Enfadado por la pedigueñería de la chica.) ¡Embustera! Acabas de decir que tenías cambio de media corona.

LA FLORISTA.—(Desesperada.) ¡Que siempre usted me ha de salir en contra! (Arrojando el canasto a sus pies.) Tome usted todo el canasto por seis peniques, para acabarlo. (El reloj de la catedral da la media.)

HIGGINS.—(Oyéndole como a una advertencia del Cielo que le reprocha su dureza para con la pobre chica.) ¡Vaya, chica, toma, que todos somos de Dios! (Le tira un puñado de monedas en el canasto y se va con PICKERING.)

LA FLORISTA.—(Recogiendo una pieza de media corona.) ¡Aaayyy! (Esta exclamación es una especie de hipo prolongado, que en ella es peculiar. Recogiendo varias monedas más, de plata y de cobre.) ¡Aaayyy! (Recogiendo medio "soberano".) ¡Aaaaayyyy!

FREDDY.—(Bajando de un taxi.) Por fin logré uno... ¡Hola!... (A la chica.) ¿En dónde están las dos señoras que estaban aquí antes?

LA FLORISTA.—¿Las dos señoras? Pues se marcharon a coger un autobús en cuanto dejó de llover.

FREDDY.—¡Y me dejaron colgado con el taxi! ¡Estoy listo, sin un cuarto en el bolsillo!

LA FLORISTA.—(Con grandeza.) No se apure por eso, señorito. A mí precisamente me hace falta el taxi para ir a casa. Usted lo pase bien. (Se sube al coche, diciendo al chófer:) Drury Lane, esquina de la tienda de aceite de Micklejohn. ¡Arrea, que habrá propi! (El taxi se aleja a todo correr.)

FREDDY.—Ahora, yo a patita a casa. ¡Me he divertido!

TELÓN

ACTO SEGUNDO

Al día siguiente, a las once de la mañana. Gabinete de trabajo de HIGGINS, en Wimpole Street. Es una habitación exterior en el primer piso, muy amplia, que normalmente debiera ser la sala. La puerta, de dos hojas, se halla al foro, y las personas que entran encuentran en el rincón a su derecha, contra la pared, dos enormes estantes formando un ángulo recto. En este rincón hay una mesa de escribir plana, en la que están colocados un fonógrafo, un laringoscopio, una serie de tubitos de órgano con un fuelle, otra de tubos de quinqué con sus válvulas de gas para producir llamas sonoras, diferentes diapasones, una figura de cartón representando la mitad de una cabeza humana en tamaño natural, mostrando en sección los órganos vocales, y una caja llena de cilindros de cera para el fonógrafo. Más adelante, del mismo lado, una chimenea con un cómodo sillón forrado de cuero junto al hogar, de espaldas a la puerta, y una carbonera al otro. Hay un reloj encima de la chimenea. Entre ésta y la mesa del fonógrafo, un velador para los periódicos. Al otro lado de la puerta, a la izquierda del visitante, se halla un mueble de muchos cajoncitos. Encima de él penden un teléfono y una lista de abonados. Contra la pared lateral, hacia el rincón, un piano de cola: tiene un taburete delante del teclado. Sobre el piano se ve una bandeja de frutas y dulces; la mayor parte, de chocolate. El centro de la habitación está desocupado. Además del sillón de cuero, el taburete del piano y dos sillas ante la mesa del fonógrafo, hay una silla de rejilla cerca de la chimenea. De las paredes cuelgan varios grabados, en su mayoría copias de retratos. PICKERING está sentado a la mesa, ordenando unas tarjetas y un diapason que acaba de usar. HIGGINS está en pie a su lado, cerrando unas carpetas del estante que se hallaban abiertas. Su aspecto, a la luz de la mañana, es de un hombre robusto, con buena salud, de unos cuarenta años, pulcramente vestido de color oscuro. Su interés por todas las cuestiones científicas, y sobre todo por aquellas en que se ocupa especialmente, es muy vivo y le hace olvidar muchas veces las cosas y las personas que le rodean. Su modo de ver es el de un niño impetuoso que, sin mala intención, comete travesuras. Es irónico y punzante cuando está de buen humor, y arrebatado cuando se halla ante una contrariedad; pero es francote y no tiene pizca de malicia, de modo que, aun en los momentos en que más se deja llevar por su temperamento, no es antipático.

HIGGINS.—(*Cerrando la última carpeta.*) Pues ya ha visto usted toda la colección.

PICKERING.—Es una cosa sorprendente. Y eso que no he examinado ni la mitad.

HIGGINS.—Siga usted, si gusta.

PICKERING.—(*Levantándose y acercándose a la chimenea, delante de la cual se coloca de espaldas.*) No; por esta mañana ya tengo bastante.

HIGGINS.—(*Colocándose a su izquierda.*) ¿Se ha cansado de escuchar sonidos?

PICKERING.—¡Claro! Es un ejercicio muy absorbente. Yo, que estaba orgulloso por saber pronunciar veinticuatro vocales distintas, me considero vencido por las ciento treinta de usted. En muchos casos no percibo la más ligera diferencia entre ellas.

HIGGINS.—(*Sonriéndole satisfecho y yendo hacia el piano a comer dulces.*) ¡Oh! Eso viene con la práctica. Al principio no se percibe la diferencia entre ciertas vocales afines; pero luego, a fuerza de aguzar el oído, se las encuentra tan diferentes como la "a" y la "b". (MISTRESS PEARCE, *el ama de llaves de HIGGINS, asoma la cabeza por la puerta.*) ¿Qué pasa?

MISTRESS PEARCE.—(*Vacilante, evidentemente perpleja.*) Ha venido una joven que desea verle a usted.

HIGGINS.—¡Una joven! ¿Qué quiere?

MISTRESS PEARCE.—Pues dice que usted se alegrará de verla cuando se entere del objeto de su visita. Parece una muchachuela ordinaria, muy ordinaria. Yo la hubiese despedido; pero pensé que tal vez la necesitase usted para impresionar algún cilindro. Espero que no habré cometido una falta; usted me dispensará; a veces no sabe una lo que debe hacer.

HIGGINS.—No se apure, señora. Y esa joven, ¿tiene un acento interesante?

MISTRESS PEARCE.—Yo de eso no entiendo. Lo que a mí me parece es que es una... cualquiera. ¡Tiene unas expresiones!... ¡Bendito sea Dios!

HIGGINS.—(*A PICKERING.*) La mandaremos pasar, ¿no le parece? (*A MISTRESS PEARCE.*) Dígale que pase. (*Va a su*

mesa de trabajo y coge un cilindro para colocarlo en el fonógrafo.)

MISTRESS PEARCE.—(*Moviendo la cabeza.*)—Allá usted. Yo me lavo las manos. (*Se retira.*)

HIGGINS.—Pues es una feliz casualidad. Ahora le voy a mostrar a usted cómo registro las voces. La haremos hablar y, mientras tanto, haré funcionar el aparato Bell, llamado de sonidos visibles; luego ampliaré todo en el Romie y, finalmente, lo fijaremos en el fonógrafo, de modo que podamos oír sus palabras siempre que se nos antoje.

MISTRESS PEARCE.—(*Volviendo.*) Aquí tiene usted a la muchacha. (*La FLORISTA entra vestida de gala. Su peinado está muy cuidado. Su falda de percal, cuidadosamente remendada, está casi limpia. Lleva una blusa de color chillón, que revela a primera vista que más bien que de los talleres de alguna gran modista, procede de una prendería. Lo que más llama la atención es su sombrero de paja con tres plumas de avestruz: amarilla, azul oscura y colorada. Sus botas apenas si tienen tacón. PICKERING queda conmovido ante aquella figura, deplorablemente patética, con su inocente presunción. En cuanto a HIGGINS, para quien las personas sólo tienen interés desde el punto de vista de sus estudios fonéticos, entra en materia sin más preámbulo.*)

HIGGINS.—(*Brusco, al reconocerla, con no disimulada desilusión.*) Pero... ¡qué! ¡Si ésta es la muchacha cuya pronuciación transcribí anoche! No me sirve para nada. Con media docena de frases de su jerigonza me basta y me sobra. No quiero gastar un cilindro en ello. (*A la muchacha.*) No haces falta; puedes retirarte.

LA FLORISTA.—¡No se ponga tan bufo, hombre! Un griyo sólo vale medio penique y se lo ye. Entérese usted tan siquiera del ojezo de mi visita. (*A MISTRESS PEARCE, que se ha quedado en la puerta esperando más órdenes.*) Señora, ¿l'ha dicho usted que he venido en taxi?

MISTRESS PEARCE.—No hable tonterías. ¿Qué le importa a un caballero como mister Higgins si usted ha venido en taxi o a pie?

LA FLORISTA.—¡Anda Dios! Aquí toos a una. ¿Qué s'habrán figurao? Pues sepan ustedes que s'equivocan de medio a

medio. Aquí menda, tal como la ven, tie con qué pagar. De modo que al trigo, como quien dice. El señor aquí, según le oí decir anoche, da lecciones de pronunciación. Pues yo quiero aprender a pronunciar correztamente, así como suena. Creo que mi dinero vale tanto como el de otros; y si no, decirlo d'una vez. Con ir a otro profesor, asunto acabao, y tan amigos como antes.

HIGGINS.—Pero ¿qué está diciendo la tonta?

LA FLORISTA.—El tonto será usted si desperdicia la ocasión. Fijese que estoy dispuesta a pagar las lecciones.

HIGGINS.—(Divertido.) Sí, ¿eh? ¡Vaya, vaya!

LA FLORISTA.—Vamos, parece que se ablanda. ¡Aaaayyyy!

HIGGINS.—(Crispado.) ¡A esa pílfora la tiro por el balcón! (Avanza amenazador. PICKERING le retiene. La muchacha lanza gritos de terror y se refugia detrás del piano.)

LA FLORISTA.—¡Aaaayyyyy... aaaaayyyyy!... No me pegue, que no he hecho nada. (Llorando.) ¡Y me ha llamado pílfora, cuando ofrezco pagar como una señora!

PICKERING.—(Acercándose al piano.) No se asuste, hija, que mi amigo no es tan fiero como parece. Hablando se entiende la gente. Vamos a ver: ¿qué es lo que desea usted?

LA FLORISTA.—(Con voz temblorosa.) Pues mire usted: yo querría entrar de vendedora en una tienda elegante de flores. Me han dicho que mi tipo no les disgustaba, pero que mi manera de hablar no era bastante fina. Como el señor se dedica a enseñar a hablar, he venido a ver si nos entendíamos.

MISTRESS PEARCE.—Pero, muchacha, ¿está usted loca? ¿Cómo va usted a pagar las lecciones?

LA FLORISTA.—¡Nos ha amolao! Sé yo tan bien como usted lo que valen las lecciones. Estoy dispuesta a pagar lo que pidan en razón. ¡Anda, chúpate ésta, Ruperta! (MISTRESS PEARCE, roja de indignación, quiere contestar; pero a HIGGINS le ha hecho gracia la cosa, lanza una carcajada franca y levanta el brazo para imponer silencio al ama; se dirige a la muchacha.)

HIGGINS.—¿Cuánto pagarías?

LA FLORISTA.—¡Ah, vamos! Ya sabía yo que bajaría usted los humos al ver la probabilidad de recoger algo de

lo que tiró anoche. (Con confianza, bajando la voz.) Vamos, confíese: estaba algo alegre, ¿no?

HIGGINS.—(Imperioso.) Siéntate.

LA FLORISTA.—No haga usted cumplidos... Yo...

HIGGINS.—(Con voz de trueno.) Siéntate, te digo.

MISTRESS PEARCE.—Ande, muchacha; haga lo que le mandan. (Le acerca la silla de rejilla.)

LA FLORISTA.—Yo quiero irme. (Se queda en pie, medio asustada, medio reacia.)

PICKERING.—(Muy cortés.) Tome usted asiento, hija mía.

LA FLORISTA.—Gracias, caballero. (Se sienta y mira a PICKERING con gratitud.)

HIGGINS.—¿Cómo te llamas?

LA FLORISTA.—Elisa.

HIGGINS.—Elisa, ¿qué más?

LA FLORISTA.—Pues Elisa Doolittle. (Dúctil.)

HIGGINS.—Perfectamente... Pues dime ahora: ¿cuánto piensas pagarme por lección?

ELISA.—Pues mire: yo sé por dónde ando. Una muchacha, amiga mía, tiene un profesor de francés al que paga un chelín y medio por hora. Es un francés de Francia, no se crea usted. Supongo que usted no se atreverá a exigirme lo mismo para enseñarme mi propia lengua. Yo le ofrezco un chelín, ni un penique más. Haga lo que quiera.

HIGGINS.—(Se pasea, haciendo sonar sus llaves en el bolsillo.) Sí, vamos a ver, amigo Pickering: un chelín, en comparación con los ingresos de esa muchacha, equivale a sesenta o setenta guineas pagadas por un millonario.

PICKERING.—¿Cómo?

HIGGINS.—Pues sí, verá usted: un millonario tiene un ingreso diario de ciento cincuenta libras. Ella cobra al día media corona.

ELISA.—(Altanera.) ¿Quién le ha dicho que yo sólo...?

HIGGINS.—(Prosiguiendo.) Ella me ofrece dos quintas partes de su ingreso diario. Dos quintas partes del ingreso de un millonario vienen a ser unas sesenta libras. Es espléndido, es enorme. Es la oferta mayor que me han hecho hasta ahora.

ELISA.—(Espantada.) ¡Sesenta libras! Pero ¿qué está usted

diciendo? Yo nunca le he ofrecido sesenta libras. ¿Cómo podría yo...?

HIGGINS.—Cállate, mujer, si puedes.

ELISA.—(*Quejumbrosa.*) Pero si no voy a poder...

MISTRESS PEARCE.—Tranquílcese, muchacha, que nadie le quitará su dinero. ¡Habrás simple!

HIGGINS.—Sí, tranquilízate y no te apures. Y cuidado con dar bien las lecciones; que si no, habrá azotes. Siéntate.

ELISA.—(*Obedeciendo despacio.*) ¡Aaayyy...! Ni que fué usted mi padre.

HIGGINS.—Una vez que yo sea tu profesor, seré peor que "dos" padres. Toma. (*Le ofrece su pañuelo de seda.*)

ELISA.—¿Pa qué es eso?

HIGGINS.—Para que te seques los ojos, para que te seques cualquier parte húmeda de tu cara. No olvides, ¿eh? Este es tu pañuelo, y ésta es tu manga. No confundas una cosa con otra, si quieres llegar a ser una vendedora de categoría. (*ELISA, completamente confusa, le mira con ojos extraviados.*)

MISTRESS PEARCE.—No le hable usted así, míster Higgins, que no le entiende. Por lo demás, mucho cuidado. (*Le quita el pañuelo.*)

ELISA.—(*Arrebatándole el pañuelo.*) Venga, ¡caray! Si me lo dió a mí.

PICKERING.—(*Riendo.*) Es verdad; creo, mistress (1) Pearce, que el pañuelo le pertenece a ella.

MISTRESS PEARCE.—Bien empleado le está, míster Higgins.

PICKERING.—Hombre, se me ocurre una idea. ¿Se acuerda usted de lo que dijo de la "garden-party" de la Embajada? Le proclamaré a usted el primer profesor del mundo si lo lleva a cabo. Yo le apuesto todos los gastos del experimento y el precio de las lecciones encima.

ELISA.—¡Oh, qué bueno es usted, mi general! Muchísimas gracias.

HIGGINS.—(*Mirándole, pensativo.*) ¡Menuda faena! Si no

(1) Pronúnciese *misis*. (N. del T.)

fuera por el amor propio que pongo en estas cosas... Hay que ver sus modales y su facha. Pero no importa. Lograré mi empeño. Haré una duquesa de esa criatura sacada del arroyo.

ELISA.—¡Aaaaayyyy...! Del arroyo ha dicho, cuando precisamente en donde me paso yo la vida es en las aceras.

HIGGINS.—(*Entusiasmándose con la idea.*) Sí, dentro de seis meses, dentro de tres, si tiene buen oído y lengua suelta, la presento en la buena sociedad y doy el timo. Mistress Pearce, llévesela y límpiela. No ahorre el jabón. ¿Hay buena lumbre en la cocina?

MISTRESS PEARCE.—(*Protestando.*) Sí, pero...

HIGGINS.—(*Con el tono de quien no tolera objeciones.*) Nada de peros. Quítele todo lo que lleva encima y quémelo. Mande usted al criado o al portero por ropas nuevas, y mientras tanto, envuélvala, aunque sea en papel de estraza.

ELISA.—No sé lo que usted querrá hacer conmigo. Yo soy una muchacha honrá, ¿entiende?

HIGGINS.—No necesitamos aquí tus remilgos de la calle de Lisson Grove, chicuela. Tienes que aprender a comportarte como una duquesa. Llévesela, mistress Pearce, y si le da guerra, déle usted azotes.

ELISA.—(*Levantándose precipitadamente y corriendo a colocarse entre PICKERING y MISTRESS PEARCE, como buscando protección.*) A mí no me martiricen, que llamo a los guardias.

MISTRESS PEARCE.—¡Pero si no tengo sitio para ella!

HIGGINS.—Métala usted en la carbonera.

ELISA.—¡Aaaaayyyy...!

PICKERING.—Oiga usted, Higgins.

MISTRESS PEARCE.—Reflexione, señor. Estas cosas no traen nada bueno. (*HIGGINS se serena. Una racha de buen humor sucede a su excitación anterior.*)

HIGGINS.—(*Con calma y dulzura.*) Tranquílcese ustedes. Mis intenciones son las mejores del mundo. Quiero tratarla con todos los miramientos posibles. Cuento con la colaboración de usted para moldearla y adaptarla a su nueva posición. (*ELISA, tranquilizada, vuelve a ocupar su silla.*)

MISTRESS PEARCE.—¡Qué cosas tiene el señor! No tiene

una más remedio que bajar la cabeza. ¡Dios quiera que la empresa le salga bien!

PICKERING.—Claro que el caso ofrece sus dificultades.
HIGGINS.—Pero ¿qué quieren ustedes decir?

MISTRESS PEARCE.—Pues que no puede usted recoger así a una muchacha, como recogería una piedra en la calle.

HIGGINS.—¿Por qué no?

MISTRESS PEARCE.—¿Por qué no? Pues porque no sabe usted quién es ella. Tendrá padres. Tal vez esté casada.

ELISA.—¡Aaaaayyyyy...!

HIGGINS.—¡Casada! ¡Vamos! ¿No sabe usted que las mujeres de su clase, al año de casadas están ajadas como bestias que tiran de un carro?

ELISA.—¿Quién s'había de casar conmigo?

HIGGINS.—(Volviendo a su tono amable.) Ten por seguro, ¡oh Elisa!, que antes que salgas de mis manos, las calles de Londres resultarán estrechas para la muchedumbre de hombres que se morirán por tus pedazos.

MISTRESS PEARCE.—Señor, no le llene la cabeza de viento a la chica.

ELISA.—(Levantándose y cuadrándose con decisión.) Yo salgo de aquí ahora mismo. Este señor está guillado. No quiero de profesor a un loco.

HIGGINS.—(Ofendido por el poco aprecio que se hace de su elocuencia.) ¡Vaya, renunció! Mistress Pearce, no hace falta mandar por ropa para ella. Que se vaya con viento fresco.

ELISA.—(Quejumbrosa.) Yo quería decir...

MISTRESS PEARCE.—Ya ve usted lo que resulta de ser deslenguada. (Indicándole la puerta.) Por aquí se sale, muchacha.

ELISA.—Yo no necesito ropa de naide. Puedo comprar-me lo que me hace falta. (Tira el pañuelo.)

HIGGINS.—(Recogiendo al vuelo el pañuelo y cortándole el paso.) Eres una desgraciada. Así me pagas por haberte ofrecido sacarte del arroyo y regalarte hermosos vestidos y hacer de ti una señora.

MISTRESS PEARCE.—Déjela, señor; que vaya a casa de sus padres y les diga que la eduquen mejor.

ELISA.—No tengo padres. En la casa donde me criaron me dijeron que ya tenía bastante edad para ganarme la vida, y me echaron a la calle.

MISTRESS PEARCE.—¿Dónde está su madre?

ELISA.—No la he conocido. La que me echó a la calle era mi tercera madrastra. Pero a mí, ¡plin! Yo me las arreglo sin ellos.

HIGGINS.—Pero, entonces, ¿qué están ustedes diciendo? La chica no depende de nadie. A mí me sirve para mis experimentos, pues me quedo con ella. Mistress Pearce, lo dicho: llévesela y aséela.

MISTRESS PEARCE.—Pero, señor, ¿en qué calidad se va a quedar aquí? Habrá que señalarle un salario. Las cosas no se hacen así.

HIGGINS.—Bueno; páguele lo que le parezca a usted; tómelo del dinero de la compra. (Impaciente.) ¿Para qué demonios querrá dinero, si aquí ha de tener todo lo que necesita: comida, cama y ropa? Los cuartos no han de ser más que para vicios.

ELISA.—Pero ¿qué s'ha figurao usted? Que soy alguna golfa borracha? Pues, hijo, es lo que faltaba. (Vuelve a su silla y se sienta con aire altanero.)

PICKERING.—(Reprendiéndole con suavidad.) Oiga, Higgins: ¿no se da cuenta de que también la muchacha tiene sentimientos?

HIGGINS.—(Mirándola con aire crítico.) Me parece que no tenemos que preocuparnos. (De buen humor.) ¿Verdad, Elisa?

ELISA.—Creo que mis sentimientos se merecen tanta consideración como los de cualquiera.

HIGGINS.—(Reflexivo, a PICKERING.) Ahí está la dificultad.

PICKERING.—¿Cómo? ¿Qué dificultad?

HIGGINS.—Hacerla hablar gramaticalmente; la pronunciación es bastante buena.

ELISA.—Yo no quiero hablar gramaticalmente. Quiero hablar como las señoras.

MISTRESS PEARCE.—No nos apartemos de lo que importa. Yo deseo saber en calidad de qué ha de estar aquí la muchacha. ¿Ha de cobrar algún salario? ¿Qué ha de ser de ella después que acabe su enseñanza?

HIGGINS.—(*Impaciente.*) Dígame usted, mistress Pearce: ¿qué ha de ser de ella si la dejo en el arroyo?

MISTRESS PEARCE.—Este es asunto de ella, señor, no de usted.

HIGGINS.—Pues cuando yo acabe con ella, puede volver al arroyo, y ello es de su incumbencia y en paz.

ELISA.—Usted no tiene corazón. Sólo piensa en sus negocios, y a los demás que los parta un rayo. (*Se levanta resueltamente, dirigiéndose a la salida.*) Yo estoy ya harta de todo esto. Vaya, usted lo pasen bien.

HIGGINS.—(*Cogiendo, con una sonrisa maliciosa, unos bombones de chocolate de la bandeja.*) Toma, Elisa, unos bombones.

ELISA.—(*Deteniéndose, tentada.*) ¿Y qué sé yo lo que habrá dentro? Algún fieltro envenenado, como dicen en el "Tenorio". De menos nos hizo Dios. (*HIGGINS saca su cortaplumas, corta un bombón en dos, se mete una mitad en la boca, lo mastica, y le ofrece la otra mitad.*)

HIGGINS.—¿Ves? Aquí no hay trampa ni engaño. Mejor prueba de mi buena fe... (*Ella abre la boca, para replicar; él le mete el medio bombón entre los labios.*) No seas tonta. Tendrás montones de dulces si quieres, podrás atracarte de ellos todos los días.

ELISA.—No me gusta despreciar. (*Masticando con visible satisfacción.*) ¡Gachó, qué rico!

HIGGINS.—Escucha, Elisa: ¿no has dicho que has venido en taxi?

ELISA.—Pues sí, ¿y qué? ¿No tengo yo derecho a tomar un taxi como cualquiera?

HIGGINS.—¿Quién lo duda, mujer? Mira: de aquí en adelante tendrás tantos taxis como gustes. No darás un paso por Londres si no es en taxi. ¿Qué te parece?

MISTRESS PEARCE.—Señor, no enloquezca a la chica. Luego, al freír será el reír. En lo que debe ella pensar es en el porvenir.

HIGGINS.—¡A su edad! ¡Vamos! Tiempo hay para pensar en el porvenir..., cuando ya ha pasado. No seas tonta, Elisa. Haz lo que esta señora: piensa en el porvenir de los

demás, nunca en el tuyo. Piensa en el presente, en bombones de chocolate, en taxis, en vestidos y alhajas.

ELISA.—Pues no, yo no pienso en vestidos y alhajas. Soy una muchacha honrá. (*Se sienta con aire de dignidad.*)

HIGGINS.—Y seguirás siéndolo, Elisa, bajo el maternal cuidado de mistress Pearce, mi digna ama de llaves. Y más adelante serás la virtuosa esposa de un oficial de la Guardia, con unos hermosos bigotes, el hijo de un marqués, al que su padre desheredará por haberse casado contigo, pero luego se humanizará al ver tu hermosura y tu gracia...

PICKERING.—Dispense, Higgins; esto pasa de la raya. Doy la razón a mistress Pearce. Si esta muchacha ha de estar en manos de usted para un experimento de seis meses, es preciso que sepa exactamente lo que ha de hacer.

HIGGINS.—Pero si es imposible, hombre. ¿Hay alguien de nosotros que sepa lo que hace? Si lo supiéramos, ¿lo haríamos?

PICKERING.—Eso será muy agudo; pero, francamente, no es de buen sentido. (*A ELISA.*) Oiga usted, Elisa.

ELISA.—Usted dirá.

HIGGINS.—Déjese usted de quijotismos, Pickering; con cierta clase de personas, cuantas menos complicaciones, mejor. ¡Caramba! Como militar ya podía usted saberlo. Que sepa aquí durante seis meses; aprenderás a hablar correctamente para luego poder ser vendedora en una tienda elegante de flores. Si te portas bien y haces lo que te mando, tendrás un bonito dormitorio, comerás opíparamente y dispondrás de dinero abundante para comprarte dulces y pasearte en taxi. Si eres holgazana y reacia, dormirás en la despensa y te darán de palos. Al cabo de seis meses irás en automóvil de lujo a palacio, vestida a la última moda y adornada con muchas alhajas. Si el rey descubre que no eres una señora de verdad, mandará apresarte y bajarte a una cueva, donde serás decapitada, ¿entiendes?, donde te cortarán la cabeza, como escarmiento de floristas presumidas. Si, por el contrario, no descubren tu verdadera condición; en una palabra, si das el timo, tendrás un regalo de siete libras y seis peniques para que los gastes en lo que más te guste. (*A PICKERING.*) Qué, ¿está usted satisfecho

ahora? (A MISTRESS PEARCE.) Vamos, señora, ¿es esto hablar como se debe?

MISTRESS PEARCE.—(Con paciencia.) Está bien; pero creo que lo mejor será que me deje usted hablar a solas con la muchacha. Yo no sé si podré admitirla aquí. No dudo de que las intenciones de ustedes sean buenas; pero todos podemos incurrir en grandes responsabilidades. Usted nunca repara en pelillos cuando se encariña con alguna idea. En fin, bueno... Venga conmigo, Elisa.

HIGGINS.—Muy bien. Ande usted y llévela al cuarto de baño.

ELISA.—Yo, ¿pa qué voy a ir al cuarto de baño? Ya estoy yo escamá hasta las cachas. ¿Qué s'han figurao? A mí nadie me da de palos. ¿Qué tengo yo que hacer en Palacio? ¿Qué falta me hace a mí jugarme la cabeza?

MISTRESS PEARCE.—Muchacha, no sea tonta. Venga conmigo, que le explicaré todo. (Va hacia la puerta y la abre.)

ELISA.—Como usted quiera; pero a mí no me la dan, coste... ¡Pa chasco! (Vase. MISTRESS PEARCE cierra la puerta y las quejas de ELISA ya no se oyen. PICKERING va de la chimenea a la silla y se sienta en ella a horcajadas, apoyando los brazos cruzados en el respaldo.)

PICKERING.—Dispense usted la pregunta, Higgins: ¿qué opinión tiene usted de las mujeres?

HIGGINS.—Bastante mediana, si he de decir la verdad.

PICKERING.—Hombre, explíquese.

HIGGINS.—(Sentándose en el taburete del piano.) Pues mire: siempre he visto que en trabando amistad con una mujer, ésta se vuelve celosa, envidiosa, exigente, desconfiada y cargante por todos los estilos. Si me enamoro de ella, entonces todavía peor: se hace tiránica y egoísta. Las mujeres no valen más que para trastornarlo todo. Si permitimos que se inmiscuyan en nuestra vida, nos encontramos con que ellas tiran por un lado y nosotros por el otro.

PICKERING.—No comprendo.

HIGGINS.—(Violento, levantándose y andando con intranquilidad.) Pues es bien sencillo. Sucede que cada uno tiene sus gustos y que éstos son incompatibles con los del otro, y cada uno trata de imponer al otro los suyos. El uno quiere ir en

dirección Norte y el otro en dirección Sur, y el resultado es que ambos tienen que ir en dirección Este, aunque ambos aborrezcan el viento de Levante. (Vuelve a sentarse en el taburete.) Así, pues, me ve usted hecho un solterón y así he de morir.

PICKERING.—(Levantándose y acercándose con aire serio.) Vamos, Higgins. Usted sabe lo que quiero decir. No tergi-versemos. Si he de ser copartícipe en este asunto, tengo que poner los puntos sobre las íes. Me cabe cierta responsabilidad en cuanto a la chica. Espero que por ningún estilo habrá de abusarse de ella.

HIGGINS.—Pero, ¡hombre!, con qué sale usted ahora. Para mí ha de ser sagrada. (Levantándose.) Ella será mi discípula, nada más, y ya sabe usted que no se puede enseñar no respetando escrupulosamente a los discípulos. Estoy bien fogueado, descuide usted. He dado lecciones a docenas de millonarias americanas, entre ellas mujeres de soberana hermosura; pues, para mí, como si hubiesen sido zoquetes de madera. Yo mismo soy un zoquete.

PICKERING.—No exagere usted, amigo mío. Ya sabe usted que no hay peor cuña que la de la misma madera. Cuando los zoquetes son hombres y mujeres, pueden encenderse y echar llamas... por el simple roce.

HIGGINS.—No soy ningún muchacho. No olvide, Pickering, que tengo mis cuarenta años bien cumplidos.

PICKERING.—No importa, no importa. Quedemos en nuestro simil. Antes arde la leña seca que la verde, y la yesca, tan inflamable, se cría en los troncos añejos...

HIGGINS.—(Riéndose.) ¡Qué adulator es usted, amigo Pickering! (La entrada de MISTRESS PEARCE interrumpe el coloquio. El ama lleva en la mano el sombrero de ELISA. PICKERING se retira al sillón de cuero cerca de la chimenea y dice a MISTRESS PEARCE:) ¿Ya se arregló aquello?

MISTRESS PEARCE.—Sí, señor. Ha tomado su baño, aunque con algún trabajo. Porque estaba demasiado caliente el agua, emitió algunas interjecciones que no eran de las más correctas.

HIGGINS.—(Al reparar en que MISTRESS PEARCE trae entre las manos el sombrero de ELISA.) Pero ¿qué es eso? ¡Su famoso sombrero!

MISTRESS PEARCE.—Sí, señor; me suplicó que no lo quemara con el resto de la ropa.

HIGGINS.—(*Se lo quita de las manos.*) Bueno; lo guardaremos como recuerdo.

MISTRESS PEARCE.—Ande usted con cuidado. No lo quemaré, pero bueno será meterlo un rato en el horno. ¿Quién sabe...?

HIGGINS.—(*Lo pone precipitadamente sobre el piano.*) ¡Ah, bueno! ¿Qué más?

MISTRESS PEARCE.—Pues nada: me he permitido hacerle algunas advertencias, no solamente respecto a sus modales, sus expresiones, ademanes y aseo personal, sino también en cuanto al orden y método de la vida diaria. Le he dicho que procure dejar todas las cosas en el sitio que les corresponde y no tirarlas en cualquier lado.

HIGGINS.—Ha hecho usted perfectamente. Ya sé, mistress Pearce, que es usted un ama de llaves incomparable. Bajo la dirección de usted, Elisa aprenderá seguramente a ser hacendosa y amante del orden.

MISTRESS PEARCE.—Agradezco mucho el inmerecido elogio, pero permítame una observación de carácter personal.

HIGGINS.—Hable usted.

PICKERING.—Si el asunto es reservado, puedo retirarme al gabinete.

HIGGINS.—No haga usted caso. Lo que hablamos mi excelente ama de llaves y yo puede decirse delante de todo el mundo. Desembuche, querida mistress Pearce.

MISTRESS PEARCE.—Pues, como tengo entendido que de más efecto es el ejemplo que el predicar, creo, mister Higgins, y no me lo tome a mal, que usted, a su vez, debiera procurar tener un poco más de orden y de compostura. Así, por ejemplo, perdone la franqueza, cuando viene usted de la calle, debiera quitarse la levita y no echarse con ella a dormir la siesta; no debiera comer todo en el mismo plato, como a veces hace. Acuérdesse de que ayer, sin ir más lejos, se encontró una cabeza de sardina en la mermelada, porque no había cambiado el plato.

HIGGINS.—¡Hombre! A veces estoy distraído, pero no es

costumbre. (*Brusco.*) A propósito: ¿cómo es eso que mi levita huele tanto a bencina?

MISTRESS PEARCE.—Es natural; he tenido que limpiarla. Como tiene usted la costumbre, cuando se mancha los dedos, de restregarlos en sus mangas...

HIGGINS.—(*Gritando.*) Bueno, bueno; de aquí en adelante me los pasaré por el pelo.

MISTRESS PEARCE.—Señor, no quisiera haberle ofendido. Perdone.

HIGGINS.—(*Conciliador.*) Nada, nada. Después de todo, tiene usted mucha razón. Para que la chica no se abandone, voy a tener más cuidado conmigo mismo. ¿Es esto lo que usted quiere decir?

MISTRESS PEARCE.—Sí, señor. Además, tengo que hacerle una pregunta.

HIGGINS.—Hable, y a ver si terminamos de una vez.

MISTRESS PEARCE.—Quería preguntarle si le podía poner a la chica uno de aquellos trajes japoneses que traje usted el año pasado de París. No puedo ponerle la ropa que tenía...

HIGGINS.—Claro, ya le dije que había que quemarlos. Vístala de japonesa. ¿Nada más?

MISTRESS PEARCE.—Nada más. Con su permiso me retiro. (*Vase.*)

HIGGINS.—Es una excelente mujer esa mistress Pearce. Pero tiene un concepto muy raro de mí. Yo, en realidad, soy un hombre tímido, débil, bonachón. Nunca he podido ser enérgico, exigente y tiránico como otros. Y sin embargo, ella está persuadida de que soy un ogro que me como crudos a los niños. (*MISTRESS PEARCE vuelve.*)

MISTRESS PEARCE.—¡Ay señor! Ya empieza el jaleo. Ahí fuera hay un hombre de bastante mal aspecto, que acaba de llamar. Dice que es el padre de la muchacha que tienen aquí secuestrada.

PICKERING.—¡Anda, anda; ya decía yo!

HIGGINS.—(*Vivamente.*) Mande pasar a ese sujeto.

MISTRESS PEARCE.—Está bien, señor. (*Sale.*)

PICKERING.—A ver si nos da un disgusto.

HIGGINS.—No tenga usted cuidado. Si se desboca, el dis-

gusto se lo daré yo a él. Ya verá usted cómo oiremos algo interesante.

PICKERING.—¿Acerca de la chica?

HIGGINS.—No; me refiero al lenguaje típico.

PICKERING.—¡Ya!

MISTRESS PEARCE.—(*Abriendo la puerta.*) Pase usted. (*Se retira. Hace su entrada solemne ALFREDO DOOLITTLE. Es un trapero o basurero de cierta edad, pero vigoroso y sano, algo canoso. Sus rasgos fisonómicos son enérgicos e interesantes, y parece tan libre de escrúpulos como de remordimientos. Tiene una voz muy expresiva, como quien está acostumbrado a la vida al aire libre y a expresarse sin reservas. Su traje corresponde a su condición social. Su actitud presente es la del honor perdido y resolución enérgica.*)

DOOLITTLE.—(*En la puerta, dudando de quién de los dos caballeros es el dueño de la casa.*) ¿El profesor Higgins?

HIGGINS.—Soy yo. ¿Qué desea usted?

DOOLITTLE.—Buenos días, señores. Vengo por un asunto muy serio.

HIGGINS.—(*Señalándole una silla.*) Siéntese.

DOOLITTLE.—Con su permiso. (*Se sienta con alguna vacilación.*)

HIGGINS.—(*A PICKERING.*) Se ha criado en Hounslow. La madre debió de ser del País de Gales. (*DOOLITTLE abre la boca atónito. A DOOLITTLE.*) Usted dirá qué es lo que quiere.

DOOLITTLE.—Pues quiero a mi hija.

HIGGINS.—Muy natural en un padre. Veo con gusto que no ha perdido usted el sentido de la familia. Pues nada, no se apure. En seguida su hija estará aquí y se la podrá usted llevar.

DOOLITTLE.—(*Como asustado.*) ¿Qué es lo que dice?

HIGGINS.—Que se la lleve usted. No querrá usted que me la guarde yo, supongo.

DOOLITTLE.—Hombre, vamos, sea usted razonable. No debe usted ponerse así. Las cosas, claras. La chica me pertenece a mí. Usted se la llevó. ¿Qué voy yo ganando?

HIGGINS.—Sí, hombre; las cosas, claras. Su hija tuvo la osadía de presentarse en mi casa con la pretensión de que yo

le enseñe a hablar correctamente para que se pueda colocar en una tienda de flores. Este caballero (*Señalando a PICKERING.*) y mi ama de llaves lo han presenciado todo. (*Gritándole.*) ¿A qué viene usted ahora aquí? Usted la ha mandado a propósito para hacerme un chantaje; pero le va a salir el tiro por la culata.

DOOLITTLE.—Pues déjeme usted explicarme...

HIGGINS.—La Policía se encargará de aclarar el asunto. Esto ha sido un plan para sacarme dinero con amenazas. Voy a telefonar a la Comisaría. (*Va resuelto hacia el teléfono y descuelga el aparato.*)

DOOLITTLE.—Pero, señor, ¿le he pedido yo ni un penique? Caballero (*A PICKERING.*), usted es testigo: ¿he hablado yo de dinero?

HIGGINS.—(*Volviendo a colgar el auricular.*) A ver; pues: ¿a qué ha venido usted?

DOOLITTLE.—Ya lo puede usted suponer. A lo que está uno. Yo no amenazo, ni exijo, ni pido; lo dejo a su voluntad. ¿Puedo decir más?

HIGGINS.—Ante todo, dígame, sin más rodeos, cómo ha sabido que la chica estaba aquí.

DOOLITTLE.—Bien sencillo. La chica tomó un taxi y convidó a un rapaz, vendedor de periódicos, a que la acompañara. Es el hijo de la portera en cuya casa vive. Al saber que usted quería que se quedase aquí, bajó y le dijo al chico que fuera por su equipaje. Yo me lo encontré, por casualidad, en la esquina de la calle de Long Acre y la de Endell.

HIGGINS.—En una taberna, claro.

DOOLITTLE.—La taberna, caballero, es el club del pobre.

PICKERING.—Déjele acabar, Higgins.

DOOLITTLE.—Pues bien: llamé al chico y me lo contó todo. Comprenderá usted mi dignidad y mi deber de padre. Le dije al chico: "Tráeme el equipaje aquí."

HIGGINS.—¿Por qué no fué usted mismo por él?

DOOLITTLE.—¡Anda!... ¿Usted cree que la portera me lo hubiera entregado a mí? Las mujeres son muy desconfiadas en general; pero las porteras lo son en particular. Bastante trabajo, y, además, dos peniques, me costó para que

el panoli del chico me lo dejara. Pues ahora traigo el equipaje, para que vea usted que soy servicial. Eso es todo.

HIGGINS.—¿Y en qué consiste ese equipaje?

DOOLITTLE.—Pues en una guitarra, cinco postales ilustradas, un medallón, una cadena de plata y una jaula con un pájaro. Dijo que no necesitaba ropa. ¿Qué es lo que yo debo pensar de esto, caballero? Póngase usted en mi lugar como padre.

HIGGINS. ¿De modo que ha venido usted para salvarla de la ignominia?

DOOLITTLE.—(*Inclinando afirmativamente la cabeza y aliviado al verse tan bien comprendido.*) Justo, justo, usted lo ha dicho.

HIGGINS.—Pero dígame: ¿por qué ha traído usted su equipaje, si piensa llevársela?

DOOLITTLE.—Pero ¿he dicho yo que voy a llevármela? Ni por pienso.

HIGGINS.—Se la va usted a llevar ahora mismo, y de cabeza. Acabemos de una vez. (*Va hacia el botón del timbre y lo oprime.*)

DOOLITTLE.—Caballero, óigame una palabra. No tome las cosas así. Hágase cargo. No soy yo hombre para ser obstáculo a que mi hija haga carrera. ¡Dios me guarde! (*MISTRESS PEARCE viene a tomar órdenes.*)

HIGGINS.—Mire, señora: aquí está el padre de Elisa, que viene a llevársela. Entréguele, pues, la chica, y en paz. (*Va hacia el piano, como quien considera terminado el asunto.*)

DOOLITTLE.—Permítame, caballero, que aquí hay una mala inteligencia. Me habré expresado mal.

MISTRESS PEARCE.—¿Cómo entregarle ahora la chica, cuando acabo de quemar sus ropas?

DOOLITTLE.—Pues claro. ¿Querrá usted que me la lleve en cueros vivos?

HIGGINS.—Usted ha venido aquí diciendo que quería a su hija. Llévase la, pues. Si no tiene ropas, cómpreselas.

DOOLITTLE.—(*Desesperado.*) ¿Dónde están las ropas con que entró? ¿Las he quemado yo o las ha quemado aquí, su señora?

MISTRESS PEARCE.—Soy el ama de llaves de míster Hig-

gins. Por lo demás, no se apure. He mandado comprar ropa nueva para su hija. En cuanto llegue, podrá usted llevársela. Mientras tanto, puede usted esperar en la cocina. (*DOOLITTLE, muy contrariado, se dirige a la puerta. Vacila; luego, en tono de confianza, se vuelve hacia HIGGINS.*)

DOOLITTLE.—Oiga usted, caballero: usted y yo somos hombres de mundo. Hablemos como es debido, de hombre a hombre.

HIGGINS.—¡Ah, bueno! Mistress Pearce, déjenos solos un momento.

MISTRESS PEARCE.—Perfectamente. (*Sale digna y majestuosamente.*)

PICKERING.—Tiene usted la palabra, señor Doolittle.

DOOLITTLE.—Gracias, caballero. (*Dirigiéndose a HIGGINS, que se retira a sentarse en el taburete del piano.*) La verdad es ésta, caballero: usted, desde la primera vista, me ha sido simpático. Hablando se entiende la gente. Mire, yo no soy intransigente y tirano, como muchos. Por las buenas se hace de mí lo que se quiere. Quedando en salvo mi dignidad, yo no tengo inconveniente en llegar a un arreglo. La chica, como usted sabe perfectamente, es guapita, y, como tal, tiene sus méritos. Como hija, en cambio, no vale nada, y no tengo inconveniente en confesarlo sin rodeos. Lo único que yo reclamo son mis derechos de padre, pues no supongo que considere usted justo que yo se la deje de balde. Es usted demasiado caballero para eso. Para usted, ¿qué es un billete de cinco libras? Y para mí, ¿qué es Elisa? (*Vuelve a su silla y se sienta como un juez que ha pronunciado un fallo.*)

PICKERING.—Debe usted saber, Doolittle, que las intenciones de míster Higgins son absolutamente honestas.

DOOLITTLE.—Naturalmente; si no lo creyese yo así, pediría por lo menos cincuenta libras.

HIGGINS.—(*Indignado.*) ¿Quiere usted decir con eso, infame, granuja, que vendería a su hija por cincuenta libras?

DOOLITTLE.—Por complacer a un caballero como usted, soy capaz de cualquier cosa, tenga la seguridad.

PICKERING.—Pero, hombre, usted no tiene moralidad.

DOOLITTLE.—¡Ay caballero, mis medios no me lo permiten! Tampoco tendría usted moralidad si fuese tan pobre.

como yo. Y no es que yo tenga malas intenciones; pero vamos a ver: si a Elisa le ha tocado un premio gordo, ¿no es justo que tenga yo una pequeña participación?

HIGGINS.—(Confuso.) No sé qué hacer, amigo Pickering. Es indudable que, desde el punto de vista de la moral, es un crimen darle a este hombre un penique. Pero, por otro lado, tampoco se puede negar que su petición encierra cierta justicia brutal.

DOOLITTLE.—Diga usted que sí. Tenga usted en cuenta lo que es un padre. Díganme, caballeros, ¿qué soy yo? Un pobre que no tiene la culpa de ser pobre. Esto supone un conflicto continuo con la moralidad de la clase media. Si hay algo en que disfrutar y yo trato de disfrutarlo, todos me quieren negar el derecho a ello. Pero mis necesidades son, por lo menos, tan grandes como las de cualquier favorito y recomendado de los establecimientos de Beneficencia. Necesito comer tanto como él y beber aún algo más. Necesito diversiones, porque soy un hombre pensante. Me hacen falta expansiones: una miaja de baile, su miaja de canto, cuando estoy de buen humor. Pues bien: me piden por cualquier cosa lo mismo que a los otros. No me regalan nada. ¿Y cuál es la moralidad de la clase pudiente? Escudarse en esta moralidad para negarme todo, para no darme nada. Por eso les suplico a ustedes, caballeros, que no sigan conmigo el mismo sistema. No quieren ustedes quitar a un padre el fruto de su trabajo, amparándose en hipócritas principios de moralidad. Ustedes no saben claro está, lo que es criar a una hija, darle de comer casi diario, vestirla desde la cuna hasta que ya se puede ella ganar la vida. Díganlo ustedes mismos. Cinco libras es una ganga. Lo dejo a su criterio.

HIGGINS.—(Levantándose y acercándose a PICKERING.) Pickering, si nos empeñáramos en darle lecciones a este hombre durante tres meses, podría ocupar un sitio en el Parlamento o distinguirse como predicador.

PICKERING.—¿Qué opina usted de esto, Doolittle?

DOOLITTLE.—¡Quiten ustedes! He oído muchos discursos parlamentarios y muchos sermones. Ya lo dije: soy un hombre pensante y me gustan los discursos sobre la política, religión y las reformas sociales, así como cualquier otra

versión; pero no vale la pena de que yo me moleste en hacer un papel activo. La vida es corta y hay que aprovecharla.

HIGGINS.—Creo que se le puede dar el billete para acabar. (Mirando a PICKERING y sacando la cartera.)

PICKERING.—Me temo que haga mal uso de ese dinero. DOOLITTLE.—Dios me guarde, caballero. Mal me conoce usted. No tenga el más pequeño cuidado: no lo guardaré, no lo economizaré, no lo sustraeré a la circulación. El lunes próximo no quedará ni un penique en mi poder. El lunes tendré que ir al trabajo, como si nunca hubiese tenido tal billete. No me servirá para entregarme a la holgazanería, pierda cuidado. Una juerga en grande el domingo para mí y la parienta, y "pax Christi"...

HIGGINS.—Me ha convencido usted. Tanto, que en vez de cinco libras le voy a dar diez. (Le ofrece dos billetes.)

DOOLITTLE.—Por Dios, no. En serio. Mi socia no tendría el alma de gastarse en un día diez libras, y tal vez yo tampoco. Es mucho dinero. Una suma así, ya le inspira a uno ideas formales, ideas de ahorro, de no gastar, y entonces, ¡adiós alegrías, adiós felicidad! Nada, caballero, me da usted lo que he pedido; ni un penique más ni un penique menos.

HIGGINS.—Bien, hombre; por eso no hemos de reñir. Pero dígame usted: ¿por qué no se casa con su compañera?

DOOLITTLE.—¡Ah! Sí, dígaselo a ella. Por mí, no habría inconveniente. No estamos más que amontonados, como quien dice. Y de ahí vienen todos mis sufrimientos. No tengo autoridad sobre ella. Tengo que mantenerla, tengo que vestirla, tengo que llevarla a diversiones y ser su esclavo, todo porque no soy su marido legal. Ella bien lo sabe. Así es que ni a tiros se casa conmigo. ¡Que te quiero, morena!... Usted, caballero, siga mi consejo: cácese con Elisa mientras es joven y no cae en la cuenta. Si no lo hace así, luego le pesará a usted. Créame, he visto mucho...

HIGGINS.—Pickering, si seguimos escuchando a ese hombre, va a acabar con todas nuestras convicciones. (A DOOLITTLE.) ¿Cinco libras ha dicho usted?

DOOLITTLE.—Cabal. Yo no tengo más que una palabra.

HIGGINS.—¿Está usted seguro de que no aceptaría diez?

DOOLITTLE.—Ahora, no. Más tarde, ¡quién sabe!

HIGGINS.—(Entregándole un billete de cinco libras.) Pues ahí tiene usted.

DOOLITTLE.—Muchísimas gracias. Ustedes lo pasen bien, caballeros. (Se precipita hacia la puerta, ansioso de escaparse con su botín. Al abrir tropieza con una señorita japonesa lindísima y guapa, vistiendo un quimono de seda azul con flores blancas de jazmín. Detrás de ella viene MISTRESS PEARCE. El se aparta respetuosamente y murmura excusas.) Dispense, señorita.

LA JAPONESA.—¡Anda la mar, mi padre!

DOOLITTLE, HIGGINS, PICKERING.—(Exclamación simultánea.) ¿Es posible? ¡Elisa! ¿Qué es esto? ¡Hola!

ELISA.—Estoy hecha una facha, ¿verdad?

HIGGINS.—¿Una facha?

MISTRESS PEARCE.—Mister Higgins, cuidado, no diga cosas que la hagan presumida a la chica.

HIGGINS.—(Concienzudo.) Tiene usted razón, mistress Pearce. (A ELISA.) Estás hecha una facha.

ELISA.—Si me pusiera el sombrero, estaría mejor. (Recoge su sombrero, se lo pone y atraviesa la habitación con aire de presunción.)

HIGGINS.—¡Caramba, una nueva moda! Y el caso es que no le sienta mal.

DOOLITTLE.—(Con orgullo paterno.) Está preciosa la condenada. Parece mentira lo que hace la limpieza.

ELISA.—Es fácil tener limpieza así. Hay agua caliente y fría a discreción, y toallas afelpadas, y cepillos, y esponjas, y agua de Colonia, y jabón líquido, que echa espuma como la cerveza. Ahora comprendo cómo las señoras ricas van tan limpias. Para ellas, el lavarse es un placer. Ya verían si tuvieran que lavarse como una.

HIGGINS.—Me alegro que te haya gustado el cuarto de baño.

ELISA.—Pues no m'ha gustao del todo, lo digo como lo pienso.

HIGGINS.—Pues ¿por qué?

ELISA.—Porque a mí no me parece decente eso. Menos mal que lo he tapado con una toalla.

HIGGINS.—(Volviéndose hacia MISTRESS PEARCE.) Pero ¿a qué se refiere?

MISTRESS PEARCE.—(Sonriendo.) Al espejo.

HIGGINS.—¡Vamos! Oiga usted, Doolittle: a esta niña la ha criado usted con ideas algo ñoñas.

DOOLITTLE.—¡Yo! Si no la he criado de ningún modo. De cuando en cuando, algún lapo, y pare usted de contar. A mí no me echen la culpa de nada. Ella es como Dios la hizo. Ahora le diré: la falta de costumbre es la causa. Pero ya verá usted qué pronto se acostumbra a todo.

ELISA.—No diga usted eso. Yo no quiero acostumbrarme a nada... Yo soy una chica honrada...

HIGGINS.—Elisa, si vuelves a decir que eres una chica honrada, tu padre te va a llevar a su casa.

ELISA.—Sí, me paece. ¡Qué mal le conoce! El, a lo que ha venido, como si lo viera..., le conozco como si le hubiera parido..., es a ver si aquí sacaba algo para luego correrla. Si usted l'ha dao algo, ¡menuda cogorza la que se prepara!...

DOOLITTLE.—Creo que nada más natural. ¿Para qué quería yo los cuartos, si no? No, que iba a echarlos al cepillo de la iglesia. ¡Qué cosas se oyen!

ELISA.—¡Miau! (Le saca la lengua para burlarse.)

PICKERING.—(Temiendo algún exceso, se interpone entre ambos.) Vamos, Elisa, es su padre.

DOOLITTLE.—Oye, tú, no seas desvergonzada. Conmigo te va a salir mal. Y que no sepa yo que hayas faltado a estos caballeros, ¿eh?, porque entonces sí que sabrás quién soy yo.

HIGGINS.—Bien, bien; ¿tiene usted algún consejo más que darle a su hija?

DOOLITTLE.—Yo, nada. Allá ella. Usted verá cómo se las maneja. Ahora, si quiere usted hacerme caso, no la permita que se le suba a la parra. La ve usted reacia, pues un cachete sin duelo. (Hace con la mano el ademán de azotar.) Y no digo más, señores; pasarlo bien. (Se retira.)

HIGGINS.—¡Eh! Oiga. Puede usted venir con regularidad a visitar a su hija. Es natural. Mi hermano es clérigo y puede ayudarle a educarla.

DOOLITTLE.—(Evasivamente.) Sí, sí, caballero; vendré con mucho gusto. No muy pronto, porque tengo un trabajo en el

otro extremo de la ciudad, pero vendré alguna vez. Adiós, señores; adiós, señora. (*Sale, acompañado de MISTRESS PEARCE.*)

ELISA.—Viejo embustero; no se fíen ustedes de él. Cuando ha oído lo del clérigo, huye espantado. No ha de venir tan pronto.

HIGGINS.—A mí no me hace falta. ¿Y a ti?

ELISA.—Menos. ¡Ojalá no vuelva a aparecer! ¡Cómo me luzco tanto con él!... Es un perdido.

PICKERING.—Pero es su padre, Elisa; no debe usted hablar así de él.

ELISA.—Bueno, caballero; me callaré si le molesto. Lo que quisiera yo ahora, ya que me dijeron que podría tomar un taxi cuando se me antojase, es tomarlo ahora mismo y darme una vueltecita por ahí para que me vean mis antiguas compañeras y rabien un poquito. Yo ni les dirigiré la palabra.

PICKERING.—Más valdría esperar a tener otro traje para salir a la calle.

HIGGINS.—Y, además, no hace falta que cortes tus relaciones con tus antiguas amistades.

ELISA.—¡Qué amistades ni qué ocho cuartos! Yo no me trato con esas chicas. Bastantes veces me han mirado de arriba abajo cuando les iba bien. Ahora me toca a mí. De todos modos, si van a traerme un traje elegante para ir a la calle, esperaré. ¡Cuánto me gustan a mí los vestidos bonitos y cuántas veces he deseado tenerlos! Mistress Pearce me ha dicho que tendré para dormir prendas diferentes de las del día, muy elegantes. Esto lo encuentro yo una tontería y un gasto inútil. En primer lugar, de noche no se pueden lucir las prendas, y luego, cuando hace frío, en invierno, cualquiera se muda de ropa para ir a la cama.

MISTRESS PEARCE.—(*Volviendo.*) Elisa, ya han traído la ropa: ¿quiere usted venir a probársela?

ELISA.—¡Aaaayyyy!... (*Se precipita afuera.*)

MISTRESS PEARCE.—(*Siguiéndola.*) Pero, muchacha, no corra así. (*Sale, cerrando la puerta.*)

HIGGINS.—Pickering, menuda faena la que nos espera.

PICKERING.—(*Con convicción.*) Eso mismo pienso yo.

ACTO TERCERO

Hoy es el día en que se queda en casa MISTRESS HIGGINS, la madre del conocido profesor de fonética. Todavía no ha llegado nadie. El salón, situado en un piso de la ribera de Chelsea, tiene tres ventanas que miran al río. Las ventanas están abiertas y dan a sendos balcones, en los que hay macetas de flores. A la izquierda del espectador está la chimenea, y a la derecha, una puerta de dos hojas. Faltan los mueblecitos, veladores, rinconeras y otras chucherías que se ven en otros salones. En medio de la pieza hay un soberbio sofá forrado de brocado, lo mismo que sus cojines, y de la misma rica tela son las cortinas y el portier. En el suelo hay una mullida alfombra de lana. En las paredes se ven algunos cuadros de los mejores autores modernos, entre ellos un buen retrato pintado al óleo, de cuando MISTRESS HIGGINS era joven y hermosa. En el rincón, diagonalmente opuesto a la puerta, se ve un elegante y sencillo escritorio, con un timbre al alcance de la mano de quien se sienta a dicho escritorio. Ante éste está ahora sentada MISTRESS HIGGINS, vestida sobria, pero elegantemente. Es una señora de más de sesenta años, de pelo blanco, tez sonrosada y sana y ojos claros, sonrientes, algo maliciosos. Entre ella y el balcón más próximo, una silla pompeyana. Al otro lado de la habitación, en el primer término, un monumental sillón gótico. Del mismo lado se ve un piano muy hermoso. El rincón entre la chimenea y el balcón está ocupado por un sofá-arcón forrado de terciopelo de Génova de color verde, lo mismo que una docena de sillas más, convenientemente dispuestas. Son entre las cinco y las seis de la tarde. La puerta se abre estrepitosamente y entra ENRIQUE HIGGINS.

MISTRESS HIGGINS.—¡Eres tú, Enrique! ¡Vamos, hombre! Me habías prometido no venir, por ser hoy mi día de recepción.

HIGGINS.—(*Se acerca para besarla.*) Vamos, mamá, parece que te estorbo.

MISTRESS HIGGINS.—No digas tonterías. Ya sabes lo que pasa. Como eres tan particular, espantas a mis visitas, y por eso prefiero que cuando recibo no estés tú.

HIGGINS.—(*Besándola.*) Seré bueno, mamá; no espantaré a nadie. No te creas; he venido con un fin particular.

MISTRESS HIGGINS.—Mira, Enrique: déjate de bromas. Ya sabes que ante todo quiero mi tranquilidad.

HIGGINS.—Ya sé lo que me vas a decir: que soy un Adán, que mis maneras son de cuartel, que no sé llevar una conversación. Todo es verdad; pero ahora se trata de un asunto de interés científico.

MISTRESS HIGGINS.—¡Quita, quita, por Dios! Ya te veo venir con tus vocales y tus diptongos, y tus cuerdas vocales y tus dentales y sibilantes, y etcétera. La gente teme más eso que tus ex abruptos. Olvidate siquiera hoy de esas cosas. Mira: vienes luego a comer y te escucharé todo lo que quieras.

HIGGINS.—Imposible, mamá; tiene que ser ahora mismo. Escucha: he pescado a una muchacha...

MISTRESS HIGGINS.—O una muchacha te ha pescado a ti.

HIGGINS.—Nada de eso. Ya sabes que estoy demasiado ocupado para pensar en amoríos.

MISTRESS HIGGINS.—¡Lástima!

HIGGINS.—¿Lástima? ¿Por qué?

MISTRESS HIGGINS.—Hombre, porque sí. Me gustaría que pensaras en casarte. No quisiera morir sin haber visto a algunos nietos. Parece mentira que seas así, cuando hay tantas muchachas guapas por ahí.

HIGGINS.—Sí, las habrá; pero a mí, como si no. Mis estudios, antes que todo. No soy enemigo de las mujeres, pero las prefiero un poco entradas en años. Con las muchachas no se puede tener una conversación sensata. (*Se pasea con las manos en los bolsillos, haciendo sonar unas monedas y un manojito de llaves.*) No tienen juicio.

MISTRESS HIGGINS.—Alguna habrá lista. La cuestión es dar con ella. Pero vamos, cuéntame: ¿qué pasa con esa muchacha?

HIGGINS.—Pues que va a venir a verte.

MISTRESS HIGGINS.—¿Cómo? ¿Quién es?

HIGGINS.—No la conoces, y no tiene nada de particular. Es una vulgar florista que recogí en el arroyo.

MISTRESS HIGGINS.—¡Jesús; y la mandas venir aquí en día de recepción! Tú no estás en tus cabales.

HIGGINS.—(*Se acerca zalamero.*) No te asustes, mamáita; ya verás como no hace ningún estropicio. Yo le he enseñado a hablar con propiedad y a portarse correctamente. Le he recomendado que no hable más que de dos cosas: del tiempo que está haciendo y de la salud de cada uno, como se suele hablar en sociedad, y que no se lance a generalidades por nada del mundo. Verás que bien sale del empeño.

MISTRESS HIGGINS.—Tú estás loco, Enrique. Buena la has hecho.

HIGGINS.—Ya verás, y me darás la razón. Pickering está conmigo en el complot. Tengo con él una apuesta, según la cual, dentro de cuatro meses, tengo que hacerla pasar por una aristócrata. La recogí hace ya dos meses, y no puedes figurarte lo que va adelantando. Tiene un oído excelente y un órgano vocal muy flexible. Más fácil me ha sido enseñarle a hablar inglés que a la generalidad de mis discípulos de la burguesía, por la sencilla razón de que ha tenido que aprender un léxico completamente nuevo. Ahora habla el inglés tan bien como tú el francés.

MISTRESS HIGGINS.—¡Vamos! Pues te felicito.

HIGGINS.—No hay de qué, todavía.

MISTRESS HIGGINS.—¿Cómo?

HIGGINS.—Pues claro. He logrado reformar su vocabulario y darle una pronunciación perfecta; pero eso no basta. Importa fijarse en cómo pronuncia, pero también en lo que pronuncia, y eso es lo que... (*Son interrumpidos por una doncella, que aparta el portier anunciando:*)

DONCELLA.—¡La señora y la señorita de Eynsford! (*Vase.*)

HIGGINS.—¡Atiza! (*Recoge su sombrero del sofá y trata de escapar sin ser visto; pero su madre le coge del brazo y, al entrar las visitas, le presenta, quiera o no quiera. La SEÑORA y la SEÑORITA DE EYNSFORD HILL son la madre e hija que hemos conocido en el primer acto. La madre es una señora muy bien educada, calmada, y tiene la natural timidez del que vive en la estrechez. La hija afecta un aire de estar muy acostumbrada a frecuentar la buena sociedad y a no reparar en gastos.*)

MISTRESS HIGGINS.—Queridas amigas, pasen ustedes.

SEÑORA EYNSFORD.—¿Cómo está usted? (*Se besan.*)

MISTRESS HIGGINS.—Bien, ¿y ustedes?

SEÑORITA EYNSFORD.—¡Mistress Higgins! ¡Qué bien la encuentro! (*Se besan.*)

MISTRESS HIGGINS.—(*Presentando a su hijo.*) Mi hijo Enrique. Creo que ustedes no se conocen.

SEÑORA EYNSFORD.—¿Cómo está usted? (*Se dan la mano.*)

HIGGINS.—Bien, ¿y usted? (*Da la mano también a la hija.*) Señorita. (*Se inclina.*)

SEÑORITA EYNSFORD.—Hemos oído hablar mucho de usted; pero, hasta ahora, no habíamos tenido el gusto de verle.

HIGGINS.—El gusto es mío. (*Mirándola de repente con sorpresa.*) Pero me parece que nos hemos visto ya en alguna parte. Conozco su voz, no hay duda. En fin, no importa; tomen asiento.

MISTRESS HIGGINS.—Mi hijo Enrique tiene un carácter un poco brusco. No se lo tomen en cuenta.

SEÑORITA EYNSFORD.—Yo no hago caso. Me gustan los caracteres originales. (*Se ríe y se sienta en el sillón gótico.*)

SEÑORA EYNSFORD.—(*Un poco confusa.*) ¡Qué cosas tienes, hija! (*Se sienta en el sofá, y MISTRESS HIGGINS en la silla del escritorio, volviéndola hacia la reunión. HIGGINS va hacia un balcón y admira las lejanías del paisaje, como si fuera la primera vez que contemplara tal panorama. La doncella vuelve a entrar anunciando al CORONEL PICKERING.*)

PICKERING.—(*A MISTRESS HIGGINS.*) ¿Cómo está usted, mistress Higgins?

MISTRESS HIGGINS.—Tanto gusto en verle, coronel. Estas señoras, amigas mías, son las señoras de Eynsford Hill. (*Saludos mutuos. El CORONEL acerca la silla pompeyana y se sienta en ella.*)

PICKERING.—¿Le ha contado Enrique lo que tramamos?

HIGGINS.—(*Inclinándose hacia él, y en voz baja.*) Nos han interrumpido. ¡Qué le vamos a hacer!

MISTRESS HIGGINS.—Pero, Enrique, mira lo que dices.

SEÑORA EYNSFORD.—(*Semilevantándose.*) Si es que estorbamos...

MISTRESS HIGGINS.—(*Levantándose y haciéndola sentarse otra vez.*) ¡Por Dios; no faltaba más! Precisamente estaba esperándolas. Quiero presentarlas a una amiga.

HIGGINS.—(*De repente, convencido.*) Sí, sí, es verdad. Para mi experimento hace falta que haya una reunión. (*Vuelve la doncella para anunciar a FREDDY.*)

HIGGINS.—(*Casi en voz alta.*) ¡Otro Eynsford Hill, vaya!

FREDDY.—(*Con inclinación pedantesca.*) ¿Cómo está usted, señora?

MISTRESS HIGGINS.—Bien, ¿y usted? (*Presenta a los demás.*) El coronel Pickering.

FREDDY.—(*Inclinándose.*) Mucho gusto.

MISTRESS HIGGINS.—Mi hijo Enrique.

FREDDY.—(*Inclinándose.*) Mucho gusto.

HIGGINS.—(*Mirándole como si fuese un carterista.*) Juraría que ésta no es la primera vez que nos vemos.

FREDDY.—No recuerdo.

HIGGINS.—Bueno, no importa; tome asiento. (*Da la mano a FREDDY y casi le hace caer de un empujón sobre el sofá. Luego da la vuelta y se sienta en el otro extremo del sofá, al lado de la SEÑORA EYNSFORD.*) Ahora digo yo: ¿de qué vamos a hablar hasta que venga Elisa?

SEÑORITA EYNSFORD.—Conmigo no cuente, pues no me cuido de la conversación. (*Mirando a HIGGINS a ver si le hace impresión.*) ¡Ah, si las personas fueran francas y dijieran lo que realmente piensan!

HIGGINS.—¡Dios no quiera!

SEÑORA EYNSFORD.—(*Terciando en el asunto para ayudar a su hija.*) ¿Por qué?

HIGGINS.—Lo que creen que debieran pensar, ya es bastante malo de por sí, Dios sabe; pero que realmente piensan es aún peor. ¿Cree usted que sería agradable oír, por ejemplo, lo que yo realmente pienso?

SEÑORITA EYNSFORD.—(*Riéndose.*) ¿Tan cínico es?

HIGGINS.—¡Cínico! ¡Yo no he dicho semejante cosa! ¡Lo que digo es que haría poco gracia!

SEÑORA EYNSFORD.—Creo que usted exagera.

HIGGINS.—Desengáñese, señora; todos, el que más y el que menos, somos unos salvajes. Creemos ser hombres civilizados y cultos, entender de poesía y filosofía, arte y ciencia, etcétera; pero la mayoría no sabemos ni la primera palabra de ello. (*A la SEÑORITA EYNSFORD.*) Vamos a ver: ¿qué sabe

usted de poesía? (*A la SEÑORA EYNSFORD.*) ¿Qué sabe usted de ciencia? (*Señalando a FREDDY.*) ¿Qué sabe ese joven de arte, de ciencia, de lo que sea? ¿Qué creen ustedes que yo sé de filosofía?

MISTRESS HIGGINS.—Y sobre todo, Enrique, de trato de gentes. (*La doncella aparece de nuevo y anuncia a la señorita ELISA DOOLITTLE. ELISA, deliciosamente trajeada, produce al entrar tal impresión de hermosura y distinción, que todos se levantan como cohibidos. Es un contraste enorme con la florista estrafalaria de antes. Guiada por la mirada de HIGGINS, se acerca a la señora de la casa, con gracia estudiada.*)

ELISA.—(*Con corrección pedantesca y hermosa cadencia de voz.*) ¿Cómo está usted, señora? Su señor hijo me dijo que usted me haría el honor de recibirme; así es que me he permitido...

MISTRESS HIGGINS.—(*Cordial.*) Tengo una verdadera satisfacción en conocerla.

PICKERING.—¿Cómo está usted, Elisa?

ELISA.—Bien, ¿y usted, coronel?

PICKERING.—Bien, gracias.

MISTRESS HIGGINS.—(*Presentando.*) Esta señora es mistress Eynsford Hill. Su hija Clara... Su hijo Freddy. (*Saludos mutuos. CLARA se sienta al lado de ELISA, en el sofá, y la mira con atención suma desde los pies a la cabeza. FREDDY, después de rondar solícito a ELISA, se sienta con aire de suficiencia en el sillón gótico.*)

HIGGINS.—(*De repente.*) ¡Calla, ahora recuerdo! (Todos le miran con sorpresa.) En el pórtico de San Pablo... (*En son de lamento.*) ¡Maldita casualidad!

MISTRESS HIGGINS.—¡Vamos, Enrique, repórtate! (*El está a punto de sentarse en el escritorio.*) Cuidado, hombre, no te sientes en mi escritorio, que lo vas a romper.

HIGGINS.—Dispensa, mamá. (*Va hacia el sofá, tropezando con el pico de la alfombra, y, desahogándose con sordas imprecaciones, concluye su desastroso trayecto dejándose caer en el sofá con tanta fuerza que lo hace crujir alarmanamente. Su madre le mira con severidad, pero se reprime y guarda silencio. Sigue una larga y penosa pausa.*)

MISTRESS HIGGINS.—(*Finalmente, para reanudar la con-*

versación.) Parece que el tiempo va a cambiar. No me chocaría que tuviésemos lluvia.

ELISA.—Las bajas presiones que predominan en las islas por toda la parte del Oeste y el canal, parece que tienen tendencia a correr hacia el Este. Por lo demás, el estado barométrico es bastante fijo, quitando un pequeño centro de perturbación por el Norte.

FREDDY.—¡Ja, ja, ja, ja, ja! ¡Qué gracia!

ELISA.—¿Qué le pasa a usted, caballero? Creo que no he dicho ningún disparate.

FREDDY.—Me hace la mar de gracia.

SEÑORA EYNSFORD.—Yo no creo que llueva. El cielo está muy limpio de nubes. Y es lástima, porque convendría un poco de lluvia. Hay que ver cuánta gente hay enferma a causa de esta sequía tan prolongada.

ELISA.—(*Sombria.*) Una tía mía se murió de la gripe. Por lo menos, así dijeron.

SEÑORA EYNSFORD.—(*Moviendo la cabeza y chascando la lengua en son de lástima.*) ¿Es cierto? ¡Pobrecilla!...

ELISA.—(*Con pronunciación muy pura y cadencia armónica.*) Sí, así dijeron; pero a mí no me la dan con queso. Para mí que cuando la estaban cuidando a la pobre, metieron la pata hasta el corvejón...

SEÑORA EYNSFORD.—(*Con extrañeza.*) No comprendo...

ELISA.—Sí, señora, como hay Dios. Mi tía, que en paz descansase, tenía mucha correa. Había pasado por muchas enfermedades: malos partos, una pulmonía, el cólico miserere, qué sé yo. Y tan tiesa. Mi padre siempre decía: "A ésta no la matan ni a tiros." Cuando lo del cólico sí creíamos que la dañaba. Parecía que estaba dando las boqueadas; pero mi padre le acercó una botella de aguardiente, y al momento ella volvió en sí, y pidió más, y si la dejan, no queda ni gota.

SEÑORA EYNSFORD.—(*Espantada.*) ¡Jesús! ¡Jesús!

ELISA.—(*Recalcando y cuidando cada vez más de su pronunciación.*) Nada, señora; lo que digo. Una mujer con esa fibra no se muere, así como así, de la gripe. Hace falta más para que la dañe. Sencillamente, que le hicieron la pascua en grande.

SEÑORA EYNSFORD.—¡La pascua! No entiendo nada.

HIGGINS.—(*Interviniendo.*) Quiere decir que precipitaron su muerte.

ELISA.—Luego arramblaron con todo. Su peina de concha, que a mí me hubiese tocado, no apareció. No apareció nada.

SEÑORA EYNSFORD.—(*Horrorizada.*) Pero ¿cree usted que mataron a su pobre tía?

ELISA.—¿Que si lo creo? ¡Cuando le digo que los que vivían con ella la hubiesen despachado para el otro mundo por un alfiler de sombrero! No digamos, pues, por una peina.

SEÑORA EYNSFORD.—De todos modos, lo que no me parece bien es que su padre de usted le diese aguardiente. ¡Por Dios, a una mujer gravemente enferma eso era matarla!

ELISA.—No lo crea. A ella bien le gustaba: más que la teta de su madre. ¡Luego, como también él estaba acostumbrado a la bala rasa!

SEÑORA EYNSFORD.—Pero ¿su padre bebía?

ELISA.—¡Ay mamá, que si bebía! Agarraba cada melopea que Dios tiritaba.

SEÑORA EYNSFORD.—¡Qué cosa más terrible para usted!

ELISA.—¡Quía, que se cree usted eso! Estando así era un alma de Dios. Le daba por tener contento a todo el mundo. A los chicos nos daba los cuartos que le habían quedado. Con mi madre se ponía la mar de amable. Tanto es así, que cuando ella le veía de mal humor, le daba un chelín y le decía: "Anda, hombre, vete a tomar unas copas a ver si te pones de mejor genio." ¡Cuánta más felicidad habría en los hogares si todas las señoras siguiesen ese método y tratasen de emborrachar a sus maridos! (*A FREDDY, que lucha desesperadamente por no soltar carcajadas estrepitosas.*) ¿Qué le pasa a usted, joven? Parece que me está usted tomando la melena.

FREDDY.—Me hace mucha gracia. Había oído decir que en la alta sociedad se usa ahora el lenguaje de las clases populares como diversión. Ahora, nunca creí que una persona de la categoría de usted lo pudiese imitar tan perfectamente. ¡Qué bien lo hace usted!

ELISA.—Si lo hago bien, no sé a qué viene el reírse tanto. (*A HIGGINS.*) ¿He dicho algo que no sea conveniente?

MISTRESS HIGGINS.—(*Interviniendo.*) Nada, hija mía; ha estado usted muy bien.

ELISA.—Favor que usted me hace, señora. (*Expansiva.*) Lo que digo yo siempre es...

HIGGINS.—(*Mirando el reloj y levantándose.*) ¡Ejem!

ELISA.—(*Mirándole de repente y comprendiendo la indicación.*) Pero ¿en qué estoy pensando? Señores, tendría mucho placer en seguir tan agradable compañía; pero no tengo más remedio que despedirme. (*Va hacia MISTRESS HIGGINS y luego a los demás.*) Tanto gusto... Reconózcame como a una verdadera amiga.

MISTRESS HIGGINS.—Ya sabe dónde me tiene a su disposición.

ELISA.—Gracias, señora. Adiós, coronel Pickering.

PICKERING.—Adiós, miss Doolittle. (*Se dan la mano.*)

ELISA.—(*Inclinándose hacia los demás.*) Adiós, señoras, señores.

FREDDY.—(*Abriéndole la puerta.*) Si va usted a tomar por el parque, miss Doolittle, permítame que la acompañe un trecho.

ELISA.—¡Pa chasco! ¡Nipis! (*Sensación.*) Yo voy a agarrar un taxi. (*Sale. PICKERING, estupefacto, se sienta. FREDDY va al balcón para seguir a ELISA con la vista.*)

SEÑORA EYNSFORD.—(*Escandalizada.*) Señores, digan lo que quieran, estos modales de ahora no me gustan, no me gustan.

SEÑORITA EYNSFORD.—(*Sentándose bruscamente en el sofá.*) Pero, mamá, ¡qué cosas tienes! Van a creer que nunca nos tratamos con la gente bien si te muestras tan anticuada.

SEÑORA EYNSFORD.—Yo seré muy anticuada, hija mía; pero espero que tú no uses ese lenguaje. ¡Qué barbaridad! ¡Jesús! Concedo que las jóvenes de hoy no sean tan remilgadas como lo hemos sido las de mi tiempo; pero, vamos, esto ya pasa de la raya. ¿No le parece a usted, señor Pickering?

PICKERING.—A mí no me pregunte, señora. He estado fuera de mi país muchos años, y mientras tanto, las maneras han cambiado mucho. Hasta el punto de que, a veces, estando en una reunión, me pregunto si estoy entre personas bien educadas o en un cuerpo de guardia.

SEÑORITA EYNSFORD.—Todo es acostumbrarse. Yo creo que no hay nada chocante en ese modo de hablar... Luego, es tan expresivo, tan pintoresco... Por mi parte, me encanta.

SEÑORA EYNSFORD.—(*Levantándose.*) Vaya, yo creo que ya es tiempo de que nos despedamos de estos señores. (HIGGINS y PICKERING *se levantan.*)

SEÑORITA EYNSFORD.—(*Levantándose.*) Es verdad; todavía tenemos que hacer tres visitas más. (A MISTRESS HIGGINS.) Señora, muchas gracias por su amable recepción. (A HIGGINS y PICKERING.) Caballeros, he tenido una verdadera satisfacción.

HIGGINS.—(*Acompañándola hasta la puerta, con sonrisa socarrona.*) Adiós, señorita. No lo dude usted: aquel lenguaje es lo más "chic" y lo más "smart" que se usa ahora. Usted no haga caso. Uselo en todas sus visitas y tendrá un éxito seguro: dará usted el golpe.

SEÑORITA EYNSFORD.—(*Sonriendo.*) Lo sé de sobra. Yo tengo mucho pesquis, mucho quinqué. Yo díquelo.

HIGGINS.—Y que lo diga. ¡Anda la vértiga!

SEÑORITA EYNSFORD.—¡Vaya al cuerno la ñoñez de la gente antigua! Hay que ser de su tiempo, ¡caray!

SEÑORA EYNSFORD.—(*Sumamente abochornada.*) ¡Por Dios, hija!

SEÑORITA EYNSFORD.—¡Ja, ja, ja! (*Sale radiante, convencida de estar a la última, y se la oye cómo se aleja lanzando carcajadas y voces escandalosas.*)

FREDDY.—(*Entusiasmadísimo.*) Yo les digo a ustedes... (*No prosigue por temor a cometer una incorrección. Se acerca a la señora HIGGINS para despedirse.*) Señora, mil gracias por su amable recepción.

MISTRESS HIGGINS.—Ya sabe usted, Freddy, que tengo mucho gusto en verle por aquí. Y esa señorita, ¿qué tal le ha parecido?

FREDDY.—A mí, encantadora, graciosísima, resaladísima.

MISTRESS HIGGINS.—Bien, bien, joven. Ya sabe usted el día que recibo. Cuando usted guste...

FREDDY.—Un millón de gracias, señora. No faltaré. Adiós. (*Saliendo.*) Mamá, vamos ya; Clara se está poniendo el sombrero.

MISTRESS HIGGINS.—Adiós, Freddy.

HIGGINS.—Adiós, joven.

SEÑORA EYNSFORD.—Señores, he tenido tanto gusto. Clara me está esperando. ¡Qué loca es! Ustedes perdonen.

MISTRESS HIGGINS.—No haga usted caso. La juventud de hoy, ya se sabe, no es como la de nuestro tiempo.

SEÑORA EYNSFORD.—Ya lo sé. Pero, vamos, yo no puedo acostumbrarme a ese modo de ser. Clara siempre me está reconviendo... (*Se la oye continuar hablando en el pasillo, adonde la acompaña MISTRESS HIGGINS. Esta, luego, vuelve a entrar. En cuanto reaparece, HIGGINS la coge del talle riendo y la obliga a sentarse a su lado en el sofá.*)

HIGGINS.—Vamos, mamáita, di la verdad: ¿es presentable o no es presentable Elisa?

MISTRESS HIGGINS.—Enrique, Enrique, no seas tonto. ¡Qué ha de ser presentable! Confieso que gracias a tus lecciones y gracias al arte del modista puede pasar; pero dice cada cosa... ¡Vamos!

PICKERING.—Eso sí; su lenguaje se resiente todavía algo del ambiente en que se ha criado.

HIGGINS.—Pues están ustedes equivocados. Su lenguaje es el que ahora priva en la así llamada buena sociedad.

MISTRESS HIGGINS.—En fin, una vez más se puede decir que los extremos se tocan. Está visto que esas exquisiteces no se han hecho para los que no somos "ni chicha ni limoná", como tal vez diría aquella muchacha. Pero dejemos eso. Cuénteme algo de su vida y de lo que hacen.

PICKERING.—Ya sabe usted que me he instalado en casa de Enrique. Estudiamos juntos los dialectos de la India y la fonética; es más cómodo que...

MISTRESS HIGGINS.—Lo sé, lo sé... Pero ¿dónde vive la muchacha?

HIGGINS.—¿Elisa? Con nosotros, claro está. ¿En dónde había de vivir, si no?

MISTRESS HIGGINS.—Bien; pero ¿en calidad de qué? ¿De sirvienta, de empleada, o de qué?

PICKERING.—(*Con voz algo cohibida.*) Creo que adivino lo que quiere usted decir, señora.

HIGGINS.—Pues yo, ¡maldito! El caso es bien claro. Yo

he tenido que trabajar a diario durante algunos meses con esa muchacha para hacer de ella lo que es hoy. Y, además, la chica es útil. Me tiene la casa muy arreglada; con ella cada cosa está en su sitio; lleva, como dice, mis libros.

MISTRESS HIGGINS.—¿Y cómo se lleva con mistress Pearce, tu ama de llaves?

HIGGINS.—Divinamente. ¡Poco contenta que está la buena señora de haber hallado tan valiente ayuda! Ya no tiene que romperse la cabeza para tener en orden mis cilindros y mis apuntes. Está chiflada por Elisa. No cesa de cantar sus alabanzas. Se pasa el día diciendo: “¡Lo que es esa chica, señor!”

PICKERING.—Sí, ésta es su fórmula: “¡Lo que es esa chica, señor!”

HIGGINS.—Por cierto que no necesita recordarme a la tal chica. ¡Menuda tarea la mía con dedicarme a reformar sus vocales y consonantes, y con observar sus labios, sus dientes, su lengua y..., lo que es más complicado..., su alma!

MISTRESS HIGGINS.—La verdad es que parecen ustedes un par de chiquillos jugando con una muñeca.

HIGGINS.—¡Jugando! No lo creas. Es la tarea más difícil que he emprendido en mi vida. No confundas, mamá. No puedes figurarte lo interesante que es tomar a un ser humano y transformarlo en otro ser, creando para él un nuevo modo de expresarse. Equivale a rellenar el abismo más profundo que separa unas de otras a las diferentes clases de la sociedad y a las diferentes almas.

PICKERING.—(Acercando su silla a la de MISTRESS HIGGINS y prosiguiendo con gran animación.) Sí, señora; es enormemente interesante. Le aseguro que es muy seria nuestra ocupación con Elisa. Cada semana, estoy por decir cada día, se observa en ella algún cambio. (Acercándose todavía más.) Vamos registrando exactamente todos los progresos, tomamos docenas de fotografías, impresionamos centenares de cilindros...

HIGGINS.—(Asaltándola por el otro oído.) Sí, mamá, es el experimento más absorbente que te puedes imaginar. Puede decirse que no hacemos otra cosa que ocuparnos de Elisa.

PICKERING.—Todo el día estamos hablando de Elisa.

HIGGINS.—Enseñando a Elisa.

PICKERING.—Corrigiendo a Elisa.

HIGGINS.—Perfeccionando a Elisa.

PICKERING.—Vistiendo a Elisa.

MISTRESS HIGGINS.—¡¡Qué!!

HIGGINS.—Transformando a Elisa.

PICKERING e HIGGINS.—(Hablando atropelladamente y a la vez.) Tiene un oído maravilloso... Te aseguro que esa chica... Lo mismo que un loro... Parece mentira; es un genio... La hemos enseñado a pronunciar cuantos sonidos existen en la lengua humana... La hemos llevado a los conciertos clásicos... En los dialectos africanos, hotentotes, zulúes, cafres... A la opereta, y todo se le fija en la memoria; es increíble... Sonidos que otra persona tardaría años en aprender... Lo mismo le da Beethoven y Mozart que Lehar y Strauss... Vaya un órgano fonético el suyo... Aunque hace tres meses no sabía lo que era un piano...

MISTRESS HIGGINS.—(Tapándose los oídos con las manos.) ¡Por Dios! ¡Por Dios! ¡Me van a volver loca! (Los dos se interrumpen de pronto.)

HIGGINS.—La verdad es que, cuando se entusiasma Pickering, no hay medio de meter baza.

PICKERING.—Pero si estoy callado. Hable lo que quiera.

MISTRESS HIGGINS.—Escúchenme un momento. Hay que resolver un problema.

PICKERING.—Ya sé. El de cómo se la ha de presentar como aristócrata.

HIGGINS.—No hay que preocuparse. Ya lo tengo resuelto.

MISTRESS HIGGINS.—Pero, señores, ustedes todo se lo dicen y todo se lo contestan. A lo que me refiero es a un problema completamente distinto.

HIGGINS.—Tú dirás.

MISTRESS HIGGINS.—El problema está en saber qué se hará con esa muchacha una vez terminado vuestro experimento.

HIGGINS.—¿Qué tenemos que ver con eso? Hará lo que le parezca. Disfrutará las ventajas que le he proporcionado.

MISTRESS HIGGINS.—Pero, hombre, no digas disparates. ¿Qué ventajas son ésas? En el momento que tenga que ganarse la vida, ¿de qué le servirán las maneras y el modo de expresarse que le hayas enseñado?

HIGGINS.—(*Tarareando un aria de "La Fanciulla del Oeste dorado". Se interrumpe bruscamente.*) ¿Dónde están mis zapatillas? (ELISA le mira sombría, luego se levanta de repente y sale de la habitación. HIGGINS vuelve a tararear, después de bostezar ampliamente. PICKERING vuelve con el contenido del buzón.)

PICKERING.—Sólo hay circulares y esta esquelita amorosa para usted. (*Tira las circulares dentro de la chimenea, le da la carta a HIGGINS y se coloca de espaldas a la chimenea.*)

HIGGINS.—(*Mirando la carta.*) Algún sablazo, como si lo viera. (*Tira la carta a la chimenea. ELISA vuelve con un par de enormes zapatillas, las coloca en la alfombra delante de HIGGINS y se vuelve a sentar silenciosa.*)

HIGGINS.—(*Bostezando nuevamente.*) ¡Dios mío, qué noche! ¡Cuánta gente! ¡Y cuánta idiotez! (*Levanta el pie para desatarse el calzado y ve con sorpresa las zapatillas.*) Pero ¿qué es eso? ¿Mis zapatillas están aquí?

PICKERING.—(*Estirándose.*) ¡Caramba! Estoy algo cansado. Ha sido una jornada de prueba. Primero la "garden-party"; luego, la cena; finalmente, la ópera; son muchas cosas. Pero usted ha ganado la apuesta. Elisa se presentó prefectamente y ha dado el timo a todos.

HIGGINS.—(*Fervoroso.*) ¡Gracias a Dios que se acabó! (ELISA se estremece violentamente; pero ellos no lo notan, y ella recobra la calma y su aparente impasibilidad.)

PICKERING.—En la "garden-party", confieso que yo no las tenía todas conmigo. Elisa, en cambio, parecía muy tranquila.

HIGGINS.—Sí, sí; estaba muy segura de sí misma. La verdad, si no es por la negra honrilla, no llevo la broma hasta el final. Pero, en fin, me había empeñado en ello, y por eso la llevé adelante. Al principio, mientras estuvimos en la parte fonética, la cosa me interesó; pero luego me fué pesando lo indecible. Lo dicho: de no haber sido por el empeño, lo hubiese abandonado todo a los dos meses de empezar.

PICKERING.—La "garden-party", con tanta gente de la alta aristocracia; hay que confesarlo, fué una prueba emocionante. Yo temblé...

HIGGINS.—Yo también, un poco, pero sólo durante los tres primeros minutos. Cuando vi que llevábamos las de ga-

nar con toda seguridad, casi me empecé a aburrir. Durante el banquete sí que me aburrí de verdad. A mí me revientan sobre manera esas cosas. Estése usted ahí tragando durante más de una hora, sin más remedio que oír sandeces a diestro y siniestro. Le aseguro a usted, Pickering, que no me vuelven a cojer en otra. Una vez y no más. No haré más duquesas ponzizas.

PICKERING.—Usted, amigo mío, no está hecho a la vida de sociedad. Hay que acostumbrarse a todo. (*Yendo hacia el piano.*) A mí, por mi parte, no me disgusta asomarme de cuando en cuando a la vida del así llamado gran mundo. Parece que me rejuvenece. De todos modos, ha sido un gran éxito, un inmenso éxito. Dos o tres veces casi me asusté al ver que Elisa lo hacía tan bien. Tenga usted en cuenta que mucha gente aristocrática no sabe conducirse en sociedad; es tan necia, que se figura que el "chic", digamos el estilo, es innato, y así nunca aprende. Hay que desengañarse; en todo lo que se hace verdaderamente bien, hay algo de profesional.

HIGGINS.—Tiene usted razón; hay pocos que saben ser lo que son. (*Levantándose.*) En fin, ya se acabó, y ahora me puedo ir a la cama sin temer el mañana. (*La expresión de ELISA se hace más sombría aún.*)

PICKERING.—Pues yo voy a hacer otro tanto. Buenas noches, que ustedes descansen. (*Vase.*)

HIGGINS.—(*Yendo detrás de él.*) Buenas noches, Pickering. (*En la puerta, volviendo un poco la cabeza.*) Apaga, Elisa, y dile a mistress Pearce que no haga café para mí mañana; tomaré té. (*Vase. ELISA se esfuerza por contenerse y aparentar indiferencia al levantarse y acercarse a la chimenea para apagar las luces. Está a punto de gritar. Se sienta en el sillón y agarra con manos crispadas los brazos del mismo. Finalmente, sin poder resistir más, se abandona a la mayor desesperación, dejándose caer en el suelo, donde se revuelve furiosamente.*)

HIGGINS.—(*Malhumorado, fuera.*) Pero ¿qué demonios he hecho yo de mis zapatillas? (*Vuelve a entrar.*)

ELISA.—(*Coge las zapatillas, se incorpora y se las tira, una tras otra, con toda su fuerza.*) Ahí tiene usted sus zapatillas. Tome, tome. ¡Maldita sea!

HIGGINS.—(Estupefacto.) Pero ¿qué te pasa? ¡Vamos, arriba! (La levanta.) ¿Qué es eso?

ELISA.—(Fadante.) Ya estará usted satisfecho. Le he hecho ganar la apuesta, esto basta. De mí, claro está, no importa nada.

HIGGINS.—¡Que me has hecho ganar la apuesta! ¡Vamos, habrá desfachatez! Pero habla: ¿a qué viene eso de tirarme las zapatillas?

ELISA.—Porque sí, porque le aborrezco, porque quisiera matarle, porque me ponen fuera de mí su brutalidad y su egoísmo... ¿Por qué no me dejó donde estaba, en el arroyo? Ahora se alegra usted de que ya se acabó el experimento y me puede volver a arrojar al arroyo. (Sus dedos se crispaban, frenéticos.)

HIGGINS.—(Mirándola con fría extrañeza.) Parece que la niña está nerviosa. (ELISA lanza un rugido sofocado, e instintivamente blande las uñas hacia su cara. HIGGINS, cogiéndola de las muñecas, dice:) Vamos, ahora quiere arañar la gata rabiosa. Cuidado con lo que se hace, ¡eh! ¡A sentarse y a estarse quieta! (La tira brutalmente al sillón.)

ELISA.—(Aniquilada.) ¡Dios mío!... ¡Dios mío! ¿Qué va a ser de mí? ¿Qué va a ser de mí?

HIGGINS.—¿A mí qué me preguntas? ¿Qué tengo yo que ver con lo que va a ser de ti?

ELISA.—Ya lo sé, ya lo sé. No le importo yo un ápice. No le importaría ni verme morir. Soy yo menos que esas zapatillas "pa" usted.

HIGGINS.—(Con voz de trueno.) "Para" usted.

ELISA.—(Sumisa.) Para usted. Creí que ya daba lo mismo. (Pausa. ELISA, silenciosa, con la cara hundida sobre el pecho. HIGGINS se sienta, algo incómodo.)

HIGGINS.—(Lo más suave que puede.) Vamos, mujer, no seas tonta. Habla con franqueza. ¿Tienes alguna queja del trato que se te da aquí?

ELISA.—No, ninguna.

HIGGINS.—¿Te ha faltado alguien? ¿Pickering, mistress Pearce, alguien de la servidumbre?

ELISA.—No, nadie.

HIGGINS.—Supongo que no dirás que yo me he portado mal contigo.

ELISA.—No.

HIGGINS.—Vamos, menos mal. (Modifica su tono.) Pero ya veo: lo que a ti te pasa es que estás cansada después de los trabajos del día. ¿Quieres un poco de champaña? (Va hacia la puerta.)

ELISA.—No. (Luego, con más cortesía.) Se lo agradezco.

HIGGINS.—(Otra vez de buen humor.) Se comprende, caramba. Ha sido una faena muy dura. Sobre todo, lo de la "garden-party". Pero ya pasó, niña. (Dándole golpecitos cariñosos en el hombro, que a ella la hacen estremecer.) Ya no hay que apurarse.

ELISA.—Sí, ya pasó para usted. (Se levanta de repente y, atravesando rápidamente la habitación, va hacia el piano y se sienta en el taburete, hundiendo la cara en las manos.) ¡Dios mío, quisiera estar muerta!

HIGGINS.—(Con sincera sorpresa.) Pero ¿qué dices? ¡Muerta! ¿Por qué? (Acercándose a ella, con tono dogmático.) Mira, Elisa: toda esa excitación es puramente subjetiva.

ELISA.—No entiendo; soy demasiado ignorante.

HIGGINS.—Quiero decir que obedece a figuraciones tuyas. Nerviosidad, hija del cansancio. No ha pasado nada. Nadie te ha dado motivos de queja. Ahora vas a la cama y duermes bien, y mañana será otro día.

ELISA.—Sí, otro día. (Con desesperación.) Pero yo no sé lo que voy a hacer. No sé para lo que voy a valer.

HIGGINS.—(Queriendo comprender ya.) ¿Eso es lo que te apura? Vamos, parece mentira. (Se pasea por la habitación, en su manera habitual, con las manos en los bolsillos, y haciendo sonar sus llaves y monedas, como quien no se preocupa de nada.) No tienes que preocuparte. Ya te colocarás de un modo u otro; aunque, vamos, creo que esto no corre prisa. (Ella levanta bruscamente la cabeza para mirarle; él no la mira y se fija en una manzana del plato de fruta y la coge para comerla.) ¿No estás bien en mi casa?... Luego tú, claro, te casarás. (Da un mordisco a la manzana y mastica ruidosamente.) No creas que todos los hombres son solterones empedernidos, como Pickering y yo. Casi todos se casan, ¡desgra-

ciados! Tú no eres fea; da gusto mirarte algunas veces...; ahora, no, que estás muy fea llorando y rabiando. Así, pues, lo dicho: vete a la cama, descansa y tranquilízate, reza tus oraciones y duerme...; y mañana te miras en el espejo, y verás cómo tengo razón. (ELISA le mira nuevamente, sin pronunciar una palabra y sin moverse. La mirada es inútil, pues él, abstraído, come su manzana con fruición. HIGGINS, creyendo tener una feliz ocurrencia dice:) Mi madre, que se pirra por concertar matrimonios, seguramente te encontrará algún buen partido.

ELISA.—Eso ya me lo dijo usted en el coche, cuando pasamos por la calle de Tottenham Court.

HIGGINS.—Pero vamos a ver: ¿tú qué opinas?

ELISA.—Yo vendía flores, pero no me vendo a mí misma. Ahora que usted me ha hecho una señorita, ya no soy capaz de vender cosa alguna. ¡Ojalá me hubiese usted dejado donde yo estaba!

HIGGINS.—(Tragando el último pedazo de manzana.) No digas vulgaridades, como eso de venderse a sí misma, hija. Son cosas de novelas de folletín. Si no te gusta casarte, te quedas soltera y punto concluido.

ELISA.—Pero esto no me dice qué podré hacer.

HIGGINS.—La mar de cosas. A propósito: ¿y tu antigua idea de estar al frente de una tienda de flores? Pickering te puede establecer; tiene una barbaridad de dinero. (Riéndose.) Menuda cuenta tendrá que abonar por todo lo que has llevado encima de tu personita hoy. Con el alquiler de las joyas, no bajará de doscientas libras. Ya ves: hace seis meses ni soñabas con que podías tener una tienda de flores tuya. Vamos, chica, alégrate y deja de preocuparte. Yo me voy a la cama; tengo un sueño que me caigo. ¿Para qué he entrado yo? Algo se me había olvidado.

ELISA.—Sus zapatillas.

HIGGINS.—¡Ah, sí, es verdad! Me las tiraste a la cabeza. (Las recoge y hace ademán de salir, cuando ella se levanta con aire solemne.)

ELISA.—Antes que se vaya, caballero...

HIGGINS.—(Dejando, de la sorpresa, caer las zapatillas.) ¡Caballero!

ELISA.—...Deseo saber si mi ropa me pertenece o es del coronel Pickering.

HIGGINS.—(Volviendo a entrar del todo, cada vez más sorprendido.) ¿Para qué demonios puede hacerle falta al coronel tu ropa?

ELISA.—Tal vez para la próxima muchacha que recojan ustedes para sus experimentos.

HIGGINS.—(Muy ofendido y dolorido.) ¡Así es como piensas de nosotros!

ELISA.—Dejémonos de conversaciones. Lo que quiero saber es si algo de lo que llevo encima es mío. Al entrar yo aquí, mi ropa fué quemada.

HIGGINS.—Pero ¿qué importa? ¿A qué viene fastidiar con eso a estas horas?

ELISA.—Tengo que saber lo que puedo llevarme y lo que no. No quiero que luego me llamen ladrona.

HIGGINS.—(Nuevamente muy dolorido.) ¡Ladrona! Mujer, no hables así; no está bien.

ELISA.—Lo siento, pero no tengo más remedio que dejar las cosas perfectamente claras. No me hago ilusiones; sé que no soy nadie, y que no puede haber nada común entre una persona como usted y una muchacha vulgar e ignorante como yo. Dígame, pues, lo que me puedo llevar y lo que no.

HIGGINS.—(Muy enfadado.) Llévate, con mil demonios, toda la casa, si quieres. Excepto las joyas, que son alquiladas. ¿Estás satisfecha ahora? (Le vuelve la espalda y se marcha lleno de ira.)

ELISA.—(Complaciéndose en irritarle cada vez más.) Dispense un momento. (Se quita las joyas.) Lleve esto a su cuarto y guárdelo. No quiero que luego falte algo y se me eche la culpa a mí.

HIGGINS.—(Furioso.) Pues vengan. (Ella se las pone en la mano.) Si fueran mías en vez de ser del joyero, te las hacía tragar todas. (Se mete descuidadamente las joyas en los bolsillos, adornándose, sin saberlo, con las cadenas que cuelgan por fuera.)

ELISA.—(Quitándose una sortija.) Esta sortija no es del joyero, es la que compró usted en Brighton. Tome. (HIGGINS

tira la sortija con violencia a la chimenea y se vuelve hacia ella tan amenazador, que ella se deja caer sobre el piano, tapándose la cara con las manos y gritando:) ¡No me pegue, no me pegue!

HIGGINS.—¡Pegarte! Infame criatura, ¿cómo te atreves a creermee capaz de semejante acción? Tú eres la que me ha herido a mí en lo más profundo.

ELISA.—(Con alegría contenida.) Me alegro, me alegro; bastante me ha hecho sufrir a mí...

HIGGINS.—(Con calma y dignidad.) Muchacha, me sacaste de mis casillas, cosa que hasta ahora nunca me había sucedido. Ya basta. No prosigamos; me voy a la cama.

ELISA.—(Desvergonzada.) Bien; pero no estará de más dejar una nota para mistress Pearce tocante al desayuno, porque yo no le hablaré.

HIGGINS.—(Con concentrada rabia.) Que vaya al demonio mistress Pearce, y maldito sea el desayuno, y maldita tú, y maldito yo por haberme distraído de mis estudios ocupándome con una chicuela del arroyo, deslenguada y sin corazón. (Vase, dando un portazo tremendo. ELISA sonríe por primera vez. Luego expresa sus sentimientos con una viva pantomima, en la que la salida de HIGGINS se confunde con su propio triunfo, y finalmente, se tira de rodillas delante de la chimenea para buscar su sortija, y, al encontrarla, lanza una exclamación de alegría y la guarda en el pecho.)

TELÓN

ACTO QUINTO

Salón en casa de MISTRESS HIGGINS, quien está sentada ante su escritorio, como antes. Entra una DONCELLA.

DONCELLA.—(En la puerta.) Señora, abajo está míster Harry con el señor Pickering.

MISTRESS HIGGINS.—Bien, que suban.

DONCELLA.—Están telefoneando, si no estoy equivocada, a la Jefatura de Policía.

MISTRESS HIGGINS.—¡Cómo!

DONCELLA.—(Entrando y bajando la voz.) Míster Harry está muy excitado, señora. Por eso me he permitido entrar para advertírselo.

MISTRESS HIGGINS.—No me choca en él. Tiene un genio imposible. Dígales que suban cuando concluyan de telefonar. Supongo que se le habrá perdido algo.

DONCELLA.—Bien, señora. (Vase.)

MISTRESS HIGGINS.—(Antes que la DONCELLA haya salido.) Oiga: vaya usted a mi gabinete y dígale a miss Doolittle que míster Harry y míster Pickering están aquí y que no entre hasta que yo le mande aviso.

DONCELLA.—Bien, señora. (HIGGINS entra precipitadamente. Está, como dijo la DONCELLA, muy excitado.)

HIGGINS.—Mira, mamá, esto es un fastidio.

MISTRESS HIGGINS.—Sí, hijo. Vamos; buenos días. (El reprime su impaciencia y la besa, mientras la DONCELLA sale.) Cuéntame: ¿qué pasa?

HIGGINS.—Pues que Elisa ha desaparecido.

MISTRESS HIGGINS.—La habrás asustado.

HIGGINS.—¡Asustarla yo! ¡Qué cosas tienes! Anoche la dejé encargada de apagar las luces y de otras menudencias; pero en vez de ir a la cama, como yo creía, se mudó de ropa y se fué de casa. Su cama está intacta. Luego se presentó

en mi casa, en un coche de punto, a las siete de la mañana, para recoger sus cosas, y la idiota de mistress Pearce la dejó hacer, sin avisarme. ¿Qué tengo yo que hacer ahora?

MISTRESS HIGGINS.—Pues nada. La muchacha tiene derecho a vivir donde le parezca.

HIGGINS.—Pero a mí me trastorna eso horriblemente. No encuentro mis notas y apuntes, ni nada. Yo no sé... (PICKERING entra. MISTRESS HIGGINS deja la pluma sobre la mesa y se vuelve de espaldas al escritorio.)

PICKERING.—(Dándole la mano.) Buenos días, mistress Higgins. ¿Cómo está usted? Ya le habrá contado Enrique lo que pasa. (Se sienta en el sofá.)

HIGGINS.—¿Qué dice ese animal de comisario? Le habrá ofrecido usted una gratificación.

MISTRESS HIGGINS.—(Levantándose muy asustada.) ¡Por Dios! Enrique, supongo que no se te habrá ocurrido lanzar a la Policía en busca de Elisa.

HIGGINS.—Claro que sí. ¿Para qué sirve la Policía, si no? No veo otro medio. (Se sienta en un sillón.)

PICKERING.—El comisario puso una infinidad de dificultades. Se me figura que nos atribuye propósitos algo equívocos.

MISTRESS HIGGINS.—No me extraña. ¿Qué derecho tienen ustedes a dar a la Policía el nombre de la chica, como si se tratase de una ladrona o de un paraguas perdido o cosa por el estilo? Vamos, señores, que ustedes no lo han pensado bien. (Se vuelve a sentar, muy contrariada.)

HIGGINS.—Pero necesitamos encontrarla.

PICKERING.—Comprenda usted, señora, que no podemos consentir que se vaya de esta manera. ¿Qué habíamos de hacer?

MISTRESS HIGGINS.—¡Hombre! Parecen ustedes dos criaturas. Porque... (Entra la DONCELLA e interrumpe la conversación.)

DONCELLA.—Míster Harry, ahí hay un caballero que desea hablarle para un asunto particular. Dice que viene de su casa.

HIGGINS.—Ahora no estoy para nadie. ¿No ha dicho cómo se llama?

DONCELLA.—Dijo que era míster Doolittle.

HIGGINS.—¡Míster Doolittle! ¿Es acaso un traperero?

DONCELLA.—No, señor; es un caballero.

HIGGINS.—Oiga usted, Pickering: me da el corazón que será algún pariente de ella, a cuya casa habrá ido; algún desconocido para nosotros. (A la DONCELLA.) Dígale que pase, en seguida.

DONCELLA.—Voy, voy. (Vase.)

HIGGINS.—(Acercándose a su madre.) ¡Vaya con la parentela! A ver si ahora sabemos algo. (Se sienta en el sofá.)

MISTRESS HIGGINS.—¿Conoces a alguien de su familia?

HIGGINS.—Sólo a su padre, aquel tipo del que te he hablado.

DONCELLA.—(Anunciando.) Míster Doolittle. (Se retira. Entra DOOLITTLE muy bien trajeado. Lleva un elegantísimo chaqué negro, un chaleco blanco conmovedor y pantalones color avellana. En el ojal, una flor; un sombrero hongo flamante y botas de charól relucientes. Está tan preocupado con el asunto que le trae, que no repara en MISTRESS HIGGINS y va derecho a MÍSTER HIGGINS, dirigiéndose a él con vehemente acento.)

DOOLITTLE.—(Señalándose, con amplio ademán.) Miré usted aquí. ¿Ve usted esto? Pues el autor de ello es usted.

HIGGINS.—¿El autor de qué?

DOOLITTLE.—¿Ve usted? Este chaleco, esta cadena, estas sortijas, este calzado, este chaqué...

HIGGINS.—Ya veo. Elisa le habrá comprado ropa.

DOOLITTLE.—¿Qué Elisa ni qué ocho cuartos? ¿Por qué había ella de comprarme ropa?

MISTRESS HIGGINS.—Buenos días, míster Doolittle. ¿Quiere usted tomar asiento?

DOOLITTLE.—(Cohibido, al ver que ha cometido una indiscreción.) Dispense usted, señora; estaba tan distraído que no reparé en usted. ¿Cómo sigue usted y la familia? Con su permiso. (Se sienta en el sofá.) Estoy loco con lo que me ha pasado.

HIGGINS.—Pero ¿qué demonios le ha pasado a usted?

DOOLITTLE.—Calle, hombre, calle; no es para menos. Que le toque a uno la lotería o le coja a uno un tranvía, no

tiene mayormente nada de particular. ¡Pero esto, esto, vamos! Y usted tiene la culpa de todo.

HIGGINS.—Pero desembuche de una vez, hombre de Dios. ¿Es que ha encontrado usted a Elisa?

DOOLITTLE.—¡Otra! Pero ¿es que se ha perdido?

MISTRESS HIGGINS.—Díganos: ¿de qué tiene mi hijo la culpa?

DOOLITTLE.—Sí, señora, como suena. Tiene la culpa de la pérdida de mi felicidad.

MISTRESS HIGGINS.—¿Cómo es eso?

HIGGINS.—Usted está chiflado... o borracho. Le di a usted cinco libras para que se divertiera. Luego me pegó usted otros dos sablazos de a libra, y son las tres únicas veces que le eché la vista encima.

DOOLITTLE.—Yo no estoy loco ni borracho, y sé lo que me digo. A ver: ¿no se carteaba usted con un viejo americano, chiflado, que daba cinco millones de libras esterlinas para fundar sociedades de reforma moral, y le había encargado a usted inventar un lenguaje universal?

HIGGINS.—¡Ah, el señor Ezra Wannafeller! Pues murió. *(Se vuelve a sentar, despreocupado.)*

DOOLITTLE.—Sí, se murió y a mí me mató.

HIGGINS.—No comprendo.

DOOLITTLE.—¿Es verdad o no es verdad que un día le escribió usted a ese buen señor que el moralista más original que existía actualmente en Inglaterra, por cuanto sabía usted, era Alfredo Doolittle, un simple barrendero?

HIGGINS.—Hombre, es verdad, no puedo negarlo. Ahora recuerdo que después de la última conversación que sostuvimos usted y yo me permití gastarle a ese señor esa bromita.

DOOLITTLE.—¡Ah! Llama usted a eso una bromita; pues yo le llamo una broma pesada. Aquel caballero vió en ello una magnífica ocasión para demostrar que los del Nuevo Mundo no son como nosotros, y saben reconocer y premiar el mérito en todas las clases sociales, por humildes que sean. Y, ¡zas!, en su testamento me dejó una manda que representa una renta de tres mil libras, con la condición de que yo funde aquí una liga de reformas morales y pronuncie

seis veces al año discursos de propaganda. Le digo a usted que me ha reventado.

HIGGINS.—*(Riéndose.)* Diga usted que le han cazado con liga. De todos modos, tiene gracia la cosa.

DOOLITTLE.—Pues a mí me hace muy poca. No es que me asuste el pronunciar discursos. Como no entiendo una jota del asunto, tengo probabilidades muy grandes de tratarlo con gran elocuencia. Lo que me horroriza es haber llegado a ser un caballero. ¡Ay, lo que supone eso! Antes yo era libre y dichoso. Cuando me hacía falta dinero, sableaba a cualquiera, como le sableé a usted, mister Higgins. Ahora soy yo el sableado. Desde que se sabe lo que me aconteció, todo el mundo me viene con peticiones. ¡Cómo cambian los tiempos! Antes, cuando estaba enfermo, los médicos se daban prisa en darme de alta y echarme del hospital. Ahora dicen que no puedo disfrutar de buena salud si no me examinan a diario. En mi casa ya no me dejan poner la mano en nada. Están acechándome para quitarme cualquier trabajo, claro que con su cuenta y razón. No creí nunca que había tantos gorriones en el mundo. Hace poco no tenía ni un solo pariente en el mundo, con excepción de dos o tres lejanos, que no querían trato alguno conmigo. Ahora tengo parientes por docenas, todos muy amables y muy cariñosos... y muy necesitados. Los lazos de la familia, ¡qué dulces son! A propósito: ¿no dijo usted antes que se le había perdido Elisa? No se apure; apostaría a que a estas horas está llamando en mi casa a ver si su querido padre hace algo por ella. Antes, claro está, no me necesitaba para nada. Pero, en fin, vamos al grano. Yo a lo que he venido es a ver si me enseña a hablar correctamente. Ahora que soy un caballero, tengo que aprender la lengua de la gente fina. ¡A mis años, parece mentira! Y todo por culpa de usted. Si no es por la maldita carta que se le ocurrió escribir...

MISTRESS HIGGINS.—Pero, mister Doolittle, si tanto le pesa ese legado, nadie puede obligarle a aceptarlo. Puede usted renunciar a él, ¿no es así, Pickering?

PICKERING.—¡Quién lo duda!

DOOLITTLE.—Eso se dice fácilmente, señora; pero yo no tengo la suficiente energía. ¿Quién de nosotros la tendría?

El dinero a todos avasalla. Si rechazo el legado, ¿qué me espera en la vejez sino el hospital, cuando más? Si yo, durante mi vida, hubiese sido un hombre ahorrador, claro que ahora podría permitirme el lujo de rechazar esta herencia... Pero entonces tampoco lo haría, porque, total, un millonario no es más desgraciado que un pobre que ahorra y se priva de todo. El caso es que, de todos modos, está uno hecho la pascua; y dispense usted, señora, que en mi caso creo que hablaría usted lo mismo. Hay que escoger entre fastidiarse como rico o fastidiarse como pobre. Yo, la verdad, digo: el hospicio no me atrae. Estoy avasallado, me dejo llevar. Otro vendrá, más feliz que yo, y cogerá mi puesto de barrendero, y me dará envidia. ¡Qué le vamos a hacer!

MISTRESS HIGGINS.—Me llevo a temer, Doolittle, que en medio de sus tribulaciones no conserve su sano juicio ni piense en el porvenir. Tiene usted una hija, y ahora puede usted procurar por ella.

DOOLITTLE.—Sí, señora; ya procurará ella que yo procure. Buena es la nena para descuidarse.

HIGGINS.—(*Levantándose bruscamente.*) Está usted diciendo tonterías. No tiene usted que procurar por ella, no debe. No le pertenece. Yo pagué por ella cinco libras. Mister Doolittle, ¿es usted un hombre honrado o un granuja?

DOOLITTLE.—Hombre, mitad y mitad... Como todo el mundo.

HIGGINS.—Usted recibió el dinero por la chica y perdió sus derechos.

MISTRESS HIGGINS.—No seas absurdo, Enrique. Si quieres saber dónde está Elisa, está aquí, en casa, en mi gabinete.

HIGGINS.—(*Atónito.*) ¡Aquí, en casa! ¡En tu gabinete! Haberlo dicho antes. Ya la haré yo venir. (*Va resueltamente hacia la puerta.*)

MISTRESS HIGGINS.—(*Siguiéndole con presteza.*) Enrique, hazme el favor; siéntate y estate quieto.

HIGGINS.—Bueno, bueno. (*Se tira displicente en el sofá, con la cara vuelta hacia la ventana.*) Yo creo que podías haberme dicho eso hace media hora.

MISTRESS HIGGINS.—Pues bien: Elisa vino aquí esta mañana. Según pude colegir, pasó parte de la noche an-

dando por ahí, presa de rabia y desesperación, y pensando arrojar al río, y el resto en el hotel Carlton. Me contó de qué modo brutal la tratan ustedes.

HIGGINS.—(*Poniéndose otra vez en pie, con violencia.*) ¿Qué?

PICKERING.—(*Levantándose también.*) Señora, dispenseme; a usted la ha engañado. No la tratamos brutalmente. Nunca le hemos dicho una palabra brusca. Siempre hemos tenido para con ella toda clase de miramientos. (*Dirigiéndose a HIGGINS.*) Supongo que después de acostarme yo no la regañaría usted.

HIGGINS.—Yo, nada. En cambio, ella me tiró mis zapatillas, se puso como una furia. Las zapatillas, ¡cataplum!, vinieron a mi cara antes de soltar yo una palabra, y echó por su boca toda clase de improperios.

PICKERING.—(*Atónito.*) Pero ¿cómo es eso? ¿Qué le hemos hecho?

MISTRESS HIGGINS.—Yo creo adivinarlo. Se me figura que la muchacha tiene un carácter cariñoso. ¿No es así, mister Doolittle?

DOOLITTLE.—Sí señora; tiene el corazón muy tierno. En eso ha salido a mí.

MISTRESS HIGGINS.—Pues, nada, les ha tomado afecto. Trabajó mucho por ti, Enrique. Ustedes no se dan cuenta del trabajo que supone una transformación tan completa como la que se efectuó con esa chica. Después de pasar por la prueba definitiva con tan extraordinario éxito, no se les ocurrió dirigirla la más ligera alabanza, sino que en su presencia dijeron lo mucho que les había aburrido el experimento y lo contentos que estaban de que ya se hubiera acabado. Y luego te sorprende que te tirara las zapatillas. Yo les hubiera tirado las tenazas y los morillos.

HIGGINS.—No dijimos más que estábamos cansados y que deseábamos ir a la cama. ¿No es verdad, Pickering?

PICKERING.—(*Encogiéndose de hombros.*) Claro, hombre.

MISTRESS HIGGINS.—(*Irónica.*) ¿Nada más?

PICKERING.—Nada más, señora.

MISTRESS HIGGINS.—¿No le dijeron que lo había hecho bien? ¿No le expresaron su admiración?

HIGGINS.—Eso ya lo sabía ella. ¿Para qué largos discursos?

PICKERING.—(Con algún remordimiento.) En realidad, estuvimos algo desconsiderados. ¿Está muy enfadada?

MISTRESS HIGGINS.—(Volviendo a su silla del escritorio.) ¿Que si está? Me temo que no vuelva a pisar la casa de ustedes. Sobre todo ahora, que míster Doolittle está en una posición que le permite darle el lujo a que la han acostumbrado ustedes. Sin embargo, dice que está dispuesta a perdonarlos y a tratarlos amistosamente cuando los encuentre.

HIGGINS.—(Furioso.) ¡Habrás visto! ¡Vamos!

MISTRESS HIGGINS.—Si te reportas, Enrique, y me prometes guardarle todos los debidos respetos, le mandaré recado para que se presente. Si no, lo mejor será que no se vuelvan a ver.

HIGGINS.—¡Oh! Muy bien, muy bien, Pickering. Repótese y trate con el mayor respeto a esa pindonga que hemos recogido en el lodo. (Se deja caer enfadado en una silla.)

DOOLITTLE.—(Reconviniéndole.) Hombre, hombre, no tanto. Eso del lodo me parece un poco fuerte. No olvide que ahora pertenezco a la clase pudiente.

MISTRESS HIGGINS.—Cuidado con las palabras que se dicen, Enrique. (Oprime el timbre eléctrico del escritorio.) Míster Doolittle, ¿quiere usted hacer el favor de retirarse al balcón un momento? No quisiera que Elisa experimentara la sorpresa que le ha de producir su metamorfosis antes que se haya explicado con estos dos caballeros. Dispense.

DOOLITTLE.—Con mucho gusto, señora. Haré todo lo que se quiera con tal de quitarme de encima a la niña. (Entra en el balcón. La DONCELLA acude a la llamada del timbre. PICKERING se sienta en la silla dejada vacante por DOOLITTLE.)

MISTRESS HIGGINS.—Dígale a miss Doolittle que haga el favor de bajar.

DONCELLA.—Voy, señora.

MISTRESS HIGGINS.—Ahora, Enrique, sé bueno.

HIGGINS.—Me portaré muy bien, descuida.

PICKERING.—Creo, señora, que no llegará la sangre al río. (Una pausa. HIGGINS se echa para atrás, en el respaldo, con

las manos en los bolsillos y las piernas extendidas, y empieza a silbar.)

MISTRESS HIGGINS.—Querido, no tienes aspecto de persona muy agradable en esa actitud.

HIGGINS.—(Sentándose correctamente.) Mamá, yo no tengo empeño en parecerle amable.

MISTRESS HIGGINS.—Bueno, no importa. Lo he dicho para hacerte hablar.

HIGGINS.—No comprendo.

MISTRESS HIGGINS.—Pues porque no puedes silbar cuando hablas. (HIGGINS gruñe. Otra pausa.)

HIGGINS.—¿Dónde, caramba, está esa mequetrefe? ¿Vamos a esperarla todo el día? (Entra ELISA, alegre, dueña de sí misma, con aplomo extraordinario. Trae entre manos una canastilla de labores y está como en su casa. PICKERING se queda tan sorprendido, que, sin moverse de su silla, la mira con la boca abierta.)

ELISA.—¡Hola, míster Higgins! ¿Cómo está usted? ¿Ha pasado buena noche?

HIGGINS.—(Tragando saliva, como ahogándose.) Que si he pasado...

ELISA.—Claro, usted siempre duerme perfectamente. ¡Cuánto me alegro, míster Pickering, de verle por aquí! (El se levanta apresuradamente y se dan la mano.) Vaya un calorcito que está haciendo, ¿verdad? (Se sienta en el sofá junto al sitio que él ocupara. El se sienta nuevamente.)

HIGGINS.—Guárdate para otra ocasión todas esas lecciones que has aprendido de mí. Vente con nosotros a casa y no te metas en más músicas. (ELISA saca de su canastilla una labor y empieza a bordar como si no hubiese oído estas últimas palabras.)

MISTRESS HIGGINS.—Muy bien dicho, Enrique. Ninguna mujer podrá negarse a tan fina invitación.

HIGGINS.—Tú déjala, mamá, que hable por sí sola. Ya verás si tiene una sola idea que no haya metido yo en su cabeza o si dice una palabra que no haya puesto yo en su boca. Cuando te digo que soy yo el autor de esto que ves ahora, y antes era una partícula de hez de Covent Gar-

den... Lo que me hace gracia es que ahora quiere dársele de gran señora delante de mí.

ELISA.—(*Trabajando con ahinco y aparentando no hacer caso de lo que dice HIGGINS.*) ¿Tampoco usted, señor Pickering, querrá ya trato conmigo, ahora que se terminó el experimento?

PICKERING.—¡Por Dios, Elisa, no hable usted así! Me ofende el que lo llame experimento.

ELISA.—Como no soy más que una partícula de la hez...

PICKERING.—(*Impulsivo.*) ¡Eso, no!

ELISA.—(*Prosiguiendo con calma.*) Pero tantos favores le debo, señor coronel, que sentiría mucho que usted me olvidara del todo.

PICKERING.—¿Yo olvidarla? Nunca.

ELISA.—No lo digo porque usted haya pagado mis trajes. Sé que usted es generoso con todo el mundo. Lo que quiero decir es que de usted fué de quien aprendí modales finos y a ser señora. Si sólo hubiera tenido delante los ejemplos del señor Higgins, no sé lo que hubiese resultado. Me crié para haber tenido modales iguales a los suyos; era incapaz de dominarme a mí misma y soltaba palabras feas a troche y moche. Nunca hubiera sabido que la gente bien educada no se porta así, de no haberlos visto.

HIGGINS.—¡Vamos!

PICKERING.—No haga usted caso; es así su manera de ser; pero no tiene mal fondo, dice las cosas sin intención.

ELISA.—¡Oh! Yo tampoco decía las cosas con intención cuando era florista ambulante. Pero las decía, y es lo que hace la diferencia entre una persona bien educada y otra mal educada.

PICKERING.—Bueno; pero, de todos modos, no negará usted que Higgins le enseñó a usted a hablar con propiedad, cosa que yo no podría haber hecho.

ELISA.—Naturalmente, como que es la profesión de mister Higgins.

HIGGINS.—(*Tascando el freno.*) ¡Demonios!

ELISA.—Es lo mismo que enseñar los bailes de moda. No hubo más. Pero ¿sabe usted lo que inició mi verdadera educación?

PICKERING.—¿Qué?

ELISA.—(*Interrumpiendo su labor por un momento.*) Fué el llamarme usted señorita el primer día que me instalé en casa de ustedes. Esto fué el principio del respeto a mí misma. (*Reanudando su labor.*) Y luego fueron cien cosas pequeñas en que usted no se fijaba porque le eran naturales, como el quitarse el sombrero en la habitación, saludar al entrar y dejarme la derecha al cruzarse conmigo en el pasillo.

PICKERING.—¡Por Dios! Eso es natural.

ELISA.—En fin, cosas que demostraban que usted me consideraba un poco más que a una fregona, aunque creo que usted se hubiera portado lo mismo con una fregona desde el momento que a ésta la hubiera admitido en el salón. Nunca, estando yo presente, se quitó usted las botas en el comedor.

PICKERING.—No haga usted caso. Higgins se quita las botas en cualquier sitio.

ELISA.—Ya lo sé. No me quejo de ello. Es su manera de ser, claro. Pero, para mí, constituía una diferencia muy grande el que usted no lo hiciera. La verdad, mire usted: fuera de las cosas que cualquiera pueda aprender en un periquete, el vestir, el modo de hablar, etcétera, la diferencia entre una dama y una mujer del arroyo no está tanto en cómo se porta..., sino en cómo es tratada. Para el señor Higgins, yo siempre seré una mujer de la calle; pero para usted podré ser una dama, porque siempre me ha tratado y me tratará como a una dama.

MISTRESS HIGGINS.—(*A su hijo, que hace crujir la silla por su modo de impacientarse.*) No me rompas la silla, Enrique.

PICKERING.—Favor que usted me hace, señorita.

ELISA.—Me gustaría que usted me llamara Elisa.

PICKERING.—Como usted quiera.

ELISA.—Y que el señor Higgins me llamara señorita.

HIGGINS.—¡Como no te untes!

MISTRESS HIGGINS.—¡Por Dios, Enrique, no seas incorregible!

PICKERING.—(*Riendo.*) ¿Por qué no le contesta usted en el mismo lenguaje? Le estará bien empleado.

ELISA.—No puedo. Parece mentira, no acierto ya. La

noche pasada tropecé con una muchacha, antigua conocida, y traté de hablarle en la lengua del arroyo; pues no me fué posible. Se quedó con la boca abierta, sin comprenderme. Usted me dijo una vez que, cuando a un niño se le traslada a un país extranjero, en pocas semanas aprende la lengua de dicho país y olvida la suya. Pues a mí me ha pasado algo de eso. Para mí el país extranjero fué mi nuevo ambiente. Olvidé mi antiguo lenguaje, y sólo hablo ya el de ustedes. Tal vez al poco de dejarlos...

PICKERING.—(*Muy alarmado.*) Pero, ¡cómo!, supongo que volverá con nosotros a casa. Perdonará usted a Higgins.

HIGGINS.—(*Levantándose.*) ¡Perdonarme ella, vamos! Ya me va a mí jorobando este asunto. Déjela usted que se vaya con viento fresco. Que vuelva al arroyo, del que jamás debiera haber salido. (DOOLITTLE aparece saliendo del balcón del centro. Con una mirada de orgulloso reproche a HIGGINS, se acerca despacio y silenciosamente a su hija, la que, vuelta de espaldas, no advierte su presencia.)

PICKERING.—No haga usted caso, Elisa. El mismo sabe que no es verdad lo que dice.

ELISA.—No, no he de volver al arroyo. He aprendido demasiado bien su lección. Creo que me sería imposible emitir una sola voz de las del arroyo. (DOOLITTLE la toca en el hombro. Ella se queda parada y pierde todo el dominio al ver el esplendor de su padre.) ¡Anda Dios, aaaayyyy!

HIGGINS.—(*Con un suspiro de triunfo.*) ¡Ah, ya! (*Imitando perfectamente.*) ¡Anda Dios, aaaayyyy!... Lo dicho: la cabra siempre tira al monte. (*Se sienta sonriendo sardónicamente.*)

DOOLITTLE.—No desprecie usted a la chica, que vale más que otras. (*A ELISA.*) No me mires así, Elisa. No es culpa mía si he venido a más.

ELISA.—Por lo visto, has sableado a un millonario.

DOOLITTLE.—Cierto. Además, has de saber que éste es mi traje de boda. Dentro de una hora estaré en la iglesia de San Pablo para unirme en matrimonio con tu madrastra.

ELISA.—(*Enfadada.*) Pero ¿es verdad? ¿Te vas a rebajar hasta casarte con esa mujer ordinariota?

PICKERING.—Es su deber, Elisa. (*A DOOLITTLE.*) ¿De

modo que la señora ha cambiado de ideas? ¿También se ha dejado avasallar?

DOOLITTLE.—También se ha dejado avasallar. ¡Ah! La moralidad de la clase pudiente pide sus víctimas. Ponte el sombrero, Elisa, vente conmigo si quieres presenciar el sacrificio.

ELISA.—Si el señor coronel cree que es mi obligación, iré y me aguantaré, aunque milagro será que no tenga que oír algo desagradable.

DOOLITTLE.—No tengas cuidado. Ya no suelta palabrotas la pobre mujer; desde que ha ingresado en la escuela burguesa se le han quitado los bríos.

PICKERING.—(*Oprimiendo suavemente el codo de ELISA.*) Sea usted amable con ellos, Elisa, que será lo mejor.

ELISA.—(*Sonriendo, a pesar de la molestia que le causa el asunto.*) Bien; para que vean que no soy rencorosa. En cuanto termine la ceremonia, me tienen ustedes aquí. (*Vase.*)

DOOLITTLE.—(*Sentándose al lado de PICKERING.*) Señor coronel, debo confesar que esa ceremonia me inspira un miedo cervical, digámoslo así. Si usted fuera tan amable de acompañarme, me daría ánimo.

PICKERING.—Pero, hombre, no es la primera vez. Se casó usted con la madre de Elisa.

DOOLITTLE.—¿Quién se lo ha dicho a usted?

PICKERING.—Nadie; pero yo creí...

DOOLITTLE.—Pues mal creído, señor coronel. Esas son costumbres burguesas. En la clase baja, las uniones se hacen con menos complicaciones. Pero no diga nada a Elisa. Ella lo ignora, y yo siempre he tenido algún reparo en decírselo.

PICKERING.—Está bien, descuide.

DOOLITTLE.—¿Y me hará usted el favor de asistir a la bendición de mi matrimonio?

PICKERING.—Tendré el gusto... en cuanto cabe en un solterón.

MISTRESS HIGGINS.—Yo también iré, míster Doolittle.

DOOLITTLE.—Para mí será un honor muy grande, señora. También mi pobrecita mujer se alegrará mucho. Está tan abatida pensando en que ya se acabaron los buenos tiempos...

MISTRESS HIGGINS.—(*Levantándose.*) Pues voy a pedir el coche y a vestirme. (*Los hombres se levantan, menos HIG-*

GINS.) En menos de un cuarto de hora estaré lista. (*En el momento de salir ella entra ELISA, con el sombrero puesto y abrochando sus guantes.*) Elisa, voy yo también a la iglesia para presenciar la boda de su padre. Podrá usted ir conmigo en mi coche. El señor Pickering podrá tomar otro para acompañar al novio. (*MISTRESS HIGGINS sale. ELISA avanza hacia el centro de la habitación y se acerca al sofá. PICKERING se acerca a ella.*)

DOOLITTLE.—¡El novio! ¡Qué palabra! Pero me recuerda mi situación. (*Coge su sombrero y va hacia la puerta.*)

PICKERING.—Antes que me vaya, Elisa, perdónale y vuelve a nuestra casa.

ELISA.—No creo que mi padre me lo permita. ¿Qué dices, papá?

DOOLITTLE.—(*Melancólico, pero magnánimo.*) Esos dos caballeros, Elisa, han andado muy listos contigo. Si es uno solo, no hay duda, le enganchas. Pero dos, ya es otra cosa. El uno preservó al otro. (*A PICKERING.*) Ustedes lo entendieron. En cambio, a mí me enganchó una hembra tras otra. En fin, ustedes verán cómo se las arreglan con la chica. Yo me lavo las manos. Vámonos, que ya es hora. (*Vase.*)

PICKERING.—(*Insistiendo.*) No seas tonta, Elisa, y vuelve con nosotros. (*Sale detrás de DOOLITTLE. ELISA sale al balcón con objeto de evitar estar a solas con HIGGINS. El se levanta y la sigue. Ella inmediatamente vuelve adentro de la habitación y se dirige a la puerta; pero él le coge la delantera y le cierra el paso.*)

HIGGINS.—Vamos, mujer, no dirás que no te han dado satisfacción. Supongo que ya basta y vas a tener juicio.

ELISA.—Usted quiere que yo vuelva a su casa para tener usted quien le presente las zapatillas y le tenga las cosas arregladas.

HIGGINS.—Si yo no he dicho que vuelvas a mi casa.

ELISA.—¿Que no? Pues entonces, ¿de qué estamos hablando?

HIGGINS.—Estamos hablando de ti, no de mí. Si vuelves a mi casa, de lo que me alegraré, te trataré lo mismo que siempre. No puedo cambiar mi naturaleza y no pienso en-

mendar mis maneras. Mis maneras son exactamente las mismas que las del coronel Pickering.

ELISA.—¡Eso sí que no! El trata a una florista como si fuera una duquesa.

HIGGINS.—Yo trato a una duquesa como si fuera una florista.

ELISA.—Ya lo creo. (*Se vuelve de espaldas con altanería y se sienta en el sofá, de frente al balcón.*) Lo mismo a todo el mundo.

HIGGINS.—Exactamente.

ELISA.—Como papá.

HIGGINS.—(*Algo cohibido, con una sonrisa forzada.*) Sin admitir la comparación en todos sus extremos, Elisa, no puedo negar que tu padre no es un hombre vulgar, y que sabrá manejárselas perfectamente en cualquier posición que se encuentre. (*Serio.*) El gran secreto, Elisa, no consiste en tener buenos o malos modales o cualquier clase particular de modales, sino en tratar del mismo modo a todas las almas hermanas; en una palabra: hay que portarse como si uno estuviese en el cielo, donde no hay vagones de tercera ni reservados, y en donde un alma es tanto como la otra.

ELISA.—Amén. Usted ha nacido para predicador.

HIGGINS.—(*Irritado.*) La cuestión no es si te trato así o así, sino si me has visto alguna vez tratar a otra persona de distinto modo.

ELISA.—(*Con súbita sinceridad.*) Pues, oiga, no me importa nada su trato ni me importan sus palabrotas y sus maneras. Estoy curada de espantos, pero (*Levantándose y encarándose con él.*) no quiero ser un cero a la izquierda.

HIGGINS.—Entonces, lo mejor será que nos separemos, porque yo no quiero hacer una excepción con nadie.

ELISA.—Pues yo también puedo pasarme sin usted perfectamente.

HIGGINS.—No lo dudo; yo mismo te lo dije.

ELISA.—(*Ofendida, yendo hacia el otro extremo del sofá, con la cara vuelta hacia la chimenea.*) Ya me lo figuraba. Lo que usted quiere es deshacerse de mí cuanto antes.

HIGGINS.—(*Violento.*) ¡Mentira!

ELISA.—Gracias. (*Se sonríe con cierta satisfacción.*)

HIGGINS.—Supongo que nunca te habrás preguntado si yo puedo pasarme sin ti.

ELISA.—(*Seria.*) No perdamos el tiempo en palabras inútiles. A la fuerza tendrá que pasarse sin mí.

HIGGINS.—(*Arrogante.*) Yo puedo pasarme sin cualquiera. Tengo mi alma propia y me basto a mí mismo, pero (*Con súbita humildad.*) te echaré de menos, Elisa. (*Se sienta en el sofá, muy junto a ella.*) Algo de tus ideas simples se me ha pegado, lo confieso. Y me he ido acostumbrando a tu voz y a tu presencia... Y las dos me agradan. (*Cogiéndole una mano.*)

ELISA.—(*Retirando la mano.*) Pues las dos las tiene usted en su gramófono y en sus placas fotográficas. Cuando me eche de menos, pone usted la máquina en movimiento y abre usted su álbum.

HIGGINS.—Sí; pero no podré evocar tu alma. Faltará tu aliento...

ELISA.—¡Oh! Usted es un demonio. Puede estrujar el corazón de una mujer como si fuera un trapo. No le importa nada ni nadie. ¿Qué soy yo para usted?

HIGGINS.—A mí me importa la vida universal, la Humanidad, y tú eres una parte de ella, que la suerte ha traído a mi casa. ¿Qué más puedes pedir?

ELISA.—Pues yo no puedo querer a quien no me quiere.

HIGGINS.—Esos son principios comerciales, hija mía. Doy tanto para recibir tanto, y procuro que la ventaja sea para mí. ¿Es eso?

ELISA.—No hay nada que sea de balde.

HIGGINS.—Pues yo no quiero comerciar en cosas del cariño. Tú te indignas porque no te concedo algún derecho sobre mí por traerme las zapatillas y encontrar mis lentes. Eres una imbécil. Una mujer trayendo las zapatillas a un hombre no tiene nada de airosa. Subiste bastante en mi estimación cuando me las tiraste a la cara. Es inútil ser mi esclava y luego aspirar a mi aprecio. ¿Quién da importancia a una esclava? Si vuelves a mi casa, hazlo por nuestra buena amistad, y no quieras echar a perder mi creación de una duquesita, Elisa.

ELISA.—¿Que más da, si yo no le importo nada?

HIGGINS.—(*Cordial.*) No quiero que nadie estropee mi obra maestra.

ELISA.—¿Y no le preocupa el trastorno que ello podrá causarme a mí?

HIGGINS.—¡Ay hija! El mundo no hubiera sido creado si su Hacedor hubiese temido causar trastornos. Sólo hay un medio de evitar trastornos, y consiste en matar lo que estorba. Sólo los cobardes se asustan de remover obstáculos.

ELISA.—Yo no entiendo de eso; yo no sé predicar ni me fijo en las cosas de esa manera... Yo sólo me doy cuenta de que usted no repara en mí.

HIGGINS.—(*Brusco e intolerante, paseándose.*) Elisa, eres una simple. He malgastado los tesoros de mi ingenio olímpico al derramarlos sobre ti. Entiende una vez para siempre que yo sigo mi camino y trabajo en mi obra, sin preocuparme un ápice por lo que pueda acontecer ni a ti ni a mí. No estoy avasallado, como tu padre y tu madrastra. Así, pues, tú puedes volver a mi casa, si quieres, y si no, irte al demonio.

ELISA.—¿Por qué había yo de volver?

HIGGINS.—(*Poniéndose bruscamente de rodillas en el sofá e inclinándose sobre ELISA.*) Porque sí... porque a mí me hace gracia.

ELISA.—(*Volviendo la cara al otro lado.*) ... Y luego, si no hago todo lo que quiere usted, me echará a la calle.

HIGGINS.—Sí, hija, y podrás marcharte si yo no hago lo que tú quieras.

ELISA.—Y tendré que ir a vivir con mi madrastra.

HIGGINS.—¡Claro! Y si no, podrás volver a vender flores.

ELISA.—¡Ojalá pudiese volver a mis flores! Sería independiente de los dos, de usted y de mi padre, y de todo el mundo. ¿Por qué me quitó usted mi independencia? Por qué me la dejaría yo? Ahora soy una esclava bonitamente vestida.

HIGGINS.—Nada de eso. Si quieres, te adoptaré como hija y te adoraré. ¿O preferirías casarte con Pickering?

ELISA.—(*Mirándole fieramente.*) ¿Casarme yo con Pickering? ¡Ni que me hubiese vuelto demente!

HIGGINS.—(*Con suavidad.*) ¿Demente?

ELISA.—(*Perdiendo la paciencia y levantándose.*) Hablo como me da la gana. Ya no es usted mi profesor.

HIGGINS.—(*Reflexivo.*) Además, no creo que Pickering quisiera. Es un solterón empedernido como yo.

ELISA.—Me tiene sin cuidado. No falta quien quiera casarse conmigo. Sin ir más lejos, Freddy Eynsford está muerto por mí y me lo escribe dos o tres veces al día.

HIGGINS.—(*Desagradablemente sorprendido.*) ¡El mamarracho aquel! (*Retrocede, y resulta que, en vez de estar sentado en el sofá, está de cuclillas.*)

ELISA.—Tiene perfecto derecho a ello el pobre muchacho, si le parezco bien. Y me quiere de verdad.

HIGGINS.—(*Levantándose.*) No debes darle esperanzas.

ELISA.—Toda mujer tiene derecho de ser amada.

HIGGINS.—¡Pero no por un mamarracho!

ELISA.—Freddy no es un mamarracho. Es débil y pobre y me necesita, y seguramente me hará más feliz que uno que sea más que yo y me trate con dureza porque no me necesita.

HIGGINS.—¿Podrá hacer algo por ti? Esta es la cuestión.

ELISA.—Tal vez pueda yo hacer algo de él. Pero yo nunca he pensado en hacer algo de alguien, y usted no piensa en otra cosa. Yo soy como Dios me hizo.

HIGGINS.—En resumidas cuentas: quisieras que yo estuviese tan encaprichado de ti como Freddy. ¿No es eso?

ELISA.—No es así como yo desearía verle a usted. Pero (*Muy turbada.*) no lo he de negar... Si me gustaría un poco de consideración, algo de cariño.

HIGGINS.—Eso es natural. Ese cariño ya se te tiene, Elisa; eres una tonta.

ELISA.—Esa no es contestación. (*Se deja caer en la silla, delante del escritorio, y estalla en llanto.*)

HIGGINS.—Sigue la tontería. Mira: en verdad te digo que, si quieres hacerte una señora de verdad, lo que yo llamo una señora, tienes que dejar de sentirte postergada si los hombres que conoces no pasan la mitad del tiempo en verter lágrimas amorosas sobre ti y la otra mitad en darte bofetadas. Si no puedes apreciar el fondo de mi carácter, si te mata la frialdad de mi alma, anda y vuelve al arroyo. Trabaja hasta que te parezcas más a una bestia de carga que a un ser humano, y entonces ama y riñe y emborráchate hasta quedarte dormida. Eso es lo real, lo cálido, lo vibrante: penetra hasta por las epidermis más espesas y lo puedes disfrutar y saborear sin educación especial ni esfuerzo. A mí me encuentras frío, egoísta,

ta, apático, sin sentimiento, ¿verdad? Pues bien: busca quien sea como a ti te gusta. Cásate con algún memo sentimental, o con uno que tenga mucho dinero, un par de gruesos labios para besarte y un par de buenos puños para vapulearte. Si no puedes apreciar lo que tienes, es mejor que tengas lo que puedes apreciar.

ELISA.—¡Para qué voy a discutir con usted! Siempre salgo perdiendo. Pero bien sabe que no tiene razón y habla por hablar. Bien sabe que no puedo volver al arroyo, como usted lo llama. Bien sabe que yo no podría acostumbrarme a vivir con un hombre ordinario y brutal. Por lo demás, aunque yo no tuviese a mi padre, y aunque no pudiese ya contar con el apoyo de usted y del señor Pickering, no tendría que volver a ser florista. Podré casarme con Freddy en cuanto él tenga un destino.

HIGGINS.—(*Sentándose a su lado.*) No digas sandeces, chiquilla. Tú debes casarte con un embajador, o con el gobernador de la India o el virrey de Irlanda; con cualquiera que necesite una diplomática y una reina. Pero no con Freddy. ¡No faltaba más!

ELISA.—Ahora quiere usted halagarme, pero a mí no se me olvida lo que ha dicho un momento antes. Me trata usted como si fuera una criatura. Pierde el tiempo. Si no puedo encontrar cariño, quiero al menos tener independencia.

HIGGINS.—¡Independencia!... ¡Ay hija mía!... ¿Qué ilusiones son éstas? Todos dependemos los unos de los otros; todos, sin excepción.

ELISA.—(*Levantándose resuelta.*) Yo, al menos, no tengo que depender de usted. Si usted sabe predicar, yo sé enseñar. Me dedicaré a enseñar.

HIGGINS.—¿Y qué enseñarás, en nombre del cielo?

ELISA.—Lo que usted me enseñó. Fonética.

HIGGINS.—¿A...? ¡Qué gracia! ¡Ja, ja, ja!

ELISA.—Me ofreceré como auxiliar al profesor Nepean.

HIGGINS.—(*Levantándose furioso.*) ¿Qué dices? ¿A aquel impostor, a aquel charlatán, a aquel ignorante? ¿Quieres revelar mis métodos, mis descubrimientos? Atrévete a repetir lo y te retuerzo el pescuezo. (*Le pone la mano alrededor del cuello.*) ¿Oyes lo que digo?

ELISA.—(*Desafiándole, sin oponer resistencia.*) Adelante; ya me lo había figurado. Ya sabía yo que algún día llegaría a pegarme. HIGGINS la suelta, pateando de rabia por haberse dejado llevar de su carácter, y se echa hacia atrás en su asiento. ¡Ah, ya sé cómo habérmelas con usted! ¡Qué tonta he sido en no caer en ello antes! Usted no me puede quitar lo enseñado. Confiesa que tengo un oído más fino que el suyo. Además, yo sé tratar con la gente, y usted, no. Ya verá cómo me manejo. Por de pronto, voy a anunciar en la Prensa que aquella duquesita presentada por usted en la alta sociedad no es sino una florista enseñada por su método, y que, a su vez, ella enseña a cualquier muchacha a presentarse del mismo modo. Estoy segura de que con poco trabajo me crearé una posición independiente y brillante.

HIGGINS.—(*Admirándola.*) ¡Vaya con la niña! ¡Bravo! Esto vale más que lloriquear y traer zapatillas. (*Levantándose.*) En verdad, Elisa: ahora eres una señora. Así me gustas. Ahora es cuando te suplico que vuelvas a mi casa y no discutamos más. Tú y yo... y Pickering seremos en adelante tres solterones amigos en vez de dos hombres y una niña boba.

ELISA.—Es que yo no tengo vocación para solterona.

HIGGINS.—Tú vente a casa y no te preocupes más.

ELISA.—(*Se sonríe, mirándole.*) En fin, por no desairarle...

MISTRESS HIGGINS.—(*Asomando a la puerta.*) Elisa, el coche nos espera.

ELISA.—(*Saliendo.*) Voy en seguida, señora. Adiós, mister Higgins. (*Mirándole maliciosamente.*) Hasta..., hasta después de la boda. (HIGGINS se pasea muy satisfecho y triunfante, haciendo sonar llaves y monedas en sus bolsillos.)

TELÓN

EPILOGO

EL resto de la historia no necesita representarse en escena, y casi no tendría que ser contado si nuestras imaginaciones no estuvieran extraviadas por tantas obras románticas neciamente sentimentales, que nos han acostumbrado a que todo tiene que acabar bien, pese a la lógica y al sentido común.

Pues bien: la historia de Elisa Doolittle, aunque sea una novela porque la transfiguración que en ella se efectúa parece extremadamente inverosímil, es bastante común. Tales transfiguraciones se han realizado en centenares de mujeres jóvenes, ambiciosas y resueltas, desde que Nell Gwynne les dió el ejemplo haciendo papeles de reina y fascinando a reyes en el teatro en el que había empezado de vendedora de naranjas. No obstante, todo el mundo se ha figurado que Elisa, por lo mismo que fué la heroína de una novela, debiera haberse casado con el protagonista. Esto es intolerable, no solamente porque su pequeño drama, si se funda en tan necio supuesto, se hecha a perder, sino porque lo que ha de seguir es evidente para todo el que tenga el sentimiento de la naturaleza humana en general y del instinto femenino en particular.

Elisa, al decir a Higgins que no se casaría con él si la pretendiera, no estuvo coqueteando. No; expresó una decisión firme y bien reflexionada. Cuando un soltero interesa, domina y enseña a una soltera, y llega a ser importante para ella, como Higgins para Elisa, ella, si tiene bastante carácter para ser capaz de ello, considera siempre con mucha seriedad si le conviene manejárselas para llegar a ser su esposa, sobre todo si él tiene tan poco interés por el casamiento, que cualquier mujer determinada y empeñada en ello podrá capturarle.

La decisión de ella dependerá en gran parte de si está realmente libre de escoger entre casarse con él o no; y esto, luego, dependerá de la edad y los ingresos de ella. Si está al final de su juventud y no tiene asegurada la subsistencia, se casará con

él, porque tiene que casarse con cualquiera que la mantenga. Pero, a la edad de Elisa, una muchacha guapa no siente esa premura, sino que es libre de tomarlo o de dejarlo.

Por tanto, no es la razón, sino el instinto, el que la guía. A Elisa le dice su instinto que no se case con Higgins. No le dice que se separe de él. No duda en modo alguno que él será siempre una de las personas más interesantes que haya conocido en su vida. Le dolería mucho si alguna mujer llegase a suplantarla en el cariño de él. Pero como se siente muy segura en cuanto a este último punto, no duda tampoco en cuanto a lo que le conviene hacer, ni tendría esa seguridad aunque no existiese entre las edades de ellos una diferencia de veinte años, que a la juventud parece tan grande.

Como nuestros propios instintos no están interesados en lo que ella decida, vamos a tratar de descubrir alguna razón en pro o en contra de ello. Cuando Higgins excusó su indiferencia para con las mujeres jóvenes fundándose en el hecho de que tenían en la persona de su madre una rival irresistible, indicó la verdadera razón de su arraigada soltería. El caso es extraordinario sólo por cuanto son extraordinarias las madres notables.

Si un muchacho dotado de mucha imaginación tiene una madre pudiente que tiene inteligencia, gracia personal, dignidad de carácter sin aspereza y cultura artística que la capacita para adorar su casa de un modo exquisito, representa para él un tipo de mujer con el que pocas mujeres podrán rivalizar. Acostumbrado a la delicadeza de tal madre, a su sentimiento de belleza, al idealismo en que está impregnado todo su ser, luego encuentran insoportables las personas incultas que se han criado en hogares sin gusto, con padres ordinarios y desagradables, y para las que, por consiguiente, la literatura, la pintura, la escultura, la música y las relaciones personales cariñosas se presentan, si es que se presentan, como modalidades del sexo.

La palabra *pasión* no significa para ellas nada más, y el que Higgins pudiera tener una pasión por la fonética e idealizar a su madre en vez de a Elisa, les parecerá absurdo y antinatural. Sin embargo, si miramos a nuestro alrededor y vemos que casi nadie es bastante feo o desagradable para no en-

contrar con quién casarse si lo desea, mientras muchos solteros y solteras están por encima del término medio de las personas en cuanto a cultura y educación, no podemos dejar de sospechar que el desapego a los atractivos sexuales, un desapego por puro análisis intelectual, sea debido algunas veces por la admiración que los padres merecen a los hijos.

Ahora bien: aunque Elisa era incapaz de comprender todo eso ante el hecho de que Higgins resistía perfectamente a sus encantos, que a Freddy le tenían subyugado, instintivamente se daba cuenta de que nunca llegaría a dominarle ni a interponerse entre su madre y él (la primera necesidad de toda mujer casada). Para decirlo en pocas palabras: ella sabía que por alguna razón misteriosa él no había nacido para casado, según el concepto que ella tenía de un esposo: un hombre para el que ella lo fuera todo.

Aun de no haber existido la madre rival, ella se hubiese negado a unirse con un hombre para quien ella era una figura secundaria, puesto que anteponía a todo sus intereses filosóficos. Si la madre de Higgins hubiese muerto, de todos modos le hubiesen quedado a éste Milton y el alfabeto universal. La observación de Landor de que los que tienen mayor potencia erótica son aquellos para quienes el amor es una cosa secundaria, no le hubiese hecho mucha gracia a Elisa. Añadid todo eso a su resentimiento contra los aires de superioridad dominante de Higgins y la poca confianza que le inspiraban sus carantoñas y finezas chistosas para aplacarla después de haberse excedido en sus brusquedades, y quedaréis convencidos de que el instinto de Elisa no se equivocaba al disuadirla de casarse con su Pigmalión.

Y ahora, ¿con quién se casó Elisa? Porque si Higgins era un solterón predestinado, ella seguramente no era una solterona predestinada. Pues esto puede contarse en pocas palabras a los que no lo han adivinado por las indicaciones que ella misma les ha dado.

Casi inmediatamente después que Elisa airadamente declara su firme decisión de no casarse con Higgins, revela el hecho de que el joven mister Frederick Eynsford Hill le escribe diariamente declarándole su amor vehemente. El caso es que Freddy es joven; tiene veinte años menos que Higgins. Es un

caballero, un “pollo bien”, como diría Elisa, y se expresa como tal. Va muy bien vestido, es tratado por el coronel como un igual, la quiere sinceramente y no es el superior de ella ni trata de dominarla, ni mucho menos, en razón de las ventajas de su posición social. Elisa no está nada influida por la necia tradición romántica, según la cual todas las mujeres gustan de ser dominadas, cuando no maltratadas de palabra y de obra. “Cuando vayas a ver a una mujer, llévate tu látigo”, dice Nietzsche.

Los déspotas inteligentes nunca han limitado esa precaución a las mujeres: se han llevado su látigo cuando tenían que tratar con hombres y han sido servilmente idealizados por los hombres, mucho más que por las mujeres. Claro está que hay mujeres serviles, como hay hombres serviles; y las mujeres, en general, lo mismo que los hombres, admiran a los que son más fuertes que ellas. Pero admirar a una persona fuerte y vivir enteramente oprimida por ella, son dos cosas diferentes.

Los débiles tal vez no quieran ser admirados ni considerados como héroes; pero no por eso dejan de ser amados y mimados, y nunca tienen la más pequeña dificultad para casarse con personas que valen más que ellos. Tendrán sus fracasos a veces, pero la vida no es una cadena ininterrumpida de fracasos: es, las más de las veces, un nudo de situaciones para las que no hacen falta capacidades excepcionales, y que cualquier persona débil puede superar si otra más fuerte le presta ayuda. Por consiguiente, es una verdad a todas luces evidente el que las personas fuertes, hombres o mujeres, no solamente no se casan con otras personas fuertes, sino que ni siquiera traban amistad con ellas.

Cuando un león se encuentra a otro y éste lanza un rugido fuerte, el rugido le hace poca gracia. El hombre o la mujer que se siente bastante fuerte para dos, busca en su pareja cualquier calidad que no sea precisamente la fuerza. Lo contrario también es verdad. Las personas débiles gustan casarse con personas fuertes que no las asusten demasiado, y esto muchas veces las lleva a cometer la falta que definimos metafóricamente como “tomar en la boca más de lo que se puede masticar”. Piden demasiado por lo que se puede pagar; cuando el trato resulta insufriblemente irrazonable, la unión se hace

imposible: acaba con la parte débil, o es abandonada, o es soportada como una cruz, lo que es aún peor. Las personas que no solamente son débiles, sino también tontas u obtusas, se encuentran muchas veces en estas dificultades.

Siendo éste el estado de las cosas humanas, ¿qué va a hacer buenamente Elisa, colocada entre Freddy e Higgins? ¿Qué pasará la vida buscando las zapatillas a Higgins, o preferirá que Freddy le busque a ella las suyas? La contestación no es dudosa. A menos que Freddy le sea biológicamente repulsivo e Higgins biológicamente atractivo, hasta el punto de subvertir los demás instintos, ella, si es que se casa, se casará con Freddy.

Y es precisamente lo que hizo Elisa. Tuvieron complicaciones, pero fueron económicas, no románticas. Freddy no tenía dinero ni empleo. La pequeña fortuna de su madre, la última reliquia de la opulencia de Lagerlady Park, le había permitido seguir viviendo en Earls Court con cierto aire de distinción, pero no procurar una instrucción superior secundaria sería a sus hijos, y mucho menos permitir al muchacho estudiar una carrera. Una colocación de escribiente a treinta chelines por semana estaba por debajo de la dignidad de Freddy, y era además muy poco de su gusto. Sus esperanzas eran que, conservando las apariencias, alguien haría algo por él. Ese algo se dibujaba vagamente en su imaginación, como una secretaría particular u otra sinecura por el estilo.

Para su madre era tal vez su casamiento con alguna señora de posición que no había podido resistir la apostura de su hijo. Imaginad el efecto que le produjo la boda de Freddy con una florista que estaba *déclassée* en extraordinarias circunstancias, que todo el mundo conocía.

Claro está que la situación de Elisa no era del todo despreciable.

Su padre, aunque había sido barrendero, había heredado una fortuna considerable y se había hecho sumamente popular en la sociedad más distinguida, por un talento social que poseía y que triunfaba sobre todo prejuicio y toda desventaja. Rechazado por la clase media, a la que odiaba, había ascendido de golpe y porrazo hasta los círculos más altos por su gracia y su cinismo de barrendero y su nietzscheana posición de

que para nuestros paisanos fué una delicia poder leer noticias tan excitantes durante el almuerzo; pero no puedo pretender que ni en los periódicos ni en el trato social general observé otro sentimiento que el ya habitual de que la película del frente se desarrollaba de modo espléndido y de que nuestros muchachos eran los más bravos de los bravos. De pronto llegaron noticias de que un transatlántico, el *Lusitania*, había sido torpedeado y que varios pasajeros conocidísimos de primera clase, incluyendo un famoso empresario de teatros y el autor de una farsa popular, habían perecido ahogados, entre otros. Entre esos otros se encontraba sir Hugh Lane; pero como éste sólo había impuesto grandes obligaciones al país en la esfera de las bellas artes, no se hizo gran hincapié sobre su pérdida.

Inmediatamente, un asombroso frenesí estremeció a todo el país. Muchos hombres que hasta entonces habían conservado el juicio, ahora lo perdieron por completo. "¿Matar a pasajeros de salón? ¿Qué va a ser eso?" Esta era la esencia de toda la agitación; pero es una frase excesivamente trivial para dar la más tenue idea del furor que se apoderó de nosotros. Para mí, que tenía el espíritu abrumado por el horrible coste de Neuve Chapelle, Ypres y el desembarco de Gallípoli, el estrépito que se armó acerca del *Lusitania* casi me pareció una impertinencia pusilánime, aunque me unían excelentes relaciones personales con las tres víctimas más conocidas de la catástrofe y comprendía, mejor quizá que la mayoría de la gente, la desgracia de la muerte de Lane. Incluso sentí una torva satisfacción, perfectamente inteligible para todos los soldados, al ver que los paisanos, para quienes la guerra era un deporte inglés tan espléndido, percibían el acre sabor de lo que era en realidad para los verdaderos combatientes. Yo manifesté sin rodeos mi irritación y vi que la rectísima y natural opinión acerca de este asunto era acogida como una paradoja monstruosa y cruel. Cuando pregunté a las gentes, que se quedaban con la boca abierta, si tenían algo que decir respecto al holocausto de Festubert, abrieron todavía más la boca, por haberlo olvidado, o, mejor dicho, por no haberlo comprendido nunca. Esas gentes no eran más inhumanas que yo; pero la gran catástrofe era demasiado grande para que pudieran asirla, en tanto que la pequeña tenía

las dimensiones adecuadas para ellas. Yo no me sorprendí. ¿No he visto a una corporación pública que justamente, por la misma razón, aprobaba un presupuesto de 30.000 libras esterlinas sin pronunciar una palabra y luego invertía tres sesiones especiales, prolongadas hasta la noche, para discutir una partida de siete chelines para refrigerios?

LOS ESPÍRITUS PEQUEÑOS Y LAS GRANDES BATALLAS

Nadie podrá comprender las extravagancias de la opinión pública durante la guerra, a no ser que tenga presente constantemente que la guerra no existió en toda su plenitud para el inglés civil corriente. Este no podía concebir siquiera una batalla, y mucho menos toda una campaña. Para los suburbios, la guerra no era más que una riña suburbana. Para el minero y el peón, sólo era una serie de ataques a la bayoneta entre campeones alemanes y campeones ingleses. La enormidad de la guerra se hallaba fuera del alcance de la mayoría de nosotros. Sus episodios tenían que reducirse a las dimensiones de un accidente ferroviario o un naufragio antes que lograran producir algún efecto en nuestro espíritu. Para nosotros, los ridículos bombardeos de Scarborough y Ramsgate eran tragedias colosales, y las batallas de Jutlandia, una simple balada. Las palabras "tras una seria preparación de artillería", que leíamos en los partes del frente, carecían de sentido; pero cuando nuestros excursionistas de la playa se enteraban de que un señor de edad que se encontraba en un elegante hotel costero había interrumpido su almuerzo por una bomba que había caído en su huevera, su cólera y su horror no conocían límites. Declaraban que eso daba nuevo espíritu al ejército, y no tenían la menor sospecha de que los soldados de las trincheras tenían risa con ellos para varios días y se decían unos a otros que no estaba de más que los señores de casa tuvieran una idea de lo que estaba pasando el ejército.

Unas veces, la estrechez de miras adquiría un tono patético: un hombre seguía trabajando aquí sin atender al llamamiento hecho "para poner a salvo la democracia del mundo"; pero un hermano suyo era muerto en el frente

les, y a su madre tampoco le había de gustar por considerarlo un descenso en la escala social.

La dificultad desapareció a consecuencia de un acontecimiento nada esperado por la madre de Freddy. Clara, en el curso de sus incursiones a los círculos artísticos, que eran los más altos a su alcance, descubrió que su conversación era una especie de reflejo de las ideas expuestas en las novelas de mister H. G. Wells.

Como esto le proporcionó cierto éxito, pidió prestadas dichas novelas a todos sus conocidos, y se las tragó todas en un espacio de dos meses. El resultado fué una de esas conversaciones como no son raras hoy día. Un moderno relato de los *Actos de los Apóstoles* llenaría cincuenta biblias compuestas si alguien fuese capaz de escribirlo.

La pobre Clara, que se presentó a los ojos de Higgins y su madre como una persona desagradable y ridícula, y a los de su propia madre como un en cierto modo inexplicable fracaso social, no se había visto nunca bajo luz alguna, porque, hasta cierto grado ridiculizada y parodiada en West Kensington, como lo es allí todo bicho viviente, era aceptada como una especie de ser humano racional y normal..., hasta inevitable. Cuando más, la llamaban ambiciosa, sin darse cuenta de que ella misma no sabía lo que quería. En el fondo era una desgraciada. Su desesperación iba creciendo con el trascurso del tiempo. Su único título, el hecho de que su madre era lo que los tenderos de Epsom llamaban una señora de carruaje, no tenía valor mercantil, por lo visto, y le impidió ir a un colegio, pues el único colegio que podría haber frecuentado era uno en que se hubiese educado con las hijas de los verduleros de Earls court.

Buscó la sociedad de la clase a que pertenecía su madre, y esta sociedad sencillamente la rechazó porque ella era mucho más pobre que una verdulera, y, lejos de poder tener una doncella, no podía tener siquiera una criada para todo, y tenía que arreglárselas con una asistenta de pocas horas diarias.

En tales circunstancias era difícil que tuviera algo de los aires de Largelady Park. Y, sin embargo, su tradición le hacía mirar un casamiento con cualquier joven de posición modesta como una humillación insoportable. Los hombres pertenecien-

tes al comercio o a una carrera profesional modesta, le eran odiosos. Corría detrás de pintores y novelistas; pero a éstos no les encantaba, y su manía de emplear términos artísticos y literarios y ejercer la crítica los irritaba.

En resumidas cuentas: era una completa fracasada, ignorante, incompetente, pretenciosa, cursi y sin un cuarto; y aunque no admitía tales descalificaciones (porque nadie se quiere confesar a sí mismo tan desagradables verdades), sentía sus efectos con demasiada frecuencia para estar satisfecha de su posición.

Hubo quien abrió los ojos a Clara de un modo sorprendente, y fué una muchacha que despertó su entusiasmo y admiración y suscitó en ella un vehemente deseo de tomarla por modelo y ganarse su amistad. Cuál no fué su sorpresa cuando descubrió que esa joven tan superior venía del arroyo, desde el que había sabido elevarse a su actual altura en un espacio de pocos meses. Le chocó tan violentamente, que cuando mister H. G. Wells la levantó sobre la punta de su potente pluma y la colocó en el ángulo visual desde el cual la vida que estaba llevando y la sociedad a la que se pegaba aparecían en su verdadera relación con las necesidades humanas y la verdadera estructura social, efectuó una conversión y una convicción de pecado comparables a las hazañas más sensacionales del general Booth o de Gipsy Smith.

El *snobismo* de Clara se hizo añicos. La vida, de repente, empezó a circular en ella. Sin saber cómo ni por qué, empezó a hacerse amigos y enemigos. Algunos de los conocidos, para los que había sido una pelmaza ridícula o indiferente, rompieron sus relaciones con ella; otros, en cambio, se hicieron más cariñosos.

Con gran extrañeza suya fué viendo que algunas personas "muy simpáticas" eran asiduos lectores de Wells, y que en la admiración de esas ideas estribaba el secreto de sus simpatías. Otras personas a las que había creído profundamente religiosas y con las que nunca había logrado tener relaciones amistosas, fingiéndose religiosas, se le hicieron de repente muy amigas y revelaron una hostilidad a la religión convencional como nunca la hubiese creído posible, excepto en caracteres completamente desesperados. Le hicieron leer a Galsworthy, y

Galsworthy le explicó la vanidad de Largelady Park y acabó de convencerla. La exasperó el pensar que la mazmorra en la que había gemido tantos años había estado sin cerrar durante todo el tiempo; que los impulsos con los que había luchado con tanto cuidado y que había reprimido con el solo fin de quedar bien con la sociedad, eran precisamente aquellos por los cuales únicamente había logrado ponerse en contacto sincero con el resto de la Humanidad.

En el entusiasmo de estos descubrimientos y en el tumulto de su reacción hizo el ridículo con tanta evidencia, como cuando en el salón de la señora Higgins excitaron su admiración los desplantes de Elisa. Porque la recién nacida wellsiana hubo de adquirir nuevos modales y expresiones casi tan ridículamente como un niño que empieza a andar y a hablar. Pero nadie odia a un niño por sus torpezas naturales; se perdonan y hasta hacen gracia. Clara no perdió amistades por sus tonterías. Se rieron de ella en su cara, y tuvo que defenderse y que luchar lo mejor que pudo.

Cuando Freddy fué a Earls Court (lo que nunca hacía cuando podía evitarlo) para hacer la desolada comunicación de que Elisa y él estaban pensando deshonorar el escudo de Largelady por abrir una tienda, encontró el exiguo hogar totalmente revuelto por una anterior comunicación de Clara, de que también ella se había colocado en una tienda de muebles antiguos situada en Dover Street, que había abierto una amiga wellsiana. Este empleo Clara lo debía, después de todo, a sus antiguas aficiones a rozarse con gente literaria. Se había empeñado en conocer personalmente a míster Wells, y la suerte quiso que en una *garden-party* tuviera ocasión de acercarse a él.

Quedó encantada de su entrevista con él. La edad no le había desecado, y su conversación, que duró media hora, era de las más variadas y agradables. Su modo de expresarse, conciso y elegante; sus manos finas, sus pies pequeños, sus dichos agudos y sugestivos, su accesibilidad, su cortesía sin rastro de afectación, derramaban sobre su personalidad un encanto irresistible. Clara no habló de otra cosa durante largas semanas después. Y como por casualidad habló de ello con la dueña de la tienda de antigüedades antes aludida, y esa señora también deseaba más que nada conocer a míster Wells y ven-

derle cachivaches bonitos, le ofreció a Clara un empleo de vendedora con el fin de lograr su deseo por intermedio de ella.

Y así sucedió que la suerte de Elisa se consolidó, y la esperada oposición a su proyecto se desvaneció. La tienda de flores está en los soportales de una estación de ferrocarril, no muy lejos del Victoria and Albert Museum, y si vivís por aquellos alrededores, tal vez algún día entréis allí y compréis de manos de Elisa una flor para el ojal.

Ahora aquí se ofrece una última oportunidad para una novela: ¿No os gustaría saber que la tienda de flores fué un éxito inmenso, gracias a los encantos de Elisa y a su experiencia adquirida anteriormente en Covent Garden? Desgraciadamente, la verdad es la verdad. La tienda dió resultados económicos deplorables, sencillamente porque Elisa y su Freddy no entendían el negocio.

Es verdad que Elisa no tuvo que empezar desde el principio; conocía los nombres y los precios de las flores baratas, y se puso indeciblemente orgullosa al encontrarse con que Freddy, con su miaja de instrucción secundaria, sabía un poco de latín. Era muy poco, pero suficiente para hacerle aparecer a los ojos de ella como un Porsón o un Bentley, y facilitarle el conocimiento de la nomenclatura botánica.

Desgraciadamente, no sabía más, y Elisa, a pesar de saber contar el dinero hasta dieciocho chelines, poco más o menos, y haber adquirido cierta familiaridad con el lenguaje de Milton, por lo que había trabajado con objeto de hacerle a Higgins ganar su apuesta, no era capaz de escribir una factura sin desacreditar el establecimiento.

La erudición de Freddy, que le permitía decir de carretilla en latín que Balbus construyó un muro y que Galia estaba dividida en tres partes, no le servía para nada en cuanto a la contabilidad. El coronel Pickering tuvo que explicarle lo que era un talonario de cheques y una cuenta corriente. Y a la pareja no había medio de enseñarle otras cosas. Ni uno ni otro comprendían que podrían haber ahorrado dinero tomando un contable con algún conocimiento de los negocios.

¿Cómo era posible ahorrar haciendo un gasto extraordinario, cuando sin hacerlo no podían salir de apuros? Pero el coronel, que no cesaba de ayudarlos con subvenciones, por fin

se empeñó en que tomasen el contable; y Elisa, humillada hasta lo indecible por tener que acudir tantas veces a la generosidad del coronel, y excitada por las carcajadas de Higgins al pensar que Freddy no podía tener éxito en cosa alguna, se dió por fin cuenta de que el comercio, lo mismo que la fonética, tiene que aprenderse metódicamente.

Permitidme que no insista en el lamentable espectáculo de la pareja pasándose las primeras horas de la noche en escuelas de taquigrafía y clases politécnicas, aprendiendo teneduría de libros y mecanografía con personas mucho más jóvenes que ellos y hasta con chiquillos de uno y otro sexo. Fueron también a la Escuela de Economía de Londres y se dirigieron humildemente al director de ella solicitando cursos especiales para aprender el negocio de la venta de flores.

Como aquel señor era un humorista, les explicó el método del famoso ensayo sobre la metafísica china, del que cuenta Dickens haber sido escrito por un caballero que primero leyó un artículo sobre China y luego otro sobre metafísica y combinó la información. Les propuso que combinaran los cursos de su escuela con los paseos por los jardines de Kew. Elisa, a la que el procedimiento del caballero ensayista pareció perfectamente correcto (como en realidad fué) y nada raro (la pobre era tan ignorante), aceptó el consejo con entera seriedad.

Pero el esfuerzo que le costó la mayor humillación fué una petición a Higgins, cuya afición principal, después de los versos de Milton, era la caligrafía, y que tenía una hermosísima letra italiana, para que él le enseñara a escribir. Declaró que ella era congénitamente incapaz de formar una sola letra digna de la más ínfima de las palabras de Milton; pero ella insistió; y al punto se lanzó a la tarea de enseñarle con una combinación de impetuosa intensidad, comprimida paciencia y ocasionales arranques de interesante disquisición sobre la hermosura y nobleza, la augusta misión y finalidad de la escritura manual.

Elisa terminó teniendo una letra absolutamente nada comercial, que era una positiva prolongación de su hermosura personal, y gastando tres veces más de lo necesario en material de escritorio, porque ciertas calidades y tamaños de pape-

se le habían hecho indispensables. No podía siquiera escribir un sobre del modo usual, porque no le cabían en él las señas dado el tamaño de su letra.

Sus estudios comerciales fueron para la joven pareja una época de desgracia y desesperación. Les parecía que no aprendían nada de la venta de flores. Finalmente, dejaron dichos estudios por inútiles y renunciaron para siempre a la taquigrafía, la mecanografía y demás materias de la Escuela de Artes y Oficios. El caso es que el negocio, de un modo algo misterioso, empezó a marchar por sí solo. Se habían olvidado de su anterior aversión y emplearon servicios ajenos. Concluyeron por convencerse de que tenían un talento notable para el comercio.

El coronel, que durante algunos años les había tenido una cuenta corriente abierta en su Banco para cubrir el déficit, se encontró un día con que la precaución era innecesaria, pues la joven pareja iba prosperando. Bien es verdad que tenían ciertas ventajas de que no disfrutaban sus competidores. Sus *week-ends* (1) en el campo no les costaban nada y les ahorran las comidas del domingo, pues las excursiones se hacían en el automóvil del coronel, y éste e Higgins pagaban las cuentas de los hoteles. Mister F. Hill, florista y verdulero (pronto descubrieron que se ganaba dinero vendiendo espárragos y otras verduras), era en el mercado y en la tienda el industrial clásico, pero en la vida particular y los días de asueto volvía a ser el señor Eynsford Hill. Todos, entonces, le tomaban por un aristócrata, pues nadie, fuera de Elisa, sabía que su verdadero nombre era sencillamente Federico Challer. Elisa misma parecía haberlo olvidado.

Eso es todo. Así termina la historia. Es extraño lo mucho que Elisa trata de intervenir en casa de los solterones de Wimpole Street, a pesar de lo que la ocupan su tienda y su propia casa. Y es de ver, aunque nunca regaña con su marido y sinceramente quiere al coronel como si ella fuera su hija favorita, cómo no puede perder la costumbre, adquirida aquella noche fatal en que le hizo ganar su apuesta, de reñir acaloradamente con Higgins.

(1) Fin de semana, la *semana inglesa*. (N. del T.)

Cualquier pretexto le sirve para armar una gresca contra éste. Este ya no se atreve a hacerla rabiar, rebajando a Freddy y echando en cara su inutilidad. Chilla y pateo y dice palabras gruesas; pero ella se las tiene tiesas, hasta el punto de que a veces el coronel tiene que rogarle ser menos brusca con Higgins, y éstas son las únicas veces en que ella le pone ceño al coronel. Nada, excepto algún acontecimiento o alguna desgracia bastante grande para hacer desaparecer todos los que-
reres y todas las antipatías—y Dios quiera que nunca haya semejante cosa—, podrá cambiar esto.

Ella sabe que Higgins no la necesita, lo mismo que no la necesita su padre. La brutal franqueza con la que le dijo aquel día que se había acostumbrado a tenerla cerca y dispuesta para toda clase de pequeños servicios y que la echaría de menos si se marchara (ni a Freddy ni al coronel se les hubiera jamás ocurrido decir cosas por el estilo), la convence cada vez más de que ella no tiene más importancia para él que un par de zapatillas.

Con todo, ella se da cuenta de que su indiferencia tiene un fondo más prócer que la ofuscación de las almas ordinarias. Se interesa inmensamente por él. Hasta tiene ciertos momentos perversos en los que desea poder estar a solas con él en una isla desierta, lejos de todas las conveniencias sociales y con nadie más en el mundo a quien considerar, para verle bajar de su pedestal y hacerle el amor como cualquier otro hombre.

Todos tenemos secretas imaginaciones de esta clase. Pero cuando Elisa vuelve a la realidad y huyen los ensueños y fantasías, ama a Freddy y quiere al coronel; no quiere a Higgins ni a míster Doolittle. Galatea nunca quiere de veras a Pígmalión; las relaciones que existen entre ellos son de esencia demasiado supraterrrestre para ser en su conjunto agradables.

FIN DE

“PIGMALIÓN”

LA CASA DE LAS PENAS

PREFACIO

DÓNDE SE ALZA LA CASA DE LAS PENAS

LA Casa de las Penas no es tan sólo el título de la comedia que sigue a este prefacio: es la Europa culta y acomodada anterior a la guerra. Cuando fué comenzada esta obra, aún no se había disparado un solo tiro, y sólo los diplomáticos profesionales y los poquísimos *amateurs* a quienes les daba por la política internacional sabían ya que se estaban cargando los cañones. Un dramaturgo ruso, Chejov, había escrito cuatro fascinadores estudios dramáticos de la Casa de las Penas, tres de los cuales —*El huerto de los cerezos*, *El tío Vania* y *La gaviota*—habían sido representados en Inglaterra. En sus *Frutos de la ilustración*, Tolstoi nos había mostrado la Casa de las Penas con su estilo más intensamente desdeñoso. Tolstoi no despertó con ella ninguna simpatía; era para él la casa en que Europa estaba ahogando su alma, y no ignoraba que el cansancio y la trivialidad que imperaban en aquella sofocante atmósfera de salón estaban poniendo el mundo bajo el control de la astucia y la energía ignorantes y desalmadas, con todas las terribles consecuencias que ahora han caído sobre aquélla.

Tolstoi no era pesimista; no estaba dispuesto a dejar que la casa siguiera en pie si él podía derruirla atronando los oídos de sus lindos y amigables sibaritas, y empuñó la piqueta con decisión. Trató la cuestión de los inquilinos como trataría la de la intoxicación del opio: cogiendo rudamente a los pacientes y sacudiéndolos violentamente hasta despertarlos por completo. Más fatalista, Chejov no tenía fe en que aquellas buenas gentes salieran por sí solas de su atolladero. Según él, serían desahuciadas y enviadas a la ventura por los alguaciles. En consecuencia, no tuvo reparo en explotar y hasta halagar su encanto.

LOS HABITANTES

En Inglaterra, donde los teatros sólo son negocios comerciales ordinarios, las obras de Chejov, menos lucrativas que los columpios y tiouvivos, no resistieron más de un par de representaciones dadas por la Stage Society. Al presentárselas, nos quedamos con los ojos fijos y exclamamos: "¡Qué cosa tan rusa!" No fué ésa la impresión que a mí me causaron. Del mismo modo que las obras de Ibsen, intensamente noruegas, eran exactamente aplicables a todas las clases medias y profesionales de los suburbios europeos, esas obras intensamente rusas eran aplicables a todas las quintas de Europa en las que el placer de la música, el arte, la literatura y el teatro habían sustituido a la caza, el tiro al blanco, la pesca, el flirteo, los banquetes y las orgías. Las mismas buenas gentes, la misma trivialidad absoluta. Esas buenas gentes podían leer; algunas de ellas podían escribir y eran los únicos repositorios de la cultura que tenían oportunidades sociales de ponerse en contacto con nuestros políticos, nuestros administradores y nuestros propietarios de periódicos, o que tenían alguna probabilidad de compartir o influir en sus actividades. Pero tales gentes rehuían ese contacto. Ellas odiaban la política. No deseaban realizar la utopía para la gente común: deseaban realizar sus ficciones y poemas favoritos en sus propias vidas, y cuando podían, vivían sin escrúpulo alguno de los ingresos que nada hacían por ganar. En su doncellez, las mujeres trataban de parecerse a las estrellas de *variétés*, y más adelante reflejaban los tipos de belleza imaginados por la anterior generación de pintores. Esas gentes sólo cogían la parte de nuestra sociedad en la que quedaba sitio para la cultura elevada y convertían a aquélla en un vacío económico, político y, en la medida de lo posible, moral. Mas como la Naturaleza, aborreciendo el vacío, lo llenó inmediatamente con el sexo y con todo género de refinados placeres, abundaron de modo deliciosísimo los momentos de relajación. En otras ocasiones esto fué desastroso. Para los primeros ministros y sus congéneres fué una verdadera Capua.

LA CABALLERIZA

Pero ¿dónde iban a anidar sino aquí quienes ocupan nuestros escaños fronteros? La alternativa de la Casa de las Penas era la caballeriza, consistente en una prisión de caballos con un local anexo para las damas y los caballeros que los cabalgan, los fatigan, hablan de ellos, los compran y los venden y les consagran las nueve décimas partes de su existencia, dividiendo la otra décima entre la caridad, la asistencia a misa (como sustitutivo de la religión) y las elecciones conservadoras (como sustitutivo de la política).

Cierto es que ambos establecimientos se confundían en sus límites. Seres desterrados de la biblioteca, el salón de música y el museo, languidecían entre los establos, miserablemente descontentos, y Amazonas intrépidas que se dormían a los primeros acordes de Schumann nacían, horriblemente desplazadas, en el jardín de Klingsor. Pero a veces sobre unos y otros caía alguien que lograba sacar el mejor partido posible de ambos mundos. Como regla, sin embargo, los dos mundos se hallaban separados y sabían poca cosa el uno del otro. Así, los políticos tenían que elegir entre la barbarie y Capua, y resulta arduo decir cuál de las dos atmósferas era más fatal para el estadismo.

LA REVOLUCIÓN EN EL ESTANTE

La Casa de las Penas estaba muy familiarizada con las ideas revolucionarias impresas. Se proponía ser avanzada y librepensadora y apenas iba nunca a la iglesia o guardaba el sábado, salvo como una diversión extraordinaria de *week-end*. Cuando se hallaba uno en ella desde un viernes a un martes, encontraba uno en el estante de su alcoba no sólo los libros de los poetas y los novelistas, sino también de los biólogos y hasta economistas revolucionarios. A no ser, por lo menos, por algunas de mis obras y de mister Granville Barker y unas cuantas narraciones de mister H. G. Wells, mister Arnold Bennett y mister John Galsworthy, la casa hubiera estado

paralizada. Entre los poetas, encontraba uno a Blake, y a su lado, a Bergson, Butler, Scott Haldane, los poemas de Meredith y Thomas Hardy y, para hablar en términos generales, todos los instrumentos literarios para formar la mente del perfecto socialista y evolucionista creador moderno.

Era una curiosa experiencia pasarse un domingo empánándose en estos libros y leer al lunes siguiente en los periódicos de la mañana que el país había sido llevado al borde de la anarquía a causa de que un nuevo ministro del Interior o jefe de Policía, sin una idea en su cabeza por la que no hubiera tenido que disculparse su bisabuela, se había negado a "reconocer" a alguna poderosa Trade-Union, así como una górdola podría negarse a reconocer a un vapor de veinte mil toneladas.

En suma: la fuerza y la cultura ocupaban compartimentos separados. Los bárbaros no se hallaban sólo literalmente en la silla de montar, sino también en los escaños fronteros de la Cámara de los Comunes, en donde no había nadie que corrigiera su increíble ignorancia del pensamiento y la ciencia política modernos, excepto advenedizos oficinescos que se habían pasado la vida abasteciendo sus bolsillos en lugar de su mente. Ambos, sin embargo, eran prácticos en tratar con el dinero y con los hombres, por lo que se refiere a adquirir el uno y a explotar a los otros. Y aunque ésta es una impericia tan indeseable como la del depredador barón medieval, faculta a los hombres para mantener en marcha, con la antigua rutina, un latifundio o un negocio sin necesidad de entenderlo, del mismo modo que los comerciantes y los criados de Bond Street mantienen en marcha la sociedad elegante sin poseer ninguna instrucción en sociología.

EL HUERTO DE LOS CEREZOS

Los habitantes de la Casa de las Penas ni podían ni querían hacer nada de este género. Con la cabeza tan llena de las *Anticipaciones*, de mister H. G. Wells, como vacías se hallaban las cabezas de nuestros gobernantes de las

anticipaciones de Erasmo o Thomas More, repudiaron el tráfigo de la política, y hubieran hecho muy poca cosa si hubiesen mudado de opinión. No porque los hubieran dejado meterse en nada, ya que en estos tiempos de sufragio universal sólo por derecho hereditario puede llegarse al Parlamento, cuando se está trabado por un serio equipo cultural, sino que, de haberlo logrado, su hábito de vivir en un vacío los hubiera colocado en una situación de impotencia e ineficacia en los asuntos públicos.

Incluso en su vida privada derrochaban a menudo sin remedio su patrimonio, como los personajes de *El huerto de los cerezos*, de Chejov. Aunque aquellos que vivían sin exceder sus ingresos se sostenían en realidad merced a sus procuradores y agentes, pues ellos eran incapaces de administrar un latifundio o dirigir un negocio, careciendo del continuo acicate de quienes tienen que aprender a hacer tales cosas o morir de hambre.

De lo que se llama democracia no cabe esperar ningún correctivo a este estado de cosas. Se dice que cada pueblo tiene el gobierno que se merece. Más acertado es decir que cada gobierno tiene el cuerpo electoral que merece, pues los oradores del escaño frontero pueden edificar o relajar a voluntad un cuerpo electoral ignorante. Así nuestra democracia se mueve en un círculo vicioso de merecimientos e inmerecimientos recíprocos.

LOS LARGOS CRÉDITOS DE LA NATURALEZA

El sistema que tiene la Naturaleza de tratar las condiciones insalubres no nos obliga, por desgracia, a establecer una higiene solvente sobre la base del pago al contado. Nos desmoraliza con largos créditos y nos tolera temerarios descubiertos y luego nos abrumba cruelmente con quiebras catastróficas. Considérese, por ejemplo, la cuestión de la sanidad doméstica ordinaria. Toda una generación urbana puede desdeñarla por completo y de modo escandaloso, si no con absoluta impunidad, al menos sin consecuencias perniciosas que alguien puede atribuir a este descuido. En un

hospital, dos generaciones de estudiantes de Medicina pueden tolerar la suciedad y el abandono y luego dedicarse a la práctica general para difundir la doctrina de que eso del aire puro es una chifladura, y la sanidad, una impostura establecida para beneficiar a los fontaneros. Pero, de súbito, la Naturaleza toma su desquite y descarga sobre la ciudad una peste, y sobre el hospital, una epidemia de gangrena que hace víctimas a diestro y siniestro, hasta que el joven inocente paga por el viejo culpable y la cuenta queda saldada. Y luego la Naturaleza se echa a dormir otra vez y concede otro período de crédito con el mismo resultado.

Esto es justamente lo que ha acontecido con nuestra higiene política. La ciencia política ha sido descuidada tan temerariamente por los gobiernos y los cuerpos electorales en el transcurso de mi existencia, como lo fué la ciencia sanitaria en los tiempos de Carlos II. En las relaciones internacionales, la diplomacia ha consistido en una serie ilegal y pueril de intrigas familiares, bandidaje comercial y territorial, letargos de falsa bondad producidos por la pereza, y espasmos de feroz actividad originados por el terror. Pero en nuestras islas nos embriagamos con ello. La Naturaleza nos concedió un crédito mayor que a Francia, Alemania o Rusia. Para los centenarios ingleses que murieron en sus lechos en 1914, el temor de tener que esconderse bajo tierra en Londres para esquivar las bombas de un enemigo les hubiera parecido más remoto y fantástico que el de ver aparecer una colonia de cobras y serpientes de cascabel en los jardines de Kensington. En las proféticas obras de Carlos Dickens se nos previno contra muchos males que después han acaecido; pero del mal de ser muertos por un enemigo extranjero en el umbral de nuestra propia casa no había en ellas la menor duda. La Naturaleza nos concedió un crédito larguísimo, y nosotros lo apuramos hasta el máximo. Pero cuando al fin se cobró, cobróse con una venganza. Durante cuatro años destruyó nuestros primogénitos y acumuló sobre nosotros plagas con las que nunca pudo soñar Egipto. Todas ellas eran tan evitables como la gran plaga de Londres, y únicamente existieron por no haber sido evitadas. Estas plagas no han sido extirpadas porque

se haya ganado la guerra. En la tierra fermentan todavía los cadáveres de los vencedores.

EL MEDIO SIGLO PERNICIOSO

Es difícil decir si la indiferencia y la negligencia son peores que la falsedad de las doctrinas; pero, por desgracia, en la Casa de las Penas se padecieron ambas cosas, pues medio siglo antes de la guerra la civilización se encaminaba precipitadamente al desastre bajo el influjo de una seudociencia tan desastrosa como el más negro calvinismo.

El calvinismo enseñaba que estamos predestinados a la salvación o a la condenación y que nada de lo que podamos hacer puede alterar nuestro destino. No obstante, como el calvinismo no daba ningún indicio al individuo que le permitiera saber si había sacado buen o mal número, le fortificaba grandemente alentando sus esperanzas de salvación y disipando sus temores de condenación, lo que le hacía conducirse como podría esperarse que se condujera uno de los elegidos más bien que uno de los réprobos.

Pero a mediados del siglo XIX los naturalistas y los físicos aseguraron al mundo, en nombre de la ciencia, que la salvación y la condenación son puros disparates, y que la predestinación es la verdad central de la religión, por cuanto que los seres humanos son producidos por su ambiente, no siendo sus pecados y sus buenas obras sino una serie de reacciones químicas y mecánicas sobre las que no tienen ningún control. Ficciones tales como mente, elección, propósito, conciencia, voluntad, etc., eran, según ellos, meras ilusiones creadas porque son útiles en la lucha continua de la máquina humana para mantener el medio en condiciones favorables; proceso que incidentalmente implicaba la despiadada destrucción o sujeción de sus competidores en el abastecimiento (que se suponía limitado) del sustento utilizable. Esta religión se la enseñamos a Prusia, y Prusia aprovechó tan bien nuestras enseñanzas, que no tardamos en vernos ante la necesidad de destruir a Prusia para evitar que Prusia nos destruyera a nosotros, y hemos terminado precisamente por

destruirnos mutuamente hasta un extremo dudosamente reparable en nuestros tiempos.

Acaso se pregunte cómo un credo tan imbécil y peligroso pudo llegar nunca a ser aceptado por seres racionales. A esto contestaré en otro volumen de mis comedias que será consagrado por entero a esta cuestión. Por el momento sólo diré que había más razones que la razón notoria de que una ciencia tan falaz como ésa proporcionaba una carrera científica a hombres sumamente estúpidos y facilitaba todas las demás carreras a bribones desvergonzados, a condición de que fueran lo bastante industriosos.

HIPOCONDRIA

Ahora bien: teniendo en sus estante a Butler, Bergson y Scott Haldane junto a Blake y los otros poetas mayores (para no hablar de Wagner y los poetas menores), la Casa de las Penas no fué tan segada por el lardo materialismo de los laboratorios como el mundo inculto del exterior. Pero como era una casa ociosa, era una casa hipocondríaca que siempre se hallaba buscando remedios curativos. Se abstenía de comer carne, no por valiosas razones shelleyanas, sino con el fin de librarse de un duende llamado Acido úrico, y dejaba que le sacaran todos los dientes para conjurar a otro demonio llamado Piorrea. Era supersticiosa y sentía tal afición por las levitaciones de velador, las sesiones de materialización, la clarividencia, la quiromancia y otras cosas por el estilo, que cabe dudar si los adivinos, los astrólogos y los especialistas terapéuticos clandestinos de todas clases florecieron nunca en la historia del mundo como durante este siglo. Para los médicos y cirujanos legales era sumamente difícil competir con los ilegales. No eran lo bastante listos para apelar a la imaginación y a la sociabilidad de los habitantes de la Casa de las Penas sirviéndose del actor, el orador, el poeta, el conversador persuasivo. Tuvieron que recurrir ásperamente al terror de las infecciones y la muerte. Prescribieron inoculaciones y operaciones. Toda parte de un ser humano que podía ser cortada sin producir necesariamente su muerte, la cortaban,

siendo la consecuencia frecuente que el enfermo se moría (innecesariamente, por supuesto). De bagatelas tales como las úvulas y las amígdalas pasaron a los ovarios y los apéndices, hasta que, por último, nadie se vió a salvo en su interior. Estos médicos decían que el intestino humano era demasiado largo y que un hijo de Adán no podía estar sano si no se le estrechaba el píloro y se le cortaba un trozo del intestino, uniendo éste directamente al estómago. Como su teoría mecanicista les enseñaba que la medicina era cosa del laboratorio químico y la cirugía lo era del carpintero, así como que la ciencia (por lo que ellos entendían sus prácticas) era tan importante, que ninguna consideración por los intereses de cualquier criatura individual, fuera rana o filósofo, y mucho menos los vulgares lugares comunes de la ética sentimental, podían oponerse ni por un momento a la más remota posibilidad de enriquecer el cuerpo de conocimientos científicos, operaban, viviseccionaban, inoculaban y mentían en una escala formidable, reclamando y adquiriendo en realidad sobre los cuerpos de sus conciudadanos unos poderes legales que jamás osaron reclamar ningún Rey, ningún Papa ni ningún Parlamento. La misma Inquisición era una institución liberal comparada con el Consejo General de Medicina.

AQUELLOS QUE NO SABEN VIVIR TIENEN QUE HACER UN MÉRITO DE LA MUERTE

La Casa de las Penas era harto perezosa y superficial para escaparse de este palacio de maleficio. Hacía rapsodias sobre el amor, pero creía en la crueldad. Le aterraban las gentes crueles, pero veía que la crueldad era al menos algo afectivo. La crueldad producía cosas que proporcionaban dinero, mientras que el amor no hacía nada sino probar la lucidez de la máxima de La Rochefoucauld de que muy pocas personas se enamoran si nunca hubieran leído nada acerca del amor. La Casa de las Penas no supo, en suma, vivir hasta el punto de que todo cuanto le quedó fué la vanagloria de saber al menos morir, amarga proeza que halló ilimitadas oportunidades de manifestarse con el inmediato estallido de la guerra. Así pere-

cieron los primogénitos de la Casa de las Penas, y los jóvenes, los inocentes, los esperanzados, expiaron la insensatez y la indignidad de sus mayores.

EL DELIRIO DE LA GUERRA

Sólo quienes han vivido en el transcurso de una guerra de primera categoría, no en el campo de batalla, sino en su hogar y sin haber perdido la cabeza, es posible que comprendan la actitud de Shakespear y Swift, que atravesaron la misma prueba. El horror de Peer Gynt en el manicomio, cuando los lunáticos, exaltados por la ilusión de un talento espléndido y por la visión de un milenio naciente, le coronaron como emperador suyo, era insignificante en comparación con esto. Yo no sé si habrá habido alguien en realidad que se librara en absoluto de perder la cabeza, salvo aquellos que tenían que conservarla porque habían de dirigir la guerra directamente. Yo mismo no me hubiera librado de perderla (en la medida en que no la perdí) de no haber comprendido al punto que como escritor y orador tenía también la gravísima obligación pública de no perder de vista la realidad; pero esto no me libró de un grado considerable de hiperestesia.

Ha habido, por supuesto, algunas gentes felices para quienes la guerra no significaba nada, pues todas las cuestiones políticas y generales caían fuera del reducido círculo de su interés. Pero el hombre ordinario que tenía conciencia de la guerra se volvió loco, siendo el síntoma principal de ello la convicción de que todo el orden de la Naturaleza había sido alterado. Según él, ahora había que adular todos los alimentos. Todas las escuelas había que cerrarlas. No debían mandarse anuncios a los periódicos, que debían publicar y vender ediciones extraordinarias cada diez minutos. Había que impedir que se viajara, o, de ser imposible, poner numerosos obstáculos. Todas las pretensiones relativas a las bellas artes, la cultura y demás, debían extirparse como una afectación intolerable, y las galerías pictóricas, los museos y las escuelas debían ser ocupados inmediatamente por los obreros

que trabajaban para la guerra. El propio British Museum sólo se salvó por la punta de un cabello.

La sinceridad de todo esto y de mucho más que no se me creería si lo consignara puede demostrarse con un ejemplo concluyente de la insensatez general. Apoderóse de los hombres la ilusión de que podrían ganar la guerra derrochando el dinero, y no sólo se suscribieron con millones de empréstitos de todas clases que no tenían objeto perceptible y a ridículas organizaciones voluntarias para hacer lo que notoriamente era de la incumbencia de las autoridades civiles y militares, sino que entregaron realmente su dinero a cualquier ladrón callejero que tenía la presencia de espíritu de pretender que "hacía una colecta" para el aniquilamiento del enemigo. Esto alentó a los estafadores a establecer oficinas rotulándolas "ligas contra el enemigo", y se limitaron a embolsarse el dinero que se amontonaba encima de ellos. Atractivamente vestidas, algunas jóvenes vieron que no tenían que hacer más que recorrer las calles hucha en mano y vivir espléndidamente de los beneficios. Muchos meses transcurrieron antes que, como primer indicio del retorno a la cordura, la Policía encarcelara al secretario de una liga "antienemiga" *pour encourager les autres*, y las entusiastas colectas módicas de los Días de la Bandera se sometieron a una especie de reglamentación.

LA LOCURA EN LOS TRIBUNALES

La desmoralización no respetó a los tribunales de Justicia. Absolvióse a los soldados plenamente convictos de homicidio voluntario, hasta que al fin los jueces y los magistrados hubieron de anunciar que lo que se llamaba la ley no escrita, que significaba simplemente que un soldado podía hacer impunemente lo que quisiera en la vida civil, no era la ley del país, y que una Cruz Victoria no llevaba consigo una indulgencia plenaria perpetua. Por desgracia, la demencia de los jurados y los magistrados no siempre se manifestó por la indulgencia. Toda persona que tenía la desdicha de ser acusada de algún género de conducta, por razonable y saludable

que fuera, que no trascendiera al delirio bélico, no tenía la más remota probabilidad de ser absuelta.

También había en el país cierto número de personas que hacían concienzudas objeciones a la guerra como criminal y anticristiana. El decreto del Parlamento aprobando el servicio militar obligatorio eximió irreflexivamente a esas personas, exigiéndoles tan sólo que demostraran la legitimidad de sus convicciones. Los que así lo hicieron fueron unos imprudentes desde el punto de vista de su interés personal, pues fueron perseguidos con salvaje obstinación, a despecho de la ley, mientras que a los que no tuvieron la menor pretensión de hacer objeción alguna a la guerra y no sólo habían aprendido la instrucción militar en el Cuerpo de Instrucción de Oficiales, sino que habían proclamado en público en diversas ocasiones que estaban completamente dispuestos a lanzarse a la guerra civil en defensa de sus opiniones políticas, se les concedió el beneficio del decreto, fundándose en que ellos no aprobaban esta guerra particular. Para los cristianos no hubo merced. Cuando la prueba de que éstos perecían por los malos tratos recibidos era tan inequívoca que el veredicto hubiera sido, sin duda, de homicidio voluntario, de haberse hallado al otro lado el interés del forense, sus atormentadores eran declarados gratuitamente libres de toda culpa. Sólo había una virtud: la belicosidad. Sólo un vicio: el pacifismo. Esta es una condición esencial de la guerra; pero el Gobierno no tuvo el valor de legislar en consecuencia, y su ley fué sustituida por la ley de Lynch.

El colmo de la ilegalidad legal fué alcanzado en Francia. El estadista socialista más grande de Europa, Jaurés, fué asesinado por un señor al que le ofendían sus esfuerzos por evitar la guerra. Monsieur Clemenceau fué agredido por otro señor de opiniones menos populares, y, por fortuna, la agresión no tuvo otras consecuencias que hacerle guardar cama prudentemente un par de días. El asesino de Jaurés fué absuelto negligentemente. Al que pudo haber sido el asesino de Clemenceau se le declaró culpable, poniendo en ello gran cuidado. No cabe duda que lo mismo hubiera sucedido en Inglaterra si la guerra hubiera empezado con una tentativa

lograda por asesinar a Keir Hardie y hubiera acabado con otra frustrada por asesinar a Lloyd George.

EL LARGO BRAZO DE LA GUERRA

La peste que suele acompañar a la guerra llamóse influencia. Que fuera o no en realidad una peste, es cosa que lo pone en duda el hecho de que hizo sus mayores estragos en lugares alejados de los campos de batalla, especialmente en la costa occidental de Norteamérica y en la India. Pero la peste moral, que fué indiscutiblemente una peste de la guerra, reprodujo el mismo fenómeno. Cabía suponer que la fiebre guerrera hubiera azotado con más furia a los realmente contendientes y que los otros hubieran sido razonables. A Bélgica y Flandes, en donde en vastas extensiones no quedó literalmente piedra sobre piedra a medida que los ejércitos antagónicos retrocedían y avanzaban por ellas tras aterradores bombardeos preliminares, puede perdonársele que desahogara sus sentimientos de un modo algo más enérgico que encogiéndose de hombros y diciendo: *C'est la guerre*. Difícilmente podría esperarse que Inglaterra, incólume durante tantos siglos porque la presencia de la guerra en sus campañas hacía mucho que había dejado de ser más creíble que la repetición del Diluvio, conservara su templanza al ver al fin que tenía que ocultarse en las cuevas y las estaciones de ferrocarriles subterráneos o yacer temblando en el lecho mientras las bombas estallaban, las casas se hundían y los cañones aéreos distribuían metralla sobre amigos y enemigos por igual, hasta que ciertos escaparates de Londres, llenos antes de sombreros de moda, viéronse atestados de cascos de acero. La vista de mujeres y niños mutilados y de viviendas destruidas y arruinadas excusa un tanto de violencia en el lenguaje y produce una cólera por la que tienen que pasar muchos soles antes que se aplaque.

No obstante, fué en los Estados Unidos de América del Norte en donde nadie dormía peor a causa de la guerra, en donde la fiebre guerrera excedió todo sentido y toda razón. En los tribunales europeos reinaba la ilegalidad vengativa;

en los tribunales americanos imperaba la demencia delirante. No me corresponde a mí enumerar las extravagancias de un aliado: hágalo algún americano sincero. Únicamente diré que para nosotros, los que nos hallábamos en nuestros jardines de Inglaterra oyendo los cañones de Francia, que se hacían sentir por una vibración del aire tan inequívoca como un sonido audible, o estudiando con el corazón oprimido las fases de la luna en Londres para saber las probabilidades que teníamos de que nuestras casas continuaran en pie o nosotros siguiéramos vivos a la mañana siguiente, los relatos que publicaba la Prensa de las sentencias a que condenaban los tribunales americanos a muchachas y ancianos por igual, por manifestar opiniones que eran expresadas en Inglaterra entre estruendosos aplausos ante auditorios enormes, así como los relatos más privados de los métodos seguidos para emitir los empréstitos de guerra americanos, eran algo tan asombroso que nos hacían olvidarnos por un momento de los cañones y las posibilidades de un bombardeo.

LOS GUARDIANES RABIOSOS DE LA LIBERTAD

No contentos con estos rencorosos abusos de la ley existente, los maniáticos de la guerra llevaron a cabo una frenética acometida para abolir todas las garantías constitucionales de libertad y bienestar. La ley ordinaria fué sustituida por decretos mediante los cuales fueron recogidos los periódicos y destruida su maquinaria por redadas de la Policía efectuadas "a la rusa", y fueron detenidas y fusiladas personas sin intentar juzgarlas en derecho ni dar publicidad al procedimiento ni a las pruebas. Aunque era urgentemente necesario que se aumentara la producción mediante la organización científica y la economía del trabajo, y aunque no había hecho más claramente establecido sino que la excesiva duración e intensidad de la jornada de trabajo reduce grandemente la producción en lugar de aumentarla, fueron suspendidas las leyes industriales, y hombres y mujeres trabajaron desmedidamente hasta que la pérdida de su eficiencia se hizo demasiado notoria para ser ignorada. A las reprensiones y advertencias se replicaba

con la acusación de progermanismo o la fórmula "Acuérdese de que ahora estamos en guerra".

Ya he dicho que los hombres suponían que la guerra había alterado el orden de la Naturaleza y que todo estaba perdido si no se hacía exactamente lo contrario de cuanto se hubiera juzgado necesario y beneficioso en tiempo de paz. Pero la verdad era algo peor que esto. La guerra no cambió la suerte de los hombres de un modo tan inverosímil. Lo que ocurrió realmente fué que el choque de la muerte física y la destrucción arrancó caretas de la educación, el arte, la ciencia y la religión que cubrían nuestra ignorancia y nuestra barbarie, y nos dejó gloriándonos grotescamente en la súbita licencia otorgada a nuestras pasiones más viles y a nuestros más abyectos terrores. Desde que Tucídides escribió su historia, se ha visto siempre que cuando el ángel de la muerte hace sonar su trompeta, las pretensiones de civilización vuelan de la cabeza de los hombres y caen en el fango como los sombreros arrebatados por una ráfaga de viento. Pero cuando este fenómeno acaeció entre nosotros, el choque no fué menos aterrador, porque algunos estudiantes de historia griega no se sorprendieron de ello. En realidad, esos estudiantes se lanzaron a la orgía con tanta desvergüenza como los indoctos. El sacerdote cristiano que se unía a la danza guerrera sin quitarse siquiera la casulla, y el respetable rector que expulsaba de su colegio con insultos y violencia corporal al profesor de lengua alemana diciendo que a ningún niño inglés había de enseñarse en lo sucesivo el idioma de Lutero y Goethe, fueron apoyados por la repudiación más imprudente de toda decencia de la civilización y toda lección de experiencia política por parte de las mismas personas que como catedráticos, historiadores, filósofos y hombres de ciencia eran los acreditados guardianes de la cultura.

Era rudamente natural y acaso necesario para reclutar prosélitos que el militarismo alemán y la ambición dinástica alemana fueran representados por los periodistas y reclutadores con colores negros y rojos como los peligros europeos (cosa que en realidad son), dando a entender que nuestro propio militarismo y nuestra propia constitución política son milenariamente democráticos (lo que ciertamente no son);

pero cuando se llegó a denunciar frenéticamente la química, la biología, la música, la literatura, la filosofía y hasta la ingeniería alemanas como abominaciones malignas que se alzaban frente a la química y las otras ciencias y artes inglesas y francesas en la relación del cielo con el infierno, era evidente que los propaladores de tan bárbaros desvaríos nunca habían comprendido realmente, ni se habían cuidado de ello, las artes y las ciencias que profesaban y profanaban, y eran tan sólo los descendientes horriblemente degenerados de los hombres de los siglos XVII y XVIII que, no reconociendo fronteras en el vasto dominio del espíritu humano, mantuvieron a gran altura la corrección europea en ese dominio y hasta se ufanaron de hallarse por encima de los rencores del campo de batalla. Arrancar la jarretera de la pierna del káiser, proscribir a los duques alemanes de la lista de nuestra nobleza, cambiar el sobrenombre ilustre e históricamente apropiado del rey por el de una localidad sin tradición, no fué una cosa muy digna; pero borrar los nombres alemanes en las listas inglesas de la ciencia y el saber, fué confesar que el escaso respeto que se otorga en Inglaterra a la ciencia y el saber no es más que una afectación que oculta un feroz desprecio por ambas cosas. Esto hacíale pensar a uno que la imagen de San Jorge y el Dragón de nuestra moneda debieron ser reemplazadas por la del soldado atravesando a Arquímedes con su lanza. Pero en aquel entonces no había moneda acuñada, sino únicamente papel moneda, en el que diez chelines se llamaban una libra esterlina, con tanta seguridad como las gentes que estaban deshonorando a su país se llamaban patriotas.

LOS SUFRIMIENTOS DE LOS CUERDOS

La miseria mental de vivir entre la repugnante barahunda de todas esas carmañolas y comparsas no fué la única carga que pesó sobre las personas cuerdas durante la guerra. También existía la tensión emotiva—complicada con la irritación del sentido económico—que producía la lista de las bajas. Los necios, los egoístas, los estrechos de espíritu, los insensibles y los privados de imaginación se ahorraron no pocos sufrimien-

tos. “La sangre y la destrucción llegarán a ser tan corrientes, que las madres se limitarán a sonreír cuando contemplen a sus hijos descuartizados por las manos de la guerra.” Esta era una profecía shakespeariana que no tardó en verse realizada, pues cuando casi todas las casas tuvieron un hijo muerto que llorar, todos hubiéramos perdido el juicio, de haber concedido a nuestro duelo y al de nuestros amigos el valor que se les da en tiempo de paz. Hízose, pues, necesario darle un valor falso, proclamar que la vida juvenil se había sacrificado digna y gloriosamente por la redención de la libertad del género humano y no por expiar la negligencia y la locura de sus padres y expiarlas en vano. Tuvimos incluso que dar por sentado que quienes se sacrificaban eran los padres y no los hijos, hasta que, por último, los periódicos satíricos se dieron a ridiculizar a los gordos ancianos que cómodamente sentados en los sillones del club se jactaban de los hijos que habían *dado* a su país.

Nadie escatimó esos anodinos del agudo dolor personal; pero no hicieron más que amargar a los que sabían que los jóvenes estaban dando diente con diente porque sus padres habían comido verdes las uvas políticas. ¡Piénsese, además, en los propios jóvenes! Muchos de ellos no se hacían ilusiones sobre el sistema que los llevaba a la guerra: veían con claridad que iban a cumplir con un deber horriblemente repugnante. Hombres esencialmente afables y esencialmente sensatos que tenían entre manos tareas realmente valiosas, las abandonaban voluntariamente y pasaban meses y meses haciendo la instrucción en los patios de los cuarteles y acuchillando sacos de paja a la vista del público para poder ir a matar y mutilar a hombres tan afables como ellos.

Esos hombres, que como clase acaso fueran nuestros soldados más eficientes (Federico Keeling, por ejemplo), no se dejaron engañar ni por un momento por el melodrama hipócrita que consolaba y estimulaba a los demás. Abandonaron sus tareas creadoras para entregarse a la destrucción, del mismo modo que las hubieran abandonado para ocupar su puesto en las bombas de desagüe de un buque naufrago. No se echaron atrás, como lo hicieron algunos de los impugnadores conscientes, porque el barco hubiera sido descuidado

por sus oficiales y barrenado por los causantes de su naufragio. Había que salvar el barco aun cuando Newton tuviera que abandonar sus fluxiones y Miguel Angel sus mármoles para salvarlo. Y así arrojaron los instrumentos de sus beneficiosas y ennoblecedoras profesiones y empuñaron la ensangrentada bayoneta y la bomba homicida, obligándose a sí mismos a pervertir su divino instinto por la perfecta ejecución artística, para manejar eficazmente aquellos objetos diabólicos, y a corromper su facultad económica por la organización, consagrando su ingenio a la ruina y la matanza. Mas su tragedia adquirió un tono irónico por el hecho de que las mismas cualidades que se veían obligados a prostituir hacían esta prostitución no sólo eficaz, sino hasta interesante, por lo que algunos de ellos fueron ascendiendo rápidamente y llegaron a convertirse, a pesar suyo, en verdaderos artistas de la guerra, saboreándola con gusto creciente, como Napoleón y todos los demás azotes de la Humanidad. Muchos de ellos no tuvieron siquiera este consuelo. Fueron consecuentes y la aborrecieron hasta el fin.

EL MAL EN EL TRONO DEL BIEN

El sufrimiento de los cuerdos era tan agudo, que los que lo compartían en la vida civil sin tener que verter sangre con sus propias manos ni presenciar la destrucción con sus propios ojos, apenas si se cuidaban de imponer sus propios dolores. No obstante, aun cuando se hallaran sentados, a salvo, en sus casas, para quienes tenían que hablar o escribir acerca de la guerra no era nada fácil prescindir de su conciencia superior y trabajar deliberadamente por cierto tipo de mal inevitable en vez de por el ideal de una vida más abundante. Yo sé, al menos, de una persona que encontró sumamente irritante que se cambiara la sabiduría de Jesús y San Francisco por la moral de Ricardo III y la locura de Don Quijote. Pero ese cambio tuvo que hacerse, lo que ha sido peor para todos nosotros, excepto para quienes no fué en realidad ningún cambio, sino un alivio de la hipocresía.

Piénsese también en aquellos que, aunque no tuvieran que escribir, ni luchar, ni hijos propios que perder, conocían la

inestimable pérdida que era para el mundo el que se derrocharan en la destrucción cuatro años de vida de una generación. Apenas si habrá quedado alguna de las obras grandiosas del espíritu humano que no haya sido abortada o destruída por apartar a sus autores de su tarea natural durante cuatro años críticos. No sólo murieron Shakespears y Platones, sino que muchas de las mejores cosechas de los supervivientes fueron sembradas en el suelo estéril de las trincheras. Y eso no era una consideración puramente inglesa. Para el hombre verdaderamente civilizado, para el buen europeo, la matanza de la juventud alemana fué tan desastrosa como la de la inglesa. Los necios se regocijaron de las "pérdidas alemanas"; pero esas pérdidas eran también las nuestras. ¡Imaginaos que nos regocijáramos de la muerte de Beethoven porque Bill Sikes le asestara un golpe de muerte!

FILTRANDO EL MOSQUITO Y TRAGÁNDOSE EL CAMELLO

Pero la mayoría de la gente no podía comprender esos pesares. Reinaba una frívola exaltación de la muerte, que en el fondo era una incapacidad de comprender que las muertes eran muertes reales y no teatrales. Una y otra vez, cuando un aeroplano enemigo arrojaba una bomba que despedazaba a una madre y a su hijo, las gentes que lo presenciaban, aun cuando habían estado leyendo día tras día en los periódicos con gran alborozo millares de sucesos análogos, estallaban de súbito en furiosas imprecaciones contra "los hunos" asesinos y pedían a gritos una venganza feroz y satisfactoria. En tales ocasiones poníase de manifiesto que las muertes que esas gentes habían presenciado no significaban más para ellas que las muertes ficticias de la pantalla cinematográfica. A veces no era necesario que la muerte fuera presenciada realmente: bastaba con que tuviera lugar en circunstancias de novedad y proximidad suficientes para que causara tanta sensación y efecto en nuestro país como si hubiera sido realmente visible.

Por ejemplo, en la primavera de 1915 tuvo lugar una aterradora matanza de nuestros jóvenes soldados en Neuve Chapelle y en el desembarco de Gallipoli. No llegaré a decir

que para nuestros paisanos fué una delicia poder leer noticias tan excitantes durante el almuerzo; pero no puedo pretender que ni en los periódicos ni en el trato social general observé otro sentimiento que el ya habitual de que la película del frente se desarrollaba de modo espléndido y de que nuestros muchachos eran los más bravos de los bravos. De pronto llegaron noticias de que un transatlántico, el *Lusitania*, había sido torpedeado y que varios pasajeros conocidísimos de primera clase, incluyendo un famoso empresario de teatros y el autor de una farsa popular, habían perecido ahogados, entre otros. Entre esos otros se encontraba sir Hugh Lane; pero como éste sólo había impuesto grandes obligaciones al país en la esfera de las bellas artes, no se hizo gran hincapié sobre su pérdida.

Inmediatamente, un asombroso frenesí estremeció a todo el país. Muchos hombres que hasta entonces habían conservado el juicio, ahora lo perdieron por completo. “¿Matar a pasajeros de salón? ¿Qué va a ser eso?” Esta era la esencia de toda la agitación; pero es una frase excesivamente trivial para dar la más tenue idea del furor que se apoderó de nosotros. Para mí, que tenía el espíritu abrumado por el horrible coste de Neuve Chapelle, Ypres y el desembarco de Gallípoli, el estrépito que se armó acerca del *Lusitania* casi me pareció una impertinencia pusilánime, aunque me unían excelentes relaciones personales con las tres víctimas más conocidas de la catástrofe y comprendía, mejor quizá que la mayoría de la gente, la desgracia de la muerte de Lane. Incluso sentí una torva satisfacción, perfectamente inteligible para todos los soldados, al ver que los paisanos, para quienes la guerra era un deporte inglés tan espléndido, percibían el acre sabor de lo que era en realidad para los verdaderos combatientes. Yo manifesté sin rodeos mi irritación y vi que la rectísima y natural opinión acerca de este asunto era acogida como una paradoja monstruosa y cruel. Cuando pregunté a las gentes, que se quedaban con la boca abierta, si tenían algo que decir respecto al holocausto de Festubert, abrieron todavía más la boca, por haberlo olvidado, o, mejor dicho, por no haberlo comprendido nunca. Esas gentes no eran más inhumanas que yo; pero la gran catástrofe era demasiado grande para que pudieran asirla, en tanto que la pequeña tenía

las dimensiones adecuadas para ellas. Yo no me sorprendí. ¿No he visto a una corporación pública que justamente, por la misma razón, aprobaba un presupuesto de 30.000 libras esterlinas sin pronunciar una palabra y luego invertía tres sesiones especiales, prolongadas hasta la noche, para discutir una partida de siete chelines para refrigerios?

LOS ESPÍRITUS PEQUEÑOS Y LAS GRANDES BATALLAS

Nadie podrá comprender las extravagancias de la opinión pública durante la guerra, a no ser que tenga presente constantemente que la guerra no existió en toda su plenitud para el inglés civil corriente. Este no podía concebir siquiera una batalla, y mucho menos toda una campaña. Para los suburbios, la guerra no era más que una riña suburbana. Para el minero y el peón, sólo era una serie de ataques a la bayoneta entre campeones alemanes y campeones ingleses. La enormidad de la guerra se hallaba fuera del alcance de la mayoría de nosotros. Sus episodios tenían que reducirse a las dimensiones de un accidente ferroviario o un naufragio antes que logran producir algún efecto en nuestro espíritu. Para nosotros, los ridículos bombardeos de Scarborough y Ramsgate eran tragedias colosales, y las batallas de Jutlandia, una simple balada. Las palabras “tras una seria preparación de artillería”, que leíamos en los partes del frente, carecían de sentido; pero cuando nuestros excursionistas de la playa se enteraban de que un señor de edad que se encontraba en un elegante hotel costero había interrumpido su almuerzo por una bomba que había caído en su huevera, su cólera y su horror no conocían límites. Declaraban que eso daba nuevo espíritu al ejército, y no tenían la menor sospecha de que los soldados de las trincheras tenían risa con ellos para varios días y se decían unos a otros que no estaba de más que los señores de casa tuvieran una idea de lo que estaba pasando el ejército.

Unas veces, la estrechez de miras adquiría un tono patético: un hombre seguía trabajando aquí sin atender al llamamiento hecho “para poner a salvo la democracia del mundo”; pero un hermano suyo era muerto en el frente

e inmediatamente aquél abandonaba su trabajo y tomaba la guerra como una sangrienta querrela de familia contra los alemanes. Otras veces, esa estrechez de miras era cómica: un hombre herido con derecho a licenciarse volvía a las trincheras con ceñuda resolución de encontrar al huno que le había herido y hacérselo pagar caro.

Es imposible calcular cuántos de nosotros, vestidos o no de caqui, consideraron la guerra y sus antecedentes políticos como un todo y a la luz de una filosofía de la Historia o un conocimiento de lo que la guerra es. Yo dudo que su número sea mayor que el de nuestros matemáticos superiores. Pero de lo que no cabe duda es de que fué muchísimo mayor el número de los hombres comparativamente ignorantes y pueriles. Téngase en cuenta que había que estimular a estas gentes a que hicieran los sacrificios que la guerra exigía y que eso no podía lograrse apelando a un conocimiento que no poseían y a una comprensión de la que eran incapaces. Cuando por fin el armisticio me permitió decir la verdad acerca de la guerra en las elecciones generales siguientes, un soldado le dijo a un candidato al que yo apoyaba: "Si yo hubiera sabido todo eso en mil novecientos catorce, nunca me hubiesen visto con el uniforme." Y por esto, por supuesto, justamente había sido necesario hacerle tragar una historia que hubiera hecho reír a cualquier diplomático. Así, la natural confusión de la ignorancia fué acrecentada por una confusión deliberadamente propagada de pueriles historias de duendes y desatinos melodramáticos que acabó por excederse e hizo imposible detener la guerra antes que hubiéramos conseguido, no sólo el triunfo de derrotar al ejército alemán y derrocar, por consiguiente, a su monarquía militarista, sino también el gravísimo error de arruinar el centro de Europa, cosa que ningún Estado europeo cuerdo podía permitirse hacer.

LA MUDEZ DE LOS CAPACES Y EL ESTRÉPITO DE LOS INCAPACES

Al hallarse frente a este cuadro de alucinaciones y locuras, el lector crítico objetará inmediatamente que durante todo

ese tiempo Inglaterra dirigía una guerra que implicaba la organización de varios millones de combatientes y de los obreros que los abastecían de provisiones, municiones y transportes, y que eso no hubiera podido hacerlo una chusma de vociferadores histéricos. Afortunadamente, eso es cierto. Pasar de las redacciones de los periódicos, de las tribunas políticas, de las chimeneas de los clubs y de los salones suburbanos al ejército y a las fábricas de municiones, era pasar del manicomio al más atareado y cuerdo de los mundos laboriosos. Era descubrir de nuevo a Inglaterra y encontrar una sólida base para la fe de quienes creían aún en ella. Pero una condición indispensable de esa eficiencia era que los eficientes consagraran todo su tiempo a la tarea y dejaran a la chusma que delirara para desahogar su corazón. En realidad, ese delirio era útil para el eficiente, porque, como siempre se hallaba lejos del blanco, apartaba la atención de modo muy conveniente de operaciones que hubieran sido frustradas u obstruidas por la publicidad. Un precepto que yo me esforcé en vano por popularizar, en los comienzos de la guerra—"Si tenéis algo que hacer, hacedlo; si no, apartaos del camino, por el amor de Dios"—, sólo fué seguido a medias. Ciertamente, las personas capaces hicieron lo que tenían que hacer, pero las incapaces no se apartaron en modo alguno del camino: alborotaron y vociferaron sin cesar, y si no entorpecieran gravemente el camino, fué debido al venturoso hecho de que nunca sabían dónde se encontraba éste.

Así, mientras toda la eficiencia se desarrollaba en Inglaterra silenciosa e invisible, toda su imbecilidad ensordecía el cielo con sus clamores y oscurecía el sol con su polvareda. Por desgracia, también intimidaba al Gobierno con sus pretensiones de que se recurriera a los irresistibles poderes del Estado para intimidar a las personas sensibles, permitiendo así que una despreciable minoría de defensores del linchamiento establecieran un régimen de terror que hubiera podido ser suprimido en cualquier momento con una sola palabra severa de un ministro responsable. Pero nuestros ministros no poseían ese género de valor, ni la Casa de las Penas lo había fomentado, y mucho menos los suburbios. Cuando las cosas llegaron al extremo de ser saqueadas las

tienas por criminales bajo pretextos patrióticos, fué la fuerza policíaca y no el Gobierno la que tuvo que intervenir. Hubo incluso un momento deplorable, durante la alarma de los submarinos, en que el Gobierno cedió a la pretensión pueril de que se maltratara a los prisioneros navales de guerra, y, para afrenta nuestra, fué obligado por el enemigo a reportarse. Y, no obstante, tras todos esos alborotos y desaciertos públicos y fútiles daños, la Inglaterra efectiva desplegaba la capacidad y la actividad más formidables. La Inglaterra ostensible debilitaba al Imperio con sus incontinencias, sus ignorancias, sus ferocidades, sus pánicos y sus intolerables trompeteos de las antifonas nacionales aliadas, repetidas en su tiempo y a deshora. La Inglaterra esotérica llevaba a cabo de modo irresistible la conquista de Europa.

LOS HOMBRES PRÁCTICOS DE NEGOCIOS

Desde el principio, las gentes inútiles clamaron por "hombres prácticos de negocios". Por tales entendían hombres que se habían enriquecido colocando sus intereses personales por delante de los del país y midiendo el éxito de toda actividad por el provecho pecuniario que les proporcionaba a ellos y a aquellos de quienes dependían por sus suministros de capital. El lamentable fracaso de algunos ejemplares conspicuos de la primera hornada de esos pobres diablos que probamos contribuyó a dar al lado público de la guerra un aire de farsa monstruosa y desesperante. Esos hombres demostraron no sólo que eran ineptos para la obra pública, sino que en una nación bien ordenada jamás se les hubiera permitido controlar las empresas privadas.

EL PREDOMINIO DE LOS NECIOS SOBRE LOS HOMBRES SENSATOS

Así como un país fértil inundado de lodo, Inglaterra no dió señal alguna de su grandeza en los días en que se ponía en juego toda su fuerza para salvarse de las peores consecuen-

cias de su pequeñez. La mayoría de los hombres de acción, ocupados constantemente en tareas prácticas urgentes, tuvieron que dejar a gentes más ociosas o a retóricos profesionales el cuidado de presentar la guerra a los ojos de la razón o la imaginación del país y del mundo en discursos, poemas, manifiestos, carteles y artículos de periódicos. Yo he tenido el privilegio de poder oír hablar a algunos de nuestros generales más capaces acerca de sus tareas y he compartido la carga común de la lectura de los relatos en que los periódicos explicaban al mundo esas mismas tareas: no podría haber otras dos experiencias más dispares.

Pero, al fin y a la postre, los habladores consiguieron un peligroso ascendiente sobre las filas de los hombres de acción, pues aunque los grandes hombres de acción son siempre habladores inveterados y a menudo inteligentísimos escritores, no teniendo formado, por lo tanto, el espíritu por otros, el hombre ordinario de acción, como el soldado ordinario, no puede expresarse en términos inteligibles ni siquiera para sí mismo y propende a recoger y aceptar lo que lee en los periódicos acerca de él y de los demás, excepto cuando el escritor es lo bastante temerario para meterse en detalles técnicos. No era nada insólito durante la guerra oír a un soldado o a un paisano dedicado a trabajos de guerra que, al escribir acontecimientos que habían presenciado, reducían al absurdo más completo los desvaríos y monsergas de su periódico, y que, sin embargo, repetían como papagayos las opiniones de ese mismo periódico.

Así, para librarse de la confusión y la necedad predominantes, no era suficiente buscar la sociedad del hombre ordinario de acción: había que ponerse en contacto con los espíritus superiores. Eso era un privilegio que sólo podían gozar unos cuantos. Para el ciudadano no privilegiado no había escapatoria. Este encontraba a todo el país loco, fútil, cándido, incompetente, sin esperanza alguna de victoria, salvo la de que acaso el enemigo estuviera igualmente loco. Sólo tras reflexionar y razonar concienzudamente lograba convencerse de que, si no hubiera algo más sólido bajo aquellas aterradoras apariencias, no hubiera sido posible que la guerra se hubiese sostenido un solo día sin que se viniera abajo toda su organización.

LAS ELECCIONES DE LA LOCURA

Dichosos fueron en aquellos días los necios y los hombres de acción irreflexivos. Lo peor del caso fué que los necios se vieron representados en gran número en el Parlamento, ya que los necios no sólo votan a los necios, sino que pueden persuadir a los hombres de acción para que los voten también. Las elecciones que siguieron inmediatamente al armisticio fueron quizá las más lunáticas que han tenido lugar nunca. Soldados que habían llevado a cabo un servicio voluntario y heroico en el campo de batalla, fueron derrotados por personas que evidentemente nunca habían corrido un riesgo ni gastado un penique que pudieran ahorrar y que aún se defendían públicamente en el transcurso de las elecciones llamando *pacifistas* o *germanófilos* a sus adversarios. Los líderes de los partidos buscan siempre estos secuaces, con los que siempre puede contarse para que anden dócilmente por las camarillas a las órdenes del partido, con tal que el líder les asegure el puesto mediante el procedimiento que se llamó, por irrisoria alusión al sistema de racionamiento durante la guerra, *la entrega del cupón*. Otros incidentes fueron tan grotescos que no puedo mencionarlos sin dar motivo a que el lector adivine los partidos, cosa que no sería justa, por cuanto aquéllos no eran más censurables que otros mil que forzosamente han de ser callados. El resultado general fué notoriamente absurdo, y el cuerpo electoral, disgustado de su propia obra, volvióse instantáneamente del lado extremo y deshechó a todos los candidatos de cupón en las elecciones secundarias inmediatas por medio de mayorías igualmente candidas. Pero el perjuicio causado en las elecciones generales no pudo deshacerse y el Gobierno no sólo tuvo que disponerse a abusar de su victoria europea, como había prometido, sino que lo hizo realmente, entregando al hambre a los enemigos que habían depuesto sus armas. En suma: habían ganado las elecciones sometándose a los perversos, crueles y vengativos, y no les pareció tan fácil librarse de ese sometimiento como de los más nobles. Cuando escribo estas líneas, el fin no ha llegado aún; pero es evidente que esa irreflexiva ferocidad hará reaccionar tan severamente a las cabezas

de los aliados, que nos veremos obligados por pura necesidad a curar a la Europa que hemos herido casi de muerte, en lugar de intentar completar su destrucción.

EL YAHOO Y EL MONO COLÉRICO

Contemplando ese cuadro de un estado de humanidad tan reciente que no es posible negar su veracidad, se comprende que Shakespear comparara al hombre con un mono colérico, que Swift le describiera como un Yahoo despechado por superioridad del caballo y que Wellington declarara que los ingleses no saben conducirse ni en la victoria ni en la derrota. Y, sin embargo, ninguno de los tres habían visto una guerra como la que hemos visto nosotros. Shakespear censuraba a los grandes hombres diciendo que "si los grandes hombres pudieran tronar como el mismo Júpiter, nunca hubiera estado Júpiter tranquilo, pues el funcionario más insignificante emplearía su cielo para tronar y no haría otra cosa que tronar". ¿Qué hubiera dicho Shakespear si hubiera visto algo mucho más destructor que el trueno en las manos de cualquier labriego aldeano, o si hubiese hallado en la cordillera de Mesina los cráteres de los diecinueve volcanes expuestos al influjo de un dedo, que podría haber sido el dedo de un niño, sin que el resultado hubiera sido un ápice menos ruinoso? Shakespear podría haber visto una cabaña de Stratford herida por uno de los rayos de Júpiter y hubiera ayudado a extinguir el incendio y a apartar los fragmentos de la chimenea destruída. Pero ¿qué hubiera dicho de haber visto a Yprés tal como ha quedado ahora, o si hubiera vuelto a Stratford como vuelven hoy los franceses a sus hogares para encontrar el mojón familiar: "A Stratford, una milla", y al final de esta milla, sólo agujeros en la tierra y aquí y allá los fragmentos de una casa? ¿No le hubiera dotado el espectáculo del mono colérico de poderes de destrucción a los que nunca hubiese aspirado Júpiter, privándole incluso del dominio de sus palabras?

Y, sin embargo, ¿qué cabe decir aquí sino que la guerra pone en tal tensión a la naturaleza humana, que destruye la mitad de ella y convierte a la mitad peor en una virtud dia-

bólica? Más nos valdría que la destruyera por completo, pues entonces no podríamos resolver nuestras dificultades y tendríamos más cuidado de no meternos en ellas. En verdad, como decía Byron, "no es difícil morir", y es enormemente difícil vivir, lo que explica por qué en el fondo la paz no sólo es mejor que la guerra, sino infinitamente más ardua. ¿Ha afrontado cualquier héroe de la guerra el glorioso riesgo de la muerte con más bravura que afrontó el traidor Bolo su certidumbre? Bolo nos ha enseñado a todos a morir; pero ¿podemos decir que también nos ha enseñado a todos a vivir? Apenas pasa ahora una semana sin que algún soldado que desafió la muerte en el campo de batalla, con tal temeridad que fué condecorado o elogiado especialmente por ello, sea llevado ante nuestros magistrados por no haber podido resistir a las tentaciones más mezquinas de la paz, sin otra excusa mejor que la vieja disculpa de que "un hombre tiene que vivir".

Es una cosa singular que un hombre que antes que trabajar vende su honor por una botella de vino, una entrada de teatro y una hora con una mujer extraña, cosas todas obtenidas pasando un cheque falso, pudo, empero, exponer su vida en los momentos más desesperados del campo de batalla. ¿No parece como si, después de todo, la gloria de la muerte fuese menos costosa que la gloria de la vida? Si no es más fácil alcanzar la primera, ¿por qué la alcanzan muchos más hombres que a la segunda? Sea como fuere, es evidente que el reino del Príncipe de la Paz no ha llegado a convertirse aún en el reino de este mundo. Sus intentos de evasión han sido resistidos con mucho más vigor que los del káiser. Y esta triunfante resistencia ha ido acumulando una especie de Deuda nacional, que no es menos abrumadora porque no tengamos cifras para representarla y porque no nos proponemos pagarla. Un bloqueo que priva de "la gracia de Nuestro Señor" es, a la larga, menos soportable del que sólo nos priva de materias primas y contra el que es impotente nuestra Armada. En la casa del bloqueador, nos ha asegurado éste, hay muchas mansiones; pero yo me temo que entre ellas no se encuentren ni la Casa de las Penas ni la Caballeriza.

¡AY DE LAS DOS CASAS!

Entre tanto, los picos y los petardos bolcheviques están actuando sobre los cimientos de ambos edificios, y aunque acaso los bolcheviques queden enterrados entre las ruinas, sus muertes no salvarán los edificios. Por desgracia, éstos pueden ser reconstruídos de nuevo. Como el Castillo de la Duda, han sido demolidos muchas veces por corazones magnánimos y sucesivos, y siempre han sido reconstruídos por la simpleza, la holgazanería y la presunción, por el Espíritu endeble y el Terror desmedido y por todos los jurados de la Feria de Vanidades. Otra generación de *educación secundaria* en nuestros antiguos colegios públicos bastará para que las instituciones inferiores que los remedaron sean absolutamente suficientes para sostener a los dos edificios hasta la próxima guerra.

Para la instrucción de esa generación dejo yo estas páginas como relato de lo que fué la vida ciudadana durante la guerra, cosa sobre la que la Historia suele guardar silencio. Afortunadamente, la guerra ha sido corta. Cierto es que las gentes que creían que no podía durar más de seis meses fueron refutadas vigorosamente por los acontecimientos; como ha dicho sir Douglas Haig, sus Waterloos duraron meses en vez de horas. Pero no habría sido nada sorprendente que hubieran durado treinta años. De no haber sido por el hecho de que el bloqueo consumió la asombrosa hazaña de extenuar a Europa, lo que no hubiera podido suceder si Europa hubiese estado organizada adecuadamente para la guerra o siquiera para la paz, la guerra hubiera durado hasta que los beligerantes se encontraran tan cansados de ella que ya no pudieran obligarseles a hacer un esfuerzo por proseguirla. Considerando su magnitud, la guerra de 1914-18 ha de clasificarse, sin duda, la más breve de la Historia. Su fin llegó tan bruscamente, que los combatientes se precipitaron literalmente sobre él. Y, sin embargo, llegó un año largo más tarde de lo que debería haber llegado si los beligerantes no se hubieran hallado excesivamente asustados unos de otros para afrontar la situación sensatamente. Alemania, que no pudo proveer a la guerra que empezó, tampoco supo rendirse antes de hallarse peligrosamente ago-

tada. Sus adversarios, igualmente impróvidos, llegaron a hallarse tan cerca de la bancarrota como Alemania del agotamiento. Tratóse aquí de una fanfarronería en la que ambas partes se amedrentaron mutuamente. Y, debido a la ironía usual de la guerra, aún no sabe si Alemania y Rusia, los derrotados, no serán los gananciosos, pues los vencedores se hallan muy ocupados en asegurar sobre sí las cadenas que han arrancado de los miembros de los vencidos.

CÓMO LO PASÓ EL TEATRO

Ofrezcamos ahora un contraste un tanto violento a nuestra vista, volviéndola del teatro europeo de la guerra al teatro en que las contiendas son fingidas, y los muertos, poniéndose en pie en cuanto ha caído el telón, se marchan tranquilamente a cenar a su casa después de lavarse la pintura de sus heridas. Hace cerca de veinte años que yo me vi obligado a presentar una comedia en forma de libro por no hallar oportunidad de presentarla como era debido en una representación teatral. La guerra me ha hecho volver a recurrir a este expediente. *La Casa de las Penas* no ha llegado aún al escenario. Yo la he rechazado, porque la guerra ha alterado por completo las condiciones económicas que permitían antaño que un drama serio se abriera camino en Londres. El cambio no se ha producido en los teatros ni en su organización, ni en los autores, ni en los actores, sino en los auditorios. Durante cuatro años, los teatros de Londres se hallaron atestados todas las noches de millares de soldados que volvían del frente con permiso. Estos soldados no eran los espectadores de las temporadas teatrales londinenses. Un incidente de mi propia infancia me dió la clase de su condición. Cuando yo era un chiquillo me llevaron una vez a la ópera. Yo no sabía entonces lo que era una función de ópera, aunque sabía silbar no poca música. En el álbum de mi madre había visto fotografías de todas las grandes cantantes de ópera, retratadas en su mayoría con vestidos de *soirée*. En el teatro me encontré ante un áureo anfiteatro lleno de personas con vestidos de *soirée*, a quienes yo tomé por cantantes de ópera. Entre ellas me fijé en una dama mo-

rena que me pareció la Alboni, y me dije si tardaría mucho en levantarse y ponerse a cantar. Lo que me intrigó fué el hecho de que me hicieran sentarme de espaldas a las cantantes en lugar de frente a ellas. Cuando se levantó el telón, mi asombro y mi deleite no tuvieron límites.

EL SOLDADO EN EL FRENTE TEATRAL

En 1915 vi hombres vestidos de caqui en los teatros que se hallaban en una situación análoga a la mía. Para todo el que tuviera la clave que yo tenía respecto a su estado de espíritu resultaba evidente que esos hombres no habían estado nunca en un teatro e ignoraban lo que era. En uno de nuestros grandes teatros de variedades me senté una vez junto a un joven oficial nada rudo, que aun cuando se alzó el telón, iluminándole respecto al sitio adonde debía mirar para gozar del espectáculo, encontró absolutamente incomprensible la parte dramática de éste. No sabía cómo desempeñar su papel. Comprendía que la gente del escenario cantara, bailara y ejecutara proezas gimnásticas. Y no sólo comprendía, sino que le causaba intenso regocijo que un artista imitara al gallo cacareando o al cerdo gruñendo. Pero las gentes que pretendían que ellas eran alguna otra persona y que la decoración situada tras ellas era algo real le desconcertaban. Considerando a este oficial, comprendí yo cuánto tiene que adulterarse el hombre natural antes que pueda aceptar fácilmente las convenciones del teatro o ver con claridad el propósito del drama.

Pues bien: desde el momento en que se estableció la rutina de los permisos para nuestros soldados, estos novicios, acompañados de damiselas (llamadas *flappers*), tan inocentes a menudo como ellos, atestaron nuestros teatros hasta las puertas. Al principio apenas era posible encontrar cosas lo bastante crudas para nutrirles. Los mejores comediantes de *music-hall* escudriñaban su memoria buscando las triquiñuelas más antiguas y los esperpentos más pueriles para no sacar de sus profundidades a los espectadores militares. Yo creo que esto fué un error por lo que a los novicios se refiere. Shakespear, o las historias dramáticas de Jorge Barnwell, María Martín o *El*

demonio barbero de Fleet Street, probablemente les hubieran satisfecho plenamente. Pero, después de todo, los novicios sólo constituían una minoría. El soldado culto, que en tiempos de paz no asistiría a otros espectáculos teatrales que las obras post-ibsenianas más avanzadas y presentadas con las decoraciones más artísticas, vióse, para asombro suyo, sediento de bufonadas ingenuas y de bailes e insensatas exhibiciones sensuales de muchachas bonitas. El autor de algunas de las obras más serias de nuestro tiempo me dijo a mí en una ocasión que, después de pasarse varios meses en las trincheras sin tener una vislumbre de la hembra de su especie, experimentó un placer enteramente inocente, pero delicioso, viendo simplemente a una *flapper*. La reacción del campo de batalla produjo un estado de hiperestesia, en el que todos los valores teatrales quedaron alterados. Las cosas triviales lograron intensidad, y las añejas, novedad. El actor, en vez de tener que esforzarse por sacar a su auditorio del aburrimiento que le había llevado al teatro en su momento de mal humor para buscar alguna distracción, sólo tenía que explotar la bienaventuranza de unos hombres sonrientes que no se encontraban ya bajo el fuego ni bajo la disciplina militar, sino verdaderamente limpios y cómodos y en un estado de ánimo propicio a mostrarse encantados de cuanto un grupo de muchachas y un hombre gracioso, o incluso un grupo de muchachas que pretendieran ser bonitas y un hombre que pretendiera ser gracioso, hicieran por distraerlos.

Entonces podían presenciarse todas las noches en los teatros farsas de corte antiguo, en las que una alcoba con cuatro puertas a cada lado y una ventana practicable en el centro era exactamente igual, según se daba a entender, que otras dos alcobas situadas en el piso de más abajo y en el piso de más arriba, hallándose habitados los tres cuartos por parejas sumamente celosas. Cuando estas gentes volvían ebrias a su casa por la noche, se equivocaban de piso y a su debido tiempo se acostaban en una cama que no era la suya, no eran sólo los novicios los que encontraban exquisitamente ingeniosos y divertidos los escándalos y las complicaciones resultantes, ni eran únicamente sus *flappers*, igualmente cándidas, las que no podían por menos de chillar de un modo que pasmaba a los actores más viejos, cuando el señor que acababa de penetrar

ebrio por la ventana pretendía desnudarse y dejaba ver de cuando en cuando vislumbres de su desnudez. También los hombres que acababan de leer la noticia de que Charles Wyndham estaba agonizando, lo que les recordaba tristemente *Pink Domino* y el torrente de farsas que la siguieron en los días de su apogeo, hasta que los trucos de esta profesión resultaron tan manidos que la risa que provocaban se convertía en aborrecimiento; también esos veteranos, al volver del campo de batalla, se mostraban tan encantados viendo lo que sabían que era rancio y necio, como los novicios con lo que a ellos les parecía nuevo e ingenioso.

EL COMERCIO EN EL TEATRO

Wellington decía que un ejército se mueve sobre la barriaga. Lo mismo ocurre con un teatro de Londres. Antes que uno pueda actuar tiene que comer. Antes que pueda representar tiene que pagar una renta. En Londres no tenemos teatros para el bienestar de la gente; todos ellos existen con el único objeto de producirle al propietario la máxima renta posible. Si los pisos gemelos y las casas iguales producen una guinea más que las obras de Shakespear, afuera con Shakespear y adelante con las casas iguales y los pisos gemelos. Si el grupo insustancial de las coristas bonitas y el hombre gracioso superan a Mozart, afuera con Mozart.

EL HOMENAJE A SHAKESPEAR

Antes de la guerra se hizo un esfuerzo por remediar eso estableciendo un teatro nacional en conmemoración del tercer centenario de la muerte de Shakespear. Formóse una Comisión, y todo género de personas ilustres e influyentes adhirieron su nombre a un grandioso llamamiento a nuestra cultura nacional. Mi obra *La dama morena de los sonetos* fué uno de los incidentes de ese llamamiento. Tras algunos años de esfuerzos, el resultado obtenido fué una sola suscripción liberal de un señor alemán. Como el famoso regenerador de la anéc-

dota, cuando el carro que contiene todo el ajuar doméstico pierde la tabla trasera en lo alto de la cuesta y hace que su contenido ruine hasta abajo, no puedo hacer más que decir: "Yo no puedo hacer justicia a esta situación", y dejarla pasar sin pronunciar palabra.

EL DRAMA SUPERIOR, PROSCRITO DE LA ACCIÓN

Puede imaginarse ahora el efecto de la guerra en los teatros de Londres. Las escenas de las camas y las coristas desaterraron toda forma elevada del arte. Los beneficios alcanzaron cifras sin precedentes. Al mismo tiempo, los precios se duplicaron en todas partes, excepto en las taquillas de los teatros, y elevaron los costes de las representaciones hasta tal punto, que, a no ser que los locales se llenaran por completo todas las noches, era imposible que hubiera beneficios. No podía incluso lograrse la mera solvencia sin una enorme popularidad. Ahora bien: lo que había hecho posible el drama serio hasta un punto limitado antes de la guerra, era que una obra resultaba remuneradora aun cuando el teatro sólo estuviera medio lleno hasta el sábado y ocupado en sus tres cuartas partes ese día. Un empresario que fuera un trabajador entusiasta e incansable y gozara de la ayuda casual de un millonario de inclinaciones artísticas y de una proporción adecuada de esos accidentes raros y felices mediante los cuales puede ocurrir que ciertas obras de tipo superior sean también verdaderos filones, podía mantenerse durante algunos años, tras lo cual podría ser sustituido por otro empresario entusiasta. Así y no de otro modo fué como tuvo lugar esa noble resurrección del drama inglés a principios del siglo que hizo posible mi carrera de dramaturgo en Inglaterra. En América yo me había afirmado ya, no formando parte del sistema teatral ordinario, sino asociado al genio excepcional de Ricardo Mansfield. En Alemania y Austria no encontré ninguna dificultad: el sistema seguido allí de ayuda pública a los teatros mantiene vivo el género de drama que yo cultivo. Así, yo le quedé obligado al emperador de Austria por las magníficas representaciones de mis obras en su país en una época en que la única atención que me presta-

ba la corte inglesa consistía en anunciar a todo el mundo que hablaba inglés y que alguna de mis obras no eran adecuadas para ser representadas en público, lo que quedó contradicho sustancialmente por el hecho de que, en el curso de su representación privada, la corte inglesa no prestó ninguna atención al carácter perverso que yo había dado al funcionario principal de la casa real.

No obstante, el hecho de que mis obras se aposentaran en el escenario londinense y fueran seguidas a poco de las obras de Granville Barker, Gilbert Murray, John Masnfield, St. John Hankin, Laurence Drinkwater y otras que en el siglo XIX hubieran encontrado menos probabilidades de ser representadas en un teatro de Londres que los *Diálogos* de Platón, para no mencionar las reposiciones de los antiguos dramas atenienses y una restauración escénica de las obras de Shakespeare tal como él las escribió; todo eso fué posible económicamente por la existencia de unos teatros que podían producir casi el doble de lo que costaba alquilarlos y sostenerlos. En estos teatros las obras que apelaban a una clase relativamente pequeña de personas cultas, y que sólo atraían, por tanto, la mitad o las tres cuartas partes de espectadores que otros pasatiempos más populares, podían prosperar, no obstante, en manos de jóvenes aventureros que hacían eso por la cosa en sí y no se veían obligados todavía, por lo avanzado de la edad y las responsabilidades, a considerar con demasiado rigor el valor comercial de su tiempo y sus energías. La guerra destruyó esos cimientos del modo que he descrito anteriormente. Los gastos de sostenimiento de los teatros menos costosos del *West-end* se elevaron a una suma que superaba en un veinticinco por ciento la cantidad máxima que, como hecho positivamente comprobado, puede esperarse obtener del drama superior. Por eso éste, que nunca ha sido realmente una especulación comercial buena, se ha hecho ahora imposible. En consecuencia, se está tratando de facilitarle un refugio en los teatros suburbanos de Londres y en los de provincias. Pero en el momento en que el Ejército ha devuelto, al fin, los supervivientes del grupo gentil de exploradores dramáticos que se había tragado, éstos ven que

las condiciones económicas que antes hacían que su obra no pasara de ser precaria, ahora la hacen absolutamente impracticable por lo que respecta al barrio aristocrático de Londres.

LA IGLESIA Y EL TEATRO

No creo que haya muchas personas que se preocupen especialmente por eso. No se nos ha enseñado a preocuparnos de ello, y con el hombre no nace el sentido de la importancia nacional del teatro: el hombre natural, lo mismo que tantísimos soldados al principio de la guerra, no sabe qué es un teatro. Pero servíos advertir que todos esos soldados que no sabían lo que era un teatro, sí sabían lo que era una iglesia. Y se les había enseñado a respetar las iglesias.

Caundo esos soldados veían estatuas mutiladas en las iglesias se les decía que aquello era obra de malvados e impíos alborotadores, en lugar de decirles, como era en realidad, que era obra en parte de fanáticos resueltos a expulsar del templo el mundo, la carne y el diablo, y en parte también de hombres sublevados que se habían quedado intolerablemente pobres porque el templo se había convertido en una cueva de ladrones.

Pero todos los pecados y perversiones que con tanto cuidado se les ocultaban al hablarles de la historia de la Iglesia, eran acumulados sobre los hombros del teatro, ese asfixiante e incómodo lugar de penitencia en donde padecemos tantísimas molestias por tener la menor probabilidad de lograr una migaja de sustento para nuestras almas hambrientas. Cuando los alemanes bombardearon la catedral de Reims, el mundo clamó horrorizado contra el sacrilegio. Cuando bombardearon el Little Theatre en el Adelphi y estuvieron a punto de alcanzar a dos dramaturgos que vivían a algunas yardas de allí, ni siquiera se mencionó el hecho en los periódicos. Por lo que respecta al influjo ejercido en los sentidos, no ha existido nunca ningún teatro que pudiera compararse con el templo de Reims: ninguna actriz podría rivalizar con su Virgen en belleza, ni ningún tenor podría parecer más que un bobo al lado de su David; su vidriera era juzgada grandiosa incluso por quienes habían visto la vidriera de Chartres. Hasta sus

figuras grotescas eran maravillosas: ¿quién se hubiera atrevido a mirar otra cosa después de ver sus leviantes? A pesar de la artística decoración en la que miss Kingston había prodigado tanto gusto y tantos cuidados, el Little Theatre era, comparado con Reims, el más lúgubre de los conventículos. En realidad, desde el punto de vista puritano, la catedral debe de haber relajado a un millón de voluptuosos por cada uno de los que el Little Theatre haya enviado meditando a su casa a acostarse en un casto lecho después de haber presenciado *La magia*, de mister Chesterton, o *Les avariés*, de Brieux. Quizá sea ésa la verdadera razón de que se ensalce a la Iglesia y se vilipendie al Teatro.

Sea como fuere, subsiste el hecho de que la dama a cuyo espíritu público, así como a su sentido del espíritu nacional del teatro, debí yo la primera representación pública regular de una comedia mía, tuvo que ocultar su acción como si hubiera sido un crimen, mientras que si hubiera dado su dinero a la Iglesia hubiese conseguido por ello una aureola de santidad. Y yo admito, como lo he hecho siempre, que acaso ese estado de cosas haya sido muy sensato. Yo he preguntado una y otra vez a muchos londinenses por qué pagan media guinea por ir al teatro cuando pueden ir gratuitamente a la iglesia de San Pablo o a la abadía de Westminster. La única respuesta que pueden dar a esto es que quieren ver algo nuevo y probablemente algo perverso; pero casi siempre los teatros defraudan ambas esperanzas. Si una revolución llegara un día a convertirme en dictador, yo impondría un fuerte tributo para penetrar en nuestras iglesias; pero todo el que pagara a la puerta de la iglesia recibiría un billete que le autorizaría a asistir gratuitamente a una función en el teatro que prefiriera. De ese modo, los encantos del oficio eclesiástico subvencionarían a la virtud más austera del drama.

LA FASE PRÓXIMA

La presente situación no ha de durar mucho. Aunque el periódico que he leído esta misma mañana mientras desayunaba, antes de escribir estas líneas, calcula que en estos momen-

tos se hallan empeñadas nada menos que veintitrés guerras para confirmar la paz, Inglaterra ya no aparece vestida de caqui, y está iniciándose una violenta reacción contra la burda fase teatral de los cuatro años terribles. Pronto se fijarán los alquileres de los teatros teniendo en cuenta una vez más que no siempre han de estar llenos, ni aun mediados por lo general, una semana con otra. Los precios se modificarán. El drama elevado no se encontrará en situación más desventajosa que antes de la guerra, y acaso se vea beneficiado, primeramente, por el hecho de que muchos de nosotros hemos sido expulsados del paraíso de los necios en que antaño traficaba el teatro, cayendo sobre las realidades y las necesidades más serias hasta que hemos perdido la fe y la paciencia respecto a las pretensiones teatrales, que no se hallaban arraigadas ni en la realidad ni en la necesidad, y, en segundo lugar, por el sorprendente cambio que ha introducido la guerra en la distribución de la renta. Parece que fué ayer cuando un millonario era un hombre con cincuenta mil libras de renta al año. Hoy día, cuando ha pagado su impuesto sobre la renta y la contribución extraordinaria y ha asegurado su vida, puede considerarse dichoso si su renta neta llega a diez mil libras, aunque su propiedad nominal siga siendo la misma. Y éste es el resultado de un presupuesto que se ha llamado "un respiro para los ricos". Al otro extremo de la escala hay millones de personas que han tenido ingresos regulares por primera vez en su vida, y también por vez primera sus hombres se han visto vestidos, alimentados y aposentados con regularidad, y han aprendido a habituar su espíritu a la idea de que es menester realizar determinadas cosas. Centenares de miles de mujeres han sido sacadas de sus jaulas domésticas y han saboreado la disciplina y la independencia. La irreflexiva y presuntuosa clase media ha sido atada corto por la desagradabilísima experiencia de verse arruinada hasta un extremo sin precedentes. Todos hemos sufrido una conmoción tremenda, y si bien se ha visto ya lo ilusorio que era la difundida noción de que la guerra crearía automáticamente un nuevo cielo y una tierra nueva, y que el perro nunca volvería ya a su vómito ni el cerdo se revolcaría más en el lodo, tenemos, no obstante, mucha más conciencia que antes de nuestra condición, y estamos

mucho menos dispuestos a someternos a ella. La revolución, que hasta hace poco sólo era un capítulo sensacional en la historia o una añagaza demográfica, ahora es una posibilidad tan inminente que, tratando de suprimirla en otros países mediante las armas y la difamación y llamando a este procedimiento *antibolchevismo*, difícilmente podrá nuestro Gobierno rechazarla en nuestro país.

La figura más trágica del día es quizá el presidente norteamericano, que fué en otro tiempo un historiador. En aquellos días su tarea consistió en explicarnos cómo, tras aquella gran guerra de América, que fué, más notoriamente que cualquiera otra guerra de nuestro tiempo, una guerra motivada por una idea, los conquistadores, al hallarse frente a una heroica tarea de reconstrucción, se acobardaron y pasaron quince años abusando de su victoria, so capa de pretender realizar la tarea que hacían cuanto estaba en su mano por imposibilitar. ¡Ay! Hegel tenía razón cuando decía que la Historia nos enseña que los hombres nunca aprenden nada de la Historia. Con cuánta angustia mental verá el presidente que nosotros, los nuevos conquistadores, olvidando cuanto profesábamos defender, nos sentamos con la boca hecha agua a un opíparo festín de diez años de desquite y humillación de nuestro postrado enemigo, sólo pueden conjeturarlo los que conocen, como lo conoce él, la inutilidad de las protestas y saben lo feliz que fué Lincoln al desaparecer de la tierra antes que sus inspirados mensajes se convirtieran en trozos de papel. El presidente sabe muy bien que, a pesar de sus esfuerzos, no ha de salir de la Conferencia de la Paz ningún edicto en el que pueda basarse, como Lincoln, para invocar "el juicio sensato del género humano y el gracioso favor del Todopoderoso". El llevó a su pueblo a destruir el militarismo de Zabern, y el Ejército, al que han rescatado, se ocupa ahora en Colonia de encarcelar a todo alemán que no saluda a un oficial inglés, mientras que el Gobierno, por su parte, al ser interrogado si aprueba esto, replica que no se propone hacer cesar este zabernismo, ni cuando se haya firmado la paz, sino que aspira, en efecto, a obligar a los alemanes a saludar a los oficiales ingleses hasta que llegue el fin del mundo.

Eso es lo que la guerra hace de los hombres y las muje-

res. Todo ello pasará, y las peores cosas que nos amenazan ya están resultando impracticables; pero antes que los corazones humildes y contritos dejen de verse despreciados, el presidente y yo, que somos de la misma edad, seremos unos viejos ñoños. En el entretanto, él podría escribir otra historia y yo podré escenificar otra comedia. Después de todo, quizá sea para esto para lo que existen las guerras y para lo que existen los historiadores y los dramaturgos. Si los hombres no quieren aprender hasta que sus lecciones sean escritas con sangre, sangre han de tener, y con preferencia la suya propia.

LOS TRONOS EFÍMEROS Y EL TEATRO ETERNO

Para el teatro eso no tendrá importancia. Cualesquiera que sean las Bastillas que caigan, el teatro se mantendrá en pie. El Habsburgo apostólico se ha desplomado, el altísimo Hohenzollern languidece en Holanda amenazado de un proceso basado en la acusación capital de luchar por su país contra Inglaterra; el imperial Romanoff, que se dice que ha perecido miserablemente por un método más sumario de asesinato, quizá viva o quizá haya muerto: nadie se cuida de ello más que si se hubiera tratado de un campesino; el lord de Hellas se ve al nivel de sus lacayos en la Suiza republicana; los primeros ministros y los comandantes en jefe han pasado de una breve gloria, como Solones y Césares, al fracaso y la oscuridad con tanta rapidez como los descendientes de Baquo. Pero Eurípides y Aristófanes, Shakespear o Molière, Goethe e Ibsen, subsisten incólumes en sus tronos imperecederos.

CÓMO AMORDAZA LA GUERRA AL POETA DRAMÁTICO

Por lo que a mí respecta, acaso se me pregunte por qué no he escrito dos comedias acerca de la guerra, en lugar de dos panfletos. La respuesta es categórica. No se puede hacer la guerra a la guerra a la vez que al prójimo. La guerra no tolera el terrible castigo de la comedia, la luz despiadada de la risa que resplandece en el escenario. Cuando los hombres

están muriendo heroicamente por su país, no es el momento oportuno para mostrar a sus amantes, a sus esposas y a sus padres y a sus madres que se están sacrificando por los desatinos de unos botarates, la concupiscencia de unos capitalistas, la ambición de unos conquistadores, los propósitos electorales de unos demagogos, el fariseísmo de unos compatriotas y los apetitos, las mentiras, los rencores y la sed de sangre que gustan de la guerra porque les abre las puertas de su prisión y los coloca en el trono de la fuerza y la popularidad. Pues a no ser que esas cosas se exhiban despiadadamente, permanecerán ocultas bajo el manto de los ideales, lo mismo en el escenario que en la vida real.

Y aunque puede haber mejores cosas que revelar, quizá no sea militarmente oportuno ni puede serlo, en realidad, revelarlas mientras la balanza se encuentra todavía en el fiel. La veracidad no es compatible con la defensa del dominio. Justamente ahora podemos leer las revelaciones de nuestros generales y almirantes, desamordazados al fin por el armisticio. Durante la guerra, el general A nos decía en sus patéticos despachos del frente cómo el general B se había cubierto de gloria inmortal en tal o cual batalla. Ahora nos dice que el general B estuvo a punto de hacernos perder la guerra por desobedecer sus órdenes en aquella ocasión y combatir en vez de retirarse, como debería haber hecho. He ahí, sin duda, un tema excelente para una comedia, ahora que se ha terminado la guerra; pero si el general A hubiera dado a conocer eso entonces, ¿qué efecto habría producido en los soldados del general? Y si en el escenario se hubiera hecho público lo que el primer ministro y el ministro de la Guerra, que mandaban sobre el general A, pensaban de él y lo que él pensaba de ellos, tal como ahora se nos revela en furiosas controversias, ¿qué efecto hubiera causado eso en la nación? Por eso la comedia, aunque delicadamente intentada, tendría que guardar un silencio leal, pues el arte del poeta dramático no conoce patriotismo alguno ni reconoce obligación alguna, sino la verdad para con la historia natural; no le preocupa que perezca Alemania o Inglaterra; está dispuesto a exclamar con Brynhild: "¡Riamos hasta hundirnos!", antes que engañar o ser engañado, y por eso, en tiempos de guerra, resulta un peligro militar mayor que el ve-

nenos, el acero o la melinita. Por eso yo he tenido que apartar de las candilejas durante la guerra *La casa de las penas*, pues cualquier noche los alemanes podían haber tomado en serio el último acto de la comedia, en cuyo caso quizá no hubieran aguardado siquiera a que los avisara el traspunte.

Junio de 1919.

LA CASA DE LAS PENAS

La región es
 muy
 puede verse
 de manera
 un antiguo
 otro y con
 corre una fil
 el punto, a
 Otra parte
 labor y co
 Hace una pe
 maldades de
 lo y las de
 banco de carp
 está lleno de
 papera, fuer
 así. De la p
 corralillo p
 deciden un
 corral. Por
 de modo que
 las maldades
 bates así abo
 venidos por la
 estado, hay un
 corral de los es
 mos. En el rec
 más maldades,
 más y la casa d
 brava andes y no
 las. En un d
 más penales a la p
 lhas. En el d
 modo muy am
 en el corral
 puros no se han
 se hanse hasta el
 que de la bondad
 que y la casa se al
 enmendada con una han

PERSONAJES

ELLIE DUNN.
LADY UTTERWORD.
MISTRESS HUSHABYE.
EL AMA (GUINNES).
CAPITÁN SHOTOVER.
MAZZINI.
HÉCTOR HUSHABYE.
BOSS MANGAN.
RANDALL UTTERWORD.
EL LADRÓN.

ACTO PRIMERO

La región, en el centro del extremo septentrional de Sussex, de aspecto muy agradable en una tarde hermosa de fines de septiembre, puede verse a través de las ventanas de una habitación construída de manera que se parece a la parte trasera del castillo de popa de un antiguo navío de tres puentes, porque las ventanas están en lo alto y construídas como las portas de una cámara. Debajo de ellas corre una fila de arcones que sirven de asientos sin mullido, y en el fondo, a ambos lados, hay una puerta de cristales de dos hojas. Otra puerta destruye un poco la ilusión, por estar, al parecer, por babor, y no se abre sobre el mar, sino sobre el vestíbulo de la casa. Entre esta puerta y la galería de popa hay estantes de libros. Conmutadores de lámparas eléctricas entre la puerta que da al vestíbulo y las de cristales del fondo. Contra la borda de estribor hay un banco de carpintero. El torno de éste aprieta una tabla, y el suelo está lleno de virutas que también se desbordan de un cesto de papeles. Encima del banco se ven un par de garlopas y un berbiquí. En la misma borda, entre el banco y la ventana, se abre un estrecho pasillo con media puerta, por encima de la cual la mirada descubre un hueco con vasares llenos de botellas y cacharros de cocina. Por estribor, cerca del centro, una sencilla mesa de dibujar, de roble, con escuadras, tiralíneas, colores, barras de tinta china, instrumentos matemáticos, pinceles, lápices, etc. La mesa de dibujar está colocada de modo que el dibujante reciba la luz de la ventana por la izquierda. En el suelo, al extremo de la mesa, a la derecha, hay un balde como los que se usan en el buque. A babor, cerca de los estantes de libros, un sofá con su respaldo hacia la ventana. Es un recio mueble de caoba bastante forrado de lona, el cojín inclusive, con dos mantas colgando del respaldo. Entre el sofá y la mesa de dibujar se ve una *chaise-longue* de junco con brazos anchos y un respaldo móvil con su parte posterior hacia la luz. Un veladorcito de roble indio, macizo y de patas combas, está casi pegado a la pared de estribor, entre la puerta y el estante de libros. Es el único objeto en la habitación que sugiere, y no de modo muy convincente, la idea de que una mujer ha intervenido en el amueblamiento. El piso, sin alfombra, está fregado como el puente de un navío. El jardín, al que dan las puertas de vidrieras, se hunde hacia el Sur, antes que el terreno se eleve hacia los cerros. De la hondonada emerge la cúpula de un observatorio. Entre éste y la casa se eleva un asta de bandera sobre una pequeña explanada, con una hamaca a su lado Este y un largo banco rústico a su lado Oeste.

Una señora joven, con los guantes y el sombrero puestos y llevando un guardapolvo, está sentada en el asiento de la ventana, con el cuerpo vuelto para poder mirar al exterior. Tiene la barbilla apoyada en una mano, y con la otra sostiene un volumen del Temple Shakespear, con un dedo metido entre las dos últimas páginas que acaba de leer. Un reloj da las seis. La señora joven vuelve la cabeza y mira su reloj de pulsera. Se levanta con el aire de quien está esperando y se impacienta. Es una linda muchacha, esbelta, elegante, de semblante inteligente, bien vestida, pero no con prendas caras. Evidentemente no es una mujer ociosa y coqueta. Con un suspiro de resignación y de tedio va hacia la silla del dibujante, se sienta en ella y empieza a leer a Shakespear. Al poco rato deja caer el libro sobre su regazo, sus ojos se cierran y "descabeza" un sueño. Un AMA ya de edad entra desde el vestíbulo llevando tres botellas de ron sin descorchar encima de una bandeja. Pasa y va hacia la despensa, sin reparar en la señora. Coloca las botellas en el vasar y pone en su bandeja otras botellas vacías. Cuando va hacia el vestíbulo, la señora joven deja caer su libro y se despierta, con lo que el AMA se asusta de tal modo que a poco deja caer al suelo la bandeja cargada de botellas.

AMA.—¡Dios mío! (*La SEÑORA JOVEN recoge su libro y lo coloca encima de la mesa.*) ¡Cuánto siento haberla despertado, señorita! Pero dispéñseme, no la conozco. ¿Quién es usted? ¿Qué desea?

SEÑORA JOVEN.—¿Lo que deseco? Pues que venga alguien para recibirme como invitada.

AMA.—¡Es usted una invitada! ¡Y nadie aquí para recibirla!

SEÑORA JOVEN.—Un señor anciano de aspecto huraño se he asomado un momento a esa ventana y ha echado una mirada adentro. Luego le oí gritar: "¡Ama, por la popa hay una muchacha que parece estar esperando! ¡Vaya usted y pregunte lo que quiere!..." ¿Es usted el ama?

AMA.—Sí, señorita, para servir a usted. Mi apellido es Guinness. Aquel señor era el capitán Shotover, el padre de mistress Hushabye. Yo le oí refunfuñar; pero creí que era por cualquier cosa, como es su costumbre. Supongo que será mistress Hushabye quien la ha convidado.

SEÑORA JOVEN.—Así es; pero me parece que lo mejor será que me vaya.

AMA.—No haga usted eso, señorita. Si mistress Hushabye

ha olvidado su invitación, será para ella una sorpresa agradable verla a usted, ¿no le parece?

SEÑORA JOVEN.—Para mí ha sido una sorpresa muy desagradable ver que nadie me esperaba.

AMA.—Ya se acostumbrará usted, señorita. Esta casa está llena de sorpresas para los que no están acostumbrados a nuestra manera de ser.

CAPITÁN.—(*Asomando de repente por el vestíbulo. Es un anciano, pero de mucha decisión todavía, con una larga barba blanca, vestido de guardia marina y con un silbato colgado del cuello.*) Ama, por proa, en la escalera, hay una maleta y una manta de viaje con las que puede tropezar cualquiera que entre. También hay una raqueta de tenis. ¿Quié demonios ha puesto eso ahí?

SEÑORA JOVEN.—Debe de ser mi equipaje.

CAPITÁN.—(*Avanzando hacia la mesa de dibujar.*) Ama, ¿quién es esa desgraciada joven equivocada?

AMA.—Dice que la señorita la invitó.

CAPITÁN.—¿Y no tiene amigos, amigas, padres, para ponerla en guardia contra las invitaciones de mi hija? ¡Vive Dios, que la casa está para invitar a cualquiera! Dejan el equipaje de esta señora en la escalera, y a ella misma en esta habitación sola, aburrída, muerta de hambre y de sed. Esta es nuestra hospitalidad. Este es nuestro modo de tratar a la gente. No hay un cuarto preparado. No hay agua caliente. No hay señora para recibir a las visitas. Nuestros huéspedes tienen que dormir en el desván y lavarse en el estanque de los patos.

AMA.—No se apure el señor, que todo se arreglará. Voy a hacer un poco de té para esta señorita, y su cuarto quedará aviado antes que concluya de tomarlo. (*A la JOVEN.*) Queridita, quítese el sombrero y póngase cómoda. (*Va hacia la puerta del vestíbulo.*)

CAPITÁN.—(*Al pasar por delante de él.*) ¡Queridita! Pero ¿cree usted que porque con esta señorita se ha cometido un descuido y una gran desatención, tiene usted derecho a hablarle como yo hablo a hijos mal educados, a los que ha criado usted en la más completa ignorancia de las reglas del trato social?

AMA.—No le haga usted caso, hijita. (*Sin la menor preocupación sale por el vestibulo para volver a la cocina.*)

CAPITÁN.—Señora, ¿quiere usted hacerme el favor de decirme con quién tengo el honor de hablar? (*Se sienta en la "chaise-longue" de junco.*)

SEÑORA JOVEN.—Me llamo Ellie Dunn.

CAPITÁN.—¡Hombre, Dunn! Tuve un grumete que se llamaba así. Al principio fué pirata en China. Luego se hizo traficante en artículos para barcos que en su mayor parte me habría robado a mí. Seguramente llegó a hacerse rico. ¿Es usted su hija?

ELLIE.—(*Indignada.*) No, de ninguna manera. Me enorgullezco de poder decir que si mi padre no tuvo suerte en sus negocios, puede llevar la frente muy alta. Mi padre es el hombre más bueno que he conocido en mi vida.

CAPITÁN.—Ha debido de cambiar mucho. ¿Alcanzó el septuagésimo grado de concentración?

ELLIE.—No entiendo lo que quiere usted decir.

CAPITÁN.—Claro, ¿cómo podía lograrlo teniendo una hija? Yo, señora, tengo dos hijas. La una es Hesione Hushabye, la que la invitó a usted a visitarla aquí. Yo mantengo el orden en esta casa; ella, el desorden. Yo deseo alcanzar el septuagésimo grado de concentración; ella trae visitas y me deja a merced de ellas. (*El AMA vuelve con el servicio del té y lo coloca en la mesa de roble indio.*) Tengo otra hija que vive, a Dios gracias, muy lejos de aquí con el tonto de su marido. De niña creía que el mascarón de mi barco, el *Intrépido*, era la cosa más hermosa del mundo. Pues él se parecía a dicho mascarón. Tenía la misma expresión de rigidez de un leño y de decisión a la vez. Se casó con él, y no volverá a poner los pies en esta casa.

AMA.—(*Arreglando la mesa del té.*) Pues está usted muy equivocado. En este momento se encuentra muy cerca de mí. Ya van tres veces en esta semana que le anuncia su próxima llegada y que piensa, por razones de salud, instalarse aquí por un año. Y estoy segura de que usted se alegrará muchísimo de volverla a ver después de tantos años.

CAPITÁN.—No me alegraré, ni mucho menos. El término natural de mi cariño en el animal humano para con su prole

es de seis años. Mi hija Ariadna nació cuando yo tenía cuarenta y seis. Ahora tengo ochenta y ocho. Si se presenta, dígame que no estoy en casa. Si quiere tomar algo, sírvaselo. Si pregunta por mí, dígame que estoy viejísimo y no me acuerdo de ella.

AMA.—No hable usted de esas cosas con esa señorita. Querida, tome un poco de té y no haga usted caso a ese viejo chiflado. (*Le sirve una taza de té.*)

CAPITÁN.—(*Levantándose iracundo.*) Pero, por Dios. ¡té de la India para esta pobre criatura! ¡Hábrase visto! ¡Una cosa que sirve para curtir el cuero! (*Coge la taza y la tetera y las vacía en el cubo de cuero.*)

ELLIE.—(*Casi llorando.*) Pero ¿qué hace usted? ¡Estoy tan cansada! Me hubiese gustado tomar cualquier cosa.

AMA.—Señor, ¡qué cosas tiene usted! La pobrecita se está cayendo de inanición.

CAPITÁN.—No se apure, niña. Va usted a tomar té del mío. No se le ocurra tomar de ese bollo cargado de moscas. Sólo lo comen aquí los perros. (*Desaparece por la despensa.*)

AMA.—¡Qué hombre! ¡Hay que ver! Cuentan que vendió su alma al diablo en Zanzíbar antes de ser capitán, y cuanto más viejo se va haciendo, más lo creo.

UNA VOZ DE MUJER EN EL VESTÍBULO.—Hay alguien por aquí? ¡Hesione! ¡Papá! ¡Ama! ¡Que venga alguien y coja mi equipaje! (*Se oyen como golpes de paraguas dados en la pared.*)

AMA.—¡Bendito sea Dios, si es miss Addie, lady Utterword, la hermana de mistress Hushabye! De quien hablaba el capitán. (*Llamando.*) Por aquí, señorita, por aquí. (*Empuja la mesa hacia su primitiva posición cerca de la puerta y se quiere precipitar afuera, cuando le corta el camino* LADY UTTERWORD, *que entra muy acalorada.* LADY UTTERWORD, *una rubia muy guapa, viste con mucha elegancia, y habla y actúa tan atropelladamente, que la primera impresión (equivocada) que da es la de una tontería cómica.*)

LADY UTTERWORD.—Pero ¿es usted, ama! ¿Cómo está usted? Siempre la misma: para usted no pasa el tiempo. ¿No hay nadie en casa? ¿Dónde está Hesione? ¿Es que no me esperaba? ¿Dónde está la servidumbre? ¿De quién es el equi-

paje que he visto en la escalera? ¿Dónde está papá? ¿Está todo el mundo acostado? (*Viendo a ELLIE.*) ¡Oh! Dispense usted. Supongo que será una de mis sobrinas. (*Yendo hacia ella con los brazos abiertos.*) Ven que tu tía te abraza, querida.

ELLIE.—Soy una visita, señora. El equipaje que ha visto usted es el mío.

AMA.—Queridita, voy por otra té. (*Recoge la bandeja.*)

ELLIE.—Pero si dijo aquel caballero que iba a hacer él el té.

AMA.—No haga usted caso, que está chocho. No se acuerda de nada de un momento para otro.

LADY UTTERWORD.—Habla usted de papá, supongo.

AMA.—Sí, miss.

LADY UTTERWORD.—(*Violenta.*) No sea usted tonta, ama; no me llame miss.

AMA.—(*Plácida.*) Bueno, hija. (*Sale con la bandeja.*)

LADY UTTERWORD.—(*Deiándose caer bruscamente en el sofá, en el que queda sentada.*) ¿Qué estará usted pensando? Ya me lo figuro. ¡Oh, esta casa, esta casa! Vuelvo a ella después de una ausencia de veintitrés años, y la encuentro como la dejé: los equipajes en la escalera, las criadas echadas a perder y sin poder atender a nadie, nadie en casa para recibir a la gente, las comidas sin horas fijadas, nadie con ganas de comer por estar todo el día metiéndose en el curpo fruta, bocadillos y golosinas, y, lo peor de todo, el mismo desorden en las ideas, en el hablar y en el sentir. De niña yo estaba acostumbrada a ello; nunca había conocido otra cosa, por más que era desgraciada y deseaba, ¡oh, con qué afán lo deseaba!, estar en una casa decente, ser una señora, vivir como las demás personas, no tener que pensar en todo por mí misma. Me casé a los diecinueve años por salir de este ambiente. Mi esposo es sir Hastings Utterword, que ha sido gobernador de todas las colonias inglesas, sucesivamente... Siempre he sido la señora del palacio del gobernador. Y he vivido feliz, lejos de mi casa paterna, hasta que sentí el deseo de volverla a ver, de abrazar a mi padre, mi hermana y mis sobrinos y sobrinas. Y ahora me encuentro con esto. ¡Dios mío! ¡Qué recepción, como ya ve usted! ¡Qué necedades las de esa mujer, nuestra vieja ama! Ni siquiera está en casa mi hermana, nadie me esperaba. Dispéñeme, pero comprenderá que estoy sumamente

ofendida, fastidiada, desilusionada. De haberme figurado esto, no hubiese venido. Me dan ganas de marcharme sin esperar más. (*Está a punto de llorar.*)

ELLIE.—(*También muy disgustada.*) Tampoco a mí me recibió nadie. También estuve por marcharme. Pero ¿cómo es posible, lady Utterword? Mi equipaje está en la escalera y el mozo de la estación se marchó. (*Aparece en la puerta de la despensa el CAPITÁN con una bandeja de laca china, y en ella, un servicio de té precioso. La deposita provisionalmente en el extremo de la mesa, quita el tablero de dibujar y lo coloca de pie, contra una pata de la mesa, y luego pone la bandeja en el espacio así ganado. ELLIE se sirve una taza con afán.*)

CAPITÁN.—Ya tiene usted su té, señora. Pero ¿qué? ¡Otra señora! Entonces voy por otra taza. (*Va hacia la despensa.*)

LADY UTTERWORD.—(*Levantándose del sofá emocionadísima.*) Pero, ¿no me conoces? Soy tu hija.

CAPITÁN.—¡Qué tontería! Mi hija está en su dormitorio y duerme. (*Entra en la despensa. LADY UTTERWORD vuelve la cabeza hacia la ventana para ocultar sus lágrimas.*)

ELLIE.—(*Yendo hacia ella con la taza en la mano.*) No haga usted caso. Tome usted mi taza. Es muy viejo y no sabe lo que dice. Conmigo ha estado igual. Comprendo que es cosa desagradable. Para mí, mi padre lo es todo. Estoy segura de que su padre no piensa lo que dice. (*El CAPITÁN vuelve con otra taza.*)

CAPITÁN.—Ya está todo arreglado. (*Pone la taza sobre la bandeja.*)

LADY UTTERWORD.—(*Histéricamente.*) Papá, ¿será posible que no te acuerdes de mí? Soy Ariadna. Soy tu niña. ¿No me quieres dar un beso? (*Va hacia él y le echa los brazos al cuello.*)

CAPITÁN.—(*Impasible.*) ¿Cómo puede usted ser Ariadna? Es usted una señora de cierta edad. Muy bien conservada, eso sí; pero se ve que no es una muchacha.

LADY UTTERWORD.—Por Dios, no olvides los años que he estado ausente. A la fuerza he tenido que envejecer, como todo el mundo.

CAPITÁN.—(*Desasiéndose.*) Debiera usted perder la costumbre de besar a hombres que no son de su familia; puede

tratarse de alguien que esté anhelando alcanzar el septuagésimo grado de concentración.

LADY UTTERWORD.—Pero yo soy tu hija, a la que no has visto en veintitrés años.

CAPITÁN.—Peor que peor. Cuando tenemos a nuestro lado a personas de nuestra sangre, hemos de tener presentes todas sus buenas cualidades para poderlas aguantar. Pero cuando están lejos, nos consolamos de su ausencia pensando en todos sus defectos. Así es como he llegado a imaginarme a mi hija Ariadna como a un perfecto demonio. No trate, pues, de hacerse recibir bien aquí fingiendo ser ella. (*Va firmemente hacia el otro extremo de la habitación.*)

LADY UTTERWORD.—¡Haciéndome recibir bien! (*Con dignidad.*) ¡Pues bien, papá! (*Se sienta a la mesa y se sirve una taza de té.*)

CAPITÁN.—Estoy olvidando mis obligaciones sociales. Hablemos de otra cosa. ¿Recuerda usted a Dunn, Billy Dunn?

LADY UTTERWORD.—¿Quieres decir aquel canalla que te robó?

CAPITÁN.—(*Presentando a ELLIE.*) Pues esta señora es su hija. (*Se sienta en el sofá.*)

ELLIE.—(*Queriendo protestar.*) No... (*El AMA vuelve con más té.*)

CAPITÁN.—Llévese esa porquería, ¿me ha entendido usted?

AMA.—¡De modo que se ha acordado de hacer té! (*A ELLIE.*) Pues es suerte; debe de haberle causado usted impresión.

CAPITÁN.—(*Sombrio.*) ¡Juventud, hermosura, poesía! Mal se os trata en esta casa. Yo soy demasiado viejo. Hesione ya no es del todo joven. Sus hijos no son realmente niños.

LADY UTTERWORD.—En esta casa los niños no pueden ser realmente niños. Recuerdo que a nosotras, casi antes de saber hablar, se nos atiborraba de teorías que tal vez hubiesen valido para filósofos paganos de cincuenta años, pero seguramente no convenían a ninguna persona decente de cualquier edad.

AMA.—Usted, miss Addie, siempre ha estado por la decencia.

LADY UTTERWORD.—Ama, haga el favor de no olvidar que

soy lady Utterword, y nada de querida, ni de miss Addie, ni cosa por el estilo. ¿Me entiende?

AMA.—Sí, hijita. Está bien. Diré a todos que tienen que tratarla de vucencia. (*Recoge la bandeja sin inmutarse y vase.*)

LADY UTTERWORD.—¡Vaya una ganga de mujer! ¡Qué gusto el de tener sirvientes sin educación!

ELLIE.—(*Levantándose y acercándose a la mesa para poner en ella su taza vacía.*) Lady Utterword, ¿cree usted que mistress Hushabye realmente me espera?

LADY UTTERWORD.—¡Oh!, a mí no me pregunte nada. Como ha visto usted, acabo de llegar y me encuentro con mi única hermana ausente, después de no haberme visto durante tantos años. A la que no espera es a mí, por lo visto.

CAPITÁN.—¿Qué importa el que a esta señorita la esperen o no la esperen? Ella es bien venida. Hay camas y hay comida. Yo mismo le buscaré un cuarto. (*Va hacia la puerta.*)

ELLIE.—(*Siguiéndole para detenerle.*) ¡Oh!, le ruego... (*El sale.*) Lady Utterword, no sé qué hacer. Su padre insiste en creer que el mío fué un marinero que le robó.

LADY UTTERWORD.—Lo mejor será que usted no haga caso. Mi padre es un hombre muy listo, pero siempre olvida algunas cosas, y ahora que es viejo está peor, claro. Y tengo que advertirle que a veces es muy difícil el tener la completa seguridad de que realmente le falla la memoria. (*MISTRESS HUSHABYE entra precipitadamente en la habitación y abraza a ELLIE. Tiene un par de años más que LADY UTTERWORD, pero es aún de mejor ver que ella. Tiene un pelo negro magnífico, ojos fulgurantes y un cuello de líneas impecables. Al contrario de su hermana, no lleva corsé y sí con cierto descuido un rico vestido de terciopelo negro que hace resaltar su cutis blanco y sus contornos esculturales.*)

MISTRESS HUSHABYE.—¿Qué tal, mi querida Ellie? (*Besándola.*) Te he hecho esperar, ¿verdad? ¡Cuánto lo siento! Y el caso es que yo estaba en casa arreglando tu cuarto y poniendo flores en él. Y al concluir todo me senté en una butaca para ver si era cómoda y me quedé dormida como una tonta. ¡Hay que ver! Papá fué el que me despertó y me dijo que estabas aquí. Dispénsanos, hija, de tanto descuido y abandono.

(*Besándola otra vez.*) Pobrecita, no tenemos perdón de Dios. (*Deposita a ELLIE en el sofá. Mientras tanto, ARIADNA se ha apartado de la mesa y avanza para reclamar su parte de atención.*) ¡Ah!, vienes acompañada. Muy bien. Preséntame a esta señora.

LADY UTTERWORD.—Pero, Hesione, ¿es posible que tú no me conozcas?

MISTRESS HUSHABYE.—Sí, me parece que la recuerdo. ¿En dónde nos hemos visto?

LADY UTTERWORD.—¿No te ha dicho papá que yo había venido? ¡Oh!, eso ya pasa de la raya. (*Se deja caer deses- perada en la "chaise-longue"*.)

MISTRESS HUSHABYE.—¿Qué es eso de papá?

LADY UTTERWORD.—Sí, papá. Nuestro padre, mío y tuyo, por mucho que te hagas la desentendida. Esto es el colmo. (*Levantándose furiosa.*) En fin, me marcho al hotel.

MISTRESS HUSHABYE.—(*Cogiéndola de los hombros.*) Pero, pero... ¡Dios mío! ¿Eres Addy?

LADY UTTERWORD.—Claro que soy Addy. Y no creo que haya cambiado hasta el punto de que no me reconozcas, si es que me tienes algún afecto. ¡De modo que papá ni siquiera me ha mentado!

MISTRESS HUSHABYE.—¡Qué cosa más graciosa! Anda, siéntate. (*La empuja hacia su asiento, en vez de besarla, y se pone detrás de ella.*) ¡Qué elegante vienes! Mucho más de lo que solías ser antes. De modo que ya conoces a Ellie. Quiere casarse con un hombre que es un perfecto animal, pero que tiene millones. Lo hace por su padre, que es más pobre que una rata. Tienes que ayudarme a impedir esa boda.

ELLIE.—Te suplico, Hesione...

MISTRESS HUSHABYE.—Pero, hija mía, ese hombre va a venir aquí dentro de un rato con tu padre para conquistarte, y todo el mundo, a los diez minutos, se dará cuenta del asunto; de modo que no hay para qué guardar el secreto.

ELLIE.—Ese hombre, Hesione, no merece que le llames animal. No sabes lo bueno que ha sido para mi padre y cuán profundamente agradecida le estoy.

MISTRESS HUSHABYE.—(*A LADY UTTERWORD.*) El padre de Ellie, sabes, es un hombre muy notable. Se llama Maz-

zini Dunn. Mazzini fué una celebridad de alguna clase que conoció al abuelo de Ellie. Los dos eran poetas, como los Browning, y cuando el padre de Ellie nació, Mazzini dijo: "Otro soldado nació para la libertad." Así, pues, al bautizarle, le pusieron el nombre de Mazzini, y él toda su vida ha luchado por la libertad, a su manera, con calma y perseverancia. Por eso es tan pobre.

ELLIE.—Me enorgullezco de su pobreza.

MISTRESS HUSHABYE.—Naturalmente, se comprende. Por eso digo: ¿Por qué no le dejas en ella y te casas con algún hombre a quien quieras?

LADY UTTERWORD.—(*Levantándose de repente con violencia.*) Hesione, ¿quieres besarme o no quieres?

MISTRESS HUSHABYE.—¿Por qué quieres que te beşe?

LADY UTTERWORD.—No quiero que me beses, pero deseo que te portes como es debido. Somos dos hermanas. Hemos estado separadas durante veintitrés años. Debieras besarme.

MISTRESS HUSHABYE.—Mañana por la mañana, antes que te arregles la cara. Detesto los afeites.

LADY UTTERWORD.—No tienes corazón... (*La interrumpe la vuelta del CAPITÁN.*)

CAPITÁN.—(*A ELLIE.*) Su cuarto está listo. (*ELLIE se levanta.*) Las sábanas están algo húmedas, pero las he mudado. (*Va hacia la puerta que da al jardín, por babor.*)

LADY UTTERWORD.—¡Ah! ¿Y cómo están las sábanas mías?

CAPITÁN.—(*Parándose en la puerta.*) Siga mi consejo. Airéelas, o, si no, quítelas y duerma sin ellas. Podrá usted instalarse en el antiguo cuarto de Ariadna.

LADY UTTERWORD.—Nada de eso; me guardaré muy bien. ¡Vamos, en aquel tabuco! Quiero el mejor cuarto, el de los huéspedes distinguidos.

CAPITÁN.—(*Sin inmutarse.*) La tal se casó con un imbecil. Me dijo que se casaría con cualquiera con tal de librarse de mi casa.

LADY UTTERWORD.—Finges no conocerme. Pues bien: me iré de aquí. (*MAZZINI entra por la puerta del vestíbulo. Es un hombre bajito, ya entrado en años, con ojos crédulos, abultados, de aire serio. Lleva un traje de sarga azul, de americana,*

un sombrero negro de hechura clerical y un impermeable sin abrochar.)

ELLIE.—¡Por fin! Señor capitán, ahí tiene usted a mi padre.

CAPITÁN.—¡Ese! ¡Tontería! No se parece ni tanto así. (Se aleja por el jardín, cerrando la puerta con estrépito.)

LADY UTTERWORD.—No quiero que hagan como que no me conocen y me tomen por otra persona. Ahora mismo voy a pedir explicaciones a mi padre. (A MAZZINI.) Usted dispense. (Sale detrás del CAPITÁN, inclinándose para saludar a MAZZINI, el cual responde al saludo del mismo modo.)

MISTRESS HUSHABYE.—(Acogedora, le da la mano.) ¡Cuánto me alegro de verle, mister Dunn! No haga usted caso de las cosas de papá. Está chiflado, ¿sabe?; pero es inofensivo del todo y muy listo. Verá usted cómo se divierte mucho hablando con él.

MAZZINI.—No lo dudo. (A ELLIE.) De modo que tú por aquí, querida. (Le echa cariñosamente el brazo por el hombro.) Debo darle las gracias, mistress Hushabye, por su amabilidad para con mi hija. Me temo que no hubiese pasado muy bien las vacaciones si usted no la hubiera invitado.

MISTRESS HUSHABYE.—De nada, caballero. Yo soy la agradecida. Estando ella aquí entrará algo de alegría y de animación.

MAZZINI.—(Sonriendo.) No sé si se equivoca usted. Ellie es muy poco aficionada a la bulla. Es muy formal, muy seria.

MISTRESS HUSHABYE.—(Con cierta brusca amabilidad.) Pero ¿no quiere usted quitarse el abrigo, mister Dunn? Hay un perchero ahí fuera, en el vestíbulo.

MAZZINI.—(Soltando a ELLIE con precipitación.) Sí, gracias; será mejor... (Sale.)

MISTRESS HUSHABYE.—(Con énfasis.) ¡Viejo animal! ELLIE.—¿Quién?

MISTRESS HUSHABYE.—¿Quién va a ser? El. (Señalando la dirección en que salió MAZZINI.) ¡Habrás visto! "Es muy formal, muy seria."

ELLIE.—(Muy impresionada.) Pero ¿de este modo hablas de mi padre?

MISTRESS HUSHABYE.—¿Cómo he de hablar?

ELLIE.—(Con dignidad.) Me marchó de aquí ahora mismo.

MISTRESS HUSHABYE.—Si lo haces, le diré a tu padre la razón.

ELLIE.—(Volviéndose.) Pero ¿es ésta manera de tratar a las visitas?

MISTRESS HUSHABYE.—Nada, que se lo diré todo a tu padre.

ELLIE.—(Desesperada.) ¡Dios mío!

MISTRESS HUSHABYE.—Repito: si no te callas, si te empeñas en tomar partido por él contra mí y contra tu propio corazón, suelto el trapo, y veremos la cara que pone ese viejo campeón de la libertad, que no es más que un egoísta.

ELLIE.—Por Dios, mi padre no es egoísta. Tú le conoces. (La interrumpe la vuelta de MAZZINI, que viene excitado y respirando fuerte.)

MAZZINI.—Ellie, ¿sabes una cosa? Ha venido Mangan. Supongo que te interesa saberlo. Dispéñeme, mistress Hushabye..., ese viejo raro...

MISTRESS HUSHABYE.—Papá, ¿verdad? Bien.

MAZZINI.—Dispéñeme. Tiene cosas tan extrañas. Ahí está en el jardín con Mangan, y le ha pedido que le ayude a no sé qué. Y también dice que me necesita a mí. (Se oye un silbido fuerte.)

LA VOZ DEL CAPITÁN.—¡Acá, eh, grumete! (Otro silbido suena.)

MAZZINI.—(Apurado.) ¡Dios mío! Creo que me llama. (Se precipita afuera.)

MISTRESS HUSHABYE.—La verdad es que mi padre es un hombre maravilloso.

ELLIE.—Escúchame, Hesion. Tú no sabes lo que pasa. Mi padre y mister Mangan se conocieron de niños. Mister Mang...

MISTRESS HUSHABYE.—No me importa cuándo se conocieron. Tendremos que sentarnos si te remontas a la infancia de ambos. (Coge del talle a ELLIE y la hace sentar en el sofá.) Mira, niña: quiero que me cuentes todo lo que sepas de mister Mangan. Le llaman Boss Mangan. Es un Napoleón de la industria y tiene un dineral, según dicen. ¿Por qué tu padre no es rico?

ELLIE.—Mi pobre padre no debiera nunca haberse metido en negocios. Sus padres fueron poetas y le inculcaron las ideas más elevadas, pero no tuvieron los medios suficientes para darle una carrera.

MISTRESS HUSHABYE.—Me parece que tus abuelos estaban algo chiflados. De modo que tu pobre padre se tuvo que meter en negocios. Y le salieron mal, ¿no?

ELLIE.—Siempre le he oído decir que si tuviese algún capital le saldrían bien. Pero así no ganó más que para mantener a su familia con modestia y darnos alguna instrucción. No obstante, siempre ha estado en apuros por no disponer de capital. No puedes figurarte una existencia por el estilo.

MISTRESS HUSHABYE.—¡Pobre Ellie! Ya me lo figuro. Siempre con trampas, ¿no?

ELLIE.—(Ofendida.) No. Nada de eso. Siempre hemos vivido con dignidad.

MISTRESS HUSHABYE.—Peor que peor, querida. Yo, en un caso así, me hubiese entrampado con dignidad. (Entre dientes.) Ya lo creo. Bien, sigue.

ELLIE.—Ultimamente pareció que todos nuestros apuros se habían acabado. Mister Mangan hizo una cosa muy noble y generosa a favor de mi padre, por pura amistad y respetando su delicadeza. Le preguntó cuánto capital necesitaba para salir adelante, y se lo dió. No creo que fuese a título de préstamo ni que les interesase en los negocios de mi padre. Sencillamente, se lo regaló. ¿No fué eso obrar generosamente?

MISTRESS HUSHABYE.—¿Con la condición de que te casaras con él?

ELLIE.—No, no; nada de eso. Yo entonces era una niña y él ni me había visto. Nunca había ido a casa de mi padre. Fué puro desinterés, pura generosidad.

MISTRESS HUSHABYE.—Entonces pido perdón. Pues bien: ¿qué se hizo de ese dinero?

ELLIE.—Todos nos hicimos trajes nuevos y nos mudamos de piso. Y yo, durante dos años, estuve en un colegio bueno.

MISTRESS HUSHABYE.—¿Sólo durante dos años?

ELLIE.—Sí, porque al cabo de dos años mi padre se arruinó por completo.

MISTRESS HUSHABYE.—¿Cómo fué eso?

ELLIE.—No lo sé. Nunca lo pude comprender. Fué una cosa terrible. Cuando éramos pobres, nunca teníamos deudas. Pero cuando se lanzó en los negocios en gran escala contrao grandes compromisos. Cuando hubo que liquidar resultó que debía más dinero del que le había dado mister Mangan.

MISTRESS HUSHABYE.—El caso es que quiso abarcar mucho y no supo apretar, ¿no es eso?

ELLIE.—Tienes un modo de juzgar las cosas...

MISTRESS HUSHABYE.—Pero, hijita, no hagas caso de mi modo de hablar. Hubo un tiempo en que yo era tan delicada y sensitiva como tú y me gustaba expresarme con la mayor elegancia posible. Pero a fuerza de tratar con los niños me he acostumbrado al modo de hablar popular, y, ¿qué quieres?, hay que tomarme como soy. De modo que dígaroslo así, tu padre no tenía cabeza para los negocios y se hizo un lío de mil demonios.

ELLIE.—¡Cómo se ve que no le juzgas bien! Precisamente los negocios marcharon admirablemente. Dan hoy día cuarenta y cuatro por ciento de beneficio neto, después de descontar los impuestos.

MISTRESS HUSHABYE.—Entonces, ¿por qué no estás nadando en oro?

ELLIE.—No lo sé. Yo no entiendo. Mira: mi padre se declaró en quiebra. A poco se vuelve loco de pena, porque había inducido a muchos amigos a meter dinero en el negocio, pues él estaba seguro de que saldría bien, y luego los hechos han demostrado que tenía razón. Pero todos perdieron su dinero. Fué una cosa terrible. No sé lo que hubiera sido de nosotros sin mister Mangan.

MISTRESS HUSHABYE.—Pero ¿cómo? ¿De modo que el buen hombre acudió otra vez en su auxilio, después de ver que su dinero había desaparecido?

ELLIE.—Sí, y nunca le hizo a mi padre el menor reproche. Se hizo cargo de todo lo que había quedado—maquinaria, herramienta y edificios—, entendiéndose con la comisión liquidadora oficial, y dejó a mi padre lo bastante para pagar a los acreedores un treinta y tres por ciento y quedar exento de más responsabilidades. Todos le tenían tanta lástima a mi pobre papá, de cuya perfecta honradez no dudaban, que se

contentaron con aquel arreglo. Entonces mister Mangan fundó una compañía, que se quedó con el negocio y nombró a papá administrador de la misma para evitar que muriésemos de hambre. Porque yo entonces todavía no ganaba nada.

MISTRESS HUSHABYE.—Toda una novela. ¿Y cuándo brotó en el corazón de mister Mangan aquella tierna pasión?

ELLIE.—¡Oh! Eso fué años después. Una noche asistió a un concierto popular, en el que yo cantaba, como aficionada, ¿sabes? Canté tres canciones y fui muy aplaudida. A mister Mangan le gustó tanto mi manera de cantar, que después de la función se acercó a mí y me pidió permiso para acompañarme a casa. Nunca he visto una estupefacción como la suya cuando al entrar en mi casa le presenté a mi padre, su administrador. Entonces fué cuando papá me contó el noble comportamiento de ese hombre para con nosotros. Siguieron nuestras relaciones. Todo el mundo consideró que mi suerte era muy grande teniendo un pretendiente tan inmensamente rico. Así, pues, acabé por verme en una especie de compromiso... (*Vacila muy apurada y no puede seguir hablando.*)

MISTRESS HUSHABYE.—(*Levantándose y andando por la habitación.*) Tú te habrás comprometido todo lo que quieras, pero poco he de valer si no deshago el compromiso.

ELLIE.—(*Exasperada.*) Es inútil. Estoy atada... por el honor y la gratitud. Quiero cumplir.

MISTRESS HUSHABYE.—(*Detrás del sofá, con voz regañona.*) ¡Qué honor ni gratitud! Nada te obliga a casarte con un hombre al que no quieres. ¿Tú amas a ese Mangan?

ELLIE.—Sí. Por lo menos...

MISTRESS HUSHABYE.—Nada de "por lo menos". Dime la verdad lisa y llana, sea la que sea. Las muchachas de tu edad se enamoran de cualquiera, sobre todo de hombres viejos.

ELLIE.—Quiero mucho a mister Mangan. Y siempre estaré...

MISTRESS HUSHABYE.—(*Con sorna.*) "Muy agradecida a ese hombre por lo que hizo por mi querido padre." Sabido. ¿Qué más?

ELLIE.—¿Qué quieres decir?

MISTRESS HUSHABYE.—¿Qué más? Quiero decir, ¿amas a otro hombre?

ELLIE.—No, nada de eso.

MISTRESS HUSHABYE.—¡Bah! (*Mueve la cabeza. Luego sus miradas reparan en el libro que se quedó en la mesa del delineante. Lo coge, lo abre y evidentemente le sorprende el título. Mira a ELLIE y dice, muy calmada:*) ¿No estarás enamorada de un actor?

ELLIE.—¡Por Dios, no! ¡Qué cosas tienes! ¿Por qué me haces esa pregunta?

MISTRESS HUSHABYE.—Este libro es tuyo, ¿no? ¿Por qué lees "Otelo"?

ELLIE.—Mi padre me ha enseñado a leer con gusto las obras de Shakespear.

MISTRESS HUSHABYE.—(*Tirando el libro sobre la mesa.*) ¿De veras? Me parece que tu padre se las trae.

ELLIE.—(*Ingenua.*) Pero, Hesione, ¿nunca lees a Shakespear? Me parece extraño. A mí me gusta mucho "Otelo".

MISTRESS HUSHABYE.—Es un drama de celos, ¿no?

ELLIE.—No es por eso. Precisamente la escena de los celos me parece horrible. Pero ¿no crees que debió de ser una experiencia maravillosa para Desdémora, que se había criado en la calma de un hogar, unirse a un hombre que había corrido el mundo, pasando por toda clase de hazañas y aventuras, y, sin embargo, encontrando en ella bastante encanto para quedarse a su lado y contarle largos capítulos de su vida?

MISTRESS HUSHABYE.—¿Esas son las fantasías que te cautivan?

ELLIE.—No son fantasías. Esas cosas pueden suceder. (*Los ojos de ELLIE demuestran que no está discutiendo, sino siguiendo los movimientos de un ensueño.*) MISTRESS HUSHABYE, mirándola con atención, vuelve hacia el sofá y se sienta otra vez a su lado.)

MISTRESS HUSHABYE.—Querida Ellie, ¿nunca se te ha ocurrido que alguna de las historias contadas por Otelo a Desdémora podría no haber sucedido?

ELLIE.—Nunca. No es posible. En la mente de Shakespear estaba que todo había sucedido.

MISTRESS HUSHABYE.—¡Vaya! Desdémóna creía que podían haber sucedido. Pero no habían sucedido.

ELLIE.—¿Por qué eres tan enigmática? Eres una esfinge: nunca se sabe lo que piensas.

MISTRESS HUSHABYE.—Desdémóna, de haber seguido viviendo, hubiese descubierto sus embustes, créeme. ¿Si la estrangularía por eso?

ELLIE.—Otelo no decía mentiras.

MISTRESS HUSHABYE.—¿Cómo lo sabes?

ELLIE.—Ya lo habría dicho Shakespear, si así fuese. Hesione, hay hombres que hicieron cosas maravillosas; hombres como Ote'lo, blancos, claro está, y muy guapos, y...

MISTRESS HUSHABYE.—¡Ah!, ya salió aquello. Bien, bien; cuéntame lo que sepas de él. Ya me figuraba que había alguien. Si no, ¿por qué habrías de sentirte tan desgraciada al pensar en Mangan? Con el otro sí que te gustaría casarte, ¿eh?

ELLIE.—(*Poniéndose muy colorada.*) Hesione, eres terrible. Pero no quiero hacer de ello un secreto, por más que tampoco quisiera decírselo a todo el mundo. Además, no le conozco.

MISTRESS HUSHABYE.—¡Que no le conoces! ¿Qué significa eso?

ELLIE.—Sólo le conozco por haberle hablado.

MISTRESS HUSHABYE.—Pero desearías conocerle más íntimamente, ¿no es así?

ELLIE.—No, no...; le conozco... muy íntimamente.

MISTRESS HUSHABYE.—De modo que no le conoces, pero le conoces muy íntimamente. La cosa está muy clara.

ELLIE.—Quiero decir que nunca se ha presentado en mi casa. Entré con él en conversación en un concierto.

MISTRESS HUSHABYE.—Vaya, Ellie, parece que aprovechas el tiempo en los conciertos.

ELLIE.—Nada de eso. Hablamos con mucha gente en los "camerinos" antes de ser llamados a la escena. Creí que él era uno de los artistas ¡tenía tan buena presencia! Pero sólo era un individuo de la dirección. Hablando con él, por causalidad se me ocurrió decirle que estaba copiando un cuadro en el Museo Nacional. Me gano unos cuartos copian-

do cuadros. No pinto muy bien, pero como es siempre el mismo cuadro, lo hago bastante bien y aprisa, y me dan por cada copia a dos o tres libras. Por casualidad fué él un día al Museo Nacional.

MISTRESS HUSHABYE.—¿Por casualidad? Y fué un día en que van los copistas, que cuesta la entrada seis peniques y está uno en medio de un bosque de caballetes, mientras que al día siguiente la entrada es gratis y se pueden ver los cuadros con toda comodidad. ¡Sí que es casualidad!

ELLIE.—(*Triunfante.*) Claro; fué con toda intención. Le gustaba hablar conmigo. Conoce a centenares de personas distinguidas, mujeres elegantes, todas enamoradas de él. Pero las plantó para ir al Museo Nacional y verme y proponerme dar una vuelta por el parque de Richmond en un taxi.

MISTRESS HUSHABYE.—Y tú, encantada de la vida. Hay que ver de lo que sois capaces las muchachas decentes sin decir nada a nadie.

ELLIE.—Yo no frecuento la sociedad, Hesione. Si no trabara conocimientos de esta manera, me quedaría sin tener relación alguna.

MISTRESS HUSHABYE.—Bien; no hay mal en ello, si sabes guardarte. ¿Puedo saber cómo se llama?

ELLIE.—(*Despacio y musicalmente.*) Marcus Darnley.

MISTRESS HUSHABYE.—(*Imitando la cadencia.*) Marcus Darnley. Bonito nombre.

ELLIE.—¿Verdad que sí? Me alegro de que lo digas. Así pienso yo. Pero me temo que mi imaginación me engañe.

MISTRESS HUSHABYE.—¿Es de la familia de los Aberdeen Darnley?

ELLIE.—Nadie lo sabe. ¡Es fantástico! Lo encontraron en un arcón antiguo...

MISTRESS HUSHABYE.—¿En un...?

ELLIE.—Sí, en un arcón antiguo, una mañana de verano, en una rosaleda, después de una noche de terrible tempestad.

MISTRESS HUSHABYE.—¿Qué demonios estaba haciendo en el arcón? ¿Se había metido en él por miedo a los truenos?

ELLIE.—No, no; era un niño de pecho. En sus pañales iba bordado el nombre de Marcus Darnley. Y había en ellos una bolsa con quinientas libras en oro.

MISTRESS HUSHABYE.—Pero ¡Ellie!

ELLIE.—El jardín del vizconde...

MISTRESS HUSHABYE.—...de Rougemont.

ELLIE.—(*Inocente.*) No, de Larochejaquelin. Una familia francesa. Un vizconde de verdad. Su vida ha sido una larga novela de las más movidas. Un tigre...

MISTRESS HUSHABYE.—¿Matado por él mismo?

ELLIE.—No, nada de vulgaridades así. El salvó la vida del tigre en una cacería, una de las cacerías del rey Eduardo en la India. El rey se puso furioso; dijo que había personas con las que no se podía tratar. Pero él no se preocupó. Es socialista y desprecia las distinciones; y ha estado en tres revoluciones batiéndose en las barricadas.

MISTRESS HUSHABYE.—Pero, hija, ¡qué mentiras estás contando, y así, sin pestañear! Y yo que creía que eres una muchacha buena y formal, sin malicia alguna.

ELLIE.—(*Levantándose con dignidad.*) ¿Quieres decir que no me crees?

MISTRESS HUSHABYE.—Claro que no te creo. Todo eso son invenciones tuyas. ¿Me tomas por tonta? (ELLIE la mira abriendo los ojos. Su candidez es tal, que MISTRESS HUSHABYE se impresiona.)

ELLIE.—Pues adiós, Hesione. Lo siento mucho, pero debo decirte que no puedo tolerar esa manera de tratarme.

MISTRESS HUSHABYE.—(*Asiéndola de una punta del vestido.*) No te irás. No puedo equivocarme tanto. Demasiado sé cómo las gastan las personas embusteras. Indudablemente alguien te ha contado todas esas cosas.

ELLIE.—(*Ruborizándose.*) Hesione, por Dios, no digas que no lo crees. No podría aguantarlo.

MISTRESS HUSHABYE.—(*Tranquilizándola.*) Claro que lo creo, querida. Pero debieras habérmelo contado poco a poco, con cierta preparación. (*Haciéndola sentarse nuevamente a su lado.*) Vamos a ver: ahora cuéntame todo lo que sepas de él. ¿Le amas?

ELLIE.—¡Oh, no! No llega a tanto mi tontería. Yo no me enamoro así como así. No soy tan necia como crees.

MISTRESS HUSHABYE.—Es un capricho, ¿verdad?, para

tener que pensar en algo, para dar algún interés y alguna alegría a la vida monótona.

ELLIE.—Justo. No es más, de veras.

MISTRESS HUSHABYE.—Hace que las horas pasen más ligeras, ¿verdad? Sin tener que desear, por la noche, ir a la cama y dormir para no aburrirse, y luego se duerme bien, sin inquietudes. ¡Y qué agradable es también el despertar por la mañana! ¡Mejor que los ensueños más sonrosados! Toda la vida se transfigura. Ya no se desean libros interesantes, porque la vida es más interesante que todas las lecturas. No se desea más que estar a solas y no tener que hablar con nadie; estar sola y... pensar en él.

ELLIE.—(*Abrazándola.*) Hesione, eres un hada. Pero ¿cómo sabes todo eso? ¡Oh! Eres la mujer más simpática del mundo.

MISTRESS HUSHABYE.—(*Acariciándola.*) Pobrecita, pobrecita. ¡Cuánto te envidio... y cuánta lástima me das!

ELLIE.—¡Lástima! ¿Por qué? (*Un Caballero muy guapo, de unos cincuenta años, con bigotes de mosquetero, llevando un sombrero blando de anchas alas muy elegante y un bastón no menos notable, entra por la puerta del vestíbulo y se queda parado al ver a las dos señoras sentadas en el sofá. ELLIE, levantándose, agradablemente sorprendida.*) ¡Oh Hesione, este caballero es mister Marcus Darnley!

MISTRESS HUSHABYE.—(*Levantándose.*) ¡Qué gracioso! Este caballero es mi esposo.

ELLIE.—Pero ¡cómo...! (*Enmudece de repente, palidece y se tambalea.*)

MISTRESS HUSHABYE.—(*Recogiéndola en sus brazos y sentándose con ella en el sofá.*) Animo, ánimo, queridita.

CABALLERO.—(*Con una mezcla de confusión y desparpajo, depositando su sombrero y su bastón en la mesa.*) Mi nombre verdadero, miss Dunn, es Héctor Hushabye. Dejo a su juicio si ése es un nombre que una persona razonable pueda confesar. Nunca lo uso cuando puedo buenamente evitarlo. He estado fuera de mi casa durante casi un mes, y no creía que usted conocía a mi mujer ni que ustedes se trataban. De todas maneras, estoy encantado de verla aquí.

ELLIE.—(*Desdichadísima.*) No sé qué hacer. ¿Se lo diré a mi padre? Deje, no puedo soportar su vista.

MISTRESS HUSHABYE.—Vete, Héctor.

HÉCTOR.—Yo...

MISTRESS HUSHABYE.—Pronto, pronto, fuera de aquí.

HÉCTOR.—Bien, si crees que es mejor. (*Coge su sombrero, pero deja su bastón en la mesa.*)

MISTRESS HUSHABYE.—(*Recostando a ELLIE en un extremo del sofá.*) Ahora, querida, ya se fué. Estamos solas. Puedes dejar libre curso a tus nervios. No hagas esfuerzos por contenerte. Lloro, grita a tus anchas.

ELLIE.—(*Levantando la cabeza.*) ¡Maldita sea!

MISTRESS HUSHABYE.—Muy bien, muy bien. Así se alivia una. Creía que te ibas a desesperar. No me hagas caso. Maldícele otra vez.

ELLIE.—No le maldigo a él. Me maldigo a mí misma por ser tan tonta. (*Levantándose.*) ¿Cómo pude dejarme engañar así? (*Empieza a andar agitadamente de un lado a otro. Su aire juvenil ha desaparecido y parece más vieja y de expresión más dura.*)

MISTRESS HUSHABYE.—(*Con alegría.*) No tiene nada de particular, querida. Pocas mujeres jóvenes pueden resistir a Héctor. Yo tampoco pude cuando tenía tu edad. No hay que darle vueltas: es un hombre extraordinario.

ELLIE.—(*Volviéndose hacia ella.*) Sí, extraordinario de presencia. Pero ¿cómo puede amarse a un embustero?

MISTRESS HUSHABYE.—No sé. Pero se puede, por lo visto. De no ser así, habría muy poco amor en este mundo.

ELLIE.—Pero ¡mentir de esa manera! ¡Ser un fanfarrón, un cobarde!

MISTRESS HUSHABYE.—(*Levantándose alarmada.*) Querida, nada de eso, por Dios. Si expresas la menor duda respecto al valor de Héctor, saldrá corriendo y hará una cosa de las más peligrosas para convencerse a sí mismo de que no es cobarde. Por ejemplo, suele salir por una ventana de un tercer piso y volver a entrar por otra, para probar sus nervios. Tiene un montón de medallas por haber salvado la vida a multitud de personas.

ELLIE.—Nunca me ha hablado de eso.

MISTRESS HUSHABYE.—Nunca blasona de cosas que real-

mente hizo. No le gusta, y se azara si alguien las menciona delante de él. Todas sus historias son inventadas.

ELLIE.—(*Acercándose a ella.*) ¿Quieres decirme que es realmente valiente, y que corrió aventuras reales, y luego fanfarronea de cosas que nunca hizo y nunca sucedieron?

MISTRESS HUSHABYE.—Pues así es, hijita mía. Las personas no tienen sus virtudes y sus vicios en bloque, sino de cualquier modo, todo revuelto.

ELLIE.—(*Mirándola fijamente, pensativa.*) Pasa algo raro con esta casa, Hesione, y aun contigo. No sé por qué te hablo tan tranquilamente. Tengo un miedo horrible a que se me haya quebrado el corazón, pero no por la razón que yo me figuraba.

MISTRESS HUSHABYE.—(*Acariciándola.*) Estás aprendiendo a vivir, nada más. ¿Cómo piensas ahora sobre lo de Boss Mangan?

ELLIE.—(*Desasiéndose de ella con una expresión de disgusto.*) ¡Oh! ¿Cómo puedes recordármelo?

MISTRESS HUSHABYE.—Lo siento, querida. Me parece que oigo volver a Héctor. No te importará ahora, ¿verdad?

ELLIE.—Nada, nada. Estoy curada. (*MAZZINI DUNN y HÉCTOR vienen del vestíbulo.*)

HÉCTOR.—(*Al abrir la puerta para dejar paso a MAZZINI.*) Un segundo más, y se muere esa mujer.

MAZZINI.—Es un verdadero milagro. Querida Ellie, hija mía: mister Hushabye acaba de contarme la historia más extraordinaria, y...

ELLIE.—Sí, ya la conozco. (*Va hacia el otro extremo de la habitación.*)

HÉCTOR.—(*Siguiéndola.*) Esta que acabo de contar, no. Se la contaré a usted después de la comida. Creo que le gustará. La verdad es que la inventé para usted y estaba esperando tener el placer de contársela. Pero en un momento de impaciencia, al ser despedido de esta habitación, tuve la debilidad de contársela a su padre.

ELLIE.—(*Volviéndose, como si se sintiera acosada, de espaldas al banco de carpintero, con ira concentrada.*) Y él se la cree. Pero yo, de haberla oído contar, no la hubiese creído.

MAZZINI.—(*Benevolente.*) Ellie está muy mal educada,

míster Hushabye. Habla por hablar, sin pensar en lo que dice. (Va hacia los estantes de libros para examinar los títulos de los tomos. BOSS MANGAN entra por la puerta del vestíbulo, seguido del CAPITÁN. MANGAN va vestido correctamente de levita, como para ir a un acto religioso o a un Consejo de administración. Es un hombre de unos cincuenta y cinco años, con expresión de cansancio y tristeza. Tiene, además, una actitud de gran desconfianza, al par que de dignidad enteramente imaginaria. Tiene la tez grisácea, el cabello erecto y sin lustre. Toda su fisonomía es tan vulgar, que casi resulta imposible describirla.)

CAPITÁN.—(A su hija, MISTRESS HUSHABYE, para presentarle al desconocido.) Dice que se llama Mangan. Tiene pocas chichas.

MISTRESS HUSHABYE.—(Amable.) ¿Cómo está usted, míster Mangan?

MANGAN.—(Dándole la mano.) Tengo mucho gusto en conocerla, señora.

CAPITÁN.—Dunn perdió la musculatura, pero recobró sus nervios. Esto pocas veces sucede en un hombre después de tres ataques de "delirium tremens". (Va hacia la despensa.)

MISTRESS HUSHABYE.—Le felicito, míster Dunn.

MAZZINI.—(Atónito.) En mi vida he probado una bebida alcohólica.

MISTRESS HUSHABYE.—No haga usted caso de las cosas de papá: será lo más sencillo.

MAZZINI.—Pues, como quien no dice nada, ¡tres ataques de "delirium tremens"!

MISTRESS HUSHABYE.—(A MANGAN.) ¿Conoce usted a mi marido, míster Mangan? (Señala a HÉCTOR.)

MANGAN.—(Yendo hacia HÉCTOR, que va a su encuentro con la mano tendida.) Tengo un verdadero placer en conocerle. (Volviéndose hacia ELLIE.) Espero, miss Ellie, que el viaje no la habrá cansado demasiado. (Se dan la mano.)

MISTRESS HUSHABYE.—Héctor, haz el favor de enseñarle a míster Dunn su cuarto.

HÉCTOR.—¡Ah! Sí. Venga usted conmigo, míster Dunn. (MAZZINI y él salen.)

ELLIE.—Hesione, todavía no me has enseñado mi cuarto.

MISTRESS HUSHABYE.—Es verdad. ¡Qué tonta soy! Vengan conmigo. Míster Mangan, nos dispensará un momento. Papá le hará compañía. (Llama hacia la despensa.) Papá, ven y enséñale la casa a míster Mangan. (Vase con ELLIE. El CAPITÁN sale de la despensa.)

CAPITÁN.—Usted piensa casarse con la hija de Dunn, ¿no? Es usted demasiado viejo.

MANGAN.—(Mohino.) Esas son tonterías.

CAPITÁN.—Es la verdad.

MANGAN.—Pues ella no piensa así.

CAPITÁN.—Sí piensa así.

MANGAN.—Hombres más viejos que yo...

CAPITÁN.—(Interrumpiéndole.) Han hecho el ridículo. Eso sí que también es verdad.

MANGAN.—(Picándose.) Pero ¿usted qué tiene que ver en este asunto?

CAPITÁN.—Cualquiera tiene que ver. Los astros en su curso se conmueven cuando suceden cosas así.

MANGAN.—Lo cual no me impedirá casarme con ella.

CAPITÁN.—¿Cómo lo sabe usted?

MANGAN.—(Haciendo de hombre fuerte.) Es mi idea, es mi propósito. Mire: nunca me he propuesto una cosa sin efectuarla. Yo soy así, ¿sabe usted?, y nos entenderemos mejor si quiere convencerse de ello.

CAPITÁN.—¿Usted frecuenta los museos de pintura?

MANGAN.—A veces. ¿Quién se lo dijo a usted?

CAPITÁN.—Hable como un hombre, no como un loro. ¿Usted gana cien mil libras al año?

MANGAN.—No me gusta darme pisto. Pero cuando encuentro a un hombre que gana cien mil libras al año, me quito el sombrero ante él, le estrecho la mano y le llamo hermano.

CAPITÁN.—Entonces usted también gana cien mil libras al año, ¿eh?

MANGAN.—La verdad, no tanto. Tal vez cincuenta mil.

CAPITÁN.—Entonces no es usted más que medio hermano, vamos. (Se aparta de MANGAN con su habitual brusquedad y recoge en la bandeja las tazas de té vacías.)

MANGAN.—(Irritado.) Oigame, capitán Shotover. No en-

tiendo bien mi situación aquí. He venido invitado por su hija. ¿Estoy en casa de ella o en la de usted?

CAPITÁN.—Está usted bajo la bóveda del cielo, en la casa de Dios. Lo que es verdad dentro de estos muros, lo es también fuera de ellos. Salga usted por los mares, suba a las montañas, pasee por las llanuras: ella es demasiado joven.

MANGAN.—(Con timidez.) Pero si tengo poco más de cincuenta años.

CAPITÁN.—Tiene usted algo menos de sesenta. Boss Mangan, se lo repito, no se casará con la hija del pirata. (Se lleva a la despensa la bandeja.)

MANGAN.—(Siguiendo detrás de él.) ¿Qué hija del pirata? ¿Qué está usted diciendo?

CAPITÁN.—Ellie Dunn. No se casará usted con ella.

MANGAN.—¿Quién me lo impedirá?

CAPITÁN.—(Saliendo otra vez de la despensa.) Mi hija. (Va hacia la puerta del vestíbulo.)

MANGAN.—(Siguiendo detrás de él.) ¿Mistress Hushabye? ¿Quiere usted decir que me ha llamado aquí para deshacer la boda?

CAPITÁN.—(Parándose y volviéndose hacia él.) No sé más que lo que he visto en sus ojos. Deshará la boda. Siga mi consejo: cátese con una negra de las Indias Occidentales. Son esposas excelentes. Yo mismo estuve casado con una durante dos años.

MANGAN.—¡Nos ha fastidiado!

CAPITÁN.—No haga caso. También estuve yo fastidiado varios años. Luego la negra me puso bueno.

MANGAN.—(Con voz débil.) ¡Qué cosas se oyen! Tengo que ausentarme de esta casa.

CAPITÁN.—¿Por qué?

MANGAN.—Hombre, habla usted de un modo que a muchos ofendería.

CAPITÁN.—¡Tonterías! El hablar con fingimientos es lo que suele originar cuestiones. Nunca riñe nadie conmigo. (Un CABALLERO, que por su modo de vestir y sus maneras des- embarazadas es evidentemente del elegante barrio londinense de West End, entra por la puerta del vestíbulo. Tiene aire juvenil y social, y se adivina que es soltero; pero, al examinar-

lo más de cerca, se nota que tiene más de cuarenta años.) CABALLERO.—Dispéñeme si me presento aquí sin más ni más; pero es el caso que no hay aldabón en la puerta y el timbre parece que no funciona.

CAPITÁN.—¿Para qué timbre ni aldabón, si la puerta está abierta?

CABALLERO.—Claro; así es que entré sencillamente.

CAPITÁN.—Muy bien. Voy a ver si le preparan un cuarto. (Va hacia la puerta.)

CABALLERO.—(Parándole.) Pero dispense: si usted no sabe quién soy.

CAPITÁN.—¿Cree usted que a mi edad hay diferencia para mí entre un prójimo y otro? (Vase. MANGAN y el recién llegado se miran uno a otro con extrañeza.)

MANGAN.—Tiene un carácter muy raro ese capitán Shotover, caballero.

CABALLERO.—Verdad.

CAPITÁN.—(Gritando fuera.) Hesione, ha venido otra persona. Necesita un cuarto. Es de la capital. Va bien vestido. Tendrá cerca de cincuenta años.

CABALLERO.—Ya me figuro lo que pensará Hesione. Dispense la pregunta: ¿es usted de la familia?

MANGAN.—No, señor.

CABALLERO.—Yo sí, aunque soy pariente lejano (Mistress HUSHABYE vuelve.)

MISTRESS HUSHABYE.—¿Cómo está? ¡Vaya una sorpresa agradable!

CABALLERO.—Tengo un verdadero gusto en conocerla, Hesione. (En vez de darle la mano, la besa. En este mismo momento aparece en la puerta el CAPITÁN.) Me dispensará, señor capitán, que bese a su hija cuando le diga...

CAPITÁN.—¡Tonterías! Cualquiera besa a mi hija. Bésela cuanto guste. (Se retira hacia la despensa.)

CABALLERO.—Gracias. Un momento, señor capitán. (El CAPITÁN se para y le mira. El CABALLERO va afablemente hacia él.) ¿Recuerda usted por casualidad..., pero probablemente no, porque sucedió hace muchos años..., que su hija menor se casó con un imbécil?

CAPITÁN.—Sí recuerdo. Decía siempre que se casaría con

cualquiera con tal de poder marcharse de esta casa. Pues no le hubiese yo reconocido a usted. Ya no tiene usted esa cabeza en forma de nuez. Su aspecto ha mejorado. Le han hervido en una papilla de pan y leche año tras año, como a otros casados sucede. ¡Pobre diablo! (*Desaparece en la despensa.*)

MISTRESS HUSHABYE.—(*Yendo hacia el CABALLERO, después de pasar por delante de MANGAN y mirándole.*) No creo que sea usted Hastings Utterword.

CABALLERO.—No lo soy.

MISTRESS HUSHABYE.—Entonces, ¿a qué vino eso de besarme?

CABALLERO.—Creí que podía hacerlo. El caso es que soy Randall Utterword, el hermano menor de Hastings. Cuando se casó estaba yo por ahí en alguna embajada.

LADY UTTERWORD.—(*Entrando con precipitación.*) Oye, Hesione: ¿dónde está la llave del ropero de mi habitación? Llevo las joyas en el baúl. Tengo que abrirlo... (*Sorprendida al reconocer al forastero.*) ¡Randall! ¿Cómo te atreves? (*Pasando por delante de su hermana, va hacia él y se coloca cerca de MANGAN, junto al sofá.*)

CABALLERO.—¿A qué me atrevo? No hago nada malo aquí.

LADY UTTERWORD.—¿Quién te dijo que yo estaba aquí?

RANDALL.—Me lo dijo mi hermano. Acababas de salir cuando pregunté por ti. Así, pues, te he seguido hasta aquí. ¡Qué guapa estás!

LADY UTTERWORD.—No me vengas con pamplinas.

MISTRESS HUSHABYE.—¿Qué te pasa con mister Randall, Addy?

LADY UTTERWORD.—(*Recobrando la calma.*) ¡Oh! Nada. Pero creo que no tiene derecho a venir aquí a molestarte a ti y a papá sin haber sido invitado. (*Va hacia el asiento de debajo de la ventana y se sienta, malhumorada y mirando hacia el jardín, en el que se ve a HÉCTOR y ELLIE paseando juntos.*)

MISTRESS HUSHABYE.—Me parece, Addy, que no te han presentado a mister Mangan.

LADY UTTERWORD.—(*Volviendo la cabeza e inclinándose friamente hacia MANGAN.*) Dispense, caballero. Randall, tú tienes la culpa; me trastornas y no sé lo que hago.

MISTRESS HUSHABYE.—Mister Mangan, es mi hermana, mi hermana menor. Lady Utterword.

MANGAN.—(*Inclinándose.*) Tengo mucho gusto en conocerla, lady Utterword.

LADY UTTERWORD.—(*Con interés señalado.*) ¿Quién es ese señor que se pasea por el jardín con miss Dunn?

MISTRESS HUSHABYE.—No lo sé. Ellie riñó seriamente con mi marido hace unos diez minutos. Yo no sabía que había venido otro. Debe de ser una visita. (*Va hacia la ventana para mirar.*) Pero ¡si es Héctor! Por lo visto, se ha reconciliado.

LADY UTTERWORD.—Pero ¿es tu marido aquel hombre tan guapo?

RANDALL.—(*Acercándose a ellas y a la ventana.*) Ariadna, un marido nunca es guapo. (*Se sienta al lado de LADY UTTERWORD, a su derecha.*)

MISTRESS HUSHABYE.—El marido de una hermana siempre es guapo, mister Randall.

LADY UTTERWORD.—No seas ordinario, Randall. Y tú, Hesione, no digas disparates. (*ELLIE y HÉCTOR entran desde el jardín por la puerta de estribor. RANDALL se levanta. ELLIE se retira hacia el rincón cerca de la despensa. HÉCTOR avanza hacia el grupo, y LADY UTTERWORD se levanta tratando de aparecer lo más atractiva posible.*)

MISTRESS HUSHABYE.—Héctor, ésta es mi hermana Addy.

HÉCTOR.—(*Aparentemente sorprendido.*) ¡No es posible!

LADY UTTERWORD.—(*Sonriendo.*) ¿Por qué?

HÉCTOR.—(*Mirándola con una mirada centelleante de profunda, pero respetuosa admiración y erizándosele el bigote.*) Es que creí... (*Recobrando la calma.*) ¡Oh! Dispéñeme, lady Utterword. ¡Cuánto me alegro de poderle dar la bienvenida en esta casa! (*Le tiende la mano con gran cortesía.*)

MISTRESS HUSHABYE.—Pero ¿no la besas, Héctor?

LADY UTTERWORD.—(*Sin dejar de sonreír.*) ¡Qué cosas tienes, Hesione!

MISTRESS HUSHABYE.—Tutéala y bésala como buen cuñado, y asunto concluido. (*Se aparta de ellos.*)

HÉCTOR.—No hables así, Hesione. Lady Utterword tiene

derecho a nuestra hospitalidad y a ser tratada con todo el respeto que merece.

LADY UTTERWORD.—(*Agradecida.*) Muchas gracias, Héctor. (*Se dan cordialmente la mano. Se ve a MAZZINI DUNN atravesando el jardín de derecha a izquierda.*)

CAPITÁN.—(*Saliendo de la despensa y dirigiéndose a ELLIE.*) Su padre ya se ha lavado.

ELLIE.—(*Con mucho aplomo.*) Eso lo hace con frecuencia.

CAPITÁN.—Ha sido una extraña conversión. Le vi por la ventanilla de la despensa. (*MAZZINI DUNN entra por la vidriera de la izquierda, recién lavado y cepillado, sonriendo amablemente, y se para entre MANGAN y MISTRESS HUSHABYE.*)

MISTRESS HUSHABYE.—(*Presentándolos.*) Mister Mazzini Dunn, lady Ut... ¡Oh! Se me olvidaba que ya los presenté. (*Señalando a ELLIE.*) Miss Dunn.

MAZZINI.—(*Cruzando la habitación para coger la mano de ELLIE y creyendo hacer un chiste.*) También a esta señorita he sido presentado. Es mi hija. (*Le pasa la mano cariñosamente por el hombro.*)

MISTRESS HUSHABYE.—¡Oh, qué tonta soy! Dispense, mister Dunn. (*Señalando a RANDALL.*) Aquí le presento...

RANDALL.—Su cuñado, mister Dunn. ¿Cómo está usted?

MISTRESS HUSHABYE.—Este es mi marido.

HÉCTOR.—Ya nos conocemos, querida. No nos presentes más. (*Se va hacia la "chaise-longue" y añade:*) ¿No quiere usted sentarse, lady Utterword? (*Ella se sienta muy sonriente.*)

MISTRESS HUSHABYE.—No creas que me gusta nada. Páreces un revisor del tren.

MAZZINI.—(*Sentencioso.*) ¡Qué poca importancia tiene, si vamos a ver! La gran cuestión es, no quiénes somos, sino qué somos.

CAPITÁN.—Sí, ¿eh? Pues usted ¿qué es?

MAZZINI.—(*Confuso.*) ¿Qué soy?

CAPITÁN.—Un ladrón, un pirata y un asesino.

MAZZINI.—Le aseguro que está usted equivocado.

CAPITÁN.—Tuvo usted una vida tormentosa. Pero ya todo cambió. Es usted una persona respetable. Tiene usted una hija que es una señora. Su modo de hablar y su apariencia

son de un predicador de moda. Tengan ustedes todos cuidado. (*Sale por el jardín.*)

DUNN.—Espero que nadie creará que soy un ladrón, un pirata y un asesino. Mistres Hushabye, ¿me dispensará un momento? Tengo que aclarar este asunto. (*Va detrás del CAPITÁN.*)

MISTRESS HUSHABYE.—(*Al verle marcharse.*) Es inútil, caballero. Mejor sería... (*Pero DUNN ha desaparecido.*) Lo mejor será que salgamos todos de aquí, si les parece, y tomemos el té en otro sitio. Nunca hay té como es debido en casa; pero, por lo menos, lo hay de algún modo; la servidumbre lo conserva hecho. La terraza de la cocina es el sitio mejor para tomarlo. ¿Quieren seguirme? (*Va hacia la vidriera de estribo.*)

RANDALL.—(*Siguiéndola.*) No se moleste. Yo, por mi parte, no quiero té. Pero, si quiere usted enseñarme el jardín...

MISTRESS HUSHABYE.—No hay nada que ver en el jardín, excepto el observatorio de papá y un hoyo con una cueva en que guarda dinamita y cosas por el estilo. Pero, en fin, estaremos mejor al aire libre. Venga usted.

RANDALL.—¡Ha dicho dinamita! ¿No hay en ello peligro?

MISTRESS HUSHABYE.—Hombre, no nos encerramos en la cueva cuando hay tempestad.

LADY UTTERWORD.—Es una novedad. ¿Para qué es la dinamita?

HÉCTOR.—Para volar al género humano si se propasa. El capitán trata de descubrir un rayo psíquico que haga estallar todos los explosivos por voluntad de un Mahoma.

ELLIE.—El té del capitán es delicioso, mistress Utterword.

MISTRESS HUSHABYE.—(*Parándose en la puerta.*) ¿Quieres decir que has tomado té del de mi padre? ¿Que has logrado eso a los diez minutos de entrar en esta casa?

ELLIE.—Pues así es.

MISTRESS HUSHABYE.—Eso sí que es extraño. (*Sale RANDALL.*) Casi no lo puedo creer.

MANGAN.—¿Viene usted, miss Ellie?

ELLIE.—Dispénsame, estoy demasiado cansada. Voy a su-

bir a mi cuarto con un libro y a descansar un poco. (*Va hacia el estante de los libros.*)

MANGAN.—Bueno. Haga lo que quiera. Pero me disgusta. (*Sale detrás de RANDALL y MISTRESS HUSHABYE. ELLIE, HÉCTOR y LADY UTTERWORD quedan solos. HÉCTOR está junto a LADY UTTERWORD. Los dos miran hacia ELLIE, a ver si se marcha.*)

ELLIE.—(*Mirando los títulos de los tomos.*) ¿Le gustan las novelas de aventuras, lady Utterword?

LADY UTTERWORD.—(*En tono protector.*) Ya lo creo, hija mía.

ELLIE.—Entonces estará usted bien con míster Hushabye. (*Sale por el vestíbulo.*)

HÉCTOR.—Esa muchacha está loca por las historias de aventuras. ¡Las mentiras que he tenido que contarle!

LADY UTTERWORD.—(*Sin interés por ELLIE.*) Cuando me vió usted, ¿qué quiso decir al quedar parado de pronto?

HÉCTOR.—(*Cruzándose de brazos y bajando la mirada hacia ella magnéticamente.*) No sé si debo decirlo.

LADY UTTERWORD.—Se lo pido.

HÉCTOR.—No será muy fino. Iba a decir, así sin pensar: "Creí que era usted una mujer de las corrientes."

LADY UTTERWORD.—¡Oh! Avergüéncese, Héctor. ¿Qué derecho tiene usted a notar si soy una mujer corriente o no?

HÉCTOR.—Escúcheme, Ariadna. Hasta ahora no había visto más que fotografías de usted, y ninguna fotografía puede producir la extraña fascinación de las hijas de aquel anciano sobrenatural. Hay en ellas alguna condenable cualidad que destruye el sentido moral de los hombres y los lleva a terrenos situados más allá del honor y el deshonor. Usted lo sabe, ¿no es así?

LADY UTTERWORD.—Tal vez lo sepa, Héctor. Pero entérese, una vez para siempre, que soy una mujer rígidamente convencional. Tal vez crea usted que, porque soy una Shotover, soy una bohemia, ya que todos los de la familia son unos terribles bohemios. Pero no soy bohemia. Aborrezco y rechazo todo lo que es bohemia. Ninguna niña que se crió en un hogar estrictamente puritano sufrió tanto a causa del puritanismo como yo he sufrido de nuestro bohemismo.

HÉCTOR.—Así son mis hijos. Se pasan las vacaciones en las casas respetables de sus condiscípulos.

LADY UTTERWORD.—Los invitaré a venir a mi casa en las próximas Navidades.

HÉCTOR.—Su ausencia nos deja a mí y a su madre sin nuestros naturales vigilantes.

LADY UTTERWORD.—La verdad es que los niños, a veces, son muy inconvenientes. Pero las personas inteligentes siempre pueden manejárselas, a menos de ser bohemios.

HÉCTOR.—Usted no es bohemia, pero tampoco es puritana; su atracción es vital y potente. En su propia opinión, ¿qué clase de mujer es usted?

LADY UTTERWORD.—Soy una mujer de mundo, Héctor, y le puedo asegurar que si sólo se quiere tomar la molestia de ser correcto, perfectamente correcto en acciones y palabras, podrá usted hacer lo que le guste. Una mujer de mala conducta y descuidada, sencillamente, fracasa. Un hombre de mala conducta y descuidado no puede tener suerte con ninguna mujer que valga algo.

HÉCTOR.—Ya veo. Usted ni es bohemia ni puritana. Usted es una mujer peligrosa.

LADY UTTERWORD.—Al contrario, soy una mujer segura.

HÉCTOR.—Es usted una mujer malditamente atractiva. Conste que no estoy haciéndole el amor. No me gusta ser atraído. Pero será mejor que conozca mis sentimientos si hemos de pasar una temporada en esta casa juntos.

LADY UTTERWORD.—Es usted muy listo para cazar mujeres, Héctor. Y, además, guapo. Yo también entiendo mucho ese juego. Se entiende, ¿verdad?, que sólo estamos jugando.

HÉCTOR.—Claro. Estoy haciendo el tonto a sabiendas.

LADY UTTERWORD.—(*Levantándose radiante.*) Pues bien: es usted mi cuñado. Hesione le dijo que me besara. (*El la coge en sus brazos y la besa muy apretadamente.*) ¡Oh! Eso ha sido un poco más que jugar, querido cuñado. (*Le rechaza con alguna brusquedad.*) No vuelva a hacer eso.

HÉCTOR.—En efecto: usted ha logrado clavarme las uñas más hondo de lo que yo quería.

MISTRESS HUSHABYE.—(*Viniendo del jardín.*) Por mí no os molestéis. Sólo he venido por la gorra del pobrecito papá.

Ya se ha puesto el sol y puede coger frío. (*Va hacia la puerta del vestíbulo.*)

LADY UTTERWORD.—Tu marido es verdaderamente encantador, querida. Por fin se ha dignado besarme. Voy también al jardín: allí hace más fresco. (*Sale por la puerta vidriera.*)

MISTRESS HUSHABYE.—Cuidadito, hijo mío. Creo que ningún hombre puede besar a Addy sin enamorarse de ella. (*Entra en el vestíbulo.*)

HÉCTOR.—(*Dándose golpes de pecho.*) Pero ¡qué animal soy! (*MISTRESS HUSHABYE vuelve con la gorra del CAPITÁN.*)

HÉCTOR.—Tu hermana es una jamona que se las trae. ¿Dónde está miss Dunn?

MISTRESS HUSHABYE.—Mangan dice que ha subido a su cuarto para echarse un sueñecito. Además, Addy no te dejará hablar con Ellie; ya te ha señalado como cosa propia.

HÉCTOR.—Tiene la fascinación diabólica de la familia. Empecé a hacerle el amor automáticamente. ¿Qué le voy a hacer? No puedo enamorarme ni puedo desarrollar mi elocuencia con una mujer si es ella la que se enamora de mí. Y como siempre las mujeres se enamoran de mis bigotes, me siento arrastrado hacia toda clase de declaraciones, que, claro está, son puramente fingidas.

MISTRESS HUSHABYE.—Pues Addy es igual. Nunca en su vida se ha enamorado, aunque ha hecho todo lo posible por lograrlo. Ella es peor que tú, porque tú, siquiera una vez, fuiste sincero cuando te enamoraste de mí.

HÉCTOR.—Aquella fué una maldita locura. No puedo creer que tal sorprendente experiencia sea ordinaria. Ha dejado señal indeleble en mí. Creo que por eso nunca he sido capaz de repetirla.

MISTRESS HUSHABYE.—(*Riendo y acariciándole el brazo.*) ¡Hay que ver, Héctor, lo enamorados que estábamos uno de otro! Fué un ensueño tan encantador que nunca he podido desde entonces privar de él ni a ti ni a nadie. He atraído a casa toda clase de mujeres bonitas para darte la probabilidad de otra ventura igual; pero nunca se ha vuelto a presentar.

HÉCTOR.—No sé si deseo que vuelva. Fué una cosa muy peligrosa. Tú me fascinaste, pero yo te amaba; así, pues, fué el cielo. Tu hermana también me fascina, pero la detesto; así,

pues, es el infierno. La mataré si persiste en sus manejos.

MISTRESS HUSHABYE.—Nada matará a Addy; es fuerte como un caballo. (*Soltándole.*) Ahora me voy yo para fascinar a alguien.

HÉCTOR.—¿Al tonto del diplomático, a Randall?

MISTRESS HUSHABYE.—¡Dios me guarde! ¿Por qué había yo de fascinar a Randall?

HÉCTOR.—Supongo que no será al capitalista hinchado, a Mangan.

MISTRESS HUSHABYE.—Pues creo que será mejor que le fascine yo que Ellie. (*Va a salir por el jardín cuando entra el CAPITÁN con algunas barritas en la mano.*) ¿Qué llevas ahí, papá?

CAPITÁN.—Dinamita.

MISTRESS HUSHABYE.—Has estado en la cueva. Bueno; pero no dejes esos chismes por ahí tirados; cuidadito, ¡eh! (*Entra en el jardín, enrojecido por la puesta de sol.*)

HÉCTOR.—Escuche, ¡oh sabio! ¿Cuánto tiempo se atreve a concentrarse en un sentimiento sin correr el riesgo de que se fije en su conciencia para todo el resto de la vida?

CAPITÁN.—Noventa minutos, hora y media. (*Entra en la despensa.*)

HÉCTOR.—(*Ya solo, contrae las cejas y se abandona al ensueño. Durante unos momentos no se mueve. Luego cruza los brazos. Después, juntando las manos en la espalda, se pasea por la habitación en actitud trágica. De repente coge un bastón de encima de la mesa y saca el estoque que tiene para batirse, en desesperado desafío, con un adversario imaginario al que, tras muchas vicisitudes, atraviesa de parte a parte. Mete otra vez el estoque en la vaina y lo tira sobre el sofá, recayendo en sus ensueños. Mira a los ojos a una mujer imaginaria, la coge de los brazos y grita con voz honda y estridente:*) ¿Me amas? (*El CAPITÁN sale de la despensa en este momento, y HÉCTOR, para engañarle, hace una serie de ejercicios gimnásticos.*)

CAPITÁN.—Esa clase de ejercicios no son buenos. Nunca llegará usted a tener la fuerza de un gorila.

HÉCTOR.—¿Para qué es la dinamita?

CAPITÁN.—Para matar a tipos como Mangan.

HÉCTOR.—Inútil. Los tipos como él siempre tendrán medios para comprar más dinamita que usted.

CAPITÁN.—Yo haré una dinamita que él no pueda hacer estallar.

HÉCTOR.—Y usted, sí, ¿eh?

CAPITÁN.—Sí, cuando yo haya llegado al septuagésimo grado de concentración.

HÉCTOR.—¿A qué todo eso? Si nunca ha de llegar usted.

CAPITÁN.—Entonces, ¿qué debemos hacer? Hemos de quedarnos siempre en el cieno por culpa de esos puercos, para los que el universo no es más que una máquina para engrasar sus cerdas y llenar sus hocicos.

HÉCTOR.—¿Son peores las cerdas de Mangan que los rizos de Randall?

CAPITÁN.—Tenemos que adquirir poderes de vida y muerte sobre ambos. Me niego a morir antes de haber inventado los medios para ello.

HÉCTOR.—¿Quiénes somos para juzgarlos?

CAPITÁN.—¿Quiénes son ellos para juzgarnos a nosotros? Sin embargo, lo hacen sin vacilar. Hay enemistad entre nuestra descendencia y la suya. Ellos lo saben y obran en consecuencia, estrangulando nuestras almas. Tienen fe en sí mismos. Cuando tengamos fe en nosotros mismos, los mataremos.

HÉCTOR.—Es la misma descendencia. Olvida usted que su pirata tiene una hija muy linda. El hijo de Mangan puede ser un Platón; el de Randall, un Shelley. ¿Qué fué mi padre?

CAPITÁN.—El granuja mayor que jamás he encontrado. *(Vuelve a poner orden en la mesa de dibujar, se sienta y empieza a disolver una barra de color rojo.)*

HÉCTOR.—Pues bien: ¿querrá usted matar a sus nietos inocentes?

CAPITÁN.—Son también los míos.

HÉCTOR.—Precisamente. Somos miembros unos de otros. *(Se sienta descuidadamente en el sofá.)* Debo decirle que he pensado muchas veces en esas matanzas de la polilla humana. Muchos han pensado en ellas. Los hombres decentes son como Daniel en la fosa de los leones; su supervivencia es un milagro y no superviven siempre. Nosotros

vivimos entre los Mangans y los Randalls y los Billie Dunns como ellos, pobres diablos, viven entre los gérmenes de las enfermedades y los médicos, y los juristas, y los jefes de restaurantes, y los tenderos, y los criados, y los demás parásitos y malhechores. ¿Qué son nuestros terrores comparados con los suyos? Dadme el poder para matarlos, y no lo haré al pensar...

CAPITÁN.—*(Interrumpiéndole.)* ¿Que somos iguales?

HÉCTOR.—Nada de eso. Me mataría a mí mismo si así creyese. Creo que mi centella interior, por pequeña que sea, es divina, y que la luz roja por encima de la puerta de ellos es fuego infernal. No los mataría por simple conmiseración magnánima.

CAPITÁN.—No puede usted perdonarles la vida mientras no tenga poder sobre ellos. Ahora ellos tienen poder sobre usted. Disponen de millones de negros, a los que pueden lanzar contra nosotros. Y lo harán. Ya lo están haciendo.

HÉCTOR.—Son demasiado estúpidos para hacer uso de su poder.

CAPITÁN.—*(Tirando su pincel y acercándose al extremo del sofá.)* No se engañe a sí mismo; lo usarán. Nosotros matamos cada día la mejor mitad de nosotros para complacerlos. La idea de que esa gente existe para contrarrestar todas nuestras aspiraciones nos impide tenerlas. Y cuando nos vemos tentados a buscar su destrucción, desencadenan unos demonios para engañarnos, demonios disfrazados de hijas guapas, de cantantes, de poetas y seres parecidos, por cuya causa les perdonamos la vida.

HÉCTOR.—*(Enderezándose e inclinándose sobre él.)* ¿No será Hesione uno de los tales demonios sacados por usted para que no le mate?

CAPITÁN.—Es posible. Le ha desgastado a usted y no le ha dejado más que ensueños, como hacen algunas mujeres.

HÉCTOR.—Sí, mujeres vampiros, mujeres demonios.

CAPITÁN.—Los hombres creen que el mundo está perdido para ellos y se desinteresan de él. ¿Quiénes son los hombres que hacen algo? Los maridos de las regañonas y las borrachas, que tienen clavada la espina en la carne. *(Yendo como des-*

esperado hacia la despensa.) Tengo que reflexionar más sobre estas cosas. (*Volviéndose bruscamente.*) Pero de todos modos sigo con la dinamita. Descubriré un rayo más potente que cualquier rayo equis, un rayo anímico que hará estallar las municiones en la cartuchera de mi enemigo antes que me pueda apuntar con su fusil. Y tengo que darme prisa. Soy viejo, no puedo gastar el tiempo en habladurías. (*Va a entrar en la despensa y HÉCTOR va hacia el vestíbulo, cuando HESIONE vuelve.*)

MISTRESS HUSHABYE.—Papaíto, tú y Héctor tenéis que venir conmigo para recibir a la gente. ¿De qué estabais hablando con tanta animación?

HÉCTOR.—(*Parándose cuando iba a dar la vuelta al pestillo de la puerta del vestíbulo.*) Está más loco que nunca.

MISTRESS HUSHABYE.—Estamos locos todos.

HÉCTOR.—Tengo que ir a respirar. (*Quiere marcharse.*)

MISTRESS HUSHABYE.—Quieto, quieto. Venid los dos. Vamos, señores. (*Vuelven a disgusto.*) Se me va acabando el dinero.

HÉCTOR.—¡El dinero! ¿Dónde están mis dividendos de abril?

MISTRESS HUSHABYE.—¿Dónde está la nieve que cayó antaño?

CAPITÁN.—¿Qué se hizo del dinero que nos dieron por el bote salvavidas que patenté?

MISTRESS HUSHABYE.—Quinientas libras. Se gastaron de Pascuas a esta parte.

CAPITÁN.—¡En cuatro meses! ¡Qué derroche! Con quinientas libras yo podría vivir siete años.

MISTRESS HUSHABYE.—Pero, papá, no con la mesa puesta para todo el mundo, como hacemos aquí.

CAPITÁN.—Dices quinientas libras sólo. Pero si antes me dieron doce mil por aquel invento.

MISTRESS HUSHABYE.—Sí, papá; pero fué por el barco con quilla magnética para atraer a los submarinos y hundirlos. Viviendo como vivimos, no hay dinero que baste. ¿No podrías inventar algo que matara a media Europa de un golpe?

CAPITÁN.—No. Los años no corren en balde. Ya no me

entusiasma la idea de matar, como cuando era joven. ¿Por qué no inventa algo tu marido? No sabe más que inventar mentiras para las mujeres.

HÉCTOR.—Pues también es inventar. Pero tiene usted razón: yo debiera poder mantener a mi mujer.

MISTRESS HUSHABYE.—No estoy conforme. Si ganaras dinero, no te vería más que a las horas de comer. Yo te necesito a mi lado.

HÉCTOR.—(*Con amargura.*) Lo mismo podría ser tu perro faldero.

MISTRESS HUSHABYE.—¿Quieres ser el que gana el dinero, como otros pobres maridos?

HÉCTOR.—No, ¡demonios! Pero, de todos modos, ¡qué maldita condición la de marido!

MISTRESS HUSHABYE.—(*Al CAPITÁN.*) ¿Y qué hay de aquel cañón-arpón?

CAPITÁN.—No vale. Mata ballenas, no hombres.

MISTRESS HUSHABYE.—¿Por qué no? Dispara un arpón por medio del cañón. Se clava en el general del enemigo y le inutilizas.

HÉCTOR.—Eres la hija de tu padre, Hesione.

CAPITÁN.—Pues la idea tiene miga. No la de inutilizar a generales, porque no son peligrosos. Pero se podrán disparar grapas para enganchar cañones y ametralladoras y aun tanques. Lo pensaré.

MISTRESS HUSHABYE.—(*Pellizcando cariñosamente el brazo del CAPITÁN.*) Eres un gran hombre, papá. Ya nos hemos salvado. Pero ahora tenemos que salir para entretener a esa gente.

CAPITÁN.—No han comido, no lo olvides.

HÉCTOR.—Tampoco yo. Y ya se ve: tiene que ser tarde.

MISTRESS HUSHABYE.—No te apures. Guinness ya improvisará alguna comida. La servidumbre cuida de que no falten en casa cosas de comer.

CAPITÁN.—(*Lanzando en la oscuridad un extraño gemido.*) ¡Ay, que casa! ¡Qué hija!

MISTRESS HUSHABYE.—(*Rabiando.*) ¡Qué padre!

HÉCTOR.—(*En el mismo tono.*) ¡Qué esposa!

CAPITÁN.—¿No hay trueno en el cielo?

HÉCTOR.—¿No hay belleza, no hay valentía en la tierra?

MISTRESS HUSHABYE.—Pero ¿qué querrán los hombres? Tienen sus comidas, sus hogares, su ropa bien cuidada y nuestro cariño al fin del día. ¿Por qué no están satisfechos? ¿Por qué nos envidian los dolores que nos cuesta el echarlos al mundo y desean extraños peligros y tormentos, sólo para estar con nosotras?

LADY UTTERWORD.—(Llamando desde el jardín.) ¡Hesione! ¡Hesione! ¿Dónde estás?

HÉCTOR.—La pelota está en el tejado.

MISTRESS HUSHABYE.—Ya voy, hija, ya voy. (Sale precipitadamente al jardín. El CAPITÁN vuelve a su sitio ante la mesa de dibujar.)

HÉCTOR.—(Yendo al vestíbulo.) ¿Quiere usted que encienda las luces?

CAPITÁN.—No. Necesito más oscuridad. El dinero no se hace a la claridad de la luz.

TELÓN

ACTO SEGUNDO

La misma habitación, con las luces encendidas y las cortinas corridas. Entra ELLIE, seguida de MANGAN. Ambos van vestidos para la comida de la noche. Ella se dirige descuidadamente hacia la mesa de dibujo. El se coloca entre la mesa y la silla de mimbre.

MANGAN.—¡Qué comida! A esto no lo llamo yo comida: lo llamo alimento, para no decir peor.

ELLIE.—Yo estoy acostumbrada a alimentos, míster Mangan, y gracias. Además, el capitán guisó unos macarrones para mí.

MANGAN.—(Estremeciéndose, como quien padece del hígado.) Demasiado pesados, no puedo con ellos. Supongo que será porque tengo que trabajar demasiado con el cerebro. Eso lo trae el ser un hombre de negocios: siempre cavilando, cavilando, cavilando. A propósito, ahora que estamos solos: ¿podré aprovechar la ocasión para tener una pequeña conversación con usted?

ELLIE.—(Sentándose en la silla del delineante.) Con mucho gusto.

MANGAN.—(Extrañándose.) ¡Ah!, esto me sorprende, porque me pareció notar esta tarde que trataba usted por todos los medios posibles de evitarme. Por cierto que no es la primera vez.

ELLIE.—Estaba muy cansada y trastornada. No estoy acostumbrada al jaleo de esta extraña casa. Perdóneme.

MANGAN.—Bueno, bueno; no hago caso. Pero el capitán Shotover me ha hablado de usted. De usted y de mí, ¿sabe?

ELLIE.—(Con interés.) ¡El capitán! ¿Y qué le ha dicho a usted?

MANGAN.—Pues mencionó la diferencia que hay entre nuestras edades.

ELLIE.—Ese hombre se fija en todo.

MANGAN.—Entonces..., ¿a usted no le importa?

ELLIE.—Claro está que sé perfectamente que nuestro compromiso...

MANGAN.—¡Ah! Lo llama usted compromiso.

ELLIE.—¿No se llama así?

MANGAN.—Claro, claro, si usted gusta. Esta es la primera vez que emplea usted esa palabra, y no sé qué sentido darle. (*Se sienta en la silla de mimbre y se resigna a que ella dirija el curso de la conversación.*) De modo que decía usted...

ELLIE.—¿Yo? No me acuerdo. Dígame: ¿le gusta a usted esta región? Me parece haber oído, durante la comida, que preguntaba usted a mistress Hushabye si no se alquilaban algunas casas bonitas por aquí.

MANGAN.—Me gusta el sitio. El aire me conviene. No tendría nada de particular que me afincara aquí.

ELLIE.—Me alegraría. También a mí el clima me prueba. Y me gustaría vivir cerca de Hesione.

MANGAN.—(*Con creciente malestar.*) El clima tal vez nos convenga, pero la cuestión es saber si nos convenimos uno a otro. ¿Ha pensado usted en ello?

ELLIE.—Míster Mangan, tenemos que ser razonables, ¿no le parece? Sería tonto figurarnos que somos Romeo y Julieta; pero podemos muy bien entendernos si queremos. Su bondad de corazón lo allanará todo.

MANGAN.—(*Inclinándose hacia adelante y poniendo en su voz como un tono de deliberada aspereza.*) Bondad de corazón, ¿eh? ¿No arruiné a su padre?

ELLIE.—Fué sin intención.

MANGAN.—Al contrario: fué con toda intención.

ELLIE.—¿Cómo?

MANGAN.—No por maldad; eso, no. Y no negará usted que le reservé un empleo después de haberle acabado. Pero los negocios son los negocios, y le arruiné como cosa de negocios.

ELLIE.—No puedo comprenderlo. ¿Trata usted de convencerme de que no le tengo que estar agradecida y puedo elegir libremente?

MANGAN.—(*Levantándose agresivo.*) Nada de eso. Hay que tomar mis palabras al pie de la letra.

ELLIE.—Pero ¿qué provecho podía usted sacar de la ruina de mi padre? El dinero que perdió era de usted.

MANGAN.—(*Con una sonrisa agria.*) Era y es mío, miss Ellie, y todo el dinero de los demás también. (*Se mete las manos en los bolsillos y enseña los dientes.*) No hice más que echarlos fuera a todos, como se ahuma una colmena para sacar la miel. ¿Qué le parece? Vaya un golpe para usted, ¿eh?

ELLIE.—Esta mañana lo hubiese sido, sí. Ahora no puede usted figurarse el poco efecto que me hace. Pero, de todos modos, es muy interesante. Me lo tiene usted que explicar. No lo entiendo bien. (*Apoyando los codos en la mesa y el mentón en las manos, se prepara para escucharle con una mezcla de curiosidad consciente y desprecio inconsciente, que no pasa inadvertido por él y aumenta su aspereza, al par que le excita a tomar un aire de superioridad hacia la ignorancia de ella.*)

MANGAN.—Claro, ¿qué va a entender? ¿Qué sabe usted de negocios? Escuche y aprenda. El negocio de su padre era un negocio nuevo, y yo no pongo en marcha negocios nuevos. Dejo que lo hagan otros. Ponen en ello todo su dinero y el de sus amigos. Gastan sus fuerzas y su salud para hacer prosperar el negocio. Son lo que se llama unos entusiastas. Pero les faltan fuerzas y experiencia financiera. Al año o cosa así tienen o que echarlo todo a rodar o ceder el negocio a un nuevo grupo de capitalistas por un tanto por ciento. Al nuevo grupo le pasa luego tres cuartos de lo mismo. Meten más dinero en el negocio y siguen trabajando un par de años más, y al fin tienen que cederlo todo, por un pedazo de pan, a un tercer grupo. Si es realmente un negocio grande, el tercer grupo corre la misma suerte que sus predecesores. Y entonces es cuando se presenta el verdadero hombre de negocios, cuando me presento yo. Pero soy más listo que algunos. No me importa soltar algún dinero para empezar. A su padre le calé. Vi que tenía una idea sana y que haría los imposibles por llevarla a cabo si le ayudaban. Vi también que no entendía de negocios y que con toda seguridad exageraría los gastos de fabricación y no sabría aprovechar las probabilidades del mercado para la venta. Yo sabía que el medio más seguro para arruinar a

un hombre que no sabe manejar dinero es darle dinero. Expuse mi idea a algunos amigos del mundo de los negocios y proporcionaron el dinero, porque yo no expongo dinero en idea alguna, aunque sea mía. Su padre y los amigos que arriesgaron su dinero con él, para mí no fueron más que un montón de limones exprimidos. Usted, pues, ha gastado tontamente su gratitud. Mi bondad de corazón no existe. Me revienta tal bondad. Cuando veo a su padre mirándome con ojos humedecidos de gratitud desbordante, me dan ganas de decirle toda la verdad. Lo único que me lo impide es la seguridad de no ser creído. Creería que lo digo por modestia, lo mismo que usted antes. Creería cualquier cosa, menos la verdad, y la verdad es que él es un tonto de capirote y yo soy un hombre que sabe manejarse. (*Se echa para atrás con aire de gran suficiencia.*) Ahora, ¿qué opinión tiene usted de mí, miss Ellie?

ELLIE.—(*Dejando caer las manos.*) ¡Qué cosa más rara! Mi madre, que no entiende absolutamente nada de negocios, le había penetrado perfectamente. Cuando hablaba de usted, no delante de papá, sino de nosotros, los niños, siempre decía que era usted un bribón redomado.

MANGAN.—(*Levantándose muy impresionado.*) ¿De veras? Y, sin embargo, estaba conforme con que nos casáramos.

ELLIE.—Ya ve usted, míster Mangan. Mi madre se casó con un hombre muy bueno—porque mi padre, no lo dude, es la bondad personificada—, pero no tiene empeño en que yo haga lo mismo.

MANGAN.—Supongo que ya no se querrá usted casar conmigo.

ELLIE.—(*Con mucha calma.*) ¡Qué ocurrencia! ¿Por qué no?

MANGAN.—(*Levantándose atónito.*) ¡Que por qué no!

ELLIE.—No veo por qué no nos habíamos de entender perfectamente.

MANGAN.—Bueno; pero mire usted... (*Se queda mudo sin saber cómo salir del paso.*)

ELLIE.—(*Con paciencia.*) Usted dirá.

MANGAN.—Yo creía que le importaba a usted mucho el carácter de las personas.

ELLIE.—Si a las mujeres nos importara mucho el carácter de los hombres, no nos casaríamos nunca, míster Mangan.

MANGAN.—¡Habrás visto! Una niña como usted venir con ésas. Pero, vamos, no habla usted en serio.

ELLIE.—Pues hablo en serio. ¿Usted no?

MANGAN.—¿De modo que quiere atenerse a nuestro compromiso?

ELLIE.—Y usted, ¿quiere romperlo?

MANGAN.—No tanto, no tanto.

ELLIE.—¿Pues? (*MANGAN no sabe qué decir. Con un silbido que parece un suspiro largo se deja caer en la silla de mimbre y mira fijamente al aire, como un jugador que se ha quedado sin dinero. Pero de pronto se anima su rostro con una casi imperceptible sonrisa maliciosa. Se inclina apoyado en su codo derecho hacia ella y habla con voz lenta y firme.*)

MANGAN.—Suponga usted que le dijera que estoy enamorado de otra mujer.

ELLIE.—(*En el mismo tono.*) Suponga usted que le dijera que estoy enamorada de otro hombre.

MANGAN.—(*Levantándose bruscamente muy enfadado.*) No hablo en broma.

ELLIE.—¿Quién le ha dicho que hablo en broma yo?

MANGAN.—Le digo que hablo en serio. Usted es demasiado joven para hablar en serio, pero tiene que creerme a mí. Necesito estar cerca de su amiga mistres Hushabye. Estoy enamorado de ella. Creo que ya está dicho.

ELLIE.—Yo necesito estar cerca de su amigo míster Hushabye. Estoy enamorada de él. (*Se levanta y dice con aire de desahogo.*) Ahora nos hemos hecho mutuas confidencias y tenemos que ser verdaderos amigos. Le agradezco mucho el haber provocado esta conversación.

MANGAN.—(*Casi fuera de sí.*) Pero ¿cree usted que yo voy a consentir que me usen como estribo?

ELLIE.—Cálmese, míster Mangan. ¿No usó usted a mi padre como estribo para sus combinaciones financieras? Pues la combinación de la mujer es el matrimonio. ¿Por qué no me ha de servir usted de estribo en dicha combinación?

MANGAN.—Porque no me da la gana. Porque no soy tan tonto como su padre. Por eso.

ELLIE.—(Con sereno desprecio.) No vale usted para limpiarle el calzado a mi padre, místed Mangan, y yo le hago a usted un gran favor al dignarme usarle como estribo, según dice usted. Claro que es usted libre de deshacer nuestro compromiso si le parece, pero si lo hace no volverá a poner los pies en casa de Hesione; de eso me cuidaré yo.

MANGAN.—(Jadeante.) Mujer diabólica, me pone el puñal al pecho. (Al punto de desplomarse en su asiento, de pronto se rehace.) Espere usted un poco, ¿eh? No es usted tan lista como se figura. Boss Mangan no se deja vencer tan fácilmente. Suponga usted que me voy derecho a mistress Hushabye y le digo que está usted enamorada de su marido.

ELLIE.—Lo sabe.

MANGAN.—¡Usted se lo ha dicho!

ELLIE.—Ella me lo dijo.

MANGAN.—(Oprimiéndose las sienes congestionadas.) ¡Oh! Esta es una casa de locos. Pero ¿será posible? ¿Es que las dos han hecho un arreglo? Es decir, que ella se quedaría con el marido de usted y usted con el de ella.

ELLIE.—Supongo que usted no nos necesitará a las dos.

MANGAN.—(Desplomándose, exasperado.) ¡Mi cabeza no puede resistir más! Siento que va a estallar. ¡Por Dios, que se me va! ¡Socorro! (ELLIE se coloca detrás de él, le da con la palma de la mano unos golpes fuertes en la cabeza; luego, como un masaje desde la frente a los oídos.) Gracias. (Adormecido.) Esto refresca. (Despertándose un poco.) No me vaya a hipnotizar, ¡eh! Hay hombres que se han vuelto locos con el hipnotismo.

ELLIE.—(Firme.) Quieto. He visto hombres que se han vuelto locos sin el hipnotismo.

MANGAN.—(Humilde.) No le repugnaré tocarme, espero. Nunca me ha tocado antes, que yo sepa.

ELLIE.—Nunca hasta que se enamoró de una mujer hecha y derecha, encantadora, que nunca esperará que usted le haga el amor. Y yo nunca esperaré que me haga él el amor.

MANGAN.—Pero tal vez se lo haga.

ELLIE.—(Haciendo los pases rítmicamente.) ¡Chis!...

¿Me entiende? Se va usted a dormir, a dormir, a dormir. Esté quieto, quieto, quieto; duerma, duerma, duerma. (MANGAN se duerme. ELLIE se marcha furtivamente, apaga las luces y entra en el jardín. El Ama GUINNESS aparece en la puerta, alumbrada por la luz del vestíbulo.)

GUINNESS.—(Hablando con alguien que está fuera.) Mister Mangan no está aquí, queridita. Aquí no hay nadie. Todo está oscuro.

MISTRESS HUSHABYE.—(Fuera.) Mire por el jardín. Mister Dunn y yo estamos en mi gabinete. Enséñele el camino.

GUINNESS.—Bien, hijita. (Va hacia el jardín, por la oscuridad; tropieza con MANGAN dormido y grita:) ¡Jesús! ¡Qué susto me ha dado! Dispénsese, que no le había visto en la oscuridad. No sé quién es. (Vuelve hacia la puerta y enciende la luz.) ¡Oh!, pero si es mister Mangan. Espero que no le habré hecho daño al tropezar con usted. (Acercándose a él.) Estaba buscándole, caballero. Mistress Hushabye dice que si quiere usted hacer el favor... (Notando que no da señal de vida.) ¡Dios, si le habré matado! ¡Caballero, mister Mangan, caballero! (Le sacude y MANGAN cae inerte, fuera de la silla, en el suelo; pero ella lo sostiene y le echa la cabeza atrás, hacia el respaldo.) ¡Miss Hesy! (1) ¡Miss Hesy! ¡Pronto, hija mía, venga, miss Hesy! (MISTRESS HUSHABYE entra desde el vestíbulo, seguida de MAZZINI DUNN.) ¡Oh miss Hesy, he tropezado con él en la oscuridad y creo que le he matado! (MAZZINI se precipita hacia la derecha de MANGAN, por detrás de su silla, y cree ver que las palabras del Ama no son exageradas.)

MAZZINI.—Pero ¿qué motivo ha tenido usted para cometer semejante crimen?

MISTRESS HUSHABYE.—(Esforzándose por no reír.) ¿Quiere decir que lo ha hecho deliberadamente?

GUINNESS.—Lo he hecho sin querer. Me caí sobre él en la oscuridad con todo mi peso, que es más que regular. No dijo ni pío el pobre señor. Si no le enderezo, se cae al suelo. ¿No es un fastidio?

(1) Abreviatura por Hesione, así como lo es Addy por Ariadna. (N. del T.)

MISTRESS HUSHABYE.—(Pasando por delante del Ama hacia MANGAN y le examina con menos credulidad que MAZZINI.) ¡Qué tontería! No está muerto, sólo está dormido. Se ve que respira.

GUINNESS.—Pero ¿por qué no se despierta?

MAZZINI.—(Hablandole muy cortésmente al oído.) Mangan, querido Mangan. (Le sopla en el oído.)

MISTRESS HUSHABYE.—Eso es inútil. (Le sacude vigorosamente.) Mister Mangan, despierte. ¿Oye usted? (MANGAN empieza a rodar.) Ama, ama, que se cae; ayúdeme. (El Ama acude a prestar ayuda. Con el concurso de MAZZINI colocan otra vez a MANGAN en posición correcta.)

GUINNESS.—(Detrás de la silla, inclinándose hacia él como para olfatear.) ¿Si estará borracho, después de todo?

MAZZINI.—No puede ser, es completamente abstemio. A mí me parece que está hipnotizado.

GUINNESS.—¿Qué es eso?

MAZZINI.—Una noche, en casa, después que presenciamos una sesión de hipnotismo, los niños empezaron a imitar, por juego, lo que habían visto hacer. Ellie me dió unos golpecitos en la cabeza. Y al punto me quedé dormido profundamente, y hubo que llamar a un hipnotizador de profesión para despertarme, después que hube dormido dieciocho horas. Tu vieron que subirme en brazos a mi dormitorio, y como los pobres chicos no tenían bastante fuerza, me dejaron caer y rodé toda la escalera abajo, sin que por eso despertara. (MISTRESS HUSHABYE no puede reprimir la risa.) ¡Ah!, puede usted reírse, mistress Hushabye; pero yo podría haberme matado.

MISTRESS HUSHABYE.—Tengo que reírme a la fuerza, mister Dunn, aun pensando que pudiese usted haberse matado. Ya caigo: Ellie le ha hipnotizado. ¡Qué gracia!

MAZZINI.—¡Oh!, no, no, de ninguna manera. Aquello fué una terrible lección para ella, y estoy seguro de que por nada se atrevería a repetir el experimento.

MISTRESS HUSHABYE.—Entonces, ¿quién fué? Yo no he sido.

MAZZINI.—Tal vez lo hiciera el capitán, sin intención. Tiene un flúido magnético tan tremendo... Siento vibraciones cada vez que se acerca a mí.

GUINNESS.—De todos modos, el capitán le puede despertar. Voy a llamarle. (Se dirige hacia la despensa.)

MISTRESS HUSHABYE.—Espere un poco. (A MAZZINI.) ¿Dice usted que no le puede pasar nada en dieciocho horas?

MAZZINI.—Digo que yo quedé dormido dieciocho horas.

MISTRESS HUSHABYE.—¿Sin que le pasara nada?

MAZZINI.—No recuerdo exactamente. Me hicieron beber coñac, sabe usted, y...

MISTRESS HUSHABYE.—Claro. De todos modos, no se murió. Ama, haga el favor; vaya a buscar a miss Dunn y dígame que venga. Dígame que necesito hablarle en privado. Estará probablemente en compañía de mi marido.

GUINNESS.—No lo creo, pues miss Addy está con él. Pero ya la encontraré y la haré venir aquí. (Sale al jardín.)

MISTRESS HUSHABYE.—(Llamando la atención de MAZZINI hacia el semblante de MANGAN.) Ahora, mister Dunn, mire usted eso. Mire bien. Fíjese. ¿Sigue usted en la idea de sacrificar a su hija a semejante ser?

MAZZINI.—(Cohibido.) Me ha trastornado completamente, mistress Hushabye, con todo lo que me ha dicho. Que alguien pudiese imaginar que yo, yo, un acérrimo campeón de la libertad, si puedo expresarme así, pudiese sacrificar a Ellie a alguien o a algo, o que tan sólo pudiese haber soñado en torcer sus inclinaciones en modo alguno, esa idea me hiere profundamente.

MISTRESS HUSHABYE.—(Con alguna sequedad.) Lo siento.

MAZZINI.—(Mirando extraviado al cterpo inerte de MANGAN.) ¿Qué tiene usted que decir contra el pobre Mangan? No le noto nada de particular. Será, tal vez, por la costumbre de verle.

MISTRESS HUSHABYE.—¿No tiene usted corazón? ¿No tiene usted sentido? ¡Mire esa cara brutal! Imagínese a la pobrecita Ellie en las garras de ese negrero, que se pasa la vida sujetando a su voluntad a miles de rudos y violentos trabajadores y haciéndoles sudar para él; un hombre acostumbrado a ver que grandes masas de hierro se reducen a láminas para él por medio de martillos de vapor; acostumbrado a luchar con mujeres y muchachas para regatearles algunos peniques de jornal; un capitán de industria, como le llama

usted, según creo. ¿Se atreverá usted a arrojar a su pobrecita niña, tan delicada y dulce, entre las garras de esa fiera, sólo porque está dispuesto a ponerle casa lujosa y a cubrirla de diamantes y perlas para demostrar lo rico que es?

MAZZINI.—(*Mirándola atónito.*) Pero ¿qué está usted diciendo, mistress Hushabye, ¡Qué ideas más peregrinas tiene usted de los hombres de negocios! El pobre Mangan no es una fiera, ni mucho menos.

MISTRESS HUSHABYE.—(*Con ira.*) ¡Vaya con el pobre Mangan!

MAZZINI.—Pero si no entiende nada de la organización del trabajo. Nunca se acerca a una fábrica. No sabe ni quiere mandar a los obreros; se asusta de ellos. No les habla, y entiende menos que usted de faenas y de jornales. La gente es injusta con Mangan; cree que es duro de corazón porque es brusco en sus maneras.

MISTRESS HUSHABYE.—¿Me querrá usted convencer de que no es bastante fuerte para aplastar a la pobrecita Ellie?

MAZZINI.—Claro está que nunca se sabe cómo resultará un matrimonio. Pero creo poder decir que no será tan fácil que a Ellie la meta en un puño. Ellie tiene una notable energía de carácter. Creo que es la consecuencia de haberla enseñado desde niña a leer obras de Shakespear.

MISTRESS HUSHABYE.—(*Despreciativamente.*) ¡Shakespear, bah! También me va usted a decir que podría haber ganado mucho más dinero que Mangan. (*Se retira hacia el sofá y se sienta en un extremo de babor, malhumorada.*)

MAZZINI.—(*Siguiéndola y sentándose en el otro extremo.*) Nada de eso. No valgo para sacar dinero. No pongo bastante interés en ello. No soy ambicioso, será por eso. Mangan en eso de hacer dinero es maravilloso. No piensa en otra cosa. Tiene un miedo horrible a empobrecer. Yo siempre pienso en otras cosas. Hasta cuando estoy en la fábrica pienso en las cosas que estamos haciendo y no en lo que cuestan. Lo peor es que el pobre Mangan no sabe qué hacer con su dinero después de haberlo ganado. Es una criatura, hasta el punto de no saber lo que debe comer y beber. Se ha echado a perder el hígado comiendo y bebiendo cosas contrarias a su salud, y ahora ya casi no puede tomar nada de alimento. Ellie le pondrá a régi-

men. Se sorprenderá usted de verle mejorar. Necesita de alguien que tenga cuidado de él.

MISTRESS HUSHABYE.—Entonces, ¿quién tiene cuidado de sus negocios, dígame?

MAZZINI.—Yo y otros como yo.

MISTRESS HUSHABYE.—Gente asalariada, querrá usted decir.

MAZZINI.—Llámenos como quiera.

MISTRESS HUSHABYE.—Pues dígame: si todos ustedes son tan listos, ¿por qué no prescinden de él?

MAZZINI.—¡Oh, imposible! Echaríamos a pique el negocio en menos de un año. Lo he probado, y sé a qué atenerme. Gastaríamos demasiado en todo. Mejoraríamos la calidad de todos los artículos y los encareceríamos con exceso. Nos dejaríamos ablandar por las quejas de los obreros. Pero Mangan nos sujeta a todos. No permite que se desperdicie ni medio penique. Sin él no podríamos hacer nada de provecho. El se pasará una noche entera cavilando cómo se puede evitar el gasto de medio chelín. ¡Las que se van a armar cuando Ellie se encargue de la dirección de su casa!

MISTRESS HUSHABYE.—Entonces, el hombre es un fracaso también como capitán de industria.

MAZZINI.—Me temo que todos los capitanes de industria sean lo que llamo usted fracaso, mistress Hushabye. Claro está que hay algunos fabricantes que entienden su propio negocio, pero ninguno saca tanto beneficio, relativamente, como Mangan. Le aseguro que Mangan vale mucho y, además, tiene buen fondo, buen corazón.

MISTRESS HUSHABYE.—Lo que no tiene es buen aspecto. No está en la flor de la juventud, me parece.

MAZZINI.—Después de todo, ningún marido está en la flor de su juventud durante mucho tiempo, mistress Hushabye. Y hoy día, como está la vida, ningún hombre puede casarse en la flor de su juventud.

MISTRESS HUSHABYE.—Si dijese yo eso, se le podría sacar chiste. ¿Por qué no lo dice usted de un modo más chistoso? En general, ¿qué le pasa a usted? ¿Por qué no inspira usted a nadie confianza y respeto?

MAZZINI.—(*Humilde.*) Creo que es porque soy pobre.

No sabe usted lo que esto significa hasta en la intimidad del hogar. Fíjese que no quiero decir que mi familia se haya quejado de mí. Al contrario, hasta he sentido orgullo de mi pobreza. Muchas veces la han tomado a broma. Pero mi mujer ha tenido que sufrir muchas privaciones. Lo ha sobrellevado con resignación... (MISTRESS HUSHABYE, estremeciéndose involuntariamente, hace un movimiento de extrañeza.) Pues ahí tiene usted, mistress Hushabye: no quiero que Ellie viva con resignación.

MISTRESS HUSHABYE.—Pero si quiere usted que se resigne a vivir con un hombre al que no ama.

MAZZINI.—(Con aire de listeza.) ¿Está usted segura de que eso es peor que resignarse a vivir con un hombre al que amara y que fuera lo que usted llama un asalariado?

MISTRESS HUSHABYE.—(Abandonando su actitud desdenosa y sintiendo crecer su interés.) Me parece que debe usted de querer mucho a Ellie, porque cuando habla de ella es usted muy listo.

MAZZINI.—No sabía yo que era tan estúpido hablando de otras cosas.

MISTRESS HUSHABYE.—Pues lo es a veces.

MAZZINI.—(Volviendo la cabeza al otro lado para ocultar que sus ojos se llenan de lágrimas.) He aprendido de usted, mistress Hushabye, muchas cosas sobre mí mismo, y me temo que no seré más feliz por haberle oído hablar con tanta franqueza. Pero si ha creído usted que era necesario hacerme pensar en la felicidad de Ellie, está usted equivocada.

MISTRESS HUSHABYE.—(Inclinándose hacia él con cariño.) La verdad es que soy muy animal.

MAZZINI.—(Recobrando su calma.) Por mí no tiene importancia, mistress Hushabye. Sé que usted quiere a Ellie, y eso me basta.

MISTRESS HUSHABYE.—Voy empezando a quererle a usted también un poco. Confieso que antes le he odiado. Para mí era usted el vejete más poseído de sí mismo, más fatuo y aburrido que había conocido en mi vida.

MAZZINI.—(Resignado y ahora con franca alegría.) Pues no se equivocó usted. Nunca he sido el favorito de mujeres tan distinguidas como usted. Siempre me han asustado.

MISTRESS HUSHABYE.—(Complacida.) ¿Soy yo tan distinguida, Mazzini? Ahora me voy a enamorar de usted.

MAZZINI.—(Con plácida galantería.) Se guardará usted muy bien, Hesione. Pero de todos modos estaría segura. ¿Querrá usted creer que muchas mujeres han flirteado conmigo porque conmigo no hay cuidado? Pero por lo mismo se cansaron de mí.

MISTRESS HUSHABYE.—(Maliciosa.) ¿Quién sabe? Tal vez sea usted más peligroso de lo que se cree.

MAZZINI.—Nada de eso. Mire: una sola vez me enamoré; fué uno de esos amores que no respetan. (Con suavidad.) Por eso Ellie es tan encantadora.

MISTRESS HUSHABYE.—Vamos, vamos... ¿Está usted del todo seguro de que yo no sería capaz de inspirarle una segunda pasión grande?

MAZZINI.—Del todo. No sería cosa natural. Haríamos muy mala pareja.

MISTRESS HUSHABYE.—Ya veo. Su casamiento fué una cerradura de seguridad.

MAZZINI.—No me habré expresado bien. Quise decir... (ELLIE viene del jardín. No tiene aire de sentirse dichosa.)

MISTRESS HUSHABYE.—(Levantándose.) ¡Ah! Ya tenemos aquí a Ellie. (Se pone detrás del sofá.)

ELLIE.—(En la puerta de estribor.) El alma me dijo que deseabas hablarme.

MISTRESS HUSHABYE.—Nos has hecho esperar tanto, que casi... Pero no importa. Tu padre es un hombre maravilloso (Le alisa a MAZZINI el pelo con cariño.), el único con quien he tropezado y que haya podido resistirme cuando he querido hacerme agradable. (Se acerca a la derecha de MANGAN.) Acércate aquí, que tengo que enseñarte algo. (ELLIE se acerca al lado izquierdo de MANGAN, no de buena gana.) Mira.

ELLIE.—(Mirando a MANGAN sin interés.) Ya sé. Sólo duermo. Tuvimos una conversación después de la comida y de repente le dió sueño.

MISTRESS HUSHABYE.—Tú lo has hecho, Ellie; tú le has dormido.

MAZZINI.—(Levantándose bruscamente y poniéndose detrás de MANGAN.) ¡Oh!, no será verdad. ¿Fuiste tú, Ellie?

ELLIE.—(*Con voz cansada.*) El me lo pidió.

MAZZINI.—Pero es peligroso. Sabes lo que me pasó a mí.

ELLIE.—(*Con completa indiferencia.*) ¡Bah! Puedo despertarle, y, si no, cualquier otro.

MISTRESS HUSHABYE.—Puedes hacerlo sin cuidado, porque he logrado convencer a tu padre de que no quieres casarte con él.

ELLIE.—(*Con súbita reacción.*) Pero ¿por qué has hecho eso, Hesione? Quiero precisamente casarme con él. No pienso en otra cosa.

MAZZINI.—¿Estás segura, Ellie? Mistress Hushabye me ha hecho pensar en que en este asunto he sido irreflexivo y egoísta.

ELLIE.—(*Con mucha firmeza y claridad.*) Cuando mistress Hushabye toma sobre sí explicarte lo que yo pienso o dejo de pensar, cierra los ojos herméticamente y cierra también los oídos. Hesione no sabe nada de lo que a mí concierne; no tiene la más pequeña noción de lo que soy yo, ni nunca la tendrá. Te doy mi palabra de que nunca haré cosa alguna que no esté dispuesta a hacer por mi propia voluntad.

MAZZINI.—¿Estás segura, del todo segura?

ELLIE.—Segura, del todo segura. Ahora vete y déjame hablar a solas con mistress Hushabye.

MAZZINI.—Pero me gustaría oír la conversación. ¿Estorbo?

ELLIE.—(*Inexorable.*) Tengo que hablarle a solas.

MAZZINI.—(*Cariñoso.*) Pues nada, querida. Ya sé que los padres, muchas veces, estorbamos. Seré bueno y me iré. (*Va hacia la puerta del jardín.*) Pero oye: ¿recuerdas las señas del hipnotizador que me despertó? ¿No sería conveniente ponerle un telegrama?

MISTRESS HUSHABYE.—(*Dando unos pasos hacia el sofá.*) Hoy ya es tarde para telegrafiar.

MAZZINI.—Me lo temía. Supongo que no despertará en el transcurso de la noche. (*Va al jardín.*)

ELLIE.—(*Volviéndose con viveza hacia HESIONE tan pronto como salió su padre.*) Hesione, ¿a qué viene eso de sublevar a mi padre contra Mangan?

MISTRESS HUSHABYE.—(*Sacando el genio.*) Pero ¿qué

modo es ése de dirigirse a mí la mocosa? No olvidas que estoy en mi casa.

ELLIE.—Pues entonces preocúpate de tus propios asuntos y no te metas en los míos. ¿A ti qué te importa si yo quiero casarme con Mangan, o no?

MISTRESS HUSHABYE.—¿Te has figurado que me puede intimidar una chicuela aventurera matrimonial?

ELLIE.—Toda mujer que no tiene dinero es una aventurera matrimonial. Para ti es fácil hablar: nunca has sabido lo que es necesitar dinero, y puedes coger hombres como se cogen margaritas. Yo soy pobre y honrada...

MISTRESS HUSHABYE.—(*Interrumpiéndola.*) ¡Honrada, sí! ¿Cómo has atrapado a Mangan? ¿Cómo has atrapado a mi esposo? Tienes la audacia de decirme que yo soy, que yo soy...

ELLIE.—Una sirena. Eso eres tú. Has nacido para llevar a los hombres de la cadena como perritos. Si no fuese así, Marcus tal vez hubiese esperado y se hubiese casado conmigo.

MISTRESS HUSHABYE.—(*De repente enternecida y medio riendo.*) ¡Oh mi pobrecita Ellie, mi desgraciada amiguita! ¡Cuánto siento eso de Héctor! Pero ¿qué puedo yo hacer? No es culpa mía. Si pudiese, te lo cedería con mucho gusto.

ELLIE.—No te hago reproches por eso.

MISTRESS HUSHABYE.—¡Qué grosera soy, lo confieso! ¡Regañar contigo e insultarte! Dame un beso y dime que no estás enfadada conmigo.

ELLIE.—(*Fieramente.*) Hazme el favor, nada de sentimentalismo. ¿No ves que si no puedes ser dura—dura como las uñas—me volveré loca? Me importa un bledo que me regañes y me insultes. ¿Crees que una mujer en mi situación no puede oír unas cuantas palabras duras?

MISTRESS HUSHABYE.—¡Pobre mujercita! Y ¡qué situación la tuya!

ELLIE.—No trates de fingir que lo sientes. Para eso eres demasiado tonta y egoísta. Ves que recibo en la cara una bofetada que destruye toda una parte de mi vida, la mejor parte, que nunca puede volver, y te figuras que me puedes consolar con zalamerías. Cuando necesito toda la fuerza imaginable para resistir la prueba tan cruel por la que estoy pasando, me vienes con esas cosas. No estoy enfadada, no quisiera ofen-

derte en modo alguno; pero, por Dios, hazte cargo y no creas, porque siempre has nadado en la opulencia, que las que estamos en el infierno podamos conformarnos tan fácilmente.

MISTRESS HUSHABYE.—(*Encogiéndose de hombros.*) Muy bien. (*Se sienta en el sofá, en el sitio de antes.*) Pero te advierto que cuando no acaricio, ni beso, ni río, me asombro de cómo puedo seguir viviendo en este mundo cruel y condenado. No te gusta que sea sirena; pues bien: ya no seré sirena. Necesitas refrotar tu pecho herido con una piedra de afilar; bien (*Cruzándose de brazos.*): aquí está la piedra de afilar.

ELLIE.—(*Sentándose a su lado, tranquilizada.*) Así está mejor. Tienes realmente el don de congeniar con todo el mundo, pero no comprendes, porque no eres de la clase de mujeres para quienes no hay más que un hombre y una posibilidad.

MISTRESS HUSHABYE.—Seguramente no comprendo cómo el casarte con eso (*Señalando a MANGAN.*) puede consolarte de no hacerlo con Héctor.

ELLIE.—Tal vez tampoco puedas comprender por qué yo esta mañana era una muchacha muy bonita, y ahora no soy ni joven ni bonita.

MISTRESS HUSHABYE.—¡Oh!, si lo comprendo. Es porque te has decidido a hacer algo despreciable y malo.

ELLIE.—No creo que sea así, Hesione. Tengo que hacer lo posible en pro de mi familia arruinada.

MISTRESS HUSHABYE.—¡Bah! Todo se arreglará. Tu familia no está arruinada.

ELLIE.—Claro que se arreglará. No vas a creer que me voy a arruinar en mi casa y dejarme morir de pena, o resignarme a ser una solterona, viviendo de la beneficencia. Pero de todos modos tengo el corazón roto. Con ello quiero decir que lo que me ha sucedido con Marcus no volverá a sucederme con nadie. Para mí, en el mundo, hay Marcus y una porción de otros hombres de los que el uno es exactamente igual al otro. Pues bien: ya que no puedo tener amor, no hay razón para que viva en la pobreza. Si Mangan no tiene otra cosa, tiene dinero.

MISTRESS HUSHABYE.—¿Y no hay hombres jóvenes con dinero?

ELLIE.—No los hay a mi alcance. Además, un hombre joven tendrá derecho a esperar amor de mi parte y tal vez me deje plantada al ver que yo no le puedo dar amor. Los jóvenes ricos pueden deshacerse de sus mujeres sin que les cueste mucho dinero. Pero eso (*Señalando a MANGAN.*), como lo llamas, no puede esperar de mí más de lo que yo esté dispuesta a darle.

MISTRESS HUSHABYE.—Será tu dueño, no lo olvides. Si te compra, hará que el negocio sea en beneficio de él y no tuyo. Pregunta a tu padre.

ELLIE.—(*Levantándose y acercándose a MANGAN para contemplarle.*) No te preocupes de eso, Hesione. Tengo más que dar a Boss Mangan que él a mí. Soy yo quien le compro a él, y a muy buen precio, me parece. Las mujeres sabemos más en esta clase de negocios que los hombres. Le he torrado las medidas, y diez como él no me impedirán hacer mucho más mi voluntad como mujer suya que cuando era una pobre muchacha soltera. (*Inclinándose sobre el cuerpo inerte.*) ¿No es así, Boss? Ya lo creo. (*Va hacia la mesa de dibujar y se apoya en su extremo, mirando a las ventanas.*) De todos modos, ya no tendré que apurarme pensando en cuánto me podrán durar mis guantes.

MISTRESS HUSHABYE.—(*Levantándose airada.*) Ellie, eres una tunantilla perversa y sórdida. ¡Y pensar que yo he consentido en fascinar a ese pobre hombre por salvarte de él! Pues entérate de una cosa: si esa boda repugnante llega a ser un hecho, no volverás a ver a Héctor; ya me cuidaré de ello.

ELLIE.—(*Inmutable.*) Engañé a Mangan diciéndole que, si no casaba conmigo, no te volvería a ver. (*Levantándose sobre las muñecas, se sienta en el extremo de la mesa.*)

MISTRESS HUSHABYE.—(*Retrocediendo.*) ¡Oh!

ELLIE.—Ya ves que no me coges de improviso si quieres jugar ese triunfo contra mí. Pero no lo jugarás, ya lo veremos. Yo hubiese hecho un hombre de Marcus, no un juguete.

MISTRESS HUSHABYE.—(*Echando lumbre.*) ¡Habrás descaro!

ELLIE.—(*Muy amenazadora.*) Déjale entre mis manos, si te atreves.

MISTRESS HUSHABYE.—¡Vaya miedo! Ni tú ni cien des-

vergonzadas como tú me dan a mí cuidado. Dice Héctor que la única respuesta que puedes dar a un hombre que se propone es propinarle un puñetazo. ¿Qué dirías si ahora yo te diese algunas bofetadas?

ELLIE.—(Con calma.) Te tiraría del pelo.

MISTRESS HUSHABYE.—(Maliciosa.) Me tendría sin cuidado. De todos modos, me lo quitaré esta noche.

ELLIE.—(Atónita, hasta el punto de que bruscamente baja de la mesa y se precipita hacia su interlocutora.) Pero ¡no querrás decirme, Hesione, que tu magnífico pelo negro es postizo!

MISTRESS HUSHABYE.—(Dándose golpecitos en la cabeza.) No se lo digas a Héctor. El cree que mi pelo es natural.

ELLIE.—(Gimiendo.) ¡Oh, hasta el pelo que le embelesó el falso! ¡Todo es falso!

MISTRESS HUSHABYE.—Tírame de él y verás. Otras mujeres pueden enredar a los hombres en su pelo; yo puedo llevar un niño sobre el mío. ¿A que no puedes hacer otro tanto con tus trenzas de oro?

ELLIE.—(Desesperada.) No. Tú me has robado mis niños.

MISTRESS HUSHABYE.—Queridita, no me hagas llorar. Algo de verdad hay en lo que dijiste antes de que yo habría hecho de él un juguete. Tal vez debiera haberse casado contigo. ¿Habría en el mundo otra mujer que te perdonara?

ELLIE.—¡Oh! ¿Qué derecho tenías a tomarle todo para ti? (Haciendo un esfuerzo por calmarse.) En fin: no tiene remedio. Ni yo, ni tú, ni él tenemos la culpa. No hablemos más de ello, te lo suplico. Despertemos eso. (Empieza a dar golpes en la cabeza de MANGAN, haciendo los pases que hizo para adormecerle.) Despierte, ¿me oye?... Debe usted despertar en seguida. Despierte, despierte...

MANGAN.—(Levantándose de un salto, furioso y dirigiéndose a ellas.) ¡Despertar! ¿De modo que se figuraban que estaba dormido? (Empuja violentamente la silla hacia atrás y se coloca entre las dos.) Me hipnotizaron de modo que no podía mover ni pie ni mano—podían haberme enterrado vivo, ¡lástima no lo hicieran!—, y entonces creyeron que sólo estaba dormido. Si no me sostienen cuando me venía al suelo, me

despachurro la nariz para el resto de mis días. Pero ello me ha valido para descubrir lo que valen. Ahora sé con qué gente trato. He oído toda la conversación de ustedes, cada palabra que han dicho ustedes y su apreciable padre, y (A MISTRESS HUSHABYE.) también usted. De modo que soy "eso". Soy una cosa. Soy un irbécil que no se da cuenta de nada. Me asusto de los hombres que se morirían de hambre si no fuese por los salarios que les doy. No soy más que un asqueroso viejo avaro a quien pueden manejar a su antojo mujeres listas y administradores superhombres. Soy...

MISTRESS HUSHABYE.—(Con el más elegante aplomo.) Silencio, silencio, mister Mangan. Por su honor, está usted obligado a borrar de su recuerdo cuanto oyó aquí cuando hacía como que dormía. Lo que dijimos no fué para que lo oyese usted.

MANGAN.—¡Hacer como que dormía! ¿Cree usted que si sólo me hubiese fingido dormido hubiese estado así, tirado ahí, sin poder moverme, escuchando esas enormidades, esas mentiras, esas injurias y ataques a mi persona, en vez de levantarme para decirles lo que pensaba? No sé cómo no he reventado.

MISTRESS HUSHABYE.—(Con suavidad.) Usted lo ha soñado todo, mister Mangan. Nosotros no hemos hablado sino de la hermosa calma que se reflejaba en su rostro mientras dormía. Nada más. ¿Verdad, Ellie? Créame, mister Mangan: todas esas cosas desagradables le vinieron a la mente en el último medio segundo antes de despertar. Ellie le alisó el pelo en el sentido contrario, y la desagradable sensación provocó un ensueño desagradable.

MANGAN.—(Aspero.) Creo en los ensueños.

MISTRESS HUSHABYE.—También yo. Pero ya sabe usted que siempre hay que creer lo contrario de lo que dicen.

MANGAN.—(Emocionándose hondamente.) No olvidaré en mi vida que cuando me lanzó aquella mirada en el jardín se quiso divertir a mi costa. Esa fué una acción muy mala. No tenía usted derecho a atraerme si es que yo le repugnaba. No es culpa mía si soy viejo y no tengo unos bigotes como un candelabro de bronce, como los tiene su marido. Hay cosas que ninguna mujer decente debe hacer a un hombre..., como

un hombre no dará un puñetazo en el pecho a una mujer. (HESIONE, sumamente avergonzada, se sienta en el sofá y se cubre la cara con ambas manos. MANGAN también se sienta en su silla y empieza a llorar como un niño. ELLIE los mira con extrañeza. MISTRESS HUSHABYE, al oírle sollozar, baja las manos y le mira. Se levanta y se acerca a él.)

MISTRESS HUSHABYE.—Por Dios, no llore usted. No lo puedo aguantar. ¿Le he destrozado el corazón? No sabía que tenía usted corazón. ¿Cómo podía saberlo?

MANGAN.—Soy un hombre. ¿O no soy un hombre?

MISTRESS HUSHABYE.—(Medio zalamera, medio recobrando su genio, pero no sin cierta ternura.) ¡Oh! No lo que yo llamo un hombre. Sólo un hombre de negocios, nada más. ¿Qué tiene que ver el corazón con un hombre de negocios?

MANGAN.—¿Entonces, no siente nada lo que ha hecho? ¿No está avergonzada?

MISTRESS HUSHABYE.—Me avergoncé por primera vez en mi vida cuando dijo usted aquello de dar un puñetazo en el pecho a una mujer, y sentí lo que yo había hecho. Me ruboricé por completo. Ya se ha vengado, Boss. ¿No está usted satisfecho?

MANGAN.—Bien empleado le está, ¿lo oye? Bien empleado le está. Es usted cruel, verdaderamente cruel.

MISTRESS HUSHABYE.—Sí; la crueldad sería deliciosa si pudiese encontrarse una clase de crueldad que no hiriera realmente. A propósito (Sentándose en el brazo del sillón, a su lado.): ¿cómo se llama usted? ¿Su nombre no es Boss?

MANGAN.—(Seco.) Si necesita usted saberlo, me llamo Alfredo.

MISTRESS HUSHABYE.—(Levantándose bruscamente.) Alfredo. ¿Has oído, Ellie? ¡¡¡Como Tennyson!!!

MANGAN.—(Levantándose.) Sencillamente, me pusieron el nombre de mi tío, que por cierto nunca me dió un penique. ¡Maldito sea! ¿Qué más?

MISTRESS HUSHABYE.—Me doy cuenta de repente de que es usted una persona como las demás, que ha tenido madre como cualquiera. (Poniéndole la mano en el hombro y mirándole a los ojos.) ¡Pobre Alfredo!

MANGAN.—Bien, veo que no carece de sentimientos.

MISTRESS HUSHABYE.—Y veo que tiene usted corazón, Alfredo; un corazoncito llorón, pero corazón al fin. (Soltándolo de repente.) Ahora explíquese con Ellie. Ella ha tenido tiempo de pensar en lo que va a decirle; de modo que los dejo. (Sale rápidamente por la puerta del jardín.)

MANGAN.—Esa mujer tiene unas manos que le hacen a uno cosquillas.

ELLIE.—¡Todavía enamorado de ella después de todo lo que hemos dicho de usted!

MANGAN.—¿Son todas las mujeres como ustedes dos? ¿Sólo piensan de un hombre lo que pueden sacar de él? Usted ni siquiera pensó en eso acerca de mí. Sólo pensó en cuánto durarían sus guantes.

ELLIE.—No tendré que pensar en eso cuando estemos casados.

MANGAN.—Pero ¿se figura que me voy a casar con usted después de lo que he oído?

ELLIE.—De mí no ha oído usted nada que no le haya dicho antes.

MANGAN.—Tal vez crea que no puedo pasarme sin usted.

ELLIE.—Creo que sentiría usted mucho su soledad sin todos nosotros, ahora cuando tan bien nos conoce.

MANGAN.—(Con un grito de desesperación.) Pero ¿nunca he de poder decir la última palabra?

CAPITÁN.—(Apareciendo por la puerta de estribor.) Aquí hay un alma atormentada. ¿Qué pasa?

MANGAN.—Esta muchacha que no quiere pasarse la vida preguntándose cuánto le durarán sus guantes.

CAPITÁN.—(Entrando.) No lleve usted guantes. Yo nunca llevo. (Entra en la despensa.)

LADY UTTERWORD.—(Apareciendo en la puerta de babor del jardín en un bonito traje de "soirée".) ¿Qué sucede aquí?

ELLIE.—Este caballero quiere saber si nunca ha de poder decir la última palabra.

LADY UTTERWORD.—(Avanzando hasta el sofá.) Yo, querida, se la dejaría decir. Lo importante no es pronunciar la última palabra, sino hacer lo que le da a uno la gana.

MANGAN.—Es que ella quiere las dos cosas.

LADY UTTERWORD.—No lo lograré, míster Mangan. La Providencia es la que siempre tiene la última palabra.

MANGAN.—(*Desesperado.*) Ahora me viene usted con la religión. En esta casa la cabeza de un hombre es un balompié. Me voy. (*Va hacia el vestíbulo, pero es detenido por una llamada del CAPITÁN, que sale de la despensa.*)

CAPITÁN.—¿Adónde va, Boss Mangan?

MANGAN.—Al infierno, con tal de salir de esta casa. Se la dejo entera a todos ustedes.

CAPITÁN.—Le dimos la bienvenida cuando llegó; es usted libre de irse. Ahí fuera le esperan el ancho mundo, la alta mar, las espaciosas nubes.

LADY UTTERWORD.—Pero no olvide sus cosas, míster Mangan. Su maleta, su peine, sus cepillos, sus pijamas...

HÉCTOR.—(*Que acaba de aparecer en la puerta de babor, vestido con hermoso traje moro.*) ¿Para qué ha de llevarse sus cadenas el esclavo que se fuga?

MANGAN.—Tiene usted razón, Hushabye. Guárdese los pijamas, señora, y que le aprovechen.

HÉCTOR.—(*Acercándose al lado izquierdo de LADY UTTERWORD.*) Salgamos todos a las tinieblas y dejemos algo detrás de nosotros.

MANGAN.—Quédense ustedes donde están. No necesito compañía, especialmente de mujeres.

ELLIE.—Déjenle irse. Es desgraciado aquí. Está enfadado con nosotros.

CAPITÁN.—Váyase, Boss Mangan, y cuando haya encontrado el país donde está la felicidad y donde no hay mujeres, mándeme su latitud y longitud, e iré a reunirme con usted.

LADY UTTERWORD.—No va usted a estar cómodo sin su equipaje, míster Mangan.

ELLIE.—(*Impaciente.*) Váyase, váyase. ¿Por qué no se va? Hace una noche deliciosa, puede usted dormir al aire libre. Lévese mi impermeable para tumbarse; está en el perchero del vestíbulo.

HÉCTOR.—El desayuno es a las nueve, a menos que prefiera desayunarse con el capitán a las seis.

ELLIE.—Buenas noches, Alfredo.

HÉCTOR.—¡Alfredo! (*Vuelve corriendo a la puerta, y grita hacia el jardín.*) Randall, el nombre de Mangan es Alfredo.

RANDALL.—(*En traje de etiqueta, apareciendo en la puerta de estribor.*) Entonces, Hesione ha ganado la apuesta. (*MISTRESS HUSHABYE aparece en la puerta de babor. Echa el brazo izquierdo por el cuello de HÉCTOR, le arrastra hacia el respaldo del sofá y echa el brazo derecho por el cuello de LADY UTTERWORD.*)

MISTRESS HUSHABYE.—No me querían creer, Alfredo. (*Todos le miran.*)

MANGAN.—¿Por qué me miran así todos, como si fuese el último ejemplar llegado a la casa de fieras?

MISTRESS HUSHABYE.—Es usted el ejemplar últimamente llegado a esta casa de fieras. (*Antes que MANGAN pueda replicar, se oye una caída estrepitosa de muebles en un cuarto de arriba. Luego, un disparo de pistola y un grito de dolor. El grupo se adelanta asustado.*)

LA VOZ DE MAZZINI.—(*Desde arriba.*) ¡Socorro! ¡Un ladrón! ¡Socorro!

HÉCTOR.—(*Con ojos centelleantes.*) ¡¡¡Un ladrón!!!

MISTRESS HUSHABYE.—No, no vayas, Héctor, que te expones a un tiro. (*Pero ya es tarde, pues HÉCTOR se precipitó fuera, empujando a un lado a MANGAN, que se refugia apresuradamente detrás de uno de los estantes de libros.*)

CAPITÁN.—(*Tocando su silbato.*) ¡Arriba todas las manos! (*Corre detrás de HÉCTOR.*)

LADY UTTERWORD.—¡Mis joyas! (*Va detrás del CAPITÁN.*)

RANDALL.—(*Corriendo detrás de ella.*) No, Ariadna; déjame a mí...

ELLIE.—¡Estará herido papá! (*Sale corriendo.*)

MISTRESS HUSHABYE.—¿Tiene usted miedo, Alfredo?

MANGAN.—No. No es mi casa, gracias a Dios.

MISTRESS HUSHABYE.—Si cogen al ladrón, ¿tendremos que ir al juicio como testigos y que contestar en público a toda clase de preguntas acerca de nuestra vida privada?

MANGAN.—No la creerán si dice la verdad. (*MAZZINI, terriblemente agitado, con una pistola de duelo en la mano, entra desde el vestíbulo y se dirige hacia la mesa de dibujo.*)

MAZZINI.—¡Ay querida mistress Hushabye! Puede que

le haya matado. (*Tira la pistola sobre la mesa y se mueve alrededor de la silla.*) Espero que no creará usted que lo he hecho con intención. (*Entra HÉCTOR empujando a un VIEJO de aspecto misero, al que tiene agarrado del cogote. Le planta en medio de la habitación y le suelta. Sigue ELLIE, e inmediatamente corre hacia su padre, al que da golpecitos en los hombros.*)

RANDALL.—(*Entrando con un gancho de la lumbre en la mano.*) Quédese delante de esta puerta, Mangan. Yo me pondré delante de la otra. (*Se planta delante de la puerta de estribor.* LADY UTTERWORD entra después de RANDALL, y se coloca entre MISTRESS HUSHABYE y MANGAN. El ama GUINNES viene formando la retaguardia y espera cerca de la puerta, a la izquierda de MANGAN.)

MISTRESS HUSHABYE.—¿Qué ha sucedido?

MAZZINI.—Su ama de llaves me dijo que había alguien arriba, y me dió una pistola con la que mister Hushabye había estado tirando esta tarde. Tiré para asustarle; pero parece que le he dado.

LADRÓN.—Sí, en la punta de la oreja. Poco faltó para que me saltara la tapa de los sesos. ¿Por qué no usa usted un revólver como es debido, en vez de un chisme así, que se dispara sólo con soplarle?

HÉCTOR.—Una de mis pistolas de duelo. Lo siento.

MAZZINI.—Levantó las manos, y dijo que se rendía sin condiciones.

LADRÓN.—Claro, ¿qué iba a hacer? Avisen a la Policía.

HÉCTOR.—No podemos alabarnos. Eramos cuatro contra uno.

MISTRESS HUSHABYE.—¿Qué le harán ahora?

LADRÓN.—Me esperan diez añitos de presidio, si Dios no lo remedia. No los terminaré; soy demasiado viejo.

LADY UTTERWORD.—Debiera usted haberlo pensado antes de robar mis joyas.

LADRÓN.—Ya las tiene usted otra vez, señora, según creo. Pero ¿me podrá usted devolver los diez años de vida que me va a quitar?

MISTRESS HUSHABYE.—¡Oh! No podemos enterrar vivo a un hombre por unas cuantas joyas.

LADRÓN.—¡Diez pequeños diamantes relucientes! ¡Diez largos años negros!

LADY UTTERWORD.—Piense en lo que significa para nosotros el tener que pasar por los horrores de una causa criminal y ver aventados en los papeles todos nuestros asuntos de familia. Si fuera usted un indígena, en una de nuestras colonias, y Hastings pudiese mandar que le dieran una buena paliza y después le echaran a la calle, no me apuraría; pero aquí, en Inglaterra, no hay verdadera protección para ninguna persona respetable.

LADRÓN.—Soy demasiado viejo, señora, para que me zurren. Mande por la Policía, y punto concluído. No es más que lo justo.

RANDALL.—(*Que ha cedido en su vigilancia al ver tan pacífico al preso, y avanza con el gancho en la mano, como una sombrilla cuidadosamente plegada.*) No es justo que nos veamos en un mar de molestias por satisfacer entusiasmo moral, amigo mío. Lo mejor será que se largue, ya que tiene esa suerte.

LADRÓN.—(*Inexorable.*) Yo tengo que expiar mi pecado. Me lo dice mi conciencia. Ha sido como una inspiración súbita. Déjeme pasar el resto de mi vida, arrepentido, en una celda. Tendré mi recompensa allá arriba.

MANGAN.—(*Desesperado.*) En esta casa ni los mismos ladrones pueden portarse naturalmente.

HÉCTOR.—Buen amigo, tiene usted que procurar por la salvación de su alma en otra parte. Aquí nadie está dispuesto a presentar demanda contra usted.

LADRÓN.—Yo espero que alguien me haga ese favor. No es posible que me lo nieguen.

HÉCTOR.—Pues siento tener que decirle lo contrario. Me duele faltar a las leyes de la hospitalidad; pero le ruego que salga de esta casa.

LADRÓN.—Pues bien: entonces me iré a la próxima Delegación de Policía y me entregaré. (*Va resuelto hacia la puerta, pero HÉCTOR le para.*)

HÉCTOR.—¡Oh, no! No haga usted eso.

RANDALL.—(*Al mismo tiempo.*) No, no, por Dios. Lárguese y no sea tonto.

MISTRESS HUSHABYE.—(Al mismo tiempo.) Vamos, hombre, piénselo. ¿No puede usted arrepentirse en su casa?

LADY UTTERWORD.—Haga usted lo que le dicen.

MISTER HUSHABYE.—Esto es sobrado ridículo. ¿Nos van a obligar a procesar a ese hombre si no queremos?

LADRÓN.—¿Me van a robar mi salvación sólo por evitarles la molestia de comparecer ante el Tribunal? ¿Es eso justo? ¿Es eso portarse bien conmigo?

MAZZINI.—(Levantándose y apoyándose en la mesa como si fuese un escritorio o un mostrador.) Vamos, vamos, hombre. Le voy a indicar el medio de redimir su vida por la misma experiencia criminal suya. ¿Por qué no se establece usted como cerrajero? Debe usted de entender más de cerraduras que la mayor parte de los hombres honrados.

LADRÓN.—Eso es verdad, caballero. Pero ¿cómo me puedo establecer como cerrajero sin poseer siquiera veinte libras?

RANDALL.—Pues para usted es fácil robar veinte libras. Las encontrará en el Banco más próximo.

LADRÓN.—(Horrorizado.) Parece mentira que un caballero diga semejante cosa a un pobre criminal que está oscilando al borde del abismo sin fondo. Vergüenza debiera darle. Dios se lo perdone. (Se deja caer sobre la "chaise longue" y se tapa la cara como si orara.)

LADY UTTERWORD.—¡La verdad, Randall!

HÉCTOR.—Me figuro que tendremos que hacer una colecta para ese pecador tan infortunadamente arrepentido.

LADY UTTERWORD.—Pero veinte libras son una ridiculez.

LADRÓN.—(Destapándose prestamente la cara.) Es que tendré que comprar una porción de herramientas, señora.

LADY UTTERWORD.—Calle, hombre. ¿No tiene sus ganancias y palanquetas?

LADRÓN.—¿Y qué me vale eso para trabajar de cerrajero? Me harán falta una fragua, y un yunque, y un local, y la mar de cosas. No sé si bastarán veinte libras, con lo poco que dan de sí.

HÉCTOR.—Apreciable amigo, es que no tenemos veinte libras.

LADRÓN.—(Ahora dueño de la situación.) Pueden ustedes reunir las entre todos, me parece.

MISTRESS HUSHABYE.—Dale un soberano, Héctor, y despáchale.

HÉCTOR.—(Dándole una libra.) Tome usted y lárguese.

LADRÓN.—(Levantándose y cogiendo el dinero sin agradecimiento.) No prometo nada. No me digan que entre todos no tienen más.

LADY UTTERWORD.—(Enérgica.) Vamos a denunciarle, y punto concluido. Yo también tengo una conciencia, y no estoy segura de que tengamos el derecho de dejarle marchar, sobre todo si se pone engreído e impertinente.

LADRÓN.—Muy bien, señora, muy bien. No quiero molestar más. Buenas noches, señoras y señores, y muchas gracias por todo. (Va a salir apresuradamente, cuando topa en la puerta con el CAPITÁN SHOTOVER.)

CAPITÁN.—(Fijándose en él con ojos llameantes.) Pero ¿quién es ése? ¿Hay dos hombres del mismo parecido?

LADRÓN.—(Cayendo de rodillas delante del CAPITÁN, en el paroxismo del terror.) ¡Dios mío, lo que he hecho! ¡He querido robar su casa, capitán Shotover! (El CAPITÁN le coge del cuello, le arrastra hacia el centro del grupo, por lo que HÉCTOR retrocede hacia donde está su mujer para hacer sitio.)

CAPITÁN.—(Volviéndose hacia ELLIE.) ¿Es ésa su hija? (Le suelta.)

LADRÓN.—¿Cómo voy a saberlo yo? Ya sabe usted, mi capitán, la vida que hemos llevado. Cualquier señorita de su edad, allá por esos mundos, puede ser hija mía.

CAPITÁN.—(A MAZZINI.) Usted no es Billy Dunn. Este es Billy Dunn. ¿Por qué ha querido usted engañarme?

LADRÓN.—(Indignado, a MAZZINI.) De modo que usted ha querido hacerse pasar por mí. Usted, que a poco me deja seco. Matándose a sí mismo en cierto modo.

MAZZINI.—Mi querido capitán Shotover, desde que puse los pies en esta casa no he dejado de asegurar que no era William Dunn, sino Mazzini Dunn, persona muy distinta.

LADRÓN.—No pertenece a mi rama, señor capitán. Hay dos ramas en la familia: los Dunns que beben y los Dunns que piensan, cada uno por su camino. Yo soy de los que beben; él es de los que piensan. Pero no por eso tiene derecho a pegarme un tiro.

CAPITÁN.—De modo que se ha hecho usted ladrón, ¿no es así?

LADRÓN.—No, mi capitán; no quise desprestigiar hasta ese punto mi antigua profesión de marino. No soy un ladrón.

LADY UTTERWORD.—¿Qué quería usted hacer con mis joyas?

GUINNESS.—¿Por qué se metió usted en esta casa, si no es un ladrón?

RANDALL.—Distraídamente, tomé esta casa por la suya, ¿eh?, y entré equivocándose de ventana.

LADRÓN.—Bueno, es inútil que trate de mentirles. Puedo engañar a todos los capitanes del mundo, pero no al capitán Shotover, porque se vendió al diablo en Zanzíbar y puede embrujar el agua, descubrir oro y hacer estallar un cartucho en el bolsillo de uno con una mirada de sus ojos y ver la verdad escondida en el corazón de un hombre. Pero no soy un ladrón.

CAPITÁN.—¿Es usted un hombre honrado?

LADRÓN.—No puedo tener la pretensión de ser mejor que mis semejantes, ni nunca me lo permití, como bien sabe usted, mi capitán. Pero mi actividad es inocente y piadosa. Me entero por ahí de casas donde vive gente buena. Y luego obro como he obrado aquí. Penetro en la casa, agarro algunas cucharas o unas cuantas joyas y me las meto en el bolsillo. Luego hago ruido, me cogen y provocho una colecta. Y no pueden ustedes figurarse lo difícil que es el ser cogido cuando uno lo busca y lo desea. Una vez moví todas las sillas de una habitación con el mayor estrépito posible, y nadie se fijó. Tuve que marcharme sin haber logrado mi propósito.

RANDALL.—Cuando eso sucede, ¿no se lleva las cucharas y las joyas?

LADRÓN.—Hombre, entonces considero que la Providencia divina me regala esas cosas, y no la quiero desairar.

CAPITÁN.—Guinness, ¿usted recuerda a ese hombre?

GUINNESS.—¿Cómo no? Estuve casada con él. ¡Granuja, canalla!

HESIONE.—¡Casada con él!

LADY UTTERWORD.—(Al mismo tiempo.) ¿Es posible, ama?

LADRÓN.—No fué legalmente. He estado casado con una porción de mujeres. No es cosa de echármelo en cara ahora.

CAPITÁN.—Que lo lleven al castillo de proa. (Le empuja hacia la puerta con una fuerza impropia de su edad.)

GUINNESS.—Supongo que quiere usted decir la cocina. Allí no querrán estar con él. ¿Cree usted que la servidumbre quiere estar con un ladrón?

CAPITÁN.—Los ladrones de tierra y los de mar son de la misma carne y sangre. No tengo contra maestre en mi cubierta de popa. Largo los dos.

LADRÓN.—A la orden, mi capitán. (Sale humildemente.)

MAZZINI.—¿No hay peligro en tenerle así en la casa?

GUINNESS.—¿Por qué no le fusila, señor? Si hubiese sabido quién era, le hubiese pegado un tiro yo misma. (Vase.)

MISTRESS HUSHABYE.—Siéntense todos. (Se sienta en el sofá. Todos se mueven, menos ELLIE. MAZZINI vuelve a su asiento. RANDALL se sienta en el banco de la ventana, cerca de la puerta de estribor, balanceando el gancho y estudiando sus oscilaciones como pudiera haberlo hecho Galileo. HÉCTOR se sienta en el rincón de babor. LADY UTTERWORD coge la silla de mimbre. El CAPITÁN SHOTOVER va a la despensa, profundamente absorto. Todos miran en su dirección, y LADY UTTERWORD tose intencionadamente.)

MISTRESS HUSHABYE.—De modo que Billy Dunn es el protagonista del pequeño drama de la pobre ama. Yo sabía que algo había sucedido.

RANDALL.—Ahora van a reñir de lo lindo; luego habrá reconciliación y perfecta alegría.

LADY UTTERWORD.—(Irritada.) Usted, Randall, no es casado, y no entiende nada de eso. Así, pues, cálese.

RANDALL.—¡Déspota!

MISTRESS HUSHABYE.—¡Vaya una noche agitada! Todos estarán deseando descansar. Así, pues, propongo que vayamos a la cama.

RANDALL.—A ver si se presenta otro ladrón.

MAZZINI.—No, imposible. Vamos, no creo.

RANDALL.—¿Por qué no? Hay más de un ladrón en Inglaterra.

MISTRESS HUSHABYE.—Usted ¿qué dice, Alfredo?

MANGAN.—(*Malhumorado.*) De mí no se preocupen. Aquí yo no pinto nada. El ladrón me ha relegado al último lugar. Déjenme en un rincón y hagan cuenta que no existo.

MISTRESS HUSHABYE.—(*Levantándose precipitadamente con malicia.*) ¿Quiere que demos un paseo por el campo, Alfredo? ¿Usted y yo?

ELLIE.—Vaya usted, mister Mangan. Le hará bien. He sione le tranquilizará.

MISTRESS HUSHABYE.—(*Deslizándose su brazo debajo del de MANGAN y haciéndole levantar.*) Venga, Alfredo. Verá qué luna más hermosa. Es una noche como en "Tristán e Isolda". (*Le acaricia el brazo y le lleva hacia la puerta del jardín.*)

MANGAN.—(*Luchando, pero cediendo.*) ¿Cómo puede... puede tener el valor...? (*Se le oye jadear, como sollozando, mientras ella le arrastra hacia fuera.*)

LADY UTTERWORD.—¡Qué cosa más rara! ¿Qué le pasará a ese hombre?

ELLIE.—(*Con voz extrañamente calma mirando hacia una distancia imaginaria.*) Su corazón está desgarrándose, eso es todo. (*Se ve aparecer al CAPITÁN, escuchando, en la puerta de la despensa.*) Es una sensación curiosa; una especie de dolor que traspasa misericordiosamente nuestro poder de sentir. Cuando nuestro corazón está roto, nuestros barcos están quemados, ya nada nos importa nada. Es el fin de la dicha y el principio de la paz.

LADY UTTERWORD.—(*Levantándose furiosa, con extrañeza general.*) ¿Cómo se atreve usted?

HÉCTOR.—¡Cielos! ¿Qué pasa?

RANDALL.—(*Quedo.*) ¡Chist! ¡Chist! Adelante.

ELLIE.—(*Sorprendida y altanera.*) No hablaba con usted, lady Utterword, y no estoy acostumbrada a que me interrumpen.

LADY UTTERWORD.—Claro, ya se ve lo mal educada que es usted.

MAZZINI.—Me parece que exagera, señora.

LADY UTTERWORD.—Sé perfectamente a lo que se refería. Es una impertinencia.

ELLIE.—Que yo no sé lo que quiere decir.

CAPITÁN.—(*Avanzando hacia la mesa.*) Pues quiere decir que a ella no se le quebrará el corazón. Toda su vida ha estado esperando que sucediera, hasta que descubrió, me parece, que no tenía corazón.

LADY UTTERWORD.—(*Cayendo de rodillas y asiéndose del CAPITÁN.*) Papá, no digas que crees que no tengo corazón.

CAPITÁN.—(*Levantándose con ruda ternura.*) Pero, hija, si no tienes corazón, ¿cómo quieres que se te rompa?

HÉCTOR.—(*Levantándose de un salto.*) Lady Utterword, no es usted de fiar: ha hecho usted una escena. (*Se precipita hacia el jardín por la puerta de estribor.*)

LADY UTTERWORD.—¡Oh Héctor, Héctor! (*Corre detrás de él y sale.*)

RANDALL.—Los dichosos nervios. (*Se levanta y sale a su vez, esgrimiendo el gancho en su agitación.*) ¡Ariadna! ¡Ariadna! ¡Por Dios, calma, calma! Veo que... (*Ya no se oye su voz.*)

MAZZINI.—(*Levantándose.*) Pero ¿qué le pasa a esa gente? ¿Me necesitan para algo?

CAPITÁN.—(*Cogiendo la silla y sentándose ante la mesa de dibujo para trabajar.*) Para nada. Acuéstese. Buenas noches.

MAZZINI.—(*Con extrañeza.*) Tal vez tenga usted razón.

ELLIE.—Buenas noches, papaíto; que descanses. (*Le besa.*)

MAZZINI.—Adiós, hijita. (*Va hacia la puerta, pero se vuelve para dirigirse al estante de los libros.*) Voy a coger un libro. (*Saca un tomo.*) Buenas noches. (*Sale, dejando a ELLIE sola con el CAPITÁN. El CAPITÁN dibuja con gran empeño.*) ELLIE, en pie detrás de él, le contempla durante un momento.)

ELLIE.—¿Nunca le molesta nada a usted, capitán Shover?

CAPITÁN.—He aguantado una vez dieciocho horas en pie sobre cubierta durante una tempestad. La vida en esta casa es más tempestuosa, pero puedo resistirla.

ELLIE.—¿Cree usted que debo casarme con Mangan?

CAPITÁN.—(*Sin levantar la cabeza.*) Para naufragar lo mismo vale un arrecife que otro.

ELLIE.—No estoy enamorada de él.

CAPITÁN.—¿Quién ha dicho que lo estaba?

ELLIE.—¿No le sorprende a usted?

CAPITÁN.—¡Sorprenderse a mi edad!

ELLIE.—A mí me parece que no hay engaño: él me necesita para una cosa, y yo a él para otra.

CAPITÁN.—¿Para dinero?

ELLIE.—Sí.

CAPITÁN.—Bien. Usted presenta la mejilla y él la besa. El trae el dinero y usted lo gasta.

ELLIE.—¿Quién tendrá la mejor parte?, me pregunto.

CAPITÁN.—Usted. Los hombres como él se pasan todo el día en el despacho. Le tendrá en casa desde la cena hasta el desayuno; pero la mayor parte de este tiempo lo pasarán dormidos. Todo el día estará usted libre de él, y hará compras con su dinero. Si a usted le parece poco, cátese con un marino: la molestará sólo tres semanas o cosa así cada año.

ELLIE.—Eso sería lo mejor, me parece.

CAPITÁN.—Es una cosa peligrosa estar casado de cabo a rabo como el marido de mi hija. El hombre está en casa todo el día como un condenado en el infierno.

ELLIE.—Nunca he pensado antes en eso.

CAPITÁN.—Si se va a casar para su conveniencia, hay que pensarlo con toda frialdad. Los ladrones de caballos prefieren un caballo domado a uno sin domar.

ELLIE.—(Con breve risa.) Eso será. ¡Qué mundo éste tan cochino!

CAPITÁN.—A mí me tiene sin cuidado. Ya estoy casi fuera de él.

ELLIE.—Pero yo estoy entrando.

CAPITÁN.—Por eso, abra los ojos.

ELLIE.—Me parece que voy siendo muy prudente...

CAPITÁN.—No he dicho prudente. He dicho que abra los ojos.

ELLIE.—¿Qué diferencia hay?

CAPITÁN.—Es prudente ganar el mundo entero y perder la propia alma. Pero no olvide que el alma no se separa de uno si uno no se separa de ella, mientras que el mundo puede irsele a uno por entre los dedos.

ELLIE.—(Cansada, apartándose de él para andar intranquila por la habitación.) Siento, capitán, tener que decirle que es inútil hablarme de esa manera. A mí no me sirven las personas de ideas anticuadas. Las personas de ideas anticuadas creen que se puede tener alma sin tener dinero. Creen que cuanto menos dinero, más alma se tiene. Las personas jóvenes hoy día saben mejor lo que pasa. Un alma es una cosa que exige muchos gastos, mucho más que un automóvil.

CAPITÁN.—Sí, ¿eh? ¿Cuánto consume su alma?

ELLIE.—¡Oh!, muchísimo. Consume música y pintura, y libros, y montañas y lagos, y prendas bonitas, y personas agradables, para pasar el rato. En este país no pueden tenerse esas cosas sin gastar mucho dinero; por eso nuestras almas están tan horriblemente desnutridas.

CAPITÁN.—El alma de Mangan vive de bazofia, igual que los cerdos.

ELLIE.—Sí, no es digno de tener dinero. Supongo que su alma se desnutrió de joven. Pero conmigo será otra cosa. Precisamente porque quiero salvar mi alma me casaré por dinero. Así hacen todas las mujeres que no son tontas.

CAPITÁN.—Hay otros medios de tener dinero. ¿Por qué no lo roba?

ELLIE.—Porque no quiero ir a la cárcel.

CAPITÁN.—¿Es ésa la única razón? ¿Está usted segura de que no es por honradez?

ELLIE.—¡Qué ideas más anticuadas las tuyas, capitán! ¿Habría una muchacha moderna que crea que los medios legales y los ilegales de tener fortuna son los honrados y los deshonorados? Mangan robó el dinero de mi padre y de sus amigos. Yo quisiera volvérselo a robar a él, si la Policía me dejara. Como no me deja, tengo que recuperar lo robado casándome con él.

CAPITÁN.—No puedo argumentar, soy demasiado viejo. Mi cerebro está agotado. Lo único que puedo decirle es que, aténgase ya a lo anticuado, ya a lo moderno, si usted se vende, propinará a su alma un golpe que todos los libros y cuadros, todos los conciertos y obras teatrales del mundo no podrán curar. (Se levanta bruscamente y se dirige hacia la despensa.)

ELLIE.—(Corriendo detrás de él y cogiéndole una man-

ga.) Entonces, ¿por qué se vendió usted al diablo en Zan-zibar?

CAPITÁN.—(Parándose atónito.) ¿Qué?

ELLIE.—No se escape antes de haber contestado. He descubierto ese detalle de su vida. Si usted se vendió, ¿por qué no había de venderme yo?

CAPITÁN.—Tenía que habérmelas con hombres tan abyectos, que no me hubiesen obedecido si no hubiese blasfemado y no los hubiese tratado a patadas y puñetazos. Yo mandaba un barco de jóvenes criminales reformados, acostumbrados a temer al palo en vez de temer a Dios. Los fundadores de la institución marítimo-penal creían que así esos jóvenes se harían hombres de provecho. Para tener mayor autoridad sobre ellos les hice creer que me había vendido al diablo. Así pude, a pesar de las blasfemias y los golpes que repartía, salvar mi alma.

ELLIE.—(Soltándole.) Pues yo quiero venderme a Boss Mangan, para salvar mi alma, amenazada a condenarse por la pobreza.

CAPITÁN.—Los ricos la harán condenarse diez veces más. Los ricos no salvarán ni su cuerpo ni su alma. ¿Qué esperaba usted? Un salvador, ¿eh? ¿Es usted bastante anticuada para creer en eso?

ELLIE.—No. Pero me había imaginado que era usted muy sabio y me podría ayudar. Usted hace como si estuviese muy atareado, y empolla agudezas, y entra y sale para sorprender a los demás al decirlas y desaparecer, sin dejar tiempo para contestarlas.

CAPITÁN.—Me cohibe el que me constesten. Me desanima. No puedo aguantar ni a los hombres ni a las mujeres. Tengo que escaparme a cada momento. Y ahora mismo también. (Intenta hacerlo.)

ELLIE.—(Cogiéndole otra vez del brazo.) De mí no se escapa usted. Yo puedo hipnotizarle. Es usted la única persona en la casa a la que puedo ver siempre que deseo. Sé que usted me quiere. Siéntese, pues. (Le lleva hacia el sofá.)

CAPITÁN.—(Cediendo.) Tenga usted cuidado, que yo ya chocheo. Los viejos somos peligrosos, no nos importa lo que pasa en el mundo. (Se sientan uno al lado del otro en el

sofá. Ella se reclina cariñosamente contra su hombro, con los ojos medio cerrados.)

ELLIE.—(Soñolienta.) Y yo que creía que no les importaba más que eso a los viejos. No pueden interesarse mucho ya por lo que les pasa a ellos mismos.

CAPITÁN.—El interés de un hombre por el mundo no es más que la superfluidad del interés por sí mismo. Cuando somos niños, nuestra vasija no está todavía llena; así, pues, no nos preocupamos más que de nuestros propios asuntos. Cuando ya somos mayores, nuestra vasija se desborda, y llegamos a ser políticos, filósofos o exploradores y aventureros. En la edad senil, la vasija se va agotando, no hay desbordamiento; hemos vuelto al estado de la infancia. Podemos dar remembranzas de nuestros antiguo saber, meras reliquias y retales; pero realmente ya sólo nos interesan nuestras pequeñas necesidades y ocupaciones. Hablando de mí, aquí estoy elaborando mis antiguas ideas sobre los medios para destruir a mis semejantes. Veo a mis hijas y sus maridos viviendo una vida loca de sentimientos románticos y afectados. La veo a usted, representante de la generación más joven, abandonando el romanticismo para volverse hacia el dinero y la vida cómoda y el crudo sentido común. He sido diez veces más feliz, sobre cubierta, durante la tempestad de los trópicos, o bloqueado por los hielos y las tinieblas del inacabable invierno ártico, que usted o ellos ahora o antes. Usted está buscando casarse con un hombre rico. A su edad, yo buscaba trabajos, peligros, horror y muerte, para sentir la vida en mí con la mayor intensidad posible. No dejé que el miedo a la muerte gobernara mi vida, y mi recompensa fué que tuve mi vida. Usted está dejando que el miedo a la pobreza gobierne su vida, y su recompensa será que comerá, pero no vivirá.

ELLIE.—(Levantándose impaciente.) Pero ¿qué le he de hacer? Yo no soy un capitán de buque. No puedo estar sobre cubierta en tempestades tropicales, ni matar ballenas y focas en los mares de Groenlandia. ¿O quiere usted que me haga camarera de buque?

CAPITÁN.—Hay vidas peores. Las camareras de buques pueden volver a tierra cuando quieren, y, sin embargo, siguen navegando y navegando.

ELLIE.—¿Qué podrían hacer en tierra sino casarse por dinero? Yo no quiero ser camarera de buque: me mareo en el mar. Piense usted en otra cosa para mí.

CAPITÁN.—No puedo pensar tan seguido y continuamente. Soy demasiado viejo. Tengo que entrar y salir. (*Lo intenta.*)

ELLIE.—(*Empujándole hacia atrás.*) No debe. Aquí está usted bien, diga la verdad.

CAPITÁN.—Le digo que es peligroso retenerme. No puedo permanecer despierto y alerta.

ELLIE.—¿Para qué quiere irse? ¿Para dormir?

CAPITÁN.—Para tomar una copa de ron.

ELLIE.—(*Terriblemente desilusionada.*) ¡Oh, para eso!

¡Qué cosa! ¿Le gusta a usted emborracharse?

CAPITÁN.—No; temo más emborracharme que a nada en el mundo. El emborracharse significa tener ensueños, enternecerse, entusiasmarse y desilusionarse fácilmente, caer en las garras de las mujeres. La bebida tiene esos efectos en la juventud; pero cuando uno es viejo, muy viejo, como yo, los ensueños vienen por sí solos. No sabe usted lo terrible que es eso. Usted es joven, y sólo duerme de noche, con sueño sano. Pero más adelante dormirá por las tardes, luego dormirá hasta por las mañanas, y se despertará cansada de la vida. Nunca se verá libre del sopor y los ensueños. Los ensueños le robarán el tiempo cada diez minutos, si no puede despertarse a fuerza de ron. Bebo ahora para quedar sereno, pero los ensueños ganan el terreno, el ron ya no es como antes; ya me tomé diez copas desde que usted vino, y es como si me hubiese tomado agua. Ande y haga que traigan más; Guinness sabe dónde está. Mejor será para usted presenciar el horror de un viejo que bebe.

ELLIE.—No beberá más. Sueñe usted. Me gusta que sueñe. Cuando hablemos los dos no debe permanecer en el mundo real.

CAPITÁN.—Estoy demasiado cansado para resistir, o soy demasiado débil. Estoy en mi segunda infancia. No la veo a usted como es realmente. No puedo recordar lo que realmente soy. No siento nada, sino la maldita felicidad que he temido toda mi vida, la felicidad que llega cuando se va

la vida, la felicidad de ceder y de soñar en vez de resistir, la dulzura de la fruta que va a pudrirse.

ELLIE.—La temió usted casi tanto como yo temí perder mis ensueños y tener que bregar y luchar. Pero para mí ya todo pasó; mis ensueños están hechos añicos. Quisiera casarme con un hombre muy viejo y muy rico. Quisiera casarme con usted. Mejor que con Mangan. ¿Es usted muy rico?

CAPITÁN.—No. Vivo al día. Y tengo una esposa allá por Jamaica, una negra. Mi primera mujer. A menos que haya muerto.

ELLIE.—¡Qué lástima! Me siento tan dichosa a su lado. (*Le coge la mano casi inconscientemente y la acaricia.*) Y creía que nunca volvería a ser dichosa.

CAPITÁN.—¿Por qué?

ELLIE.—¿No lo sabe?

CAPITÁN.—No.

ELLIE.—Mi corazón se quebró. Me enamoré de Héctor, sin saber que estaba casado.

CAPITÁN.—¡Vaya con su corazón quebrado! ¿Es usted de las personas que se bastan a sí mismas hasta el punto que sólo son felices cuando se ven privadas de todo, hasta de la esperanza?

ELLIE.—(*Apretándole la mano.*) Así parece, porque ahora tengo una sensación como si no hubiese nada que no pudiese hacer, porque no deseo nada.

CAPITÁN.—Esa es la única fuerza real. Eso es genio. Eso es mejor que el ron.

ELLIE.—(*Repeliendo su mano.*) ¡Ron! ¿Por qué lo echó a perder todo? (*HÉCTOR y RANDALL vienen del jardín por la puerta del estribo.*)

HÉCTOR.—Dispensen ustedes. No sabíamos que había alguien aquí.

ELLIE.—(*Levantándose.*) Eso quiere decir que usted quiere contar a mister Randall la historia del tigre. Venga, capitán; necesito hablar con mi padre, y lo mejor será que usted me acompañe.

CAPITÁN.—(*Levantándose.*) Tontería: está en la cama.

ELLIE.—¡Ah!, le cogí a usted. Mi verdadero padre se fue a la cama, pero el padre que usted me dió está en la cocina.

Usted bien lo sabe todo. Venga. (*Le saca al jardín por la puerta de babor.*)

HÉCTOR.—Esa es una muchacha extraordinaria. Lleva al viejo marino de la cadena como a un perrito chino.

RANDALL.—Ahora que se han ido, ¿podremos charlar un rato como buenos amigos?

HÉCTOR.—Usted está en la que se supone ser mi casa. Estoy a su disposición. (HÉCTOR se sienta en la silla del dibujante, volviéndola para colocarse frente a RANDALL, que se queda en pie, apoyándose, para su comodidad, en el banco de carpintero.)

RANDALL.—Creo que debemos la mayor franqueza posible; vamos, en lo que se refiere a lady Utterword.

HÉCTOR.—Usted dirá. Yo no tengo por qué ser franco sobre este asunto. Nunca la había visto hasta esta tarde.

RANDALL.—(*Dando un salto.*) ¡Qué! Pero ¡usted es el marido de su hermana!

HÉCTOR.—Si vamos a eso, usted es el hermano de su marido.

RANDALL.—Pero usted parece tener intimidad con ella.

HÉCTOR.—Usted también.

RANDALL.—Sí, pero yo tengo realmente intimidad con ella: la conozco desde hace muchos años.

HÉCTOR.—Tardó años para llegar con usted al mismo punto que llegó conmigo en cinco minutos, según parece.

RANDALL.—(*Enfadado.*) Verdaderamente, Ariadna es el colmo. (*Va mohino hacia la ventana.*)

HÉCTOR.—(*Friamente.*) Ella es, según dije a Hesione, una mujer muy emprendedora.

RANDALL.—(*Volviendo muy conturbado.*) Mire, Hushabye: usted es lo que las mujeres llaman un hombre guapo.

HÉCTOR.—Cultivaré esa apariencia en los días de mi vanidad, y Hesione insistió en que lo hiciera. Me hace llevar estas prendas ridículas (*Señalando su traje árabe.*) porque cree que para mí un traje de sociedad es absurdo.

RANDALL.—Pero de todos modos le gusta a usted vestirse llamativamente. Por mi parte, tenga usted la completa seguridad de que no tengo un átomo de celos, y...

HÉCTOR.—Lo que habría que saber es si su hermano, el marido de Ariadna, es celoso.

RANDALL.—¡Hastings! ¡Oh!, no se preocupe por Hastings. Tiene el don de poder trabajar dieciséis horas al día en los detalles más áridos que se pueden imaginar y materialmente disfrutar con ello. Así le tienen en mucho en los puestos que ocupa. Mientras Ariadna cuida de que sus comidas se produzcan con regularidad, él agradece a cualquiera que la distraiga.

HÉCTOR.—Y como tiene el atractivo de los Shotover, no falta nunca quien esté dispuesto para esa tarea, ¿no?

RANDALL.—(*Molesto.*) Ella da lugar a ello. Anima a todos. Su conducta es verdaderamente escandalosa. Le aseguro, querido amigo, que no tengo un átomo de celos; pero me fastidia que Ariadna tenga que andar en lenguas en todas partes adonde vaya, por su irreflexión y su ligereza. Es más: no le importan realmente los hombres que andan detrás de ella; pero ¿cómo va la gente a saber eso? De todos modos, pone en ridículo a Hastings. Y a mí también.

HÉCTOR.—La teoría de ella es que su conducta es tan correcta...

RANDALL.—¡Correcta! No deja de armar escenas desde que se levanta hasta que se acuesta. Tesga cuidado, amigo. Le meterá a usted en un sinfín de líos; es decir, así sería si usted realmente le importara.

HÉCTOR.—¿Es que no le importo?

RANDALL.—Ni pizca. Necesitará de usted para completar su colección, pero su verdadero afecto está comprometido desde hace años. Repito que debe usted tener cuidado.

HÉCTOR.—¿Sufre usted mucho con esos celos?

RANDALL.—¡Celos! ¿Yo? Pero, hombre, ¿no le he dicho que no tengo ni un átomo de...?

HÉCTOR.—Ya. Y lady Utterword me ha dicho que ella nunca arma escenas. ¿Sabe usted lo que le digo? No gaste celos por mis bigotes. No gaste celos nunca por un hombre de carne y hueso; es siempre un héroe imaginario el que a la larga nos hace la contra a todos. Además, para su fácil "pose" de hombre de mundo, que en otros aspectos le sienta tan bien, mal cuadran los celos.

RANDALL.—Pero oiga usted, Hushabye: creo que se puede ser un caballero sin "pose".

HÉCTOR.—Es una "pose" como cualquiera otra. En esta casa conocemos todas las "poses"; nuestro juego consiste en descubrir al hombre debajo de la "pose". El hombre debajo de la "pose" de usted es, según me parece, el favorito de Ellie: Otelo.

RANDALL.—Algunos de sus juegos en esta casa, maldita la gracia que me hacen, permítame que se lo diga.

HÉCTOR.—Sí, y yo he sido víctima de ellos durante muchos años. Al principio me hacían un daño horrible, pero luego me acostumbé. Finalmente aprendí a jugarlos yo también.

RANDALL.—Si le da lo mismo, prefiero que no los juegue a mi costa. Usted, por lo visto, no comprende mi carácter ni el concepto que tengo del bueno tono.

HÉCTOR.—¿Es debido al concepto que tiene del buen tono el haber comprometido a lady Utterword?

RANDALL.—(Dejando oír una nota infantilmente quejosa en medio de su indignación.) No he dicho ni una palabra contra lady Utterword. Esto es una verdadera conspiración.

HÉCTOR.—¿Qué conspiración?

RANDALL.—Bien lo sabe usted, caballero. Una conspiración para lograr ponerme de mal humor y celoso y ridículo, todo lo contrario de lo que soy, como todo el mundo sabe.

HÉCTOR.—(Levantándose.) Algo en la atmósfera de esta casa le ha trastornado. Algunas veces produce ese efecto. (Va a la puerta del jardín y llama a LADY UTTERWORD con voz imperiosa.) ¡Ariadna!

RANDALL.—¿Para qué la llama usted? No quiero hablar...

LADY UTTERWORD.—(Llegando sofocada.) ¿Qué hay? Usted, Héctor, tiene un modo de llamar tan apremiante... ¿Qué ocurre?

HÉCTOR.—No sé cómo arreglármelas con su amigo Randall. A ver si usted me ayuda.

LADY UTTERWORD.—Randall, habrá usted hecho el ridículo como siempre, como si lo viera. Randall, no he visto una criatura tan quisquillosa como usted.

RANDALL.—Sabe usted perfectamente, Ariadna, que no ten-

go ni una onza de mal genio. Aquí he tratado a todo el mundo con la mayor amabilidad. He conservado la calma más perfecta frente a un ladrón. Precisamente en imperturbabilidad nadie me gana. (Haciendo un ruido fuerte al apoyar los pies en el suelo y paseándose enfadado por toda la habitación.) Exijo que me traten con cierta consideración. No quiero que Hushabye se tome libertades conmigo. No quiero aguantar como usted a los que le hacen la rueda.

HÉCTOR.—Ese hombre, por lo visto, se figura que es su esposo.

LADY UTTERWORD.—Ya sé. Es celoso. ¡Como si tuviera algún derecho a serlo! Me comprometo en todas partes. Arma escenas a cada momento. Randall, no se lo permito. No tiene usted derecho a discutir sobre mí con Héctor. No quiero que los hombres discutan sobre mí.

HÉCTOR.—Sea usted razonable. Su fatal hermosura obliga a los hombres a hablar de usted.

LADY UTTERWORD.—¿De veras? Y de la fatal hermosura de usted, ¿qué?

HÉCTOR.—¿Qué le voy a hacer?

LADY UTTERWORD.—Usted podría cortarse el bigote, pero yo no me puedo cortar la nariz. Toda mi vida es un martirio por enamorarse de mí todos los hombres. Y luego dice Randall que corro tras ellos.

RANDALL.—Yo...

LADY UTTERWORD.—Sí, lo dice usted, lo acaba de decir aquí mismo. ¿Por qué no puede pensar en otra cosa que en mujeres? Napoleón tuvo mucha razón cuando dijo que las mujeres eran la ocupación de los hombres vagos. La verdad es que si hay un hombre vago en el mundo, su nombre es Randall Utterword.

RANDALL.—Ariadna...

LADY UTTERWORD.—(Abrumándole con un chorro de palabras.) Sí, es usted un vago; es inútil que lo quiera negar. ¿Qué ha hecho en toda su vida? ¿Para qué vale usted? Es usted mayor estorbo en una casa que un crío de tres años; no puede ni vestirse sin su ayuda de cámara.

RANDALL.—Eso es...

LADY UTTERWORD.—Vagancia, holgazanería. Es usted la

pereza personificada. Es usted un egoistón. Es usted el hombre menos interesante que hay en el mundo. No puede usted ni siquiera chismorrear de nada que no sea su propia persona y sus disgustos y apuros y lo que le han ofendido. (*Volviéndose a Héctor.*) ¿Sabe usted, Héctor, cómo le llaman?

HÉCTOR.—No me diga nada.

RANDALL.—(*Al mismo tiempo.*) No lo aguanto...

LADY UTTERWORD.—Randall el amargado: así le llaman en la buena sociedad.

RANDALL.—(*Gritando.*) ¡No aguanto eso, le digo! ¡Oigame, mujer infernal!... (*Le falta la voz.*)

LADY UTTERWORD.—Adelante, hombre. ¿Qué más iba a llamarme? ¡Mujer infernal! Ahora vendrá lo de monstruo.

RANDALL.—(*Espumeando.*) No hay monstruo tan odioso como ciertas mujeres. Usted es un ser execrable. ¿Es posible que yo haya podido amar a semejante demonio? Pero bien me ha castigado Dios. (*Se deja caer sobre la silla del dibujante y llora.*)

LADY UTTERWORD.—(*Mirándole desde arriba con desprecio triunfante.*) El niño llorón.

HÉCTOR.—(*Serio, acercándose a él.*) Amigo mío, las hermanas Shotover tienen dos extraños poderes sobre los hombres. Pueden hacerlos amar y pueden hacerlos llorar. Dé gracias a Dios de que no está casado con una de ellas.

LADY UTTERWORD.—(*Altanera.*) Le ruego a usted, Héctor...

HÉCTOR.—(*Echándole de repente el brazo alrededor del hombro, haciéndola girar y apartarse de RANDALL y cogiéndole la garganta con la otra mano.*) Ariadna, si te atreves a jugar conmigo, te estrangularé, ¿entiendes? El juegucito del ratón y el gato, que tanto te gusta, será muy bonito, pero conmigo te puede costar la cabeza. (*La empuja con cierta brusquedad, haciéndola sentarse en la "chaise-longue", y sigue hablando con menos fiereza, pero con firmeza.*) Es verdad que Napoleón dijo que la mujer es la ocupación del desocupado. Pero añadió que es la relajación del guerrero. Pues yo soy un guerrero. Así, pues, ten cuidado.

LADY UTTERWORD.—(*Nada afectada por la violencia de*

HÉCTOR; al contrario, más bien complacida.) Querido Héctor, no he hecho sino lo que me mandaste.

HÉCTOR.—¿Cómo se entiende?

LADY UTTERWORD.—Pues sencillamente: me llamaste para que interviniese en tu disputa con Randall; dijiste que no podías arreglarte con él.

HÉCTOR.—Bien; pero no he dicho que le volvieras loco.

LADY UTTERWORD.—No está loco. El así se arregla. Si fuéras madre lo entenderías.

HÉCTOR.—¡Una madre! ¿Qué significa eso?

LADY UTTERWORD.—Bien sencillo. Cuando los niños alborotan y se ponen cargantes, les doy unos cuantos cachetes, sólo los bastantes para que lloren y se calmen los nervios. Entonces los llevo a la cama y duermen tranquilamente. Pues bien: no puedo pegar a Randall, porque ya es mayorcito; pero cuando se pone nervioso le hago rabiarse hasta que llora. Le sienta muy bien. Ahora está tranquilo. Mira: ya falta poco para que se duerma. (*Lo que es verdad.*)

RANDALL.—(*Despertando indignado.*) Mentira. Es usted muy cruel, Ariadna. (*Sentimental.*) Pero tengo que perdonarla, como siempre. (*Hace esfuerzos para no bostezar.*)

LADY UTTERWORD.—(*A Héctor.*) ¿Es satisfactoria la explicación, terrible guerrero?

HÉCTOR.—Algún día que te excedas, te mataré. Creía que eras una loca.

LADY UTTERWORD.—(*Riéndose.*) Todo el mundo lo cree al principio. Pero no soy tan loca como parezco. (*Se levanta complacida.*) Ahora, Randall, váyase a la cama. Mañana será otro día.

RANDALL.—(*Sólo al parecer recalcitrante.*) Iré a la cama cuando me parezca. No son las diez todavía.

LADY UTTERWORD.—Son más de las diez. Héctor, haz que se acueste en seguida. (*Va al jardín.*)

HÉCTOR.—¿Hay en el mundo una esclavitud más vil que la esclavitud que ejercen las mujeres sobre los hombres?

RANDALL.—(*Levantándose resuelto.*) Mañana no le dirigiré la palabra a esa mujer. No le hablaré en toda la semana.

Para que vea. Ahora me voy a acostar sin decirle buenas noches. (*Va hacia la puerta del vestíbulo.*)

HÉCTOR.—Está usted embrujado, hombre. El viejo Shoto-ver se vendió al diablo en Zanzíbar. El diablo le dió por mujer una bruja negra, y esos dos demonios de hijas son su progenie mística. Soy el esclavo de Hesione, pero soy su marido. Al fin y al cabo, si me dejo manejar por ella, somos hombre y mujer. Pero no veo por qué ha de dejarse tratar usted por Ariadna como un burro de carga. ¿Qué saca usted con ello? ¿Es usted su amante?

RANDALL.—No debe usted entenderlo mal. En un sentido superior, vamos, platónico...

HÉCTOR.—¡Bah, bah! ¡Platónico! Ella hace de usted su servidor, y cuando llega el día de la paga, se la birla. Eso es lo que quiere decir...

RANDALL.—(*Débil.*) Como usted quiera; pero, vamos, ¿qué tiene usted que ver con ella? Además, le aseguro que la voy a castigar. Ya verá usted. Yo sé cómo hay que tratar a las mujeres. Ahora tengo bastante sueño. Déle las buenas noches a su señora en mi nombre, hágame el favor. Buenas noches, me retiro.

HÉCTOR.—¡Pobre hombre! ¡Ay las mujeres, las mujeres, las mujeres! (*Levanta los puños en alto.*) ¡Abajo, abajo las mujeres! ¡Que caigan y se hagan pedazos! (*Sale al jardín.*)

TELÓN

ACTO TERCERO

En el jardín, HÉCTOR, al salir por la puerta vidriera de popa, encuentra a LADY UTTERWORD, tendida voluptuosamente en la hamaca, al lado Este del asta, en el círculo de luz que proyecta el arco voltaico, que parece una luna, con su globo opalino. Detrás de la cabecera de la hamaca hay una silla plegable. Al otro lado del asta, en el largo banco rústico, el CAPITÁN SHOTOVER está dormido, con ELLIE a su lado, reclinada cariñosamente sobre su lado derecho. A la izquierda del CAPITÁN hay un sillón de cubierta. Detrás de ellos, en la penumbra, HESIONE se está paseando con MANGAN. Hace una hermosa noche silenciosa, sin luna.

LADY UTTERWORD.—¡Qué hermosa noche! Parece hecha para nosotros.

HÉCTOR.—La noche no se interesa por nosotros. ¿Qué somos nosotros para ella? (*Se sienta, mohino, en el sillón de cubierta.*)

ELLIE.—(*Soñolienta, apretándose contra el CAPITÁN.*) Su hermosura se infiltra en mis nervios. En la noche hay paz para los viejos y esperanza para los jóvenes.

HÉCTOR.—¿Esa observación es de usted?

ELLIE.—No. Fué lo último que dijo el capitán antes de dormirse.

CAPITÁN.—No estoy dormido.

HÉCTOR.—Randall sí lo está. También mister Mazzini Dunn. Mangan también, probablemente.

MANGAN.—Yo, no.

HÉCTOR.—¡Ah! Pero ¿está usted ahí? Creí que Hesione ya le había mandado acostarse a estas horas.

MISTRESS HUSHABYE.—(*Saliendo por detrás del banco rústico y entrando en el círculo de luz, con MANGAN.*) Me parece que es lo que voy a hacer. Me está diciendo que tiene el presentimiento de que va a morir. Hay que ver lo ameno que sabe ser.

MANGAN.—(*Quejumbroso.*) Pues es verdad que tengo el presentimiento, aunque usted no me quiera escuchar.

MISTRESS HUSHABYE.—He estado escuchando otra cosa. Ha habido en las nubes como un magnífico redoblar de tambores. ¿Nadie de ustedes lo ha oído? Vino de lejos y luego fué muriendo.

MANGAN.—Le digo que fué un tren.

MISTRESS HUSHABYE.—Y yo le digo, Alfredo, que a esta hora no hay ningún tren. El último pasa a las nueve y cuarenta y cinco.

MANGAN.—Pudo ser un mercancías.

MISTRESS HUSHABYE.—No. En esta línea no los hay. Las mercancías se transportan en un furgón de los trenes ordinarios. ¿Qué pudo ser, Héctor?

HÉCTOR.—El rugido amenazador del cielo ante nuestra frivolidad e inutilidad. (*Fieramente.*) Les digo que una de estas dos cosas tiene que suceder: o de estas tinieblas saldrá nueva creación para suplantarnos así como hemos suplantado a los animales, o el cielo se abrasará y nos destruirá.

LADY UTTERWORD.—(*De una manera friamente didáctica, meciéndose cómodamente en su hamaca.*) No hemos suplantado a los animales, Héctor. ¿Por qué pides al cielo que destruya esta casa, que podría ser muy cómoda si Hesione tuviese más orden y arreglo? ¿Sabes lo que no está bien?

HÉCTOR.—No está bien que seamos como somos. No tenemos sentido. Somos inútiles, peligrosos, y debiéramos ser suprimidos.

LADY UTTERWORD.—Tontería. Hastings me dijo, el primer día que entró aquí, hace cosa de veinticuatro años, el defecto que tiene esta casa.

CAPITÁN.—Pero ¡qué! ¿Ese imbécil puso defectos a esta casa?

LADY UTTERWORD.—Dije que fué Hastings, y no es un imbécil ni mucho menos.

CAPITÁN.—¿Qué defecto tiene mi casa?

LADY UTTERWORD.—El defecto que puede tener un barco, papá. Hastings es listo y lo vió en seguida.

CAPITÁN.—Ese hombre es tonto. Hay barcos sin defecto.

LADY UTTERWORD.—Pues aquí lo hay.

MISTRESS HUSHABYE.—¿Cuál es? Dilo de una vez y no seas cargante, Addy.

LADY UTTERWORD.—Adivinen.

HÉCTOR.—Lo que hay aquí son demonios. Hijas de la bruja de Zanzibar. ¡Sí, demonios!

LADY UTTERWORD.—Nada de eso. Lo que aquí hace falta son caballos. Si tuviésemos caballos para montar, la casa cambiaría de aspecto y de condiciones. Todos estaríamos sanos y de buen humor, y tendríamos juicio y buen apetito, y dormiríamos divinamente.

MISTRESS HUSHABYE.—¡Caballos! Tú no estás buena.

LADY UTTERWORD.—Sí, caballos. ¿Por qué no hemos podido tener nunca la casa arreglada? Porque no tiene una cuadra como es debido. Busquen en Inglaterra dondequiera que haya personas pudientes, contentas y bien equilibradas, y ¿qué encontrarán? Pues que la cuadra es el verdadero centro de la casa, y que si alguna visita quiere tocar el piano, hay que remover todo el cuarto antes de poder abrir el piano, por las muchas cosas que hay amontonadas en él. Yo nunca he vivido realmente hasta que aprendí a montar, y nunca montaré verdaderamente bien, por no haberlo aprendido de niña. No hay más que dos clases en la buena sociedad inglesa: la clase ecuestre y la clase neurótica. No es un mero convencionalismo. Cualquiera puede ver que la gente que caza es la que está en lo justo, y la que no caza no vale para nada.

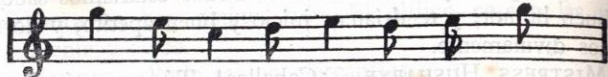
CAPITÁN.—Hay algo de verdad en eso. Mi barco hizo de mí un hombre. Y el barco es el caballo del mar.

LADY UTTERWORD.—Lo mismo que dijo Hastings al explicar por qué eras un caballero.

CAPITÁN.—No está mal para un imbécil. Tráetelo aquí la próxima vez. Tengo que hablarle.

LADY UTTERWORD.—¿Por qué es Randall un amargado? Recibió una buena educación: estudió en un Instituto y en la Universidad, ha ocupado puestos en el ministerio de Estado, conoce a la gente más distinguida y ha vivido siempre entre ella. ¿Por qué, pues, vale tan poco y es tan despreciable? ¿Por qué no le puede aguantar ningún lacayo más de dos meses? Pues porque es demasiado perezoso y dejado para dedicarse a los ejercicios de la caza. Toca el piano y dibuja,

corre detrás de las mujeres casadas y lee libros literarios y poesías. Toca verdaderamente bien la flauta, pero nunca he permitido que lo hiciera en mi casa. Si se hubiera atrevido... (La interrumpen los sonidos de una flauta que vienen de la ventana abierta en una habitación de arriba. Se levanta indignada.) ¡Randall, de modo que no está acostado, y nos ha estado escuchando! (La flauta repite imperturbable:)



¡Vaya con el hombre! Acuéstese en seguida, Randall. Es tener poca vergüenza. (La ventana se cierra ruidosamente. LADY UTTERWORD vuelve a sentarse.) ¿Quién hará caso de semejante ser?

MISTRESS HUSHABYE.—Addy, ¿crees tú que Ellie debiera casarse con el pobrecito Alfredo sólo por su dinero?

MANGAN.—(Muy alarmado.) Pero ¿qué está usted diciendo, señora? ¿Es que mis asuntos han de discutirse así, delante de todo el mundo?

LADY UTTERWORD.—Creo que Randall ya no escucha.

MANGAN.—Está escuchando todo el mundo. No me parece bien.

MISTRESS HUSHABYE.—Pero en la oscuridad no importa. A Ellie no le importa, ¿verdad?

ELLIE.—Absolutamente nada. ¿Usted qué opina, lady Utterword, usted, que tiene tan buen juicio?

MANGAN.—Pero yo no lo encuentro bien. Es que... (MISTRESS HUSHABYE le tapa la boca con su mano.) En fin: bueno.

LADY UTTERWORD.—¿Cuánto dinero tiene usted, míster Mangan?

MANGAN.—¡Por Dios! Vamos, yo no puedo aguantar eso.

LADY UTTERWORD.—No sea usted tonto. Hay que saber cuáles van a ser los ingresos del matrimonio.

MANGAN.—Pues, si a eso vamos, ¿cuánto dinero tiene ella?

ELLIE.—Yo, ninguno.

LADY UTTERWORD.—Ya tiene usted la contestación, míster Mangan. Y ahora que ha hecho usted que miss Dunn arroje

sus cartas sobre la mesa, no puede usted negarse a enseñar las suyas.

MISTRESS HUSHABYE.—Vamos, Alfredo, dígalo. ¿Cuánto?

MANGAN.—(Perdiendo toda prudencia.) Pues ya que lo quieren saber, no tengo dinero ni nunca lo he tenido.

MISTRESS HUSHABYE.—Alfredo, no debe usted contarnos cuentos tártaros.

MANGAN.—No les estoy contando cuentos. Les he dicho la pura verdad.

LADY UTTERWORD.—Entonces, ¿de qué vive usted, míster Mangan?

MANGAN.—De dietas de viaje y alguna que otra comisión.

CAPITÁN.—Es lo que tenemos todos: dietas del viaje de nuestra existencia terrenal.

MISTRESS HUSHABYE.—Pero usted tiene fábricas y capital y empresas.

MANGAN.—Eso cree la gente. Se figura que soy un Napoleón de la industria. Por eso miss Ellie quiere casarse conmigo. Pero les aseguro que no tengo nada.

ELLIE.—¿Querrá usted decir que sus fábricas son como los tigres de Marcus, que no existen?

MANGAN.—Sí existen, pero no son mías. Pertenecen a sindicatos y accionistas y a toda clase de capitalistas holgazanes e inútiles. Esa gente me da a mí el dinero para montar fábricas. Encuentro luego personas como el padre de miss Dunn para explotar dichas fábricas, y las dirijo para que el negocio marche. Claro está que procuro no perder yo. Pero es una vida de perro, y no hay realmente nada mío.

MISTRESS HUSHABYE.—Hombre, hombre, está usted haciéndose el pobre para evitar casarse con Ellie.

MANGAN.—Estoy diciendo la verdad sobre mi dinero por primera vez en la vida, y es la primera vez que se duda de mi palabra.

LADY UTTERWORD.—¡Qué lástima! ¿Por qué no se dedica usted a la política, míster Mangan?

MANGAN.—Pero ¿qué está usted diciendo? Si precisamente casi no me ocupo de otra cosa que de política.

LADY UTTERWORD.—Pues dispéñeme; pero nunca he oído hablar de usted como de hombre público.

MANGAN.—Sepa usted, lady Utterword, que el presidente del consejo de ministros no hace mucho me rogó que aceptara un puesto, con poderes discrecionales, en uno de los ministerios más importantes. Y acepté.

LADY UTTERWORD.—¿Como conservador o como liberal?

MANGAN.—Ni uno ni otro. Tontería. Como técnico financiero. (*Todos lanzan una carcajada.*) ¿Por qué se ríen ustedes?

MISTRESS HUSHABYE.—¡Oh Alfredo, Alfredo!

ELLIE.—¿Usted, técnico dictatorial, cuando no puede usted hacer nada sin mi padre?

MISTRESS HUSHABYE.—¿Usted, que tiene miedo a sus propios obreros?

HÉCTOR.—¿Usted, con quien tres mujeres han estado jugando toda la noche como el gato con el ratón?

LADY UTTERWORD.—Habrá usted dado a la caja del partido una suma inmensa, mister Mangan.

MANGAN.—Ni un penique de mi bolsillo. El Sindicato puso el dinero, pues sabía lo útil que podía yo serle en el Gobierno.

LADY UTTERWORD.—Eso es muy sorprendente e interesante, mister Mangan. ¿Y qué milagros hizo usted en ese alto puesto?

MANGAN.—¿Milagros? En fin: no sé lo que llamará usted milagros; pero puedo decirle que me he sabido imponer a los demás ministros. Cada uno de ellos creía que iba por sí solo a salvar al país y dejarme a mí relegado al olvido. Pero yo supe impedirlo. Yo no entenderé nada de maquinaria; pero entiendo maravillosamente cómo se estropea el engranaje de los demás. ¡Menudo estropicio les hice!

HÉCTOR.—Pero, ¡por Dios!, ¿usted qué ha sacado con todo eso?

MANGAN.—He sacado que me he quedado por encima de todos. ¿No es eso un triunfo para un hombre práctico en los negocios?

HÉCTOR.—¿Es esto Inglaterra o una casa de locos?

LADY UTTERWORD.—¿Y usted espera salvar al país, mister Mangan?

MANGAN.—Sí, yo y nadie más. ¿O cree usted que lo salvará su señor Randall?

LADY UTTERWORD.—¡Randall el amargado! Claro que no.

MANGAN.—¿Lo salvará su cuñado con sus bigotes y su labia?

HÉCTOR.—Sí, si me dejaran.

MANGAN.—(*Irónicamente.*) Pero no querrán.

HÉCTOR.—Seguramente. Le prefieren a usted.

MANGAN.—Pues bien: entonces, y ya que estamos en un mundo en que se me aprecia y a usted no, lo mejor será que me trate con cierta consideración. ¿No le parece? ¿Quién más hay, fuera de mí?

LADY UTTERWORD.—Hastings. Déjese de su ridícula democracia apócrifa; denle a Hastings los suficientes poderes para repartir unos cuantos palos y hacer entrar en juicio a los ingleses, y verán cómo salva al país sin dificultad alguna.

CAPITÁN.—Más vale que el país se pierda. Un tonto cualquiera puede gobernar con un palo en la mano. Yo pude gobernar así. No es el camino de Dios. Ese hombre es un imbecil.

LADY UTTERWORD.—Ese hombre vale más que todos ustedes juntos. ¿Qué dice usted, miss Dunn?

ELLIE.—Creo que mi padre valdría para gobernar si la gente no le engañara tanto y abusara de su bondad.

MANGAN.—(*Con desprecio.*) Ya estoy viendo a Mazzini Dunn haciéndose sitio en el Parlamento u ocupando una cartera de ministro. Pero, gracias a Dios, todavía no hemos llegado a eso. ¿Qué dice usted, mistress Hushabye?

MISTRESS HUSHABYE.—Lo que yo digo es que poco importa quiénes gobiernen el país, mientras seamos nosotras las que gobiernan a ustedes.

HÉCTOR.—¿Nosotras? ¿Quiénes dices, a ver?

MISTRESS HUSHABYE.—Las nietas del diablo, querido cuñado. Las mujeres amables.

HÉCTOR.—(*Levantando las manos como antes.*) ¡Abajo digo, y Dios me libre de las seducciones de Satanás!

ELLIE.—Parece que no hay nada real en el mundo sino mi padre y Shakespear. Los tigres de Marcus son imaginarios. En Hesione no hay nada realmente fuerte y legítimo fuera de su hermoso pelo negro, y lady Utterword es demasiado guapa

para ser real. Lo único que me ha quedado es el septuagésimo grado de concentración del capitán, y resulta ser...

CAPITÁN.—Ron.

LADY UTTERWOOD.—(Plácida.) La mayor parte de mi pelo es legítimo. La duquesa de Dithoring me ofreció cincuenta guineas por esto (Tocándose el pelo de la frente.), creyendo que era una transformación. Pero todo él es pelo natural, quitando el color.

MANGAN.—(Fuera de sí.) Mire usted: estoy por quitarme cuanto llevo puesto. (Empieza quitándose la levita.)

LADY UTTERWORD.—(Consternadamente.) Pero ¡míster Mangan!

CAPITÁN.—(Lo mismo.) ¿Qué le pasa?

HÉCTOR.—(Lo mismo) ¡Adelante, hombre!

ELLIE.—(Lo mismo.) ¡Vamos, vamos!

MISTRESS HUSHABYE.—(Cogiéndole el brazo y deteniéndole.) Alfredo, ¡qué vergüenza! ¿Está usted loco?

MANGAN.—¡Vergüenza! ¿Qué vergüenza hay en esta casa? ¡Pongámonos todos en cueros vivos! Moralmente, todos estamos completamente desnudos; pues estémolos también físicamente para ver qué aspecto tenemos. Les digo yo que no puedo resisitir esto. Me he criado para ser una persona decente. No me importa que las mujeres se tiñan el pelo y los hombres se emborrachen. Es la naturaleza humana. Pero no es natural decirlo a todo el mundo. Cada vez que uno de ustedes abre la boca, tengo que hacer así (Se agacha como para evitar un proyectil.), y me lleno de susto por lo que va a venir. ¿Cómo vamos a sentir el más pequeño respeto por nosotros mismos, si no tenemos por principio aparentar ser mejores de lo que somos en realidad?

LADY UTTERWORD.—Estoy del todo conforme con usted, míster Mangan. He pasado por todo ello, y sé por experiencia que los hombres y las mujeres son plantas delicadas y deben cultivarse bajo cristal. Nuestra costumbre familiar de arrojar piedras en todas direcciones y dejar que entre el aire no solamente es una grosería intolerable, sino que es positivamente peligrosa. Por lo demás, es inútil coger resfriados materiales, lo mismo que morales. Así, pues, no se desnude.

MANGAN.—Haré lo que me dé la gana, y no lo que usted

me mande. ¿Soy un niño o una persona mayor? No admito esa tiranía maternal. Me vuelvo a la City, donde me respetan y soy un personaje importante.

MISTRESS HUSHABYE.—Adiós, Alfredo. Acuérdesse a veces de nosotros allá en la City. Acuérdesse de la juventud de Ellie.

ELLIE.—Acuérdesse de los ojos y el pelo de Hesione.

CAPITÁN.—Acuérdesse de este jardín, donde es usted un perro ladrando para evitar que entre la verdad.

HÉCTOR.—Acuérdesse de la hermosura de lady Utterword, de su buen juicio, de su estilo.

LADY UTTERWORD.—Adulador. Piense usted, míster Mangan, en si puede estar mejor en cualquier otra parte. Eso es lo esencial, ¿no le parece?

MANGAN.—(Rindiéndose.) Bueno, bueno; me doy por vencido. Sigán ustedes con sus ideas. Pero déjenme a mí las mías. No sé si estoy en pie o de cabeza cuando todos ustedes me miran así. Quiero estar en pie. Quiero casarme con Ellie. Quiero hacer cualquier sacrificio por tener una vida tranquila. ¿Están ustedes ahora satisfechos?

ELLIE.—No; nunca he tenido la idea de hacer que usted se case conmigo, míster Mangan. Nunca, en el fondo de mi alma. Sólo quise poner a prueba mi fuerza; quise ver que usted no podría escapar si me empeñaba en engancharle.

MANGAN.—(Indignado). ¡Cómo! ¿Querrá usted decir que me rechaza después de obrar yo tan caballerosamente?

LADY UTTERWORD.—No se precipite demasiado, mis Dunn. Puede usted rechazar a míster Mangan cuando le parezca, hasta el último momento. Pocos hombres como él hacen bancarrota. Puede usted vivir en grande sobre el crédito de su inmensa fortuna.

ELLIE.—No puedo cometer el delito de bigamia, lady Utterword.

MISTRESS HUSHABYE.—¡Bigamia! ¿Qué dices, Ellie?

LADY UTTERWORD.—(Al mismo tiempo.) ¡Bigamia! ¿Qué quiere decir usted con eso, miss Dunn?

MANGAN.—(Lo mismo.) ¡Bigamia! ¿Es que está usted ya casada?

HÉCTOR.—(Lo mismo.) ¡Bigamia! Aquí hay un enigma.

ELLIE.—No hace más que media hora que soy la esposa blanca del capitán Shotover.

MISTRESS HUSHABYE.—¡Ellie! Esto es una insensatez.

LADY UTTERWORD.—Pero ¡miss Dunn! Pero ¡papá!

MANGAN.—A mí me dijo que yo era demasiado viejo. Y ¡él es una momia!

HÉCTOR.—(Citando a Shelley.)

Fué su altar el suelo bendito
y desposólos el viento murmurador.

ELLIE.—Sí, yo, Ellie Dunn, entrego mi corazón quebrado y mi fuerte alma sana a su capitán natural, mi esposo espiritual y segundo padre. (Enlaza su brazo con el del CAPITÁN y le acaricia la mano. El CAPITÁN queda profundamente dormido.)

MISTRESS HUSHABYE.—Pues eres muy lista, querida. Pero muy lista. Alfredo, nunca podría usted haberse acostumbado a Ellie. Tiene usted, pues, que contentarse con una pequeña parte de mí.

MANGAN.—(Sorbiendo moco y lagrimeando.) No hay derecho... (La emoción le ahoga.)

LADY UTTERWORD.—De buena se ha librado, mister Mangan. Miss Dunn es la joven más presumida que he visto desde que volví a Inglaterra.

MISTRESS HUSHABYE.—No digas eso. Ellie no es nada presumida. ¿Verdad, querida?

ELLIE.—Conozco ahora mi fuerza, Hesione.

MANGAN.—Lo que usted tiene es poca vergüenza; eso es, poco vergüenza.

MISTRESS HUSHABYE.—Calle, calle; Alfredo, no sea usted grosero. ¿No ve usted la hermosura de este enlace efectuado en el cielo? ¿No son ustedes felices, usted y Héctor? Abran los ojos. Ariadna y Ellie son bastante guapas para gustar a los hombres más exigentes. Vivimos y amamos y no nos importa el mundo. Nosotras las mujeres les hemos traído todo eso. ¿Por qué, en nombre del sentido común, ponen esas caras tan compungidas?

CAPITÁN.—Les digo que la felicidad no es cosa buena. No se puede ser feliz cuando sólo se medio vive. Soy más

feliz ahora, que estoy medio muerto, que nunca antes en mis jóvenes años. Pero no hay bendición en mi felicidad.

ELLIE.—(Con cara radiante.) La vida con bendición, eso es lo que deseo. Ahora conozco la verdadera razón por que no me pude casar con mister Mangan: nuestro matrimonio no hubiese tenido bendición. Hay una bendición sobre mi corazón desgarrado. Hay una bendición sobre tu hermosura, Hesione. Hay una bendición sobre el espíritu de tu padre. Hasta sobre las mentiras de Marcus la hay; pero no la hay sobre el dinero de mister Mangan.

MANGAN.—No entiendo una palabra de todo eso.

ELLIE.—Tampoco yo; pero sé que algo significa.

MANGAN.—No diga usted que había dificultad alguna para la bendición. Yo estaba dispuesto a llamar a un obispo para casarnos.

MISTRESS HUSHABYE.—Nada, que es tonto, hija.

HÉCTOR.—(Fiero.) No exáspere a ese hombre. Al fin y al cabo, todos somos tontos. (MAZZINI, llevando pijama y una bata de seda de ricos colores, viene de la casa y se pone al lado de LADY UTTERWORD.)

MISTRESS HUSHABYE.—¡Oh! Aquí viene el único hombre que jamás me haya resistido. ¿Qué sucede, mister Dunn? ¿Es que está ardiendo la casa?

MAZZINI.—Nada, señora. Pero es realmente imposible dormirse con una conversación tan interesante debajo de la ventana, y con tan hermosa noche, además. No he podido resistir la tentación de bajar para charlar con ustedes. ¿Qué estaban diciendo?

MISTRESS HUSHABYE.—¡Oh, cosas maravillosas, soldado de la libertad!

HÉCTOR.—Por ejemplo, Mangan, como técnico financiero que es, ha querido desnudarse y ha fracasado ignominiosamente. Mientras usted, como idealista, lo ha logrado brillantemente.

MAZZINI.—Espero, mistress Hushabye, que me dispensará de que me presente en este traje. (Se sienta en la silla plegable.)

MISTRESS HUSHABYE.—Está usted muy bien, mister Dunn.

LADY UTTERWORD.—Lo del matrimonio de su hija, mis-

ter Dunn, se deshizo. Resulta que mister Mangan, al que todos creíamos rico, no tiene nada.

MAZZINI.—Claro; bien lo sabía yo, lady Utterword. Pero si las gentes tienen siempre fe en él y siempre le dan dinero, mientras no tienen fe en mí y no me dan dinero, ¿cómo voy a exigir que la pobrecita Ellie dependa de lo que yo pueda hacer por ella?

MANGAN.—No vaya usted a creer que no tengo nada. Yo...

HÉCTOR.—No se empeñe en dar explicaciones. Comprenderemos perfectamente. Tiene usted un par de miles de libras en billetes de Banco, cincuenta mil acciones que valen diez peniques la docena, y media docena de comprimidos de cianuro de potasio para envenenarse si se descubre su verdadera situación. Esa es la realidad de sus millones.

MAZZINI.—¡Oh, no, no, no! Es perfectamente honrado, sus negocios son estrictamente legales.

HÉCTOR.—(Asqueado.) ¡Bah! ¡Entonces, ni siquiera un trapiondista en grande!

MANGAN.—Poco a poco. Para algunos me he excedido un tanto.

LADY UTTERWORD.—Con usted, mister Mangan, no sabe uno a qué atenerse. No es usted ni rico ni pobre, ni honrado ni deshonorado.

MANGAN.—Dale qué dale. Desde que puse los pies en esta casa de locos, parece que han hecho todo lo posible por contagiarme con su locura, aunque soy un hombre formal lo mismo aquí que en cualquier otra parte.

ELLIE.—(Con entonación musical.) Si esta casa es de locos, esta casa extrañamente feliz, esta casa agonizante, esta casa sin cimientos, yo la llamaría la Casa de los Corazones Desgarrados, la Casa de las Penas.

MISTRESS HUSHABYE.—Calle, Ellie, o grito como un animal. (MANGAN solloza silenciosamente.) Ya ves: has trastornado a Alfredo.

ELLIE.—Cuando brama es cuando más me gusta.

CAPITÁN.—Silencio. (MANGAN se sienta sin decir palabra.) Quiero decir, dejemos en silencio los corazones desgarrados, respetemos la pena de cada cual.

HÉCTOR.—¿Acepta usted esa designación para su casa?

CAPITÁN.—No es mi casa, es solamente mi perrera.

HÉCTOR.—Hemos estado demasiado tiempo aquí. No vivimos en esta casa; andamos por ella como fantasmas.

LADY UTTERWORD.—(Con amargura.) Es terrible pensar cómo habéis pasado estos últimos años aquí, mientras yo he estado viajando por el mundo. Me escapé joven, pero ha vuelto a atraerme. Trata de desgarrarme el corazón también a mí; pero no lo logrará. A vosotros y la casa os he dejado detrás de mí. Ha sido una tontería mía el volver. Por sentimentalismo me acordé de papá, de Hesione y del antiguo hogar. Parecía que me llamaban.

MAZZINI.—Pero fué un sentimiento humano muy natural, muy hermoso y lleno de encanto, lady Utterword.

LADY UTTERWORD.—Así lo creí, mister Dunn. Pero ahora sé que sólo fué un vano capricho. Aquí, ni me recordaban ni me deseaban.

CAPITÁN.—Te marchaste porque no nos querías. ¿No fué bastante para desgarrar el corazón de tu padre? Te arrancaste de aquí con todas tus raíces, y el suelo se rellenó y produjo nuevas plantas, y te olvidó. ¿Qué derecho tenías a volver y a hacer sangrar antiguas heridas?

MISTRESS HUSHABYE.—Fuiste, al principio, como una extraña para mí, Addy. Pero ahora es como si nunca te hubieses ausentado.

LADY UTTERWORD.—Gracias, Hesione; pero ya estoy curada de mi capricho. Esta casa podrá ser de las penas calladas para usted, miss Dunn, y para ese caballero de la City, que parece tener poco dominio sobre sí mismo; pero para mí es sólo una villa muy mal arreglada, algo sucia y sin cuadra.

HÉCTOR.—Habitada por...

ELLIE.—Por un viejo capitán de mar, chiflado, y una cantante joven que le adora.

MISTRESS HUSHABYE.—Y por una mujer liviana que trata de defenderse contra una doble barbilla y el abultamiento que traen los años, haciendo en vano carantofías a un soldado nato de la libertad.

MAZZINI.—Por Dios, señora...

MANGAN.—Y por un miembro del Gobierno al que todo

el mundo toma por cabeza de turco. No lo olvide, lady Utterword.

LADY UTTERWORD.—Y un caballero muy fascinante, cuyo principal empleo consiste en estar casado con mi hermana.

HÉCTOR.—Todos ellos imbéciles, con corazón desgarrado.

MAZZINI.—¡Ah!, no. Al contrario: una selección de nuestra cultura inglesa. Son ustedes personas encantadoras, de ideas muy liberales, sin prejuicios, francas, humanitarias, inconvencionales, democráticas, librepensadoras y muy agradables para quien esté acostumbrado a pensar.

MISTRESS HUSHABYE.—Nos favorece con exceso, Mazzini.

MAZZINI.—No los adulo, de veras. ¿En qué otra parte podría yo estar en una reunión así, con un pijama y sin sentirme cohibido? Algunas veces sueño que me encuentro en una sociedad muy distinguida y no llevo más traje que un pijama o menos todavía, y me muero de vergüenza y confusión. Pero aquí no me da apuro nada. Parece lo más natural del mundo.

LADY UTTERWORD.—Eso es una prueba evidente de que ahora no se encuentra en una sociedad realmente distinguida. En mi casa, por ejemplo, se encontraría muy apurado.

MAZZINI.—Procuraré no poner los pies en su casa, lady Utterword.

LADY UTTERWORD.—Hará usted muy mal, mister Dunn. Procuraré que esté usted cómodo. No tendrá usted que preguntarme si para ir a la mesa tendrá que llevar su bata púrpura y oro o la verde y carmín. Con esas nimiedades se complica uno la vida en vez de simplificarla.

ELLIE.—Su casa no es una casa de corazones desgarrados, ¿verdad, lady Utterword?

HÉCTOR.—A pesar de todas sus comodidades, allí también se trituran los corazones. Que lo diga, si no, el pobre diablo que tocaba la flauta allí arriba. Le pasa lo que a Mangan con su mujer.

LADY UTTERWORD.—Eso sucede porque Randall no tiene otra cosa que hacer que desgarrarse el corazón para variar, en vez de friccionarse la cabeza. ¡Qué poco se desgarran el corazón de Hastings!

CAPITÁN.—El imbécil es el que gana, después de todo.

LADY UTTERWORD.—Volveré con mi imbécil con la mayor satisfacción cuando esté cansada de todos ustedes, tan listos como son.

MANGAN.—(*Despechado.*) Nunca he tenido la pretensión de ser listo.

LADY UTTERWORD.—Lo había olvidado, mister Mangan.

MANGAN.—No veo lo que quiere usted decir.

LADY UTTERWORD.—Pues mire usted, mister Mangan: puede que no sea tan listo; pero consigue buenos éxitos.

MANGAN.—No quiero que sólo se acuerden de mis éxitos financieros y políticos. Tengo imaginación como otro cualquiera. Tengo un presentimiento ...

MISTRESS HUSHABYE.—¡Oh, es usted imposible, Alfredo! Yo me esfuerzo en llenarlos de atenciones, y usted no piensa más que en un presentimiento. Me aburre usted. Venga conmigo y hableme de poesía bajo el cielo estrellado. (*Le lleva al jardín, a la oscuridad.*)

MANGAN.—(*Lacrimoso, al alejarse.*) Le parecerá gracioso tomarme como juguete; pero si supiese usted...

HÉCTOR.—(*Impaciente.*) ¿Cuándo acabará todo eso?

MAZZINI.—No acabará nunca, mistress Hushabye. La vida no acaba, corre sin interrupción.

ELLIE.—¡Oh! No puede durar eternamente. Yo siempre estoy esperando algo; no sé lo que es; pero la vida tiene alguna vez que llegar a un punto.

LADY UTTERWORD.—El punto para una mujer joven como usted es un niño.

HÉCTOR.—Pues yo siento lo mismo que ella, y, sin embargo, no puedo tener un niño.

LADY UTTERWORD.—Sí, Héctor: por delegación.

HÉCTOR.—Claro que tengo hijos. Todo eso pasó y acabóse para mí, y me doy cuenta también de que no puede continuar la vida así. Estamos charlando, y para todo nos remitimos a Mangan y a la casualidad y al demonio. Piense en los poderes de destrucción que Mangan y su sociedad de admiración mutua manejan. Es una locura: es como poner en manos de un niño mimado un torpedo para que juegue al terremoto.

MAZZINI.—Ya. Pensé muchas veces en ello cuando era joven.

HÉCTOR.—¡Pensar! ¿De qué sirve pensar en ello? ¿Por qué no hizo usted algo?

MAZZINI.—Pero si hice muchas cosas. Ingresé en muchas sociedades y pronuncié discursos y escribí folletos. Eso fué todo lo que pude hacer. Pero, ¿sabe usted?, aunque los individuos de las sociedades pensaban que sabían más de lo que sabe Mangan, muchos no hubiesen ingresado si hubiesen sabido tanto como él. Nunca habían manejado ni dinero ni a hombres. Cada año yo esperaba una revolución o un estallido formidable; parecía imposible que pudiésemos seguir ese marasmo. Pero nada sucedió, excepto, naturalmente, los casos de miseria y de crimen y de borrachera, a los que estamos acostumbrados.

LADY UTTERWORD.—Tal vez alguien más listo que usted y mister Mangan estuviese obrando mientras tanto.

MAZZINI.—Tal vez. Aunque, por la educación que recibí, suelo no creer en nada, muchas veces siento que pudiera haber como una providencia superior.

LADY UTTERWORD.—¡Qué providencia! Me referí a Hastings.

MAZZINI.—¡Oh!, dispéñeme, lady Utterword.

CAPITÁN.—Todo capitán mercante bebido confía en la Providencia. Pero uno de los modos de tratar a los capitanes bebidos, para la Providencia, es estrellarlos contra las rocas.

MAZZINI.—Mucha verdad, indudablemente, en el mar. Pero en la política, le aseguro, sólo se estrellan contra montones de gelatina. No sucede nada.

CAPITÁN.—En el mar nada sucede a las olas, nada a las nubes. El sol se levanta por el Este y se pone por el Oeste. La luna empieza a lucir en forma de hoz estrecha, para hincharse hasta llegar a parecer un arco voltaico. Después del ciclón, los peces voladores refulgen al sol como aves del paraíso. Es extraño que puedan vivir, bien mirado. No sucede nada, excepto una cosa que no merece mencionarse.

ELLIE.—¿Qué es, mi capitán? ¡Oh!, diga, mi capitán.

CAPITÁN.—(Fiero.) Pues eso: el estrellarse el barco del

capitán borracho contra las rocas, el hacerse trizas sus tablas podridas, el ahogarse la tripulación como las ratas en una trampa.

ELLIE.—Moraleja: no beba ron.

CAPITÁN.—(Vehemente.) Eso es mentira, niña. Deja que un hombre se beba diez barriles de ron al día; no será un capitán bebido hasta que pierda el gobierno de su barco. Mientras pueda marcar el rumbo, estar en pie sobre cubierta y dirigir las maniobras, no está borracho. Es al hombre que yace bebiendo en su cama y confía en la Providencia al que yo llamo capitán bebido, aunque no haya bebido más que agua del Jordán.

ELLIE.—¡Magnífico! Y no ha tomado usted ni una gota desde hace una hora. Ya ve que no es necesario; su propio espíritu no ha muerto.

CAPITÁN.—Ecos, nada más que ecos. El último tiro se disparó hace años.

HÉCTOR.—¿Y este barco en el que todos navegamos? ¿Esta cárcel de almas a que llamamos Inglaterra? (1).

CAPITÁN.—El capitán está en su patate bebiendo agua de arroyo embotellada, y la tripulación se encuentra jugando a los naipes en el castillo de proa. Dará contra un arrecife y se hará pedazos. ¿Cree usted que las leyes de Dios se suspenderán a favor de Inglaterra porque usted ha nacido en ella?

HÉCTOR.—Bien; no tengo empeño en ahogarme como una rata en una trampa. Todavía tengo voluntad de vivir. ¿Qué debo hacer?

CAPITÁN.—¿Qué debe hacer? Pues nada más sencillo. Aprender a manejar sus asuntos como un inglés.

HÉCTOR.—Y ¿qué serán esos asuntos, dígame?

CAPITÁN.—Navegar. Apréndalo y viva, o deje de aprenderlo y muera.

ELLIE.—Quieto, quieto, que se va usted a cansar.

MAZZINI.—También yo en un tiempo creí todo eso, ca-

(1) Esto se escribió al principio de la guerra mundial. (Nota del traductor.)

pitán; pero le aseguro que nada sucederá. (*Se oye una explosión sorda y lejana.*)

HÉCTOR.—(*Levantándose.*) ¿Qué ha sido eso?

CAPITÁN.—Algo está sucediendo. (*Da un silbido.*) Hay mar de fondo. (*Se apagan las luces.*)

HÉCTOR.—(*Furioso.*) ¿Quién apagó? ¿A quién se le ha ocurrido eso?

AMA.—(*Viniendo precipitadamente de la casa al centro de la explanada.*) Yo lo hice porque la Policía telefoneó diciéndome que había que apagar, so pena de multa, porque nuestras luces se veían desde muchas millas.

HÉCTOR.—Desde cien millas se van a ver. (*Se precipita dentro de la casa.*)

AMA.—La casa del párroco ya no es más que un montón de ladrillos, según dicen. Si no le dejamos una cama al señor párroco, no tendrá esta noche donde reposar la cabeza.

CAPITÁN.—La iglesia está abajo, en las peñas, y se derrumba. Ya le dije lo que sucedería si no la orientaba hacia alta mar.

AMA.—Tienen que meterse todos en las cuevas.

CAPITÁN.—Vaya usted con toda la tripulación. Cierren las escotillas.

AMA.—Y vigilen, además, al cobarde con el que me casé. Voy a subir primero al tejado. (*Las lámparas lucen de nuevo.*) ¿Qué es eso? Mister Hushabye ha vuelto a encender.

LADRÓN.—(*Viniendo aprisa y dirigiéndose al AMA.*) Oye, tú: ¿por dónde se va a la cueva del jardín? La de la casa no vale. Diga usted, capitán: ¿dónde está el subterráneo del jardín?

AMA.—Anda, toma el camino más allá del asta de la bandera, a ver si te caes y te rompes la crisma. (*Le empuja con desprecio hacia el asta de la bandera, y ella misma va hacia la hamaca y espera allí como si fuera la cuna de ARIADNA. Otra explosión más fuerte se oye. El LADRÓN se para y tiembla.*)

ELLIE.—(*Levantándose.*) Esto fué más cerca.

CAPITÁN.—A la próxima nos alcanzará. (*Se levanta.*) Parece que va de veras.

LADRÓN.—¡Dios mío bendito! (*Echa a correr locamente y desaparece en la oscuridad.*)

MISTRESS HUSHABYE.—(*Surgiendo, jadeante, de entre la oscuridad.*) ¿Quién huye? (*Se acerca a ELLIE.*) ¿Has oído las explosiones? Y el retumbar en el cielo es cosa grandiosa; parece una orquesta, parece Beethoven. (ELLIE y HESIONE se abrazan frenéticamente. La luz aumenta.)

MAZZINI.—(*Inquieto.*) La luz va en aumento.

AMA.—(*Levantando la vista hacia la casa.*) Es mister Hushabye encendiendo todas las luces y corriendo las cortinas.

RANDALL.—(*Apareciendo, en pijama, con una flauta en la mano.*) Ariadna, alma mía, querida, baje a la cueva, se lo suplico encarecidamente, baje.

LADY UTTERWORD.—(*Sin moverse de la hamaca.*) La mujer del dueño de la casa no puede estar en la cueva con los criados. Sería cosa bonita, amigo Randall.

RANDALL.—Pero ¿qué será de mí si la matan?

LADY UTTERWORD.—No se apure, que le matarán también. Ahora toque la flauta para probar que no tiene miedo. Ande, toque.

No dejéis apagar
la lumbre del hogar.

AMA.—(*Con amargura.*) Ellos sí que no dejarán apagarse ningún fuego. Ya los tenemos en casa.

RANDALL.—(*Habiendo tratado de tocar.*) No puedo: me tiemblan los labios.

MAZZINI.—Espero que el pobre Mangan se habrá puesto bajo cubierto.

MISTRESS HUSHABYE.—Se metió en el subterráneo del jardín.

CAPITÁN.—Al lado de mi dinamita. Es la mano de Dios.

HÉCTOR.—(*Volviendo de la casa y yendo a su sitio de antes.*) No hay bastantes luces. Debíamos tener dos veces más, para que el resplandor se viese en las nubes.

ELLIE.—(*Con fiera excitación.*) Pégame fuego a la casa, Marcus.

MISTRESS HUSHABYE.—¡A mi casa! ¡Nurca!

HÉCTOR.—Lo pensé. Pero no llegaría a tiempo.

CAPITÁN.—Llegó el día del Juicio. El valor no os salvará, pero demostrará que vuestras almas están todavía vivas.

MISTRESS HUSHABYE.—¡Chis! ¡Silencio! ¿Lo oyen ustedes ahora? Es magnífico. *(Todos miran hacia arriba y escuchan.)*

HÉCTOR.—*(Muy serio.)* Miss Dunn, aquí no está usted bien. Nosotros, los de casa, no somos más que polillas revoloteando alrededor de la llama. Mejor será que baje usted a la cueva.

ELLIE.—*(Enfadada.)* No pienso hacerlo.

MAZZINI.—Ellie, querida, no hay menoscabo en refugiarse en la cueva. Un oficial, en un caso así, mandaría a sus soldados buscar un sitio cubierto. Mister Hushabye está obrando como aficionado a los peligros. Mangan y el ladrón han sido razonables, y ellos escapan con vida.

ELLIE.—Pues que sea. Yo también quiero exponerme al peligro. Pero tú, ¿por qué has de correr ese riesgo?

MAZZINI.—Piensa en el riesgo que corren esos de arriba.

AMA.—¡Que los parta un rayo a esos infames asesinos! *(Una horrible explosión sacude la tierra. Todos caen revueltos. Se oye el ruido de los cristales rotos de las ventanas y vidrieras.)*

MAZZINI.—¿Hay alguien herido?

HÉCTOR.—¿En dónde cayó la bomba?

AMA.—*(Con hórrido triunfo.)* En la cueva de la dinamita. Lo he visto yo. Bien empleado le está. Lo he visto. *(Echa a correr hacia la parte honda del jardín, con una carcajada ronca.)*

HÉCTOR.—Un marido menos.

CAPITÁN.—Treinta libras de buena dinamita que se fueron.

MAZZINI.—¡Oh el pobre Mangan!

HÉCTOR.—¿Es usted inmortal, que cree poder tenerle lástima? Ya nos llegará el turno. *(Esperan en silencio e intensa expectación. HESIONE y ELLIE se tienen firmemente de la mano. Se oye una explosión distante.)*

MISTRESS HUSHABYE.—*(Soltando la mano.)* ¡Oh!, ya pasaron.

LADY UTTERWORD.—Pasó el peligro, Randall, vaya usted a acostarse.

CAPITÁN.—Todo el mundo adentro. El barco está a salvo. *(Se sienta y se duerme.)*

ELLIE.—*(Desilusionada.)* ¡Salvo!

HÉCTOR.—*(Disgustado.)* Sí, salvo. ¡Y cuán malditamente aburrido ha vuelto a ser el mundo de repente! *(Se sienta.)*

MAZZINI.—*(Sentándose.)* Me equivoqué del todo, al fin y al cabo. Nosotros somos los que hemos salido vivos, y Mangan y el ladrón...

HÉCTOR.—Los dos ladrones.

LADY UTTERWORD.—Los dos hombres prácticos de negocios.

MAZZINI.—... se fueron al otro mundo. Y el pobre clérigo tendrá que hacerse otra casa.

MISTRESS HUSHABYE.—Pero ¡qué experiencia más gloriosa! Espero que vuelvan mañana por la noche.

ELLIE.—*(Radiante ante tal perspectiva.)* ¡Oh!, yo también lo espero. *(RANDALL, por fin, logra tocar en la flauta aquello de "No dejéis apagar...". Telón.)*

FIN DE

"LA CASA DE LAS PENAS"